

# intervalo

## ALBUM



# 10 OBRAS COMPLETAS

de

Ingmar Bergman • María A. Domínguez  
C. de Menezes y V. Carreño • Ken Bald  
Cristóbal M. Paz • E. Jarber • Horacio Feans  
Francina Siquier • Carlos Dickens • Ina Dhal





**GAÑE  
FAMA  
Y DINERO  
aprenda**

# FOTOGRAFIA

*EN SU CASA POR CORREO*

**1000 OPORTUNIDADES**  
de progreso y bienestar  
se abrirán para Ud.

*No importa su edad!*

Conociendo los secretos de nuestro método exclusivo, cualquier persona hombre o mujer, puede aprender en su propia casa esta magnífica profesión.

## PARA AMBOS SEXOS

La fotografía es desempeñada con igual eficiencia por hombres y mujeres a través de sus mil oportunidades: sociales, niños, reportajes deportivos, laboratorista, retocador, etc.

## ABRA SU NEGOCIO!

instálese por su cuenta y haga como muchos de nuestros alumnos que desde las primeras lecciones ganan MUCHO DINERO.

## BECAS A BUENOS AIRES

Todos los años:  
**BECAMOS** a los mejores alumnos con  
**GASTOS DE VIAJES** y  
**ESTADIA PAGOS**  
desde cualquier punto  
del interior o exterior.

**DECIDASE A TRIUNFAR  
HOY MISMO!**

## FOLLETO GRATIS

ESCUELA FOTOGRAFICA SUDAMERICANA - LORIA 531 - Bs. As. - Suc. PERU - FILIAL URUGUAY

Nombre .....

Dirección .....

Localidad ..... F.C.N. ....

**TAMBIEN CURSOS PERSONALES**

**ESCUELA  
FOTOGRAFICA  
SUDAMERICANA**

**LORIA 531 - Bs. As.**

**SUCURSAL PERU**

Apartado Postal 5069 Correo Central LIMA

**FILIAL URUGUAY**

Casilla 1026 - Sub. Central - MONTEVIDEO



ALB. INT. 13-62





# SUMARIO

## **AMOR EN VENECIA,** por M. A. DOMINGUEZ

El pincel del artista eternizó la belleza de la mujer amada ..... Pág. 4

## **EL SEÑOR GOBERNADOR,**

por C. DE MENEZES y V. CARREÑO

Hincada ante el majestuoso cielo sanjuanino, la mujer elevó una plegaria, mientras sus labios musitaban una sola palabra: "Esperaré". ..... Pág. 17

## **MONTFLEURY,** por INA DAHL

La prueba había sido superada, y ella sintió pena por el hombre que comenzaba a envejecer, sufriendo el dolor de los otros ..... Pág. 30

## **DOCTOR KILDARE,** por KEN BALD

El Cielo le otorgó la dicha del perdón al hombre que sólo pensaba en los bienes terrenales ..... Pág. 44

## **CUANDO HUYE EL DIA,** por I. BERGMAN

El anciano médico descubre, en el ocaso de su vida, lo único que hay de verdaderamente valioso en ella ..... Pág. 70

## **EL ABUELO,** por HORACIO FEANS

Poco faltó para que el padre amantísimo entregara a su hija al hombre que iría a causarle la mayor infelicidad .... Pág. 82

## **HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES,**

por C. M. PAZ

Todos los días la vida puede darnos su carga de dolor, pero también se puede encontrar la dicha en la sonrisa de un niño ..... Pág. 94

## **PARTIR, CON ESA ILUSION,**

por F. SIQUIER

Apoyó ella la cabeza doliente en el pecho del hombre que había cuidado su corazón de cristal, que sin embargo, estaba roto ..... Pág. 100

## **MINERVA HOUSE,**

por CARLOS DICKENS

En la vieja escuela, digna de llevar el nombre de la diosa sabiduría, volvieron a escucharse las deliciosas voces infantiles ..... Pág. 113

## **UN SILENCIO DE**

**TUMBA,** por E. JARBER

El sueño del hombre se prolongó, quizá, definitivamente, y la ilusión anidó una vez más en su dolorido corazón .... Pág. 116



# Amor en Venecia

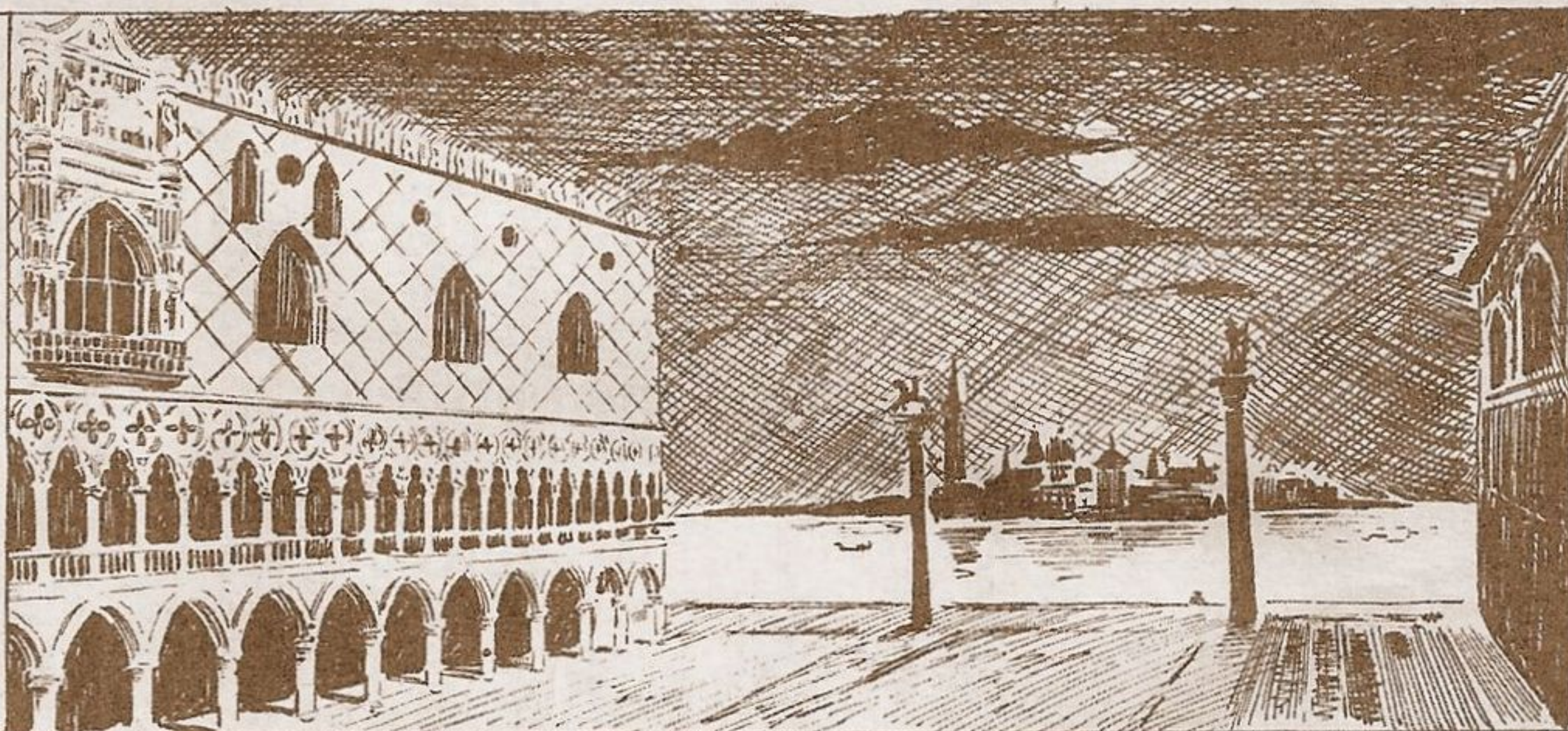
POR **MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ**

DIBUJOS DE COTIGNOLA



La clara luna de Venecia iluminaba el mármol de los palacios antiguos. Crecía la palpitación rítmica de las aguas sobre las escaleras; y las góndolas, algunas con músicos y serenatas, deslizábanse lentas, agua adentro. Bajo el hechizo de la luna, parecía alentar una vida intensa, misteriosa.

La ciudad galante y política, la Venecia de los duxes, respiraba mejor bajo el embozo azul de la bella noche...



Había choques de armas en alguna calle antigua. Y canciones de amor al pie de muchas ventanas. Hora propicia para que el paje deslizara en manos de la doncella un billete de amor. Hora propicia para las venganzas que desorientaban a la justicia, merced al antifaz del asesino, hábil para ganar el Adriático en la góndola ya apercebida...



Unicamente en los sitios apartados, en el barrio humilde de los pescadores, se dormía o rezaba en desvelo. Fioretta, la hija de Pietro, el pescador, padecía una ardiente vigilia, luego de renovar el aceite del fogaril ante la Virgen del Carmen y de colocar su último ramillete, rociado, en el cesto de mimbre, para la venta de la mañana.

Fioretta era la vendedora de flores más conocida de Venecia. Ligera y suave como su nombre, iluminaba el hogar de Pietro con su canto y su risa.

Ya he compuesto mis redes. ¿No tienes sueño, hija mía?



No, mientras no te vea dormir.

El pescador contempló a la muchacha con ternura y admiración: tenía ella la piel dorada, las trenzas oscuras, los ojos grandes y verdes, el talle gentil. Un señorío innato distinguía su modo.

Eres ya una mujer, Fioretta. Me consuela saberte casta y buena.





Tal certeza era una dicha para el pescador viudo y pobre. Cuando los caballeros compraban un ramillete a la florista, susurrando galanterías, ella no apartaba los ojos del cesto de; de triunfaba una ilusión de jardines. Muchos perseguíanla con propósito ruin. Fioretta alejaba los peligros con el temple de su valeroso corazón



No se le conocían predilecciones ni devaneos, ni aun el más simple amorío. Con su gracia innata y su modo un tanto infantil, mantuvo siempre distante la devoción de un joven pescador, amigo de su padre, que aspiraba a desposarla. Convenció a Armando de que el sentimiento que él le inspiraba, hecho de memorias infantiles, era en ella una pura amistad.



Y el muchacho, en apariencia resignado, mantenía cerca de la niña un respetuoso fervor, una especie de culto caballeresco y activo. Era frecuente ver aparecer de improviso la alta figura bronceada de Armando en las calles de Venecia, cuando un pipero ardiente o la actitud un poco atrevida de algún noble comprador de ramilletes, importunaban a la florista.

Esa noche, Fioretta habíase ya despedido de su padre, cuando sonaron tres recios golpes en la puerta de la casa del pescador. Pietro levantó la lámpara, diciendo:



El caballero...

—No lo esperabas esta noche.

Descorrido el fuerte pasador, se iluminó la pieza con la llama de dos antorchas, mientras se adelantaba la figura alta y armoniosa de un enmascarado; lo seguían dos hombres, al parecer criados, con el rostro descubierto. La voz con que saludó el caballero velado, era entrañable y varonil, imperiosa y dulce a la vez. Trascendía con toda claridad de aquel hombre un dominio extraño, invencible.



—Buenas noches, monseñor —respondió el pescador inclinándose. Fioretta detuvo los ojos extasiados en el visitante, a quien suponía un príncipe. El la señaló con su mano enguantada de terciopelo.

¿Puedo hablar delante de la niña?



Con toda confianza, monseñor.

Entonces Fioretta, suspensa de aquella voz, escuchó cómo interrogaba a su padre: —¿Está en Venecia el marido de Madonna Laura? —No, monseñor. Ha partido para Nápoles. —¿Te dió ella algún recado para mí? Pietro respondió, inclinándose: —Me dijo que os transmitiera una sola palabra: SIEMPRE.



Fioretta sintió que una dulce fatiga la dominaba como siempre ante el enmascarado, un dolor punzante y secreto. Sin conocer el rostro de aquel hombre, lo amaba desde la primera noche que llegó a la casa del pescador y le encargó mensajes para una dama, a la que ella, Fioretta, debía hacer llegar frescos ramilletes.



Todas las mañanas dejaba uno en la puerta del palacio gris sobre el Gran Canal. Los recibía un servidor impasible. Allí, entre espejos de oro, alentaba para una vida feliz la dama del caballero misterioso, a quien Fioretta amaba tanto. Alguna vez advirtió su góndola rica, a la puerta del palacio; criados y músicos conversaban alegremente, esperando quizá a su señor.





Esa mañana, mientras la niña dejaba lirios y rosas para Madonna Laura, esperando ver al enmascarado, la estremeció la voz de Armando, inesperada y con un matiz de extraña dureza.



No me gusta tu tercería en este asunto, Fioretta.

La niña preguntó:—¿Puedes decirme qué ves de malo en esto? El pescador tuvo una respuesta áspera:—Madonna Laura es una mujer casada y muy coqueta, a quien un hombre sin escrúpulos envía flores, por intermedio tuyo. —Yo vendo mis flores a quien las compra —respondió Fioretta. Y Armando tuvo unas palabras amargas:—Porque te complace servir al Príncipe.



El precioso rostro de la niña se iluminó con una sonrisa inocente, mientras ella decía:—¿De manera que es un Príncipe! Bien me lo parecía. ¡Todo es en él tan solemne! Luego apartó sus ojos del mirar centelleante del joven pescador, que sin duda había penetrado su secreto, y que ahora le decía con tristeza:—Tú quiero tanto, Fioretta, que nada puedes ocultarme. Permíteme, pues, que vele por ti.



Y las palabras que siguieron, transparentes como el corazón de quien las profería, clavarón en el alma del pobre enamorado su estilete mortal:—Aunque me deslumbre, Armando, ¿qué peligro hay en ello? Yo no existo para él. Y él es para mí como la Luna, así de imposible y de bello. ¿No te gusta a ti cuando sales en tu góndola, abandonar los remos un instante y cruzar las manos bajo la cabeza, para mirar el cielo del Adriático?



Armando palideció. Retrocedió un paso para gritar a la muchacha desconcertada:



¡Esto significa tu perdición... cuando él lo quiera!

Fioretta puso su mano morena sobre la mejilla de su amigo de la infancia y sonrió con dulzura, como si viese en él a un niño.



Olvidas que soy honrada.

Mientras él se digne permitirlo.

Ahora palideció Fioretta. Sus grandes ojos verdes tuvieron un resplandor que deslumbró al joven.



Si él me ofendiera... ya no sería él.

—Eres tan inocente —respondió Armando con la mirada brillante de lágrimas—, que ni siquiera puedes medir la inmensidad de ese amor insensato. Me asustas mucho, Fioretta.



Lo amo como se ama a una canción... o a un santo...



¿Un santo... ese hombre? Tal vez sería capaz de un crimen, como todos o casi todos los venecianos ilustres.

Armando acompañó a Fioretta hasta su casa, próxima al puerto. Lo dominaba una idea: participar a Pietro sus recelos. Pero, ¿con qué razones iba el padre a compartirlos? Y semejante cosa, ¿no significaría poner en tela de juicio el carácter, la honestidad de Fioretta? Ya en la puerta de su hogar, la niña miró a su amigo con dulzura y, bajando mucho la voz, se atrevió a preguntarle:—¿Es bello el Príncipe, Armando? —Bello como Satanás cuando perdió el Cielo.



—También mis flores son hermosas, y puedes decirme qué mal viene para nosotros de contemplarlas? —preguntó la muchacha.





Pareces hechizada. Prometo a la Virgen del Carmen una vela del tamaño de mi brazo para que te libre de ese daño. Yo mismo la llevaré en la procesión.



Pietro apareció en la puerta de la casa con su habitual sonrisa, dando la bienvenida al joven pescador.



Fioretta, el caballero ha encargado rosas para Madonna Laura. Y esta noche vendrá a hablar contigo...

Era muy tarde, y aun no llegaba aquel a quien Fioretta esperaba con sentimientos contradictorios de amor y de angustia. El viejo pescador dormitaba su fatiga; la muchacha salió al embarcadero. Su aguda vista oteaba el mar, inclinándose sobre el agua donde ardía la luz de la luna. A esta parte de los canales, Venecia era triste. De pronto, Fioretta advirtió la conocida góndola y escuchó también la voz inconfundible de su desvelo.



Impartía a los músicos órdenes de serenata. Dispersos acordes de viola, de laúd y mandolina subían desde la embarcación en sombras hasta las estrellas, que Fioretta vió temblar a través de sus lágrimas. Asiéndose a la frágil barandilla de madera, pudo advertir cómo desembarcaba el Príncipe con un movimiento ágil de su cuerpo gentil. Llevaba antifaz, igual que siempre.



La muchacha le oyó reír, sorprendido al encontrarla allí, como esperándolo.



Buenas noches, amable Fioretta. Celebro hallarte sola.

En la mano larga y pálida que sostenía el vuelo de la capa de terciopelo negro con vueltas carmesíes, brillaba un curioso anillo antiguo. La muchacha sentíase extrañamente dócil y empuñecida.



Mi padre me ha dicho que deseabais hablarme, señor.

—Le dirás a Pietro que mañana te acompañe al palacio de Madonna Laura. Una doncella ha de esperarte en la puerta del muro oeste —dijo el Príncipe con suavidad.

Le darás a ella mi saludo y este estuche.

Cumpliré vuestras órdenes, señor.



El brillo de los ojos del enmascarado transió el corazón de la niña, mientras él parecía contemplarla en silencio.



Tendrás un collarcito de ágatas y un rebozo nuevo, si cumples bien esa misión.

Ella hubiese deseado no oír estas palabras con que él se despedía. Lo vio saltar a la góndola y alejarse con servidores y músicos, sin duda rumbo al palacio gris de la mujer de su sueño. Y las revelaciones de Armando turbaron con su recuerdo a la muchacha. Además de significar un sacrificio para su sentimiento, ¿no era un pecado servir de intermediaria en un amor culpable? ¿Y si el esposo de Madonna Laura llegaba a enterarse de la infidelidad de su mujer o del cortejo del Príncipe?

Ya en su casita, Fioretta deseó hablar al padre de sus temores. Pero él dormía con el sueño de su faena agotadora. ¡Pobre viejo! ¿Cómo osaría interponerse ante una orden de un señor de Venecia? ¿Quién era él, quién era ella, su hija, para intentarlo? Las oscuras mazmorras de la cárcel estaban llenas de miserables olvidados, reos de más pequeños delitos. Y Fioretta besó las medallas de plata de sus santos, pidiéndoles protección.



Fiel al cumplimiento de las órdenes recibidas, Pietro acompañó a su hija, al día siguiente, hasta el palacio de Madonna Laura. Y la dejó en compañía de la doncella que acudió a abrir la puerta del muro oeste de la soberbia mansión. Curiosidad y desdén fueron las expresiones alternativas que la mensajera advirtió en la mujer, muy elegantemente vestida, que la hizo pasar.





Atravesaron galerías adornadas con hermosos cuadros, gabinetes lujosos, estancias con muebles dorados y espejos, habitaciones cubiertas por tapices, donde había exquisitos instrumentos musicales y lucernas de cristal. Por fin la doncella ordenó a Fioretta que aguardase en un cuarto, cuyos muros estaban totalmente cubiertos de espejos, las célebres lunas venecianas.



Un desorden profuso reinaba allí, pero se trataba de un desorden lleno de armonía: trajes como nubes nacaradas, terciopelos con labores de plata y de oro, antifaces con velos áureos, tricornos de felpa incrustados con piedras preciosas, guantes de encaje, escarpines de raso, mantos de seda carmesí, yacían en los divanes, sobre largos cofres, hasta en el suelo alfombrado. Y un perfume indefinible sofocaba el pecho de Fioretta.



La doncella apareció detrás de una puerta labrada y preciosa, que acababa de abrirse misteriosamente.

Puedes pasar.



Y la mensajera entró en una habitación todavía más espléndida que la anterior. Parecía tallada en uno de esos cristales donde los venecianos diluían piedras ricas. Y una mujer deslumbradora se adelantó desde toda aquella hermosura.



Ya sé quién te envía y... lo que traes.



La dama sonrió, echando atrás los rizos de oro rojo que le cubrían la frente, y extendió su mano fina, donde brillaban exquisitas joyas. Con un ademán de indecible posesión se apoderó del estuche que le tendía Fioretta y lo abrió.

Levantó en sus dedos un aderezo formado por racimos de perlas y hojas de esmeraldas, donde gruesos diamantes figuraban un rocío deslumbrador. Luego de ceñirlo a su cuello albo, y sin una mirada para el billete que acompañaba el obsequio, Madonna Laura se volvió hacia un hombre que pintaba en un extremo de la vasta habitación.



Otro regalo del Príncipe, meser Francisco.

Un tonto que conoce a las mujeres. ¡Vaya regalo!

Ahora, Madonna Laura leía el billete y, encogiéndose de hombros, dijo: —Quiere que lo acompañe en su góndola las noches de carnaval... Y lo haréis sin duda, ¿verdad?



La dama sonrió desdeñosamente, expresando: —No lo creo, meser Francisco. Ya sabéis quién es mi rey ahora. El Príncipe me aburre. Y hasta lo odio. Es tétrico, tenaz. Ha influido para que el Consejo mandase lejos a mi esposo. Y aunque ello me favorece —como sabéis—, se trata de una actitud despótica, semejante a todas las suyas, que me repugna.



Meser Francisco se aproximó con sus pinceles, sonriendo.

Es un napolitano excesivo como todos los del golfo.

Y os paga a precio de oro mi retrato.



Hubo un silencio, durante el cual la dama retomó su actitud de pose; el pintor volvió a su trabajo. Habían abierto las ventanas sobre el Gran Canal. Fioretta, olvidada, seguía de pie, muda. Madonna Laura la miró con sonrisa maligna.



Oye, muchacha. Tengo una idea...

"Somos de la misma estatura. Te pagaré bien —dijo a la niña atónita— Saldrás con el Príncipe y mi doncella en su góndola, la primera noche de carnaval."

Pero, señora...





Madonna Laura hirió el suelo con sus chapines de oro, gritando: —¡No estoy acostumbrada a que se discutan mis órdenes! No seas necia, ni temas por tu virtud.

Sin mirar a Fioretta, la dama continuó diciendo: Te enviaré un traje apropiado, una máscara y guantes de felpa con mi perfume.

Ni es preciso que le hables.

¡Señora, por Dios!

—Te pagaré bien, muchacha —fue la respuesta fría con que la dama contuvo la actitud suplicante de la florista. Y añadió: —Supongo que prefieres eso y no que tu padre vaya a pudrirse a una cueva sin luz, cerca del Puente de los Suspiros.

Y yo iré con usted al baile de máscaras, meser Francisco.

Ese tonto se conforma con besarme las manos...

Despedida con un ademán altivo, Fioretta atravesó varias habitaciones, con la muerte en el alma. La acompañaba la doncella, quien iba permitiéndose burlas acerca de la imprevista situación: —¡Mira que tener el alto honor de representar a mi señora una infeliz como tú!

Al salir a las calles de la ciudad, el dolor de Fioretta era muy confuso: tenía diversas expresiones, que iban del odio a la alegría. Aquella bruja de cabellos de fuego no amaba al Príncipe. Lo engañaba con el pintor a quien había encargado su retrato. Y la pobre muchacha imaginó el desprecio con que Madonna Laura recibiría los cotidianos ramilletes.

Pasó junto a un grupo de pescadores, que la saludaron con expresiones de júbilo y de cariño lleno de admiración para su belleza y su bondad.

Adiós, Fioretta gentil, sirena de coral.

Ella suspiró, sonriente al agradecer aquellas muestras de bondad. ¿Por qué se permitía soñar con alguien lejos de su mundo? Y en eso oyó la voz de su enamorado.

Sé de dónde vienes, Fioretta.

La joven se estremeció. —Haces mal en seguir mis pasos, Armando —dijo con aire ofendido—. Es como si dudases de mí. Y ello no es noble ni justo de tu parte. ¿No tengo yo un padre de cabello cano que vela por mí? ¿No soy suficiente para guardarme? Y el pescador replicó violento: —Pietro sirve al Príncipe, y tú... lo amas. El poder y la riqueza asisten a ese hombre, del que yo tengo que salvarte.

—¿No sabes lo que dices, Armando —fue la respuesta—. El Príncipe adora a una mujer que lo burla. Ahí tienes lo que pasa.

Fioretta asió la mano del pescador, mirándolo con ojos suplicantes. Luego balbuceó en un gemido: —Si el Príncipe muriese a manos del esposo de Madonna Laura, ¡yo...

Armando retrocedió como herido en el pecho ante la confesión que significaban las palabras apasionadas de la inocente muchacha, cuya belleza lo deslumbró en ese instante como el sol de mediodía sobre el mar. —Si estás dispuesta a morir por él —dijo Armando con intensa amargura—, no hay ninguna razón para dudar de que también le darías tu amor, si él se dignara pedírtelo...

Cuando el marido lo sepa, tomará justa venganza.

... me arrojaría al mar!



Entonces, Fioretta rompió a llorar y con entrecortadas palabras aseguró al joven pescador: También en ese caso, tendría yo que morir, porque la Virgen y la memoria de mi madre me exigen ser honrada.



Entonces, Fioretta, ¿no hay esperanzas para ti... ni para mí?

Enjugándose las lágrimas, ante la curiosidad de algunas personas que por allí pasaban, Fioretta dijo al muchacho:—Esperemos que el Príncipe no muera, y esperemos también que nunca descienda sus ojos hasta una pobre chica como yo. Tal vez pronto deje de venir a nuestra casa; Madonna Laura debe de reírse de sus flores. Ella sólo ama las joyas.



Ambos jóvenes se separaron sin que la muchacha confiara a su amigo el proyecto de Madonna Laura. Aquella noche, al renovar el aceite ante la imagen de la Virgen, la niña rogó:—Sálvame de todo peligro, Señora, como salvas mar adentro a los pescadores que confían en ti. ¡Perdóname el amor que siento por el Príncipe! Nació de la predilección que él tiene por las flores.



Pietro, a vueltas con sus redes, miraba con ternura a su hija.

Eleva tus preces, Fioretta. Se acerca la locura del carnaval.

No me gusta esa fiesta, padre.



Pietro explicó a su hija que se trataba de una celebración pagana. Y en Venecia era un pretexto para que los poderosos llevasen a cabo un despliegue de esplendor y de vicio, a bordo de embarcaciones con tapices, guirnaldas y antorchas, en las cuales ciertas máquinas hacían mover a tritones y ninfas, mientras el aire se llenaba de fragancias y movía las flámulas de oro con suaves ondulaciones.

Cierta vez —continuó Pietro—, los nobles venecianos fletaron un "orbe", gran embarcación en cuyo interior se dió un baile maravilloso. Era una estrella de oro en el Gran Canal.

Yo vi el Carro de la Muerte en la plaza de San Marcos.



Una mascarada que recuerda lo que se olvida en carnaval.

La víspera de la fiesta, Pietro dijo a su hija:—Estaré dos días ausente, para cumplir un encargo de Madonna Laura en un pueblo vecino. No necesito recomendarte, Fioretta mía, que no salgas de casa estas noches. Tenemos buenos vecinos, para que acudas a ellos si algo necesitaras. La joven oyó a su padre con secreta ansiedad. Se desvanecía la esperanza que había alentado de que la dama hubiera desistido de su caprichosa idea.



Fioretta no durmió aquella noche. No había vuelto a ver al Príncipe, aunque todas las mañanas por encargo transmitido a su padre, llevaba un ramo al palacio de Madonna Laura: rosas o lirios, capullos simples o cálices lujosos, que alternaban con hojas fragantes o ramas muy frescas. Esa mañana, al tomar el presente florido, la doncella le dijo:—Esta noche recibirás un paquete. Debes vestirte con lo que halles en él y esperar-me. ¡Buena suerte!



La burla que leyó en el rostro de la mujer y la conciencia de un proceder impuesto y contrario a la claridad de su alma, agitaron el corazón de Fioretta. Apenas cambió unas palabras con la buena vecina que se acercó a ofrecerle sus servicios, si los necesitaba.



Me acostaré muy temprano; gracias.

Afortunadamente, el carnaval no llega hasta los barrios pobres.



¿Dónde estaría Armando? Hacía cuatro días que Fioretta extrañaba su presencia asidua. "Es una suerte —pensó la muchacha—, es una suerte que no se le ocurra visitarme, aunque no lo haría de noche, estando ausente mi padre."





Por un instante, Fioretta creyó posible rehuir la prueba a que iba a someterla el capricho de Madonna Laura, fingiéndose enferma. Pero luego creyó ver una amenaza en aquel encargo que dio a su padre, para alejarlo del hogar. ¿Y si no volvía? Aquellos ojos negros tenían un brillo implacable y cruel...



Y suspirando, Fioretta dijo:

¡Qué triste es el amor sin esperanzas!



Había cerrado la noche. La joven, sentada con una labor en las manos, aguardaba, estremecida... En eso llamaron a la puerta. Antes de abrir, interrogó: —¿Quién es? —La doncella de Madonna Laura. Sí, era ella, puntual como la fatálidad. Vestía de oscuro, con un antifaz. Después de sacárselo, señaló el bulto que traía y ordenó secamente: —Aquí tienes lo necesario para vestirme. Desgraciadamente, me han dado orden de perfeccionar tu tocado y hasta de peinarte... ¡Puf!



Con manos temblorosas, Fioretta se vistió galas espléndidas: una falda amplia de raso; corselete de piedras preciosas; manto deslumbrador, sujeto con un broche de perlas.

Ven; esconderé tus cabellos negros bajo el tricorno con velo de encaje dorado. No te ves mal...



¡Ay, Dios mío, creo que voy a desmayarme!...

La otra sonrió con desden: —Bastará que dejes tu mano enguantada en la del Príncipe. Y es de esperar que, si tienes que decir algo, tu voz quebrada imite la de una máscara. No soy dada a alabanzas, pero te ves maravillosa. Deja que te sujete el antifaz.



¿Cuánto durará esta prueba? Me tiemblan las rodillas. Tenga usted piedad de mí.

¿Voy a tenerte lástima porque te visten como a una Reina, te pasean en góndola con un Príncipe de Venecia y encima te pagan? ¡Vamos, chica, no me dirás que naciste para monja!



Nací para ser la hija honrada de un viejo pescador.

La otra se quedó mirándola como si viera visiones. Semejante moral sonaba a cuento de hadas en Venecia. Luego de apagar la llama del candil y persignarse ante la Virgen del Carmen, Fioretta se dejó conducir por la doncella. Antes de salir, verificaron en la puerta la soledad absoluta de las calles. Tan sólo se oía la respiración pausada de la marea. Una embarcación oscura aguardaba a las mujeres, que subieron a ella sigilosamente.



A medida que ganaban los canales en sombra, la pobre niña sentíase más asustada. —¿Por qué no habré advertido a mi padre o a Armando? —pensó—. ¿Qué será de mí si el caballero descubre este engaño? Lo más fácil es que su cólera explicable se desate contra mí. ¡Qué triste es la suerte de los pobres! ¡Qué amargo es su sometimiento!



Ahora la embarcación entraba en aguas luminosas. El aire estaba estremecido por canciones y músicas provenientes de otras góndolas, cuyos tapices multicolores descendían hasta las aguas. Enmascarados con antorchas entonaban la vieja canción de Lorenzo el Magnífico: "¡Qué bella es la juventud! Pero se va a toda prisa".

Con doloroso asombro para su pudor, Fioretta observó parejas que se besaban ostensiblemente en la cubierta de las góndolas; enamorados al parecer, que bebían de una misma copa de oro y luego la arrojaban al agua, invocando a gritos a los dioses paganos. Otros sumergían la antorcha encendida, riendo...



De pronto, la doncella apretó la mano de Fioretta y le señaló una góndola más rica y más iluminada que todas las otras, anclada allí cerca...

Es la nave del Príncipe. A ver cómo te portas.



Desearía estar muerta...



Los gondoleros de la embarcación que conducía a las mujeres maniobraron en dirección a la nave suntuosa, con habilidad y rapidez. Alguien encendió una antorcha en la cubierta e hizo señales.



Prepárate a saludar a monseñor, sin palabras.

La muchacha reconoció la alta figura del hermoso Príncipe, sin antifaz, que le tendió la mano sin guante. Y ella sintió que la suya se abandonaba dentro de aquella presión firme y cálida, mientras saltaba a la nave. Una deliciosa música de violas y laúdes coincidió con su arribo a la cubierta, deslumbrante de tapices y antorchas. Pero no vio a los ejecutantes de aquella melodía de amor...



A una señal del Príncipe se apagaron las antorchas. Y mientras la luna de Venecia vertía su llama de plata antigua, oyóse el suave rumor de las aguas que la góndola empezaba a surcar. La doncella había desaparecido. Fioretta advirtió que el caballero y ella estaban solos, a proa. Y él le indicó suavemente que tomara asiento sobre los suaves tapices, tendidos allí.



La música y la locura reinaban en las embarcaciones que discurrían por el agua en todas direcciones. Fioretta vio arlequines contorsionados por la risa, máscaras de enormes narices que parecían burlarse de ella. Una mujer seria y hermosa, de torso casi desnudo, parecía lavar sus sortijas en el agua, inclinada sobre la corriente.



Estremeciéndose, vio pasar a la Muerte vestida de terciopelo negro, levantando la hoz de plata, y, sin advertirlo, buscó refugio junto al caballero, asustada...



Dulce Laura, no temas; tú eres la vida, mi vida.

Aquellas palabras, dichas en realidad para otra, sacudieron animosamente el corazón de la niña, como si el inmenso artificio de la noche de carnaval hiciera presa de su albedrío con su magia.



Aunque no hablas, toda tú eres una música ideal...

Las manos expresivas y blancas del Príncipe se cerraron sobre las de Fioretta, abandonadas y trémulas, mientras él, con entrañable voz, deshojaba a su oído las palabras de un amor que parecía tener la misma sustancia de las estrellas, porque nombraba a Dios, a la eternidad y a la paz. Bajo el antifaz caían las lágrimas de Fioretta, que pensaba en la inútil inmolación de tan bello sentimiento.

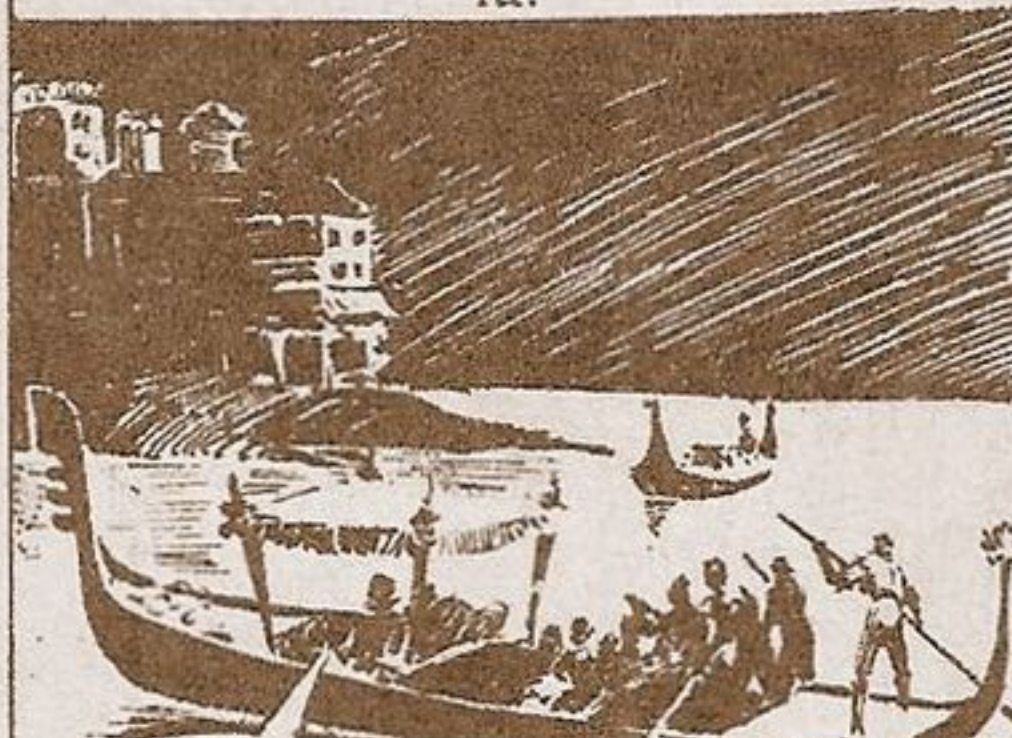


Nunca interesaría a Madonna Laura la pasión que inspiraba. Quizá ahora mismo reía de ella, con meser Francisco, en un baile de máscaras.

Hay algo en ti que afirma lo que no me confiesas. Siento que me amas. La presión de tus dedos, la dulzura que trasciendes, son amor. Quiero oírlo de tus labios.



Fioretta callaba. De pronto descubrió a la doncella riendo con un marinero, que intentaba abrazarla.



¿Te dejarías robar? En Nápoles tengo poder sobre todas las cosas. Y allí serías mi única dueña.

Fioretta se dejaba mecer por las aguas y por el ensueño. Inconscientemente cedió sus labios en un beso casto, con el que entregaba el alma, rodeando al mismo tiempo el cuello de su amado.

¡Laura, Laura mía, beso al mundo en tu boca!



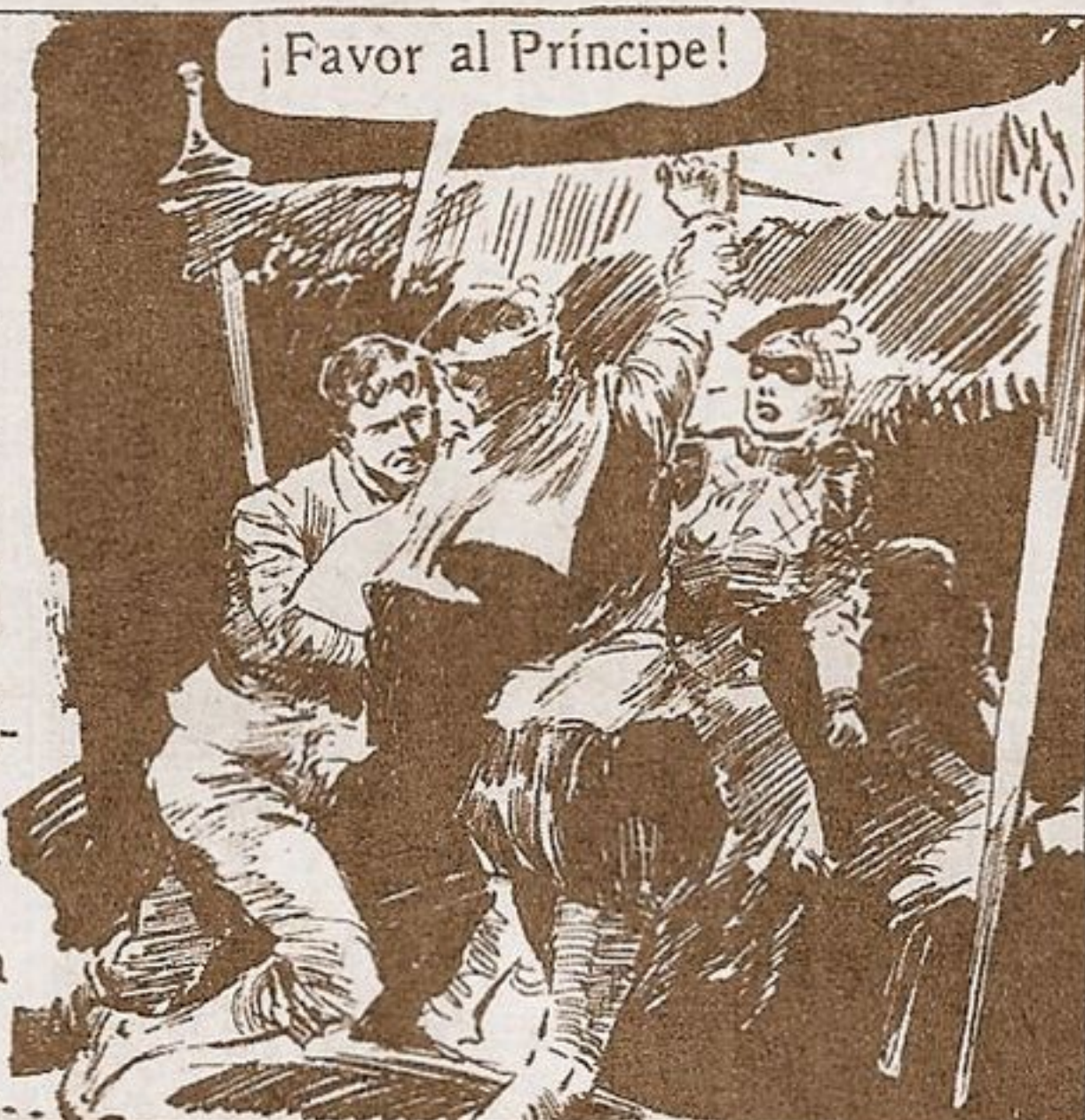
Al apartarse Fioretta, con un temblor de angustia y de íntima reserva, advirtió la figura de un enmascarado que se deslizaba ágilmente hacia ellos; casi al mismo tiempo, detrás de él, un marinero, en quien reconoció, atónita, a Armando.



¡Príncipe de Monterosso, mal caballero, ladrón de honras, prepárate a morir!



Ligera como la luz, Fioretta interpuso su cuerpo ante el puñal del desconocido, cubriendo al Príncipe, no repuesto de su sorpresa. El filo mortal hubiese destrozado el pecho de Fioretta, si Armando no hubiera sujetado la mano del asesino, mientras llamaba a gritos a la tripulación.



¡Favor al Príncipe!

Varios marineros redujeron al enmascarado, quien, luego de mostrar su rostro pálido de furor, increpó al Príncipe, acusándolo de haberlo deshonrado: —Os proponíais raptar a mi esposa. ¡Os acusaré ante el Dux por esta infamia, y quedaréis como un ruín ante el Consejo de los Diez!



¡Sois indigno de vivir entre los nobles venecianos!

Entonces Fioretta, arrancándose el antifaz, apareció bellísima en su actitud arrogante, gritando:

¡Más indigno sois vos al pretender matar a un inocente!



¡Tú, Dios mío, tú, Fioretta!  
¿por qué detuve el puñal?

El Príncipe, estupefacto, calló al sentir en la suya la presión de la mano de Fioretta, que continuaba erguida, con gesto desafiante. El marido de Madonna Laura se inclinó ante ella y ante su presunto rival, disculpándose con voz ahogada: —Meser Francisco me ha informado mal, no cabe duda.



Luego, muy confuso, alegó que iba a trasbordar a una góndola que lo seguía.

Adiós, señor.

Ya solo ante Fioretta, los ojos del caballero, deteniéndose con admiración en la belleza de la muchacha, expresaron asombro y reconocimiento.

Te debo la vida, noble Fioretta, lo mismo que a este guapo mozo. ¿Podréis explicarme?



Armando hizo un gesto vago de certidumbre y de amargura. ¿Cómo decir al Príncipe que se había embarcado para proteger la vida de aquél, que Fioretta amaba, después de haber oído en una taberna del puerto que el marido de Madonna Laura había jurado matar a su rival durante el paseo en góndola que harían juntos la noche de carnaval? Tuvo noticias de ello por la confidencia de un marinero de la góndola del esposo ultrajado. Y pensó: "Fioretta morirá si matan a Monterosso. Tengo que salvarlo".

Pero, de ahí a suponer que ella había arriesgado su honor acudiendo a una cita nocturna! ¿En virtud de qué ardides? ¿Con qué fin? Porque el Príncipe parecía tan sorprendido como él... ¿Qué misterio había en todo eso?



¿Puedes decirnos por qué estás aquí, Fioretta?

Y la niña sonrió como si en aquella noche hubiera madurado años y la proximidad de los peligros le confiriesen un valor del que nunca se supo dueña. —Estoy aquí, monseñor, porque Madonna Laura me obligó a ello, amenazándome con hacer encarcelar a mi padre, si no cumplía su capricho. Ella no os ama; ella es como un sepulcro para vos, aunque le mandéis flores y joyas. Le oí burlarse de vuestro cariño con meser Francisco, el pintor, y esta noche lo ha acompañado a un baile de máscaras. Debéis conocer bien a Madonna Laura, señor.



El Príncipe le oyó confuso, mientras no dejaba de observarla. Y Armando se mordía los labios, desconociendo a la tímida Fioretta. "Parece una reina con sus ropas de señora", pensó el pobre muchacho. Y Monterosso estaba diciéndose lo mismo, sin poder olvidar el beso que había recibido de aquellos labios puros y valientes. "Si alguna vez estuve cerca del amor que canta el Petrarca en sus sonetos, ha sido esta noche de carnaval con luna y engaños" pensaba.





Luego ordenó el regreso a sus gondoleros; llamó a los músicos y brindó con Fioretta y con Armando por la felicidad de todos. Apenas tocaron los labios del pescador la copa de oro que le tendía Monterroso. Un secreto instinto infalible estaba diciéndole que Fioretta nunca sería suya. Y lamentaba la suerte futura de la florista de Venecia, quizá próximamente esclava de los caprichos de un señor que después se olvidaría de ella.



Luego de despedirse de Fioretta besándole la mano, Monterroso ordenó a la doncella que la acompañase. Y también lo hizo Armando. Iban silenciosos por las calles pobres de Venecia. Triste, el pescador; Fioretta, soñadora.

Me debes la vida de tu Príncipe, Fioretta, aunque yo lamento que no haya muerto, pues tú estás muerta para mi amor.



Habían llegado a la humilde casita de la florista, y ella contestó a las amargas palabras de su amigo de la infancia con otras muy dulces, en que lo bendecía, recordándole que siempre lo había querido como a un hermano.



—Eres bueno, Armando, y Dios ha de premiarte. Ni Dios ni la Virgen abandonan a aquellos que tienen pura intención. No me juzgues mal por lo que has visto esta noche. Esta noche basta para llenar de luz toda mi vida futura. Es como si hubiera vivido uno de aquellos cuentos mágicos que tú mismo referías cuando éramos chicos. Y, al ver a la luz de la luna llenarse de lágrimas los ojos de Armando, lo besó en la frente.



Luego de entregar a la doncella los atavíos y despedirse de ella, Fioretta se arrodilló ante la imagen de la Virgen del Carmen. —Gracias por todo, Señora. Gracias por haberlo salvado a él de la muerte y del engaño en que vivía con respecto a Madonna Laura. Ahora ya no me importa sufrir. Sé que no he de volver a verlo; ya no encargará más ramilletes a la florista de Venecia.



Al otro día, mientras Fioretta saludaba alborozada a su padre, que había vuelto muy contento, llegó un paje del Príncipe de Monterroso.

Estas flores para vos, noble señorita. Dice mi amo que desearía enviaros un jardín.



De rodillas ante su padre, luego que se marchó el mensajero, la niña le refirió todo lo ocurrido. El semblante de Pietro se había nublado. De pronto pareció envejecer, y sus espaldas se encorvaron como bajo el peso de un inmenso agobio interior. Severamente dijo a Fioretta: —Antes que el dolor y la vergüenza oscurezcan mis últimos días, prefiero que nos vayamos de Venecia.



Y como la niña lo miró asombrada, el anciano fue explícito: —Cuando un veneciano ilustre se digna descender sus ojos hasta una pobre niña como tú, es seguro que busca perderla. Y yo no tengo más consuelo ni más riqueza que tu virtud, Fioretta, ¿entiendes? Esa tarde, el viejo pescador, al parecer más tranquilo, dijo a Fioretta: —¿Por qué no te casas con Armando, hijita?



—Porque lo quiero como a un hermano, padre —fue la respuesta. Insistió el anciano con tanta pena, que Fioretta, desesperada, accedió a que llamase a Armando para proponerle la boda que él tanto deseaba. Pero Armando no estaba en su casa. Allí le dijeron a Pietro: — Parece que el pescador halló su suerte, porque lo ha llamado el Príncipe de Monterroso.





Y aquella noche, cuando menos lo esperaban, como en otros tiempos, el caballero acudió a la pobre casita del pescador. No llevaba máscara; su rostro bello expresaba una suave serenidad cuando tomó asiento en la silla que le ofrecían. Luego dijo sencillamente:

Pietro, quiero a tu hija por esposa.



El pescador lo contempló atónito. Fioretta llevó sus manos al pecho, palideciendo.

Os burláis de un pobre hombre, señor.

Sería incapaz de semejante felonía.



Y el Príncipe de Monterrosso dijo serenamente: —He conocido el engaño en toda forma, Pietro. Venecia es una ciudad donde el carnaval tiene máscaras diversas. Y estoy harto de ello. Me casaré con Fioretta, porque ella me ama como nunca soñé ser amado. No te agites. No me lo ha dicho. Lo sospechaba. Y Armando acaba de confirmármelo. Debo la vida al extraño, al infinito amor de tu hija, Pietro. No puedo saldar mi deuda sino casándome con ella.



Aquí se adelantó la niña, siempre pálida, y dijo: —No tiene usted ninguna deuda conmigo, señor. Estas palabras no hicieron sino acentuar la expresión maravillada con que el Príncipe contemplaba a la florista. Y entonces él contestó: —Creo que no me has comprendido bien, Fioretta. Me casaré contigo porque te amo como soñaba amar a alguien, dudando de poder conseguirlo.



Toda la luz del sentimiento irradió desde los ojos de la niña, que besó la mano de su futuro esposo, quien luego la estrechó en sus brazos, ante el padre confuso. La boda de Fioretta y del Príncipe de Monterrosso tuvo lugar en Nápoles, donde ambos se quedaron a vivir, acompañados por Pietro y por Armando, que prosperó gracias al favor del caballero y contrajo nupcias con una hermosa napolitana.



Monterrosso deseó que, conforme a la costumbre de la época, un pincel eternizara la belleza de su mujer, vestida de simple florista. Meser Francisco fue el encargado de hacer ese retrato.



FIN

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

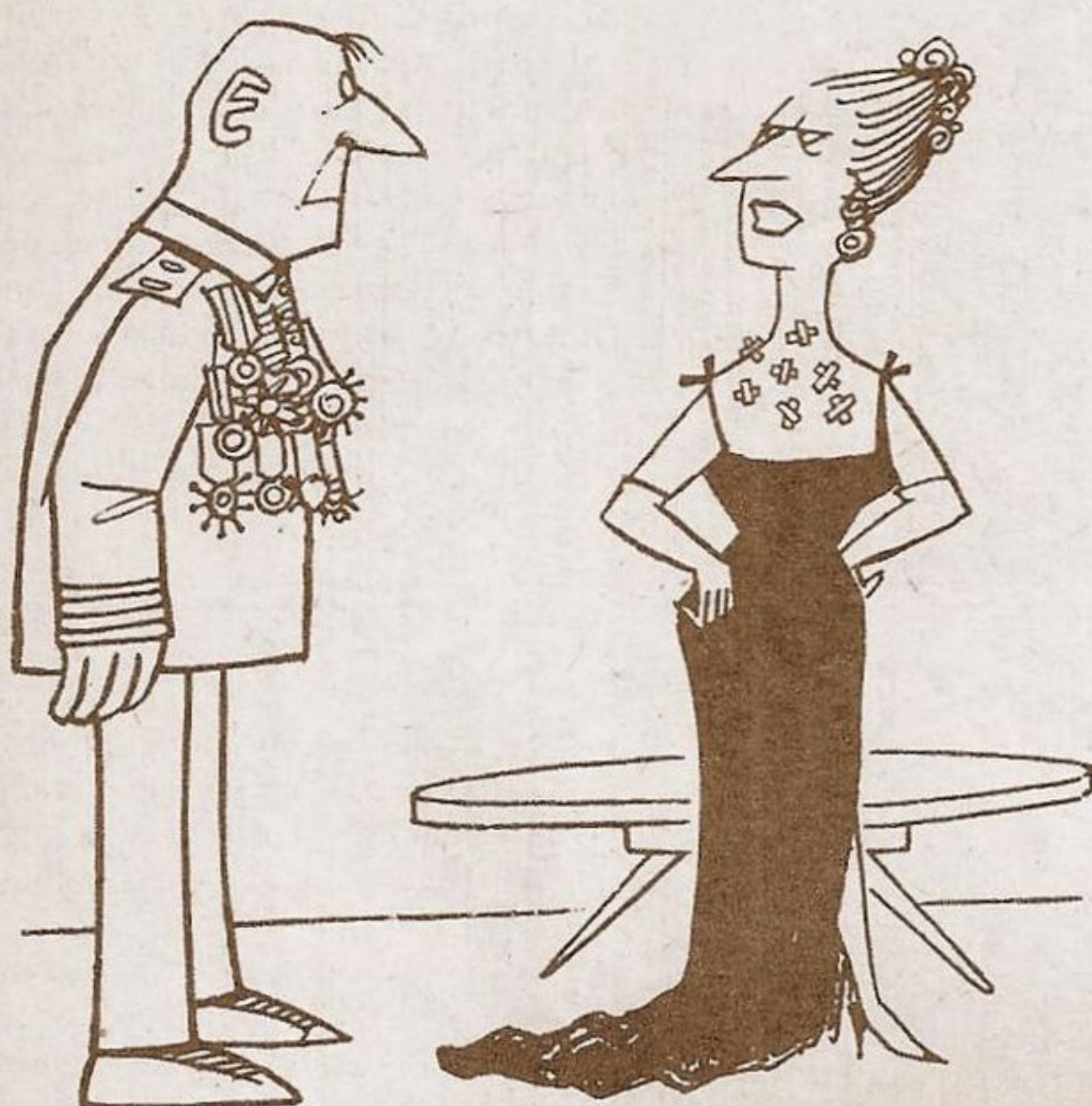
Lea àlbum de

AVENTURAS  
COMPLETAS

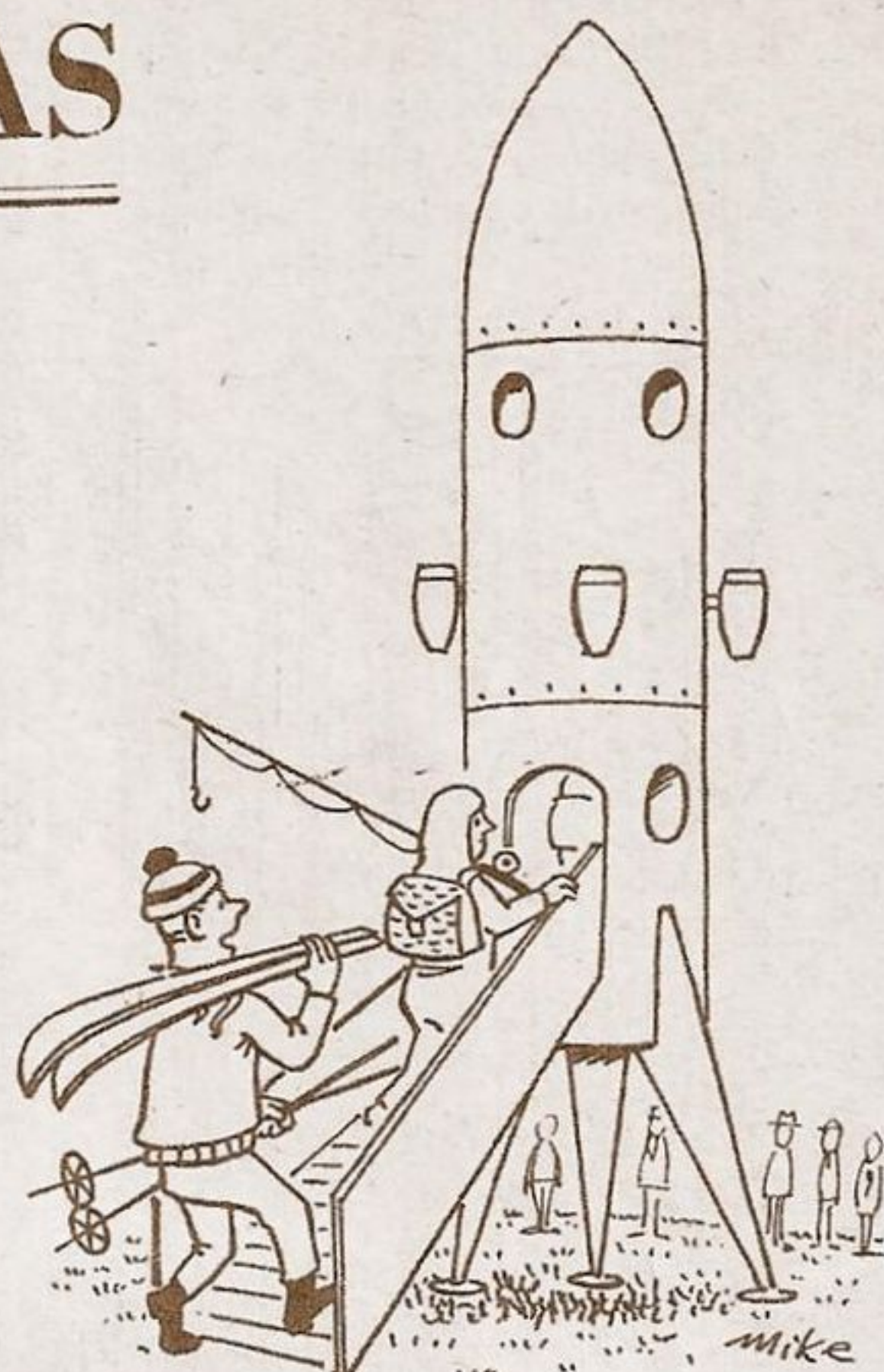
EU Tony



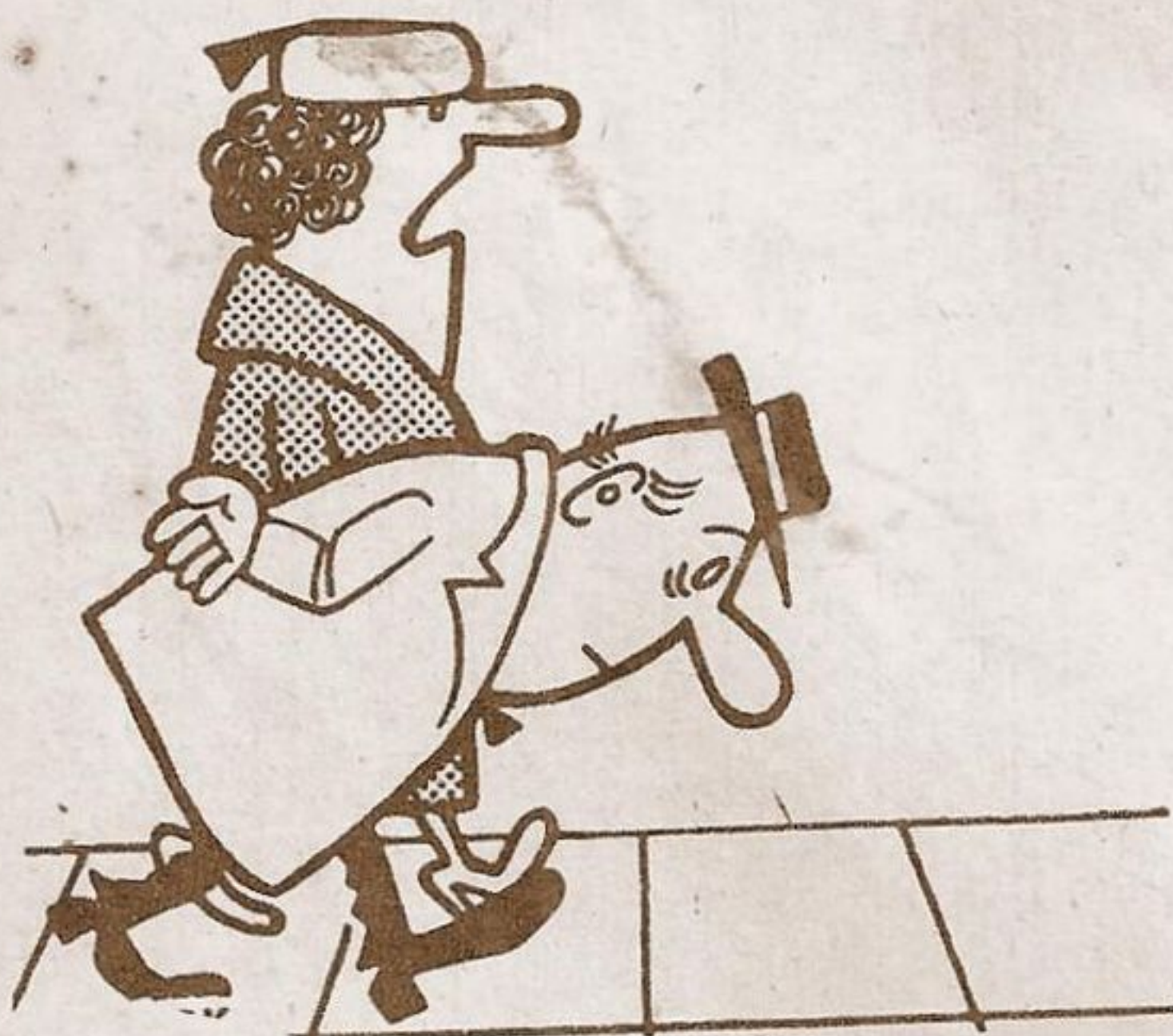
# HUMORADAS



-No tengo deseos de bailar esta noche, general. Gracias.



-Ahora sabremos quién tiene razón con respecto al estado del tiempo que hace allá arriba.



-No creo que encuentres la billetera que perdiste el año pasado, querido.



-Es la última vez que nos alojaremos en una habitación frente al mar, Oscar.

## ¡GRATIS!

Recibirá gratis las primeras lecciones. Señale el curso que le interesa. Enseñamos por Correo desde 1915:

- Contabilidad Moderno Simplificada (con Balance Mensual, Inventario al Día, etc.)
- Impuesto a los Réditos, etc.
- Mecánico Electricista de Autos.
- Constructor.
- Sastre.
- Dibujante.

Envíe hoy su nombre y dirección a:

**ESCUELAS AMERICANAS**

Av. Montes de Oca 636

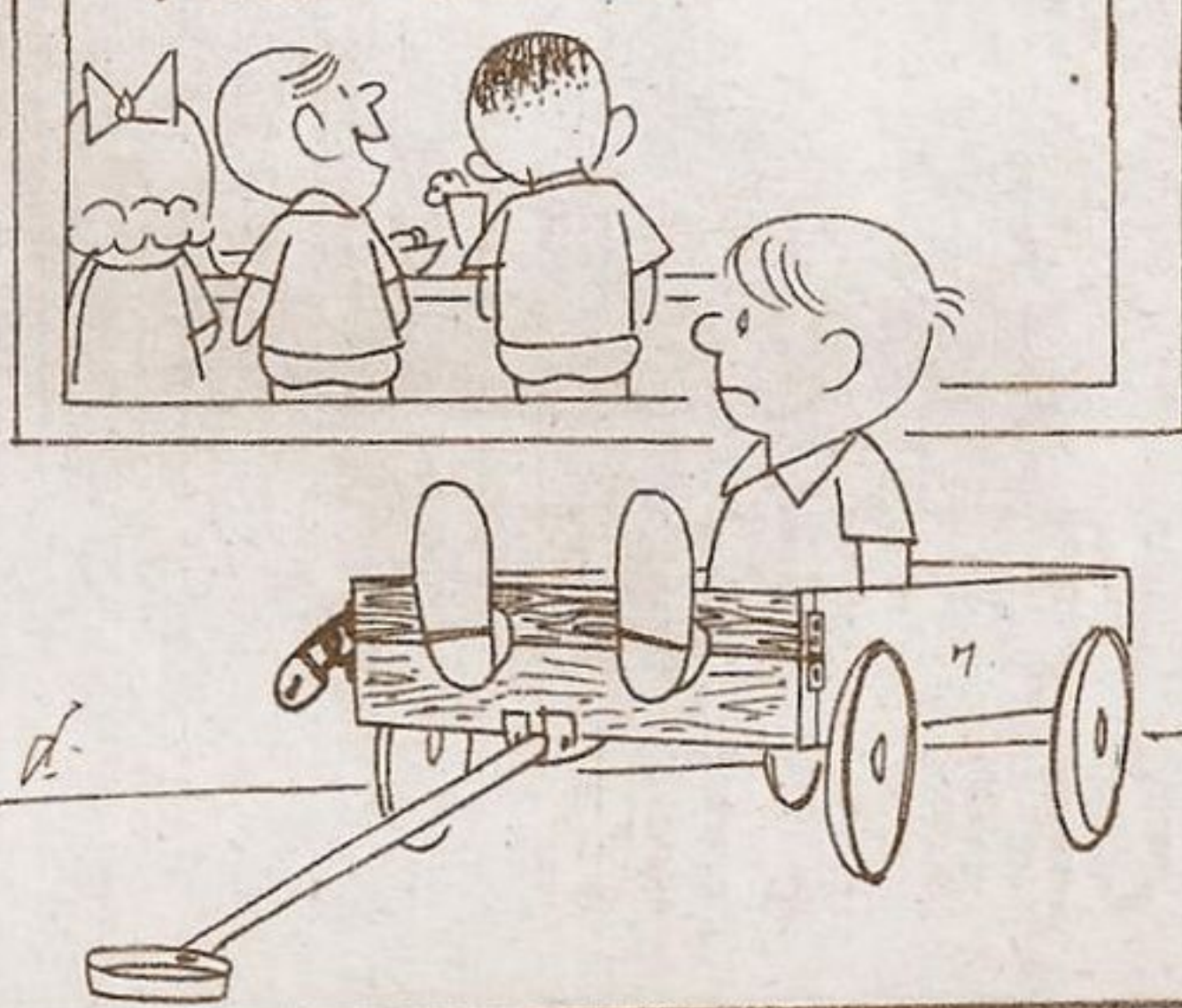
Buenos Aires

Nombre .....

Calle y No .....

Localidad ..... Provincia .....

## HELADOS







# EL SEÑOR GOBERNADOR

Por C. de Menezes y V. Carreño

Adaptación • Dibujos de PEREYRA

En el otoño de 1815, San Juan se había "liberado"

¡Viva el gobernador de la Roza! ¡Nos ha liberado de Mendoza! ¡Viva don José Ignacio!



El pueblo sanjuanino alborotaba las calles con su enorme alegría.



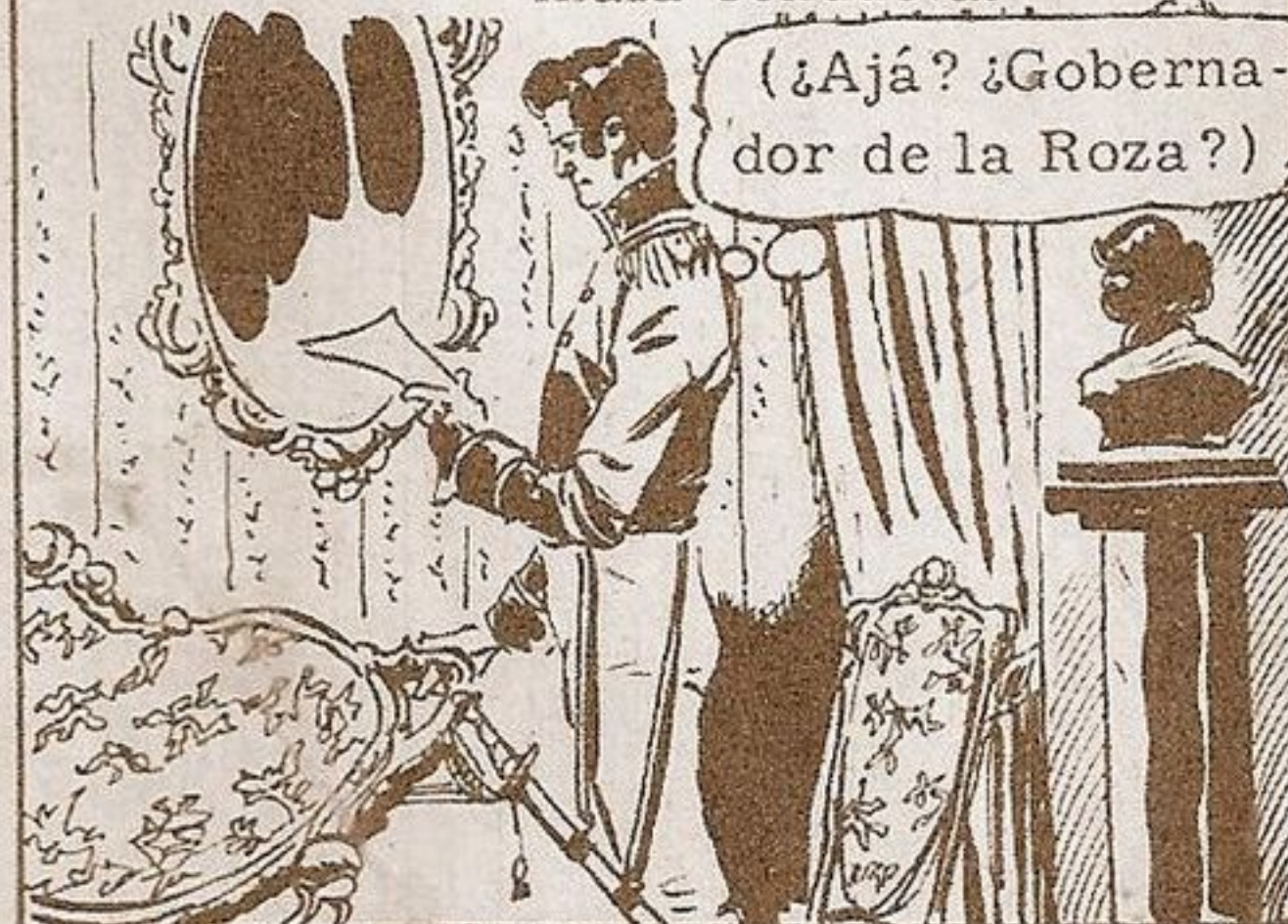
¡Está muy contento el flamante gobernador! ¡Cuánto durará? ¡Ja, ja, ja!

Como siempre; un triunfo, y detrás la envidia, la traición.

Voy a escribirle a mi amigo de Buenos Aires. ¡Todavía queda algo por hacer en San Juan!



El capitán Mendizábal estaba en Buenos Aires, luego de haber sido expulsado del Ejército de San Martín, por mala conducta.



(¿Ajá? ¿Gobernador de la Roza?)

El indigno militar rompió a reír.

"...las mujeres, y hasta los hombres "llevan rosas en el ojal", por de la Roza. ¡Ridículos!"



Pero en San Juan, una mayoría sana, honesta, pensaba distinto...

¡Viva el señor gobernador! ¡El sabe lo que es defender intereses, y en éstos tiempos!



José Ignacio de la Roza era feliz, a pesar de tener excesivos deberes. La familia - su señor padre acababa de morir -, rodeado de hermanas, y cada cual con sus problemas.

¡Buen día mi querida hermanita Felicidad!



Tú camisa, José Ignacio...

¡Qué haría yo sin el cariño de ustedes, Felicidad!

A Felicidad, especialmente, mimaba el señor gobernador. A la hermanita que enviudara meses atrás.





Felicidad abandonó el despacho de su hermano y abrió la puerta a una dama anciana, pero aún muy elegante.

La ví llegar, doña María.

La dama era una visitante de todos los días. Pero esa tarde...

¡La gran noticia, mi querida! ¡Tengo en casa a un capitán de San Martín, nada menos!

"Llegó muy tempranito y lo albergué con mucho gusto, pensando que un militar de tan buena familia...", iba diciendo la anciana.

¿Cómo se apellida?

"Mendizábal. Es el capitán Mendizábal...", dijo doña María.

¿Y es del Ejército de San Martín?

"Uno de los más heroicos oficiales", contó la anciana, y sonriendo, agregó: "Por dos razones quiero que se vincule con nuestra familia; por lo útil que puede resultarle a José Ignacio..."

... y porque es soltero. ¡Y muy buen mozo!

La viuda bajó la vista.

En fin... ustedes, muchachas, son jóvenes.

Yo me siento, realmente anciana.

"¡Con esa carita, y esos ojos llenos de vida...! ¡Vamos!", exclamó la visita.

¡Y con lo que ha sufrido, mi pobrecita! ¡Pero aún eres joven y el Señor te ayudará!

Felicidad sonrió entre lágrimas, diciendo: "Esperanzas..."

¡Son la sal de la vida!

María observaba hacia el interior de la casona.

¿No es el hijo de Mica Sánchez de Laprida? ¿Narciso...?

Sí, es Narciso. José Ignacio lo distingue entre todos.

El apuesto Narciso de Laprida gustaba de las largas charlas con dela Roza.

Haré todo lo que tú me indicas, José Ignacio. ¡Hasta mañana!



El gobernador abandonó su despacho, deseoso de aspirar un poco del aromado aire del atardecer. Cruzó el amplio jardín, salió a la calle, y habría andado unos cien metros cuando ...

¡Tránsito, apreciadísima!



Una de las más bellas sanjuaninas, Tránsito de Oro, regresaba a su casa, acompañada de dos sirvientas.

¡Señor gobernador! ¡Tan ocupado de las cosas grandes, olvida a las insignificantes!



Con oculta emoción, de la Roza besó la mano de Tránsito.

¡Y ahora que es gobernador, se casará y no lo veremos más!



"¡Sigan, muchachas! ¡Voy en seguida!", advirtió Tránsito a las criadas. Minutos después, de la Roza y la joven de Oro caminaban lentamente.

¿Y por qué he de casarme y no volver a verla, Tránsito?



Ella exclamó, alarmada: "¡Porque se casará con otra, pues...!"

¿Y si fuera con Tránsito de Oro?



¡No me quiere! ¡No me quiso nunca! ¡Ni siquiera cuando me besó hace dos años ya...!

"La quiero, pero más discreta, Tránsito. ¿Por qué ese afán por desentonar?"

¡Soy joven y bien parecida! Entonces...



Entonces séalo con sencillez. ¡Y será dos veces hermosa!

"Como antes", agregó José Ignacio tomándole una mano. Ella se apartó, coqueta.

¡Señor gobernador! ¡Pueden verlo!



Ella hizo como que se marchaba.

Cenará con nosotros un apuesto oficial de Buenos Aires ...



De la Roza permaneció impasible.

El apuesto capitán Mendiábal.



El que se hospeda en casa de su tía María. ¡Ah, sí, sí, sí!

El gobernador desconfiaba de doña María, mujer de muy cambiantes ideas, que a sus espaldas se había manifestado contraria a las "extravagantes actividades de de la Roza".

¡La tía María Morales!



Ella siempre tan amable y acogedora, ¿no es cierto?



José Ignacio estuvo a punto de decir a Tránsito: "Ella podría llevarte por un camino equivocado, amor mío...", pero no habló.



Su casa, Tránsito. ¡Y que el Señor vele por usted!

De la Roza se sentía molesto por esa alusión de la joven. (Me informaré sobre ese capitán. ¿Qué tiene que hacer en San Juan? ¡San Martín está en Mendoza!)



Pero la avalancha de problemas, hizo desviar los pensamientos del señor gobernador.

(¡San Juan con sus viñas, sus ríos domados, sus desiertos poblados! ¡Riqueza, progreso!)



Laprida sonreía, compartiendo los sueños de su gran amigo.

¿Y éste mapa argentino cubierto de rayas?

Significa "Tierra no liberada de algún yugo".



¡Y traidores a cada paso! ¡La legión de los traidores siempre siguen a los que vencen!

Te entiendo; los derrotados siempre quieren vengarse.



¡Por eso debemos prepararnos para golpear!



San Martín espera para formar su poderoso Ejército.

Al respecto, Fray Luis Beltrán ha inventado un carro de guerra capaz de dar vuelta sobre sí mismo en la montaña.



"Nos permitiría bajar como ira de Dios sobre el enemigo", agregó el gobernador con entusiasmo.

¿Tú, doctor en leyes, hablando como un militar?



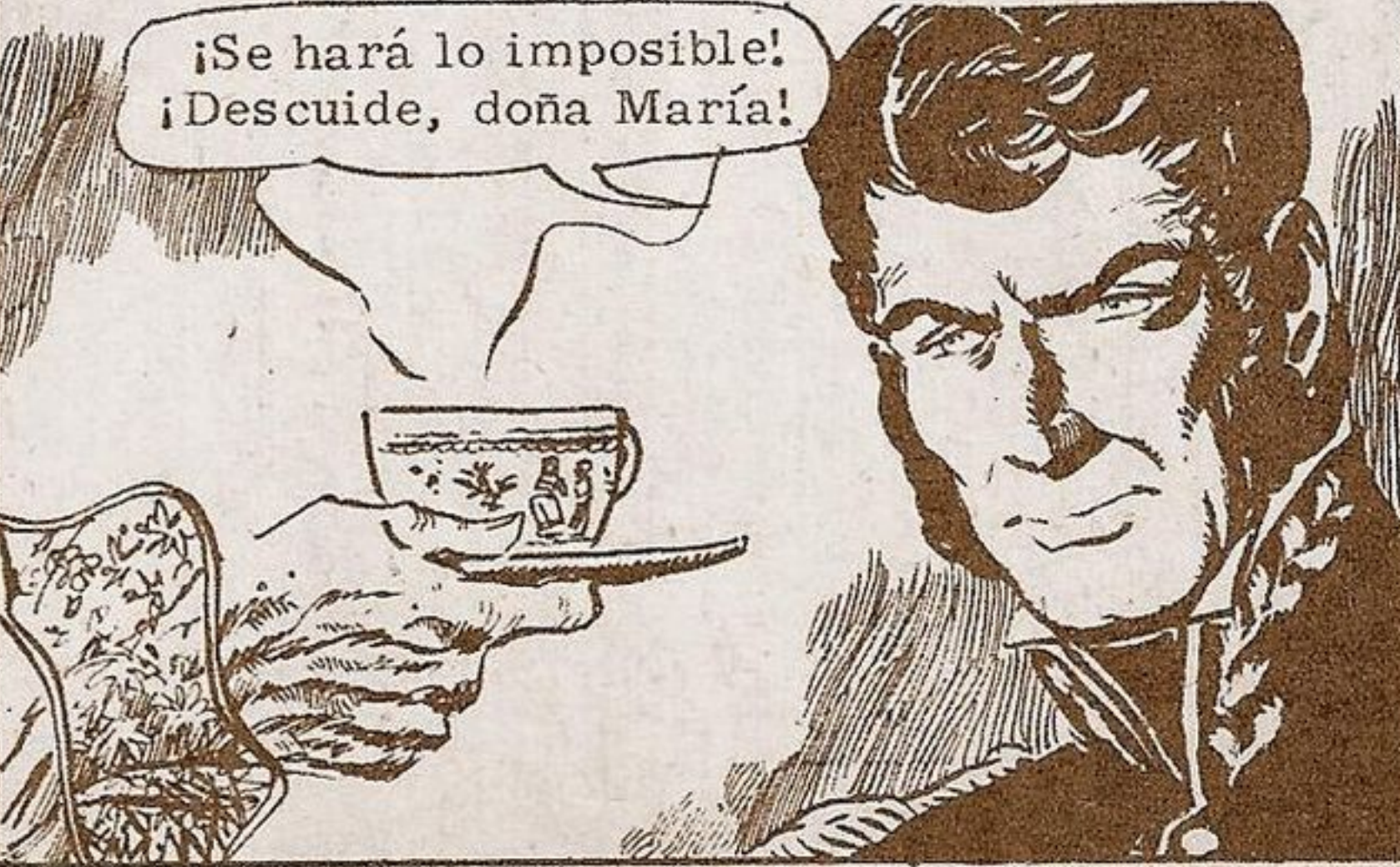
Mientras tanto, en casa de doña María Morales...

¡Y debe hacer lo posible para que de la Roza no vaya muy lejos! ¡Y será recompensado, capitán!



Hubo un brillo extraño, maldito, en las pupilas de ese militar traidor vestido con el uniforme de Cazadores de los Andes.

¡Se hará lo imposible! ¡Descuide, doña María!





Pero el traidor comprendió bien pronto que su cuello corría peligro ante ese gobernador íntegro, y decidido a todo por la causa de José de San Martín, de su patria, y de su amado San Juan.

(Lo siento, lo siento. Hay que saber esperar.)



Pasaron los meses. De la Roza organizó sus hombres, y un buen día les hizo tomar el camino de Mendoza.

Hoy, quince días sin noticias, señor gobernador.



Despache otro chasque, Junco.

El gobernador se mecía los cabellos.

¡Estamos en las manos del Señor! A las once es la misa solemne en la Catedral.



Un año de gobierno había arrojado por lo menos cinco sobre la cabeza agradable, inteligente, de José Ignacio...



(Casi no me queda dinero para realizar ese dique. ¡Y la oposición ciega, que no quiere ayudarme!)

Una influencia misteriosa luchaba contra el gobernador. Una influencia que esperaba verlo convertido en cenizas. "No tiene puntos vulnerables. ¡Te podrás sostener!", le decía Laprida.

¡Soy vulnerable, Narciso! Soy sensible, ¿sabes?



De un cofre extrajo una simple hoja de papel.

¿Espías? ¿Toda ésta gente se opone a tu labor de gobierno?

¡Nunca tantos luchando "contra sus propios intereses"!



De la Roza iba a abandonar su despacho. Laprida lo detuvo.

¿Hasta de noche sin armas? ¡Eres temerario!



Mi conciencia está tranquila; mi cuerpo en las manos de Dios.

Imposibilitado para luchar contra de la Roza, el capitán Mendizábal se dedicó a sacar partido de "su elegancia personal" en fiestas y reuniones.



(¡Oh, la delicada Juana de la Roza! ¡Interesante!)

Para su desgracia, Juana, la hermana del gobernador, se enamoró de Mendizábal.



¡Pronto iré a la guerra, amor mío!

Ella llevó una de sus manitas a los labios.

¿Usted? ¿Por qué? ¿Por qué precisamente usted?



¡Este uniforme no es un adorno, Juana! ¡Por él fui calumniado, perseguido!



La comedia del infame dio grandes resultados.

¿Y por eso vino a San Juan?

¡Así es el destino! ¡En San Juan hallaría a mi amor!



Me considero indigno de aspirar a la mano de la hermana del gobernador.

¡Pero es el hombre que amo! ¡Mi hermano no se negará!



¡Si es preciso, hablaré con él!

Interiormente pensaba: "¡Hazlo tú sola, presiosa!"

¿Y si José Ignacio dice "No"? ¿Insistiría usted...? ¿Sí?



Un oficial no mendiga. ¡Oh, Juana, Juana! ¡Te amo!

La abrazó, perdiéndola entre sus fuertes brazos. "Nos casaremos en esa capillita que está a la entrada de San Juan".

¡Debo obtener el consentimiento de mi hermano!



Mendizábal pensó: "Grandísima tonta!"

¿Y si yo tuviera que marcharme mañana mismo? ¡Se lucha ya en Mendoza, amor mío!

¡Mañana mismo...! ¡Oh, es espantoso!



"Ahora debo irme", agregó el traidor con gesto teatral.

Si resulta "No", me la devuelves con algún criado. ¡Adios!



La pobrecilla enamorada tuvo que apoyarse en un muro para no caer, tal era su estado emocional en esos instantes. Finalmente corrió en busca de José Ignacio. Este la escuchó con cierta gravedad pintada en el rostro. Su corazón se desgajaba.

((¡El miserable! ¡El grandísimo traidor y canalla!))



De la Roza conocía al dedillo la actuación anterior del individuo que ahora ponderaba su tierna hermanita. ¡Y sufría por ella!



(¡Daré 24 horas a ese miserable para que abandone el territorio sanjuanino!)

Con gran esfuerzo se desprendió de la ansiosa, Juana, prometiéndole hablar al día siguiente con Mendizábal. Pero lo mandó llamar al punto; y lo trató como el arrojado de las filas de San Martín merecía.



¡Compromete su futuro, de la Roza!

El gobernador lo miró a los ojos, orgullosamente. ¡Mientras San Martín sea mi único jefe, José Ignacio de la Roza será igual que en estos momentos!



¿Y si San Martín desapareciera...?



El gobernador hubiera trompeado a ese canalla que se atrevía a vestir ropas militares de la patria. En ese instante llegó Junco, el secretario, con una carta del director supremo.

Gracias, Junco. Puede retirarse.



Escribió unas pocas líneas en una hoja de papel que puso ante la desconfiada mirada de Mendizábal.

¡No lo firmaré!



¡Tiene veinticuatro horas para abandonar San Juan!



"¡Veinticuatro horas! ¡Me alcanzan! De la Roza guardó el papel en su cofre privado y salió hacia la noche sanjuanina, sin armas, y en busca de Narciso de Laprida. Más al pasar por el taller donde trabajaban muchas damas...

... en favor del Ejército de San Martín, se encontró de pronto en los brazos de Tránsito de Oro.

¡Días enteros sin ver al señor gobernador! ¿Lo merezco...?



José Ignacio la abrazó y besó con ese amor de siempre para la veleidosa criatura. Tránsito lloró; toda ella convertida en un manojo de reproches.

¡Sí, es verdad! ¡Trabajo, Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer en...



... favor de la amada y abandonada San Juan? ¡La lucha del honorable San Martín es la mía!

¿Y si él sucumbe... también será tu muerte?



"¡También!", contesto de la Roza en un grito, mientras en su cerebro se agolpaban las preguntas y respuestas.

(¡Ella también poniendo dudas sobre la victoria final!)



Pero amaba igualmente a esa extraña y atrevida joven, tan distinta al resto de las hermosas mujeres de su pueblo. Y volvió a besarla, olvidándose de hipócritas y traidores. De esa oscura legión de monstruos que querían asesinarlo fríamente.



Tránsito de Oro estaba en sus brazos, y le decía "que no vivía hasta poder verlo; abrazarlo y besarlo". Y así, mil cosas más; singulares, dulcísimas.



¡José Ignacio! ¿Esta es tu respuesta, amor mío?

Entre los finos dedos de ella había un anillo. El se separó, repitiendo: "Es mi compromiso contigo, amada".





En la siguiente mañana hubo una violenta escena entre Felicidad y Juana de la Roza, al respecto del capitán Mendizábal.

¡Aquí todo es negado! ¡Aquí todo está prohibido! ¡O ese hombre o... o....! ¡Dios mío! ¡Ayúdame!



Felicidad, envuelta en sus negras ropas, marchitándose por sus recuerdos, por sus angustias del pasado, el presente y el futuro, intentó apaciguar a Juana, pero no lo logró. La joven salió a la calle, y fue para mal de ella.

Buen día, Tránsito.



Tránsito mostró el lujoso anillo que le diera José Ignacio, pero ocultó la procedencia. Así era de vanidosa. "¡Muchos pretenden que sea su esposa! ¡Soy joven aún! Uno de ellos, ese capitán porteño..."

¿Mendizábal...?



No dio importancia a sus palabras. "¡Tengo otra pretención!", siguió Tránsito, mientras "jugaba con fuego", Juana de la Roza apretó los dientes, giró sobre sus talones y escapó de esa mujer que envenenaba su sangre, su corazón.



Llegó Juana ante el despacho del gobernador. Había un mundo de gente; todos alegres, viviendo a San Juan, a San Martín, al gobernador. Minutos antes había llegado un chasque.

¡San Martín cruzó la cordillera! ¡Tomaron Coquimbo!



Juana pudo, con enorme esfuerzo, acercarse a José Ignacio.

¡Perdóname! ¡El pueblo espera! ¿No oyes las campanas de la Catedral?

¡Suéltame, Juana por favor!



Juana de la Roza quedó contra una de las columnas del despacho. En la calle, gritos, euforia. ¡Y Tránsito de Oro llevando del brazo al gobernador de la victoria!

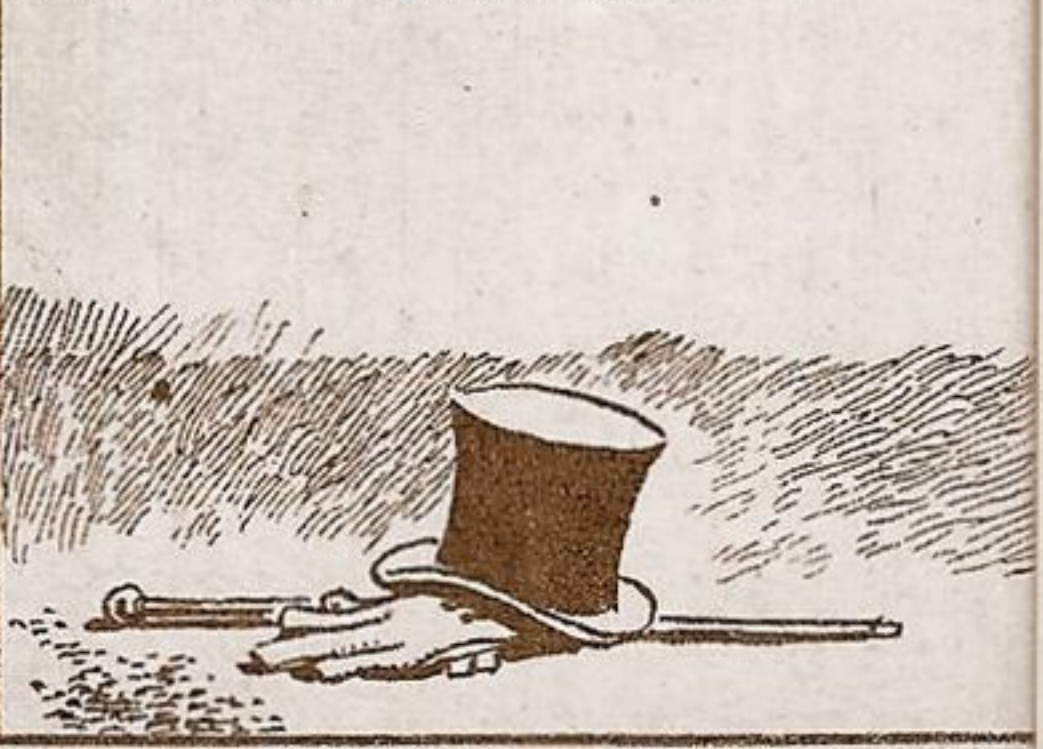


¡Quiero casarme contigo, amor mío! ¡Hoy mismo!

Y así lo hicieron. Se casaron secreta y sencillamente. Pero esa alegría sería breve como la vida de una flor. Así pudo decir José Ignacio poco después al enterarse de la decisión de su "pequeña Juana".



Tiempo después, José Ignacio de la Roza escribía al general San Martín. "Mi provincia lucha contra enemigos internos; raza de monstruos egoístas que no se detienen en su lucha a favor del mal, de la destrucción".





Concluía así: "Mi fortuna ha desaparecido, y cada día es mayor mi imposibilidad por mantener dignamente a mi familia. Un cerco de desdicha se cierne sobre San Juan. Si somos vencidos, todo se volverá ruinas, infamia, vergüenza."



En su respuesta, San Martín compartía los temores de de la Roza "por la estabilidad futura de nuestra grande y maravillosa Patria"



La insidia logró atraerse poco a poco la opinión de los que aún se aferraban a un pasado de brillantes triunfos armados.

Tú, Dolores, y tú, Angelica María, que habéis perdido los hijos, ¿apoyáis aún al señor gobernador?



Narciso Laprida advirtió a de la Roza de la gravedad del momento. "¡Los contendremos!", exclamó Laprida. "¡No! ¡Sangre sanjuanina derramada por sanjuaninos! ¡No! ¡Renunciaré!"



¡El señor gobernador! ¡El elegante señor de la Roza! ¡El único culpable de todos nuestros males!



Entonces surgió en la desolada San Juan, una figura esbelta y miserable: el traidor Mendizábal. Llegaba revolviendo despojos; deseoso de venganza, de títulos.

¡Qué "capitán ni capitán! ¡Soy el señor gobernador!

(¡Señor gobernador? ¡Las ganas ... y gracias!)



En su celda, espantosa, José Ignacio se abrazó a Felicidad, la hermanita enlutada; la fiel hasta la muerte. El sargento se apartó de las rejas con el corazón apretado.



(¡Y uno no tiene más remedio que servir a canallas!)

"Las fincas invadidas; las casas saqueadas; muerte por doquier", narraba Felicidad con tono monótono. "Tránsito no ha vuelto a verme! ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Todo lo que quiero se derrumba, condenado!"

murmuraba el cautivo.





La hermana lo miraba y no lloraba. ¿De dónde iba a extraer lágrimas si ya las había llorado todas en esas últimas semanas?

(¡Mendizábal! ¡El cerebro infernal! ¡El culpable!)



"¡Tengo que ver a mi mujer, a mi hijo!", exclamó de la Roza con los ojos muy abiertos. Felicidad lo acarició compasivamente. Tránsito se había refugiado en la opulenta casa que ocupaba Juana. ¡Y Juana la había visto humillarse!

Lo hago por mi sobrino; no por ti, Tránsito. ¡No por ti!



(¡Nunca has tenido suerte, gobernador de la Roza!)

José Ignacio pensaba obstinadamente en su hogar deshecho, en la niña muerta, la primogénita, años atrás...



Felicidad no dormía; velaba y rezaba "por los suyos".

¡Serán culpables, pero los quiero, así como ellos me dieron su cariño "en el tiempo feliz"!



Ahora había caído la ley, el sano orgullo en San Juan. Un par de manos tintas en sangre manejaban los títeres de la trágica función.

(¡Dios mío! ¿Qué gobierno queda? ¡Es la anarquía!)



Los días interminables desangraron al hombre cautivo. Y cuando Tránsito lo vino a ver abrazó "un saco de huesos"; un pobre hombre que, empero, seguía firme como un árbol joven y fuerte.

¡No, querida, no! ¡Un de la Roza no huye! ¡Muere junto a lo que ama! ¡Muere así, honestamente!



El sargento-el agradecido suboficial-se apartó con respeto de la celda. Entonces Tránsito pudo decir a su esposo: "¡El cofre que me mandaste cuidar lo tengo bien oculto, José Ignacio! ¡En lo alto de la vieja higuera!" De la Roza rompió a reír.

¡Mis papeles sobre sus propias cabezas!

¡Quiero que te salves, amor mío!



"Si San Juan sucumbe, no quiero vivir. ¡Si muero, destruye ese cofre; qué malo en la forja de la herrería!" murmuró de la Roza.

La prueba de nuestro casamiento. La herencia para el hijo. ¡Todo! Déjame que lo abra y saque esos documentos. Quemaré el resto.





"Haz lo que te he ordenado", casi gritó el preso.

Hay otros papeles más importantes que esos allí. Ni en ti confío para que los conozcas. Algún día podrías tener la debilidad de revelarlos o lo harías obligada por la fuerza.

¿Y tu heredero? ¡Nunca has pensado en nosotros! ¡Sí, voy a gritarlo, si te empeñas en ser egoísta!

¿Egoísta José Ignacio de la Roza...?

Ella se había apartado, temblando, llorosa; como una madre ante la posible condena de un hijo. "¡He de proteger a nuestro hijo! ¡He de protegerlo, señor gobernador!

¡Quemarás ese cofre antes que caiga en otras manos!

Tránsito cerró los ojos; se desvaneció. José Ignacio llamó al sargento de guardia. ¡Se sentía desvalido, inservible! Poco después ella volvió en sí, iluminándolo todo con sus ojos bellísimos.

El fracaso... nos tiene prisioneros, José Ignacio... ¡Huyamos del fracaso! ¡Somos jóvenes!

"¡Desvarías! ¡Desvarías!, dijo el preso apartándose de su mujer.

¡No huiré, mientras haya un infame gobernando y calumniándome! ¡Espero a la gran justicia! ¡Sí, aún la espero!

"¡Los quiero como a pocas cosas sobre la tierra! ¡No quieres comprenderme?", imploró José Ignacio.

¡Nada te importa de nosotros! ¡De tu mujer; de tu hijo!

Has lo que te he ordenado. Hay cosas más grandes que tú y yo en el mundo. Si dejases que cayesen esas cartas en manos de Mendizábal sería un traidor a mi patria, a la causa, a San Martín. ¿Lo harás? ¿Quemarás el cofre como te dije?

Ella pasó más allá de la rejas, y dijo sumamente dolorida: "Y yo sola. ¡Sola entre mis tristezas! ¡Sola para padecer y sufrir! Tú eras... el señor gobernador: yo, casi una esclava... Pero está bien. Se hará tu voluntad.

Al salir encontró la mirada escrutadora de Felicidad.

¡Dios le perdone el daño que nos hizo; a mi hijo y a mí!

Felicidad siguió su camino. El que se había trazado cuando desechó alegría, ilusiones, por no apartarse de José Ignacio de la Roza, el hermano mayor.

"¡Te sacaremos de aquí! ¡Laprida tiene todo preparado para la huida! ¡En otra parte podrás reiniciar la lucha!"

¡Es inútil luchar! ¡Yo, por lo menos, ya no tengo fuerzas! ¡Llega el tiempo de la sangre y el vino!



¡Mi patria dejará de ser lo que pretendía San Martín, y también el gobernador de la Roza!

¡Sin ti, San Juan perdería su pensamiento! ¡Lucha, lucha!



"Soy un hombre muerto. Mi ciclo ha concluido también", exclamó el prisionero. Felicidad se abrazó a él y le dijo al oído: "El sargento es amigo nuestro. ¡Esta misma noche podrás tomar el camino a Mendoza!"

Aunque escapara de la muerte, ya no lucharía, hermanita.



Se sentía como quebrado en la espina dorsal; inválido...

¡Nadie espera ya nada del señor gobernador!

¡No quiero escucharte esas frases! ¡No quiero! ¡No!



Ella observó que toda la arrogancia de su hermano, "el triunfador", se había esfumado. Ese José Ignacio era un espectro doliente.

¡Esta noche, entonces...!



De la Roza contestó con esfuerzo: "Sí..." A medianoche escapaba, por la única voluntad de un caballito criollo ligero como la luz.

¡No hay más que un gobernador en San Juan! ¡El que tiene que abandonarla por culpa de los traidores!



Pocos días más tarde, una fuerza de represión, venida desde Mendoza, arrasó con el gobierno títere de San Juan...



"¡Esperaré!", había gritado Felicidad de la Roza, hincada ante el majestuoso cielo sanjuanino.

¡Los traidores han sido arrojados de la tierra amada!

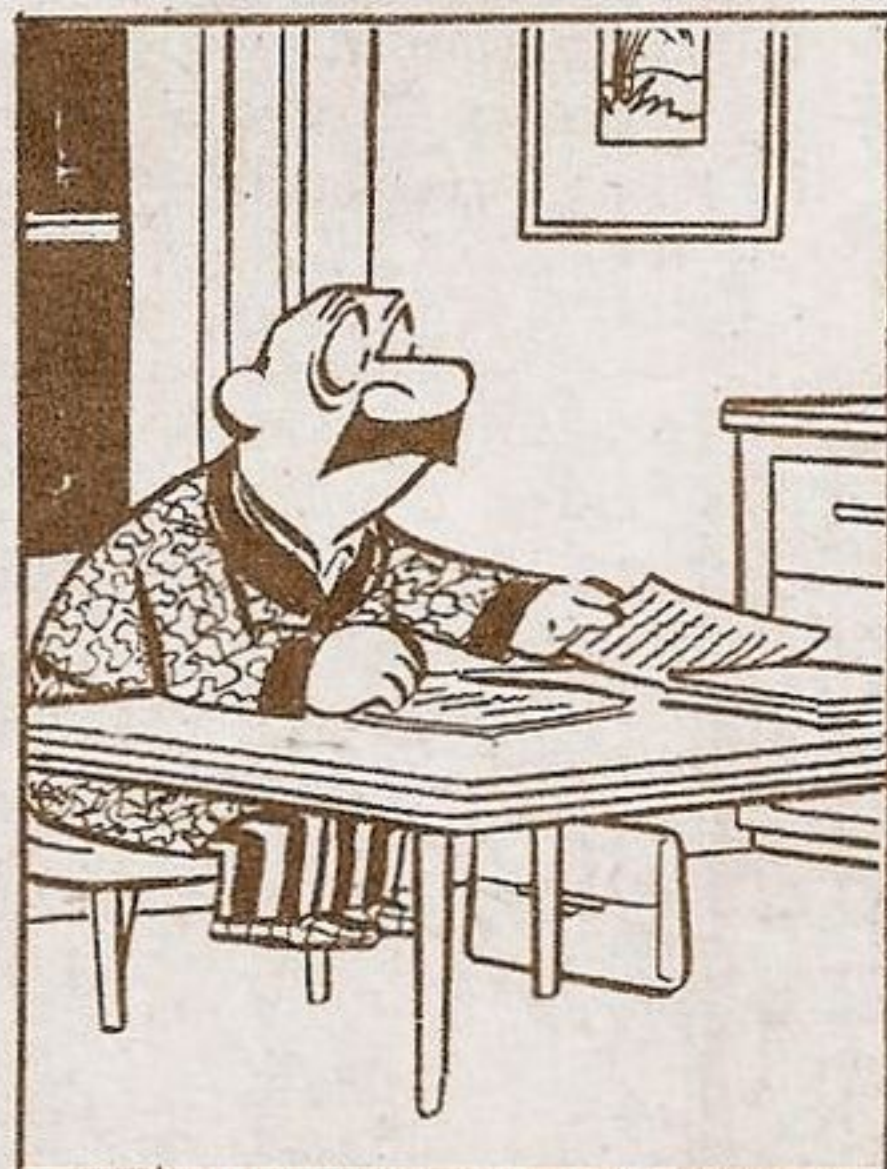
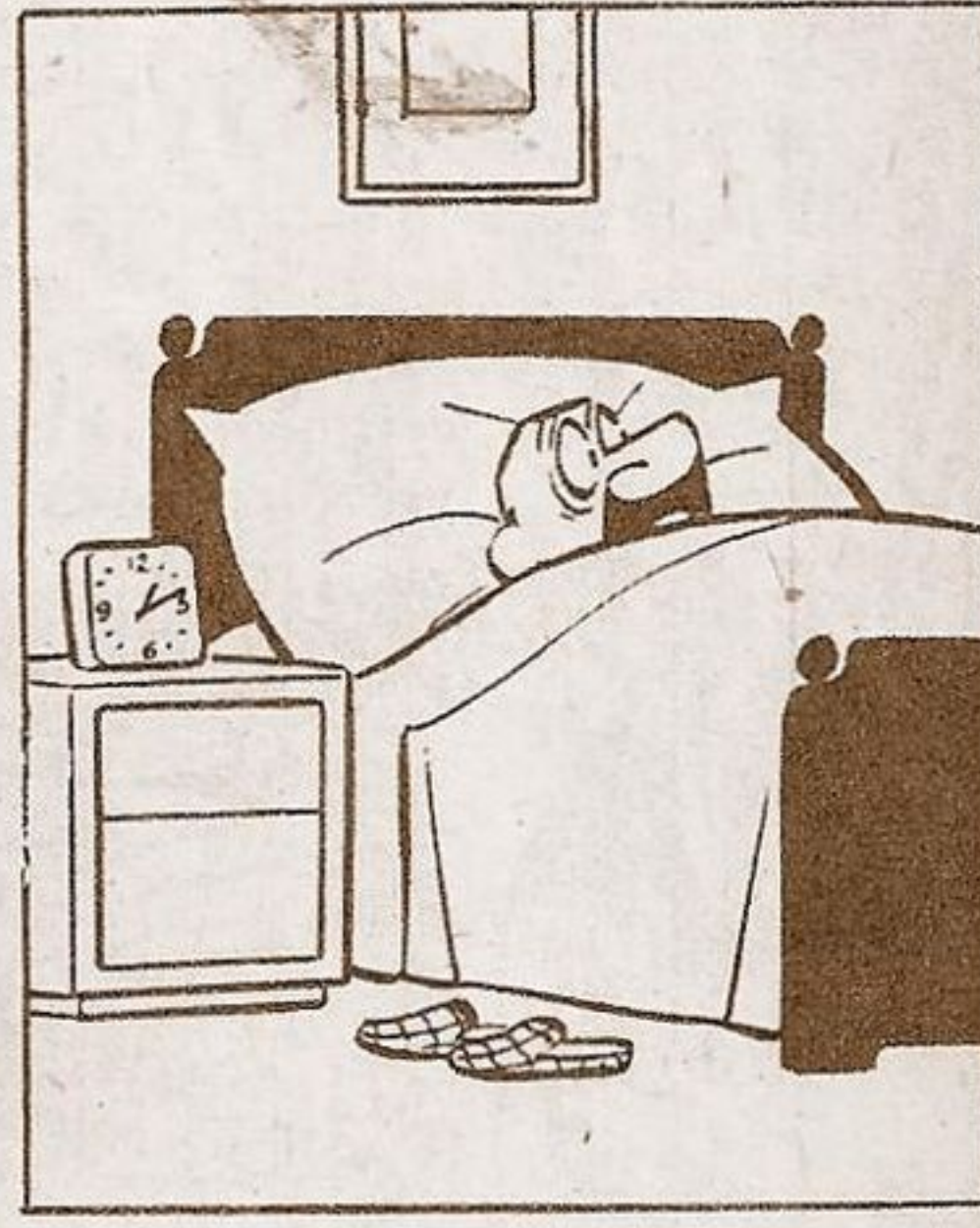
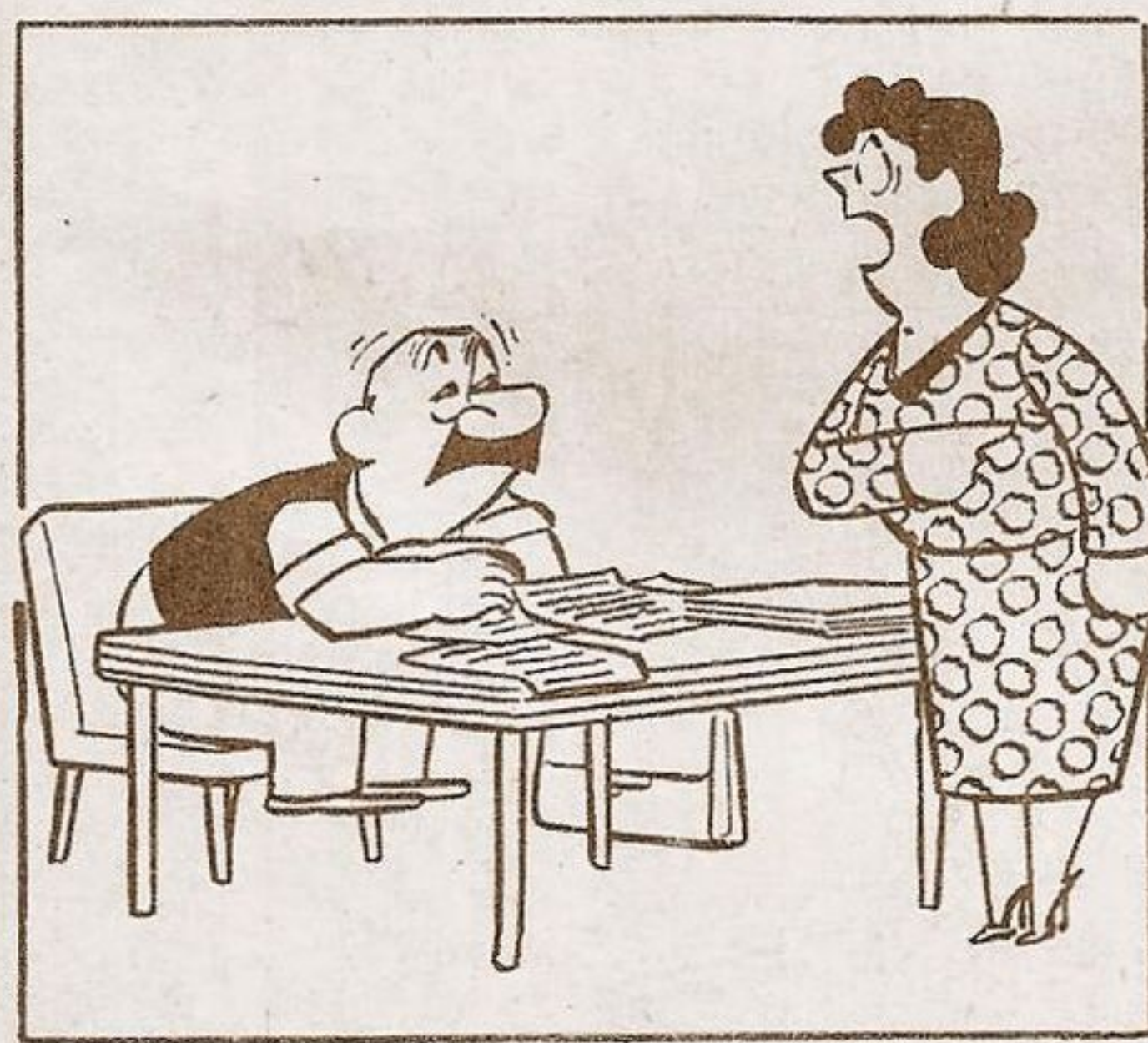
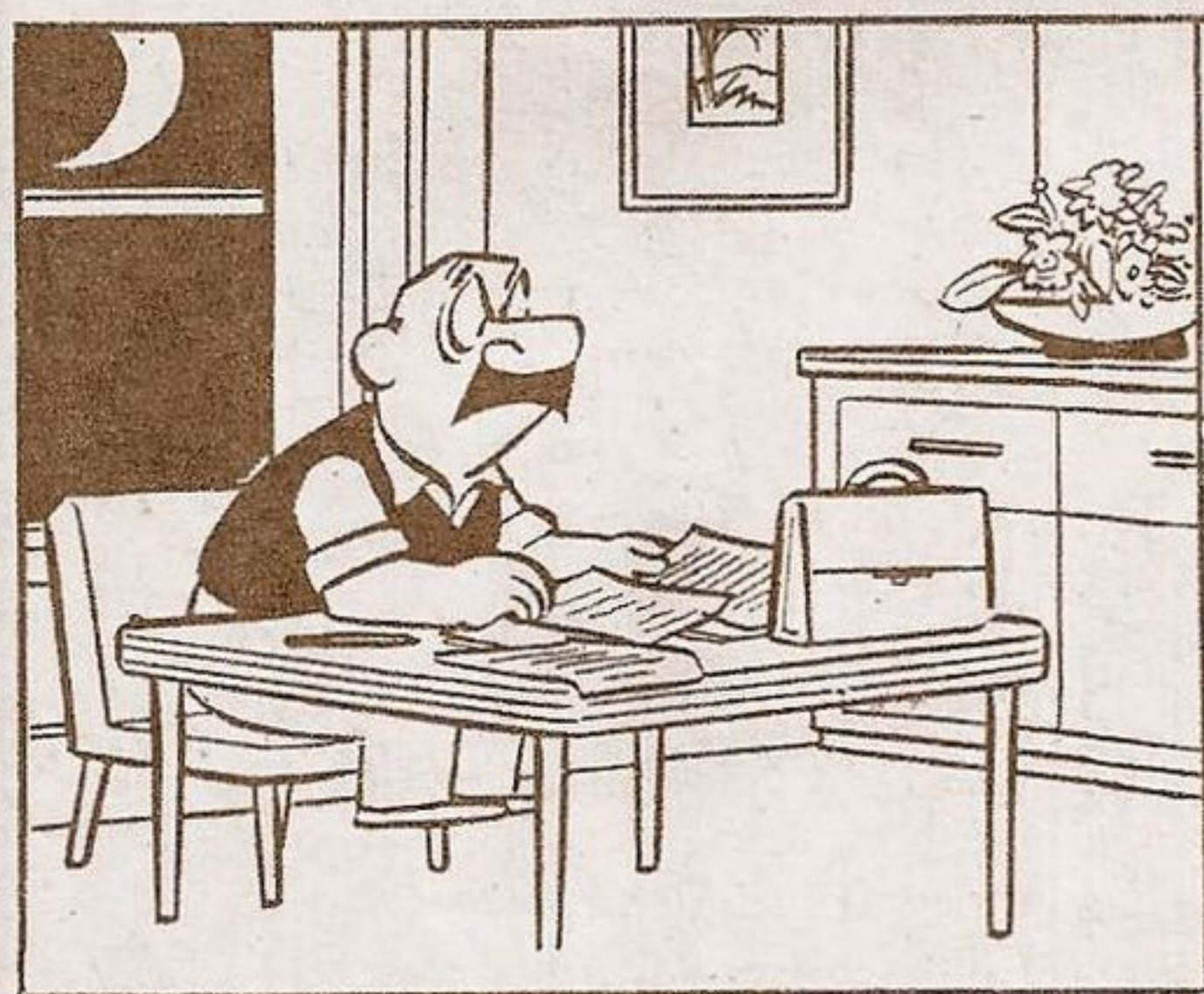


Pero José Ignacio nunca más volvió. Errante, por senderos y tabernas, tenía en los labios una única y amarga frase: "De nuestros huesos olvidados surgirá algún día LA PATRIA VALEDERA"...



FIN







# MONTFLEURY

Por Ina Dhal

Dibujos de VOGT



Todo era un poco absurdo. Le resultaba extraño estar contemplando desde el valle, surcado por un río plateado, los prados verdes que morían al pie de las montañas en cuyas nevadas cumbres se producían extraordinarios juegos de luces para recibir el día o anunciar la noche...



Descubría que las divisiones de tiempo, de pronto carecían de sentido. Que la belleza de aquel paisaje suizo era casi irreal, pero existía algo real y positivo: Había llegado. Y ya un abismo separaba París de ese lugar.



Había retenido en la mente las indicaciones, pero decidió preguntar para asegurarse.

En el primer cruce, doble hacia la izquierda. Apresúrese pues ya pronto anochece.



El tono paternal le hizo bien. Se sentía menos sola y pensó que Marcel la estaba esperando, lo cual era en parte agradable. Se miró en el espejo del auto y sonrió por el conjunto aceptable de sus cabellos muy



negros, de sus ojos brillantes y de su rostro pálido en el que se destacaban los labios rojos.

Era esencialmente femenino su temor a decepcionar a Marcel después del tiempo transcurrido sin verse. Ella se había preparado para el cambio inevitable iniciado ya espiritualmente entre ambos y evidenciado en las cartas de él, ya que el estudiante que conociera, alegre y espontáneo, se había trocado en un hombre introvertido, parco en demostraciones, conciso en frases.



El paisaje iba haciéndose más agreste y la temperatura descendía. En voz alta formuló la joven su pensamiento:

(¿Que sentirá Marcel en estos momentos...?)



En el despacho sumido en una fría penumbra violácea, la mano nerviosa y delgada encendió la lámpara, pero los ojos continuaron retenidos por la visión del exterior.



Hace frío aquí y si usted va a quedarse mucho rato trabajando...



En la voz controlada se adivinaba empero el deseo de que llegara el momento de descanso para el hombre que no permanecía mucho tiempo en un mismo lugar, que siempre estaba atareado, que jamás podía pensar en sí mismo.



En esa ocasión la respuesta fue, no obstante, inesperada.

Sí, encienda el fuego. Debo pasar varias horas aquí.



Los troncos comenzaban a crepitar y Marie sintió que su viejo rostro se arrebolaba por el calor. Ordenó un poco las cosas hábilmente, sin hacer ruido y luego salió para dejar que Marcel trabajara tranquilo.



Cuando más tarde abrió la puerta, lo encontró todavía inactivo y sumido en sus pensamientos.

Doctor. Ha llegado la doctora Moreau. ¿La hago pasar?

¡Sí, sí, por supuesto!



Marcel respiró hondo. Su pasado volvía. Sus sueños de estudiante, sus ilusiones... Se había preparado para ese momento, pero temió que la emoción que sentía destruyera la capa de frialdad que ya era habitual en él.



No era justo que el reencuentro se produjera en un lugar como aquél, pero logró disimular la rebeldía contra el destino y avanzó hacia ella, sonriendo.

Es agradable comprobar que no has cambiado mucho, Marcel.



Su voz, pese al tono apagado, era inconfundible. Aspiró su perfume que era el mismo de aquellos años atrás. Comprendió que era preciso fingir igual que ella.

Tú tampoco has cambiado, Dénise.



Más tarde, el recuerdo de ese instante sería tema de una conversación fundamental entre ambos. Más tarde serían realmente ELLOS y no dos seres hablando mecánicamente. Pero aún no podían saber lo que sucedería y trataban de salvar el momento sonriendo, enlazadas las manos inexplicablemente.



El formuló de pronto la pregunta temida "¿POR QUE...?" y ella se desprendió de la fuerte presión para acercarse al fuego y esquivar la mirada sagaz.

Mi vocación fue siempre grande, superior a todo razonamiento. Busca en ello una causa.



Y necesitaba dejar la ciudad, que me ahogaba. Por eso acepté tu proposición. Hubiera ido a cualquier parte del mundo.



¿Una huida? No es esa la solución...

Lo sé, por supuesto. Pero no puede evitarse. Y he de rogarte algo; que evites en lo posible hablar de mis motivos para estar aquí.

De acuerdo.





Trataría de complacerla, como siempre lo había hecho. Ante ella se mostraba pasivo y por ello había dejado que la vida los separara y sólo el azar los reunía de nuevo.

Mañana veremos lo que hay que hacer. Esta noche...

Hubiera querido decirle que esa noche les pertenecía; que él trataría de infundirle nuevas esperanzas, de hacerla creer en el mañana; pero sólo acertó a decir algo trivial.

Esta noche eres mi invitada, y cenaremos juntos.

Resultó una velada deplorable. Dénise no tuvo apetito. Los platos casi intactos fueron retirados. Después de tomar dos tazas de café, ella demostró su cansancio.

¿No te importa que me acueste?

Fue largo tu viaje y debí sugerírtelo hace un rato, pero te retuve egoístamente. Mañana te mostraré el sanatorio.

Entonces, hasta mañana, doctor Delange.

Sonreía ella por primera vez desde que llegara, y con esa sonrisa, los años transcurridos se esfumaban.

Hasta mañana, doctora Moreau. Marie te acompañará a tu habitación.

Muchas veces durante esa noche interminable, se preguntó Marcel cuál debería ser la conducta a seguir en adelante. Dénise no podía haber olvidado cuánto representó en su pasado, y él estaba dispuesto a decirle lo que significaba en su presente, pero quizá interpretara mal sus palabras.

Cuando Marie la introdujo al día siguiente en su consultorio, fue casi brusco al saludarla, mientras que ella se mostraba expansiva e ilusionada.

Desde mi habitación se ve un paisaje maravilloso. Pienso que todo va a resultar muy fácil aquí...

Y cuando ya la madrugada azulaba los picos nevados, se decidió a callar.

Los días serán cada vez más largos, y las montañas llegarán a oprimirte. Hasta aborrecerás este paisaje.

Lo miró con asombro y pena por su dureza.

No me alientas mucho...

Tendrás que superar la prueba tú sola. No será fácil si sueñas o esperas demasiado...

Dénise miraba de nuevo las cumbres nevadas. ¿Sería realmente tan difícil superar el momento que vivía y encontrar la anhelada paz interior...?



Esa misma pregunta, estaba en la mente del hombre.



Michel Caron sonrió, un poco burlonamente.

Bueno, si piensas escalar algún pico...



Esperó sin impaciencia a que su amigo se decidiera a expresar sus sentimientos. Michel conocía bien a Renny Wellesley, y por eso sabía de sus distintas y hasta opuestas personalidades. Play-boy, aventurero y deportista; político lleno de inquietudes; tradicionalista y conservador, heredero de una gran familia...

Pero siempre ecuánime, seguro, positivo.



Le desconcertaba por ello un poco el nuevo Renny que días atrás llegara de Inglaterra aceptando su invitación, y cuyas primeras palabras demostraron una lucha anímica, una inquietud.

Te envidio este refugio y comprendo que te decidieras a vivir aquí, lejos de gente que llega a cansar, de cosas que no son precisas...



No es exactamente lo que debe pensar un hombre que va a casarse...

¡Oh! ¿No te he dicho aún que he postergado mi boda? Sólo el tiempo preciso para poner en orden mis ideas y gozar de un poco de paz.

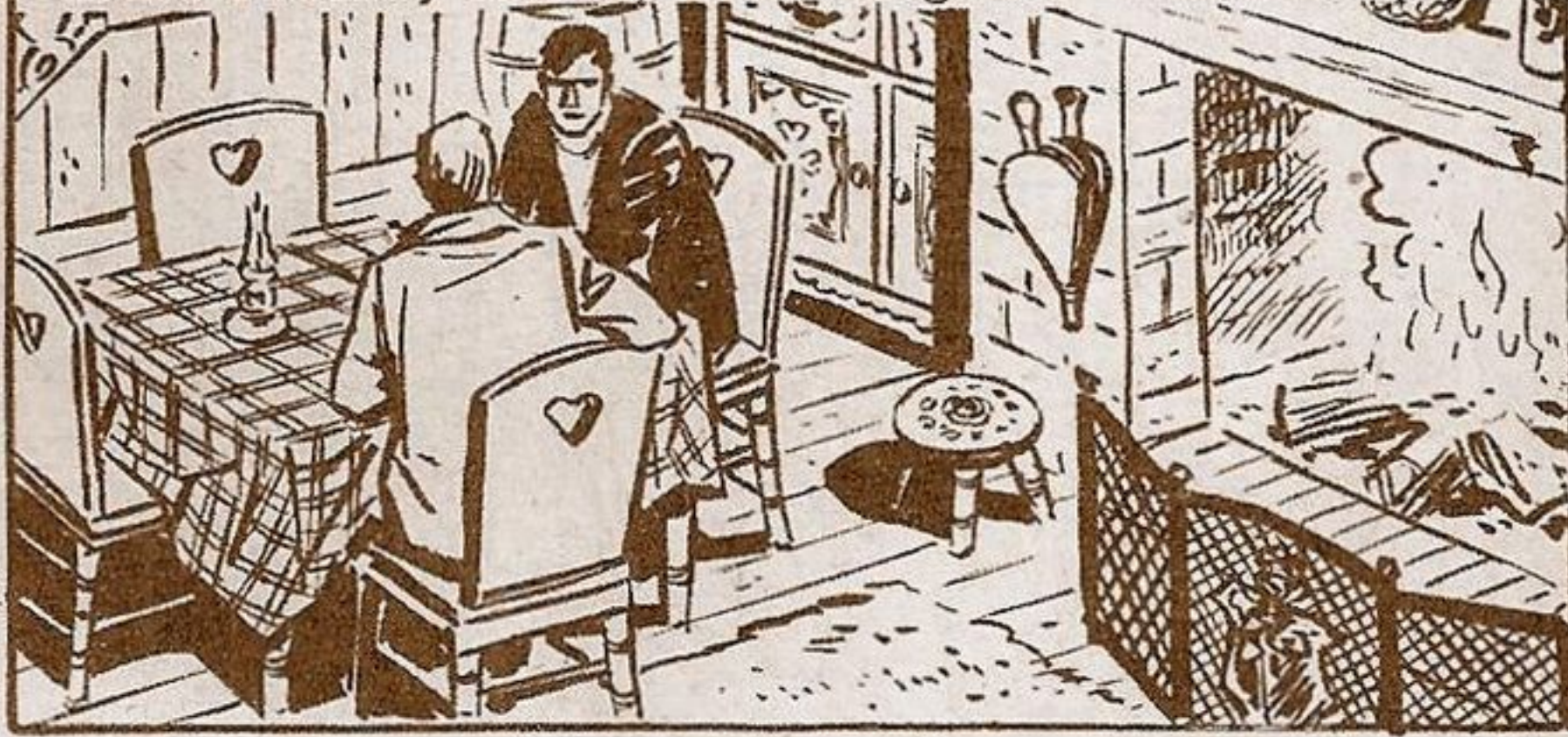


Michel le había acompañado gustoso en las largas caminatas, pero no había visto que se calmara la inquietud que esa mañana manifestaba en la pregunta lanzada al destino.

Vamos a tomar unas copas a "L' AUBERGE".



La antigua amistad que unía Renny y Michel, hacía agradable la intimidad de esos días dedicados a descubrir bellos lugares en el valle y la montaña, a conversar del pasado, a quedarse silenciosos frente a sus ponches preparados con habilidad por Madame Dufour, la dueña del acogedor salón de té.



Y fue allí, precisamente, donde la vieron, por primera vez. Comprendieron en seguida que no era una turista más, y quedaron igualmente impresionados por la esbelta figura llena de prestancia, el rostro pálido, los ojos brillantes de tinte violáceo.



Madame Dufour hizo una tarde las presentaciones.

La doctora Moreau. Ha llegado recientemente de París.

¡Oh, entonces tendremos que hacerle los honores del lugar!



Sería muy agradable, pero lo siento. Tengo todas mis horas ocupadas. Encantada de conocerles.





Supieron que estaba en el Sanatorio "MONTFLEURY". Que el trabajo allí era agotador, y por lo mismo, escasas las veces que podía descender al pueblo. Correcta pero reservada, no daba lugar a la insistencia de los amigos.



Los ojos de Renny estaban fijos en aquellos otros violáceos, y por vez primera hizo una pregunta directa, apremiante.



Una breve pausa, mientras ella miraba el fuego, las mesitas acogedoras, el rostro de madame Dufour, con cierta tristeza.



Al llegar al sanatorio, comentó el encuentro con Marcel. Su tono pretendía ser alegre, vivaz...

¿Por qué te engañas? Viniste decidida a pasar tus horas aquí arriba, a no hablar ni ver a nadie. Y eso es lo conveniente.



La rutina, los horarios, empezaban a oprimirla.

¡Para ti todo resulta fácil!

Soy el primero en no salir nunca.



Al dejar "L'AUBERGE", Renny habló de ella.

Nunca creí que tuviera alguien realmente ojos color violeta. ¿Te fijaste que en su mirada había algo de angustia, de inquietud?



A las mujeres les agrada rodearse de cierto misterio, de provocar el interés. Estoy seguro que mañana volveremos a verla.



Pero hubo muchas mañanas y otros muchos atardeceres sin que la doctora Moreau volviera al pueblo. En vano se había esforzado Renny en descubrir su figura y cuando ya empezaba a aceptar el hecho de que no se produciría un nuevo encuentro, la vio junto a la capilla.



También Dénise los había visto, y espontáneamente hizo un gesto de saludo. Ellos representaban lo que había dejado atrás. Marcel no se había equivocado al pronosticarle cuán dura sería la prueba a la que se había sometido.





Marcel conocía superficialmente a Michel Caron y durante unos minutos la conversación se hizo general.

Podríamos almorzar juntos en la hostería.

¿Podríamos realmente, Marcel? Sería agradable.

Lo siento. Tengo que regresar al sanatorio. Pero si quieres quedarte...

A Renny le molestó el permiso concedido como una gracia y la mirada fría del doctor Delange. Cuando quedaron solos...

Es sin duda un hombre autoritario y seguramente por ello no ha vuelto usted al pueblo.

¡Oh... no ha sido precisamente por él!

No dio más explicaciones durante el paseo, el copioso almuerzo, ni el par de horas pasadas en "L'AUBERGE", escuchando una deliciosa música.

Tendría que regresar.

La hemos recuperado y no la dejaremos partir tan pronto.

Algunas parejas bailaban. Renny se apoderó de su mano con un gesto posesivo y la obligó a levantarse.

Los días han sido demasiado largos sin verla para que hoy dejemos que este domingo termine tan pronto.

Era sugestiva la personalidad de Renny por cuanto mezclaba a la impasibilidad sajona que le permitía alejarse en espíritu, y controlar sus nervios, una impetuosidad y vehemencia latinas. Dénise pensó en ello mientras comprobaba que nadie le había ceñido la cintura bailando, como él lo estaba haciendo.

Se sentía un poco mareada, aturdida...

Cuando entre dos personas existe una gran comprensión, pueden llegar a sentirse solas en medio de la gente. Y eso es agradable.

Michel bailaba con una linda jovencita. Renny y Dénise se sentaron a conversar; y sin preguntas él se encontró hablándole de su vida en Londres, de su próxima boda, y de las dudas que lo llevaron hasta allí.

No es un buen remedio la huida. Hay que afrontar las cosas.

Para poder estar seguros. Regrese lo antes posible a su mundo, Renny, porque sólo así encontrará la respuesta.

¿No podría hallarla aquí?

Tal vez... Pero siempre enfrentando lo que se dejó atrás.

¿Acaso por eso ha venido usted aquí y ha dejado París, Dénise?



Se dio cuenta de su indiscreción al verla rehuir su insistente mirada. Era la segunda vez que se veían. ¿Por qué le parecía que la conocía de siempre? ¿Por qué tenía esa necesidad imperiosa de "saber"? Ella sonrió con cierta tristeza.



Hubo una breve pausa. Luego ... Sucedió de pronto, imprevistamente. A causa de Marcel, del doctor Delange, quiero decir ...



Le ruego que disculpe mi indiscreción. Está basada en el deseo de conocerla mejor de destruir lo que nos hace extraños el uno del otro.



Dénise comprendió, pero no quería condensar su vida en unas palabras, por lo menos, no todavía. Cuando manifestó su deseo de regresar al sanatorio, Ren-ny la acompañó en el auto de Marcel. Dejaron atrás el pueblo adormecido en el valle por las sombras del crepúsculo, y hablaron animadamente hasta que...



... MONTFLEURY apareció ante ellos. Un cambio se produjo entonces en ella. Fría y circunspecta tendió su mano.



O estás aquí, o te quedas en el pueblo. Aceptaste una invitación a almorzar y regresas de noche.

Te ruego que me comprendas. Este encierro es espantoso.



No necesitas decirme que mi compañía no te sirve de nada.



Había apoyado con ternura su mano en el brazo de él y de nuevo se reveló Marcel ante su proximidad, ante su gesto dulce.



Dénise estaba cansada de preguntas que no podían ser contestadas. Cansada de todo, huyó para que él no viera las lágrimas en sus ojos ni presintiera lo que comenzaba en su



También Marcel decidió en adelante ocultar sus reacciones y no le hizo nuevos reproches por sus frecuentes salidas. Michel notó el cambio y lo comentó:

Parece que el doctor Delange se muestra menos exigente con Dénise, ya que ella puede venir todas las tardes.





Sigue no obstante temerosa de él, que la somete a horarios. Terminado su trabajo, podría disponer libremente de su tiempo. ¿Por qué no lo hace?



Michel se inquietó. El interés de Renny podía significar una complicación para éste, pero él no podía hacer nada desde su papel de espectador a veces molesto incluso. Su inquietud hubiera sido mayor de escuchar más tarde la conversación de su amigo con la joven.



Te siento cerca y lejana a la vez. Como si tu cuerpo estuviera aquí, y tu espíritu estuviera muy lejos. Tengo necesidad de saber lo que pasa en tu interior, Dénise.

¿Para qué, Renny? En unos días todo habrá terminado. Tú regresarás a Inglaterra; Michel invitará a un nuevo amigo, y yo...



...es posible que siga allá arriba tratando de hallar la paz que buscaba al venir.



En los dos había estado el mismo anhelo, y en ambos estaba ahora la misma desesperación de saber que ya difícilmente podrían encontrar la paz estando separados.

Días marcados de encuentros y despedidas, con impulsos siempre controlados de dejar en libertad los sentimientos, pero esa noche, ya ante la puerta del sanatorio, Renny afrontó la realidad. Le pareció de pronto muy pequeña e indefensa, con su gorro blanco de piel que destacaba la negrura del cabello y la luminosidad de los ojos en los que había una gran tristeza.



Tomó sus manos heladas entre las suyas y las besó. Luego...

Es preciso que dejes tu trabajo aquí.

Renny... no comprendo...



Regresaré a Inglaterra y arreglaré todo. Luego nos reuniremos en París. No podemos vivir separados. ¡Te necesito!

¡Pero eso es absurdo! ¡Es imposible!



Tras el ventanal, la mano oprimía nerviosa las cortinas. Era doloroso verlos allí, tan juntos, ajenos a los copos de nieve que iban cayendo con suavidad sobre ellos. Se dijo con ironía que era un cuadro encantador.



No vio así endurecerse el rostro de Renny Wellesley, al que las palabras de Dénise habían herido.

¡No hay nada absurdo en mi amor por ti!

Tienes tu vida planeada...



Las mejillas estaban rojas, pero el frío intenso la hacía temblar. Haciendo un esfuerzo, siguió allí.

Vas a casarte y no puedo interponerme porque, por otra parte, existe algo que tú ignoras de mi vida...



¡No me importa en absoluto nada de tu pasado! Mañana decidiremos todo. Te esperaré en seguida del almuerzo. Te quiero, Dénise.





Detrás de la puerta la esperaba un Marcel pálido, pero silencioso. El dolor de ella se desbordó al estar a su lado. ¿Cómo podía pensar en un mañana ni forjar nuevas ilusiones?



¡Oh, Marcel! ¿He tenido que enamorarme precisamente ahora?

Te has dejado influenciar por los encuentros románticos, por el paisaje, incluso. Y por todo lo de imposible que hay entre los dos.

Tienes razón, Marcel. Discúlpame.



En medio de su debilidad, una decisión terrible terminaba de nacer en su interior. Trató de sonreír.

Y no te preocupes. Siempre he sabido arreglar mis cosas. Gracias por tu comprensión y tu cariño.



Aquellos brazos supieron cobijarla con ternura. Habían esperado muchos años el momento de poder estrechar otra vez a la muchachita que había dedicado su vida a un sólo ideal y que rompiera su noviazgo con él para dedicarse a la medicina, para trabajar incansablemente.

¡Querida...!



En dos días tan sólo, el mundo podía parecer muy distinto. Renny se sentía abrumado y las palabras de Michel no eran ningún consuelo.

Sólo estás deslumbrado. Sigues queriendo a Helen.



"¿Helen?" Trató de recordar el rostro bello pero frío, la figura elegante, los ademanes gráciles de la que era su novia desde la adolescencia, pero se interponía la silueta de Dénise Moreau, la mujer que en unas horas le había hecho el mas desgraciado de los hombres.



Decidido, tomó el camino de MONTFLEURY y se hizo anunciar al doctor Delange. Quería saber el motivo, la excusa, la causa... Y sus primeras palabras fueron una pregunta directa:

¿Por qué se ha marchado la doctora Moreau del sanatorio?



Las últimas palabras de Dénise, la tarde anterior, habían sido: "Por favor, Marcel. No le digas la verdad". Se volvió para encender la pipa y ganar así un tiempo de espera. Después...



Ha tenido que volver a París. En nuestra profesión estamos expuestos a cambios imprevistos.

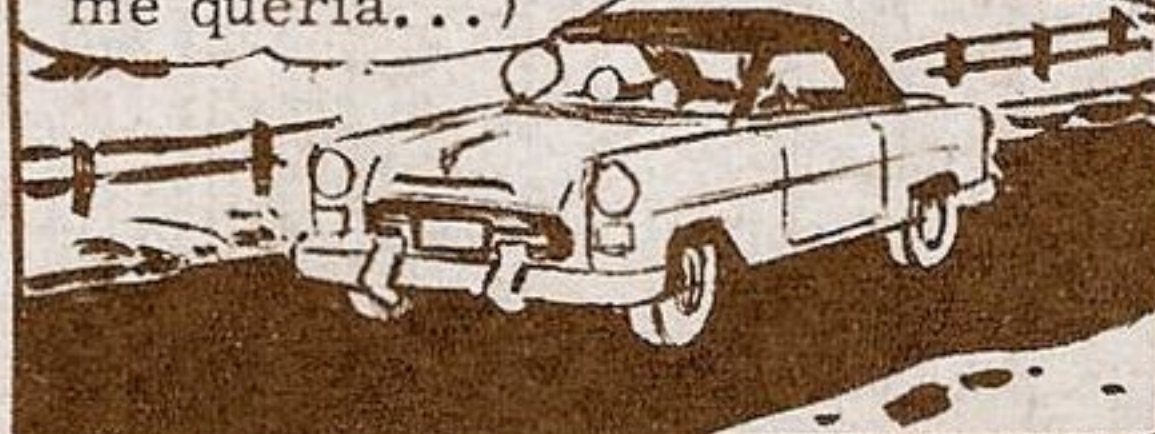
¿Volverá?



Lo dudo. Su despedida ha sido casi definitiva. Creo que le mandó a usted una nota...

Sí, le había enviado una nota por medio de madame Dufour. Apenas unas líneas, que nada explicaban, que ninguna posibilidad dejaban para el futuro. Tras ellas había escondido su cobardía para una despedida de frente.

(Me dejó ilusionar pero no me quería...)





Comprenderás que no deseo continuar aquí. Te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí, pero mañana me marcharé.



El profesor Perrier frunció el ceño al estrechar la mano de la doctora Moreau:

Creo que su regreso ha sido prematuro. ¿Lo consultó con Marcel?



Bueno. El no quiso acceder, pero...

De nuevo el valle, los senderos ascendentes con aroma de pinos, la blancura de la nieve, el sanatorio. Dénise trató de bromear.

Demasiado caprichosa para ser doctora. ¿Podrás perdonarme?



No tendría que hacerlo, pero... ¿Cómo evitarlo?

En mi egoísmo llegué a desear que esto ocurriera y que volvieras a mi lado. Te quiero, Dénise; no tengo por qué ocultarlo.



Muy romántica ahora tu declaración.

Dudas más terribles que las que le impulsaran a llegar al escondido pueblecito de Suiza en busca de sosiego y paz, torturaban su espíritu al alejarse en la siguiente mañana. Ya nunca olvidaría aquel lugar. Y miró con angustia el valle, las montañas, el blanco edificio del MONTFLEURY. Se sentía más solo que nunca frente a un destino de sombras.



Dos meses pueden ser un lapso de tiempo largo o corto según la intensidad con que sus horas sean vividas. Para Dénise Moreau resultó muy breve. Demasiado para ver destruída una pequeña ilusión que había ido naciendo en su alma.

Tendrá usted que volver allá. Es preciso, para evitar un mal mayor.



Michel Caron supo de su llegada por madame Dufour, y aguardando una visita que no se produjo, se decidió por fin a verla. Más tarde, al salir de la entrevista con Dénise, que tuvo lugar en MONTFLEURY y que había durado segundos, su rostro evidenciaba inquietud.

(No puedo decirselo a Renny...)



Para Marcel Delange los dos meses resultaron interminables. Pero esa mañana, al recibir unas hojas de papel llenas de una escritura fina y nerviosa, en medio de su pena, sonrió.

(Regresa. Y tal vez ahora...)



En la habitación blanca, silenciosa, Dénise oprimía la mano de Marcel.



Era inevitable. No podemos eludir por mucho tiempo la verdad, aunque tratemos de esconderla.

Trataba de restar seriedad al momento, aunque ella sabía del amor del hombre mantenido en silencio. Luego, con dulzura, trató de hacerlo razonar:

Tu amor por mí es algo hermoso, pero precisamente por eso no puedo aceptarlo para dar en cambio tan poco.



Sir Renato Wellesley regresaba como cada mediodía del Parlamento. Su vida estaba perfectamente organizada y todos le auguraban un brillante porvenir como político pese a su juventud, hablándose ya de un cargo diplomático para ultimar una difícil misión.



Veré luego mi correspondencia, Sitwell. Sírname ahora un whisky.



Hay un telegrama de Suiza, señor.

No es posible que...



En su vida cronometrada, no había dejado cabida para los recuerdos, pero se dio cuenta de que estaban allí, de que nada había olvidado, al releer la frase incomprensible de Michel Caron: "Ha sucedido algo. Ven en seguida. Dénise ha regresado." Y ninguna referencia al acontecimiento que tanta sensación causara en Londres.



En Montfleury llegaba a su fin un día más de intenso trabajo, y el director del sanatorio, el anciano doctor Eriksson, reservó para ese momento las palabras que tanto dolor causarían al que ya en realidad conocía el veredicto.



Hay muy poco que hacer. Hemos agotado todas las posibilidades.

Se rebelaba el hombre que suplantaba al médico.



Es necesario apelar a todos los recursos. Reconozco que el organismo ha llegado al límite de resistencia, pero... ¡no puede ser ya el fin!

El médico movió pesaroso la cabeza. Se había enfrentado con uno de los casos más extraños y tristes, pero no podían hacerse milagros con quien, conociendo el peligro, había arriesgado a sabiendas la vida.



La pregunta que un día hiciera Marcel con desesperación estuvo en los labios de Renny al llegar a Suiza, al conocer la verdad.



¿Por qué...? Pudo decírmelo, no nos habríamos separado y ella no habría cometido la locura de abandonar este lugar.

Michel, pesaroso, comentó:

Quizá tuvo miedo de destruir una ilusión. Fingía trabajar en el sanatorio. Ella no creyó enamorarse primero, y después...



De algo se alegraba Michel y era de saber que Renny también la quería, pues aún creyéndola perdida para siempre para él, en cuanto llegó a Inglaterra había roto su compromiso con Helen. Se sentía un poco en el papel de Destino y deseaba que se produjera el reencuentro de su amigo con Dénise.



Tendida en su lecho se la veía pequeña y frágil. Había algo aterrador en su inmovilidad. Sus cabellos oscuros, esparcidos sobre la almohada, contrastaban con el rostro aún más hermoso en la palidez. Marcel, crispados los puños, se limitó a decir:



Se ha dormido... Tuve que darle un calmante.



Renny sentía por primera vez en la vida que las lágrimas se agolpaban en sus ojos.



Es preciso salvarla aunque no sea para mí. No estoy seguro todavía de su amor, pero daría todo la felicidad que ella puede proporcionarme...

... a cambio de que ella mejorara.

Comprendo.



Dos hombres ante la mujer que amaban, aunados por el dolor, por la rebeldía para aceptar una realidad cruel.

¡Renny! ¡No... no debes estar aquí! ¿Por qué lo permitiste, Marcel?



Sollozando se dejó caer junto a ella, y besó las manos de impresionante transparencia.



¡Me quedaré para siempre a tu lado!

De nada sirvieron sus súplicas. Dénise no le daba ninguna posibilidad, ninguna esperanza para el futuro e incluso confesaba sus dudas.

No sé si te quiero. Aún sin estar enferma, no podría darte una contestación. Trata de olvidarme, Renny, como casi había logrado hacerlo yo...



Marcel se volvió bruscamente y se alejó. Dénise acarició la inclinada cabeza.

No es posible, Renny. Tenemos caminos distintos. Fue todo un bello sueño y nada más. Un sueño destruido por la realidad.



Más que las palabras, lo hirió el tono frío de la voz. Cuando estuvo de vuelta abajo en el valle, Michel fue testigo de su dolor.

Bueno, quizá se marchó por no estar segura de quererte. Y pienso que el doctor Delange siente por ella algo más que un interés profesional.



Fue esa la última pregunta que hizo Renny y obtuvo la respuesta menos deseada.

Efectivamente, fui novio de Dénise y la sigo queriendo...



Anochece. La nieve caía lentamente sobre la montaña y la habitación estaba sumida en una penumbra azulada.



¿Por qué lo dejaste partir, Dénise? ¿Por qué le mentiste?

El sacrificio quedaba resumido en unas breves palabras.

Ambos sabemos, doctor Delange, que no tengo muchas posibilidades a mi favor. No podía destrozar su vida uniéndola a la mía, no "podía" saber que lo amo.



De lo contrario no habría querido regresar a Londres ni aceptar el cargo ofrecido. Y tú sabes que "todo" puede terminar en unos días.





Era agradable saber que Marcel estaba a su lado, y mientras moría el día, Dénise trató de adormecerse. Quizá en sueños podría evocar el rostro del hombre que amaba y al que sin embargo había apartado de su vida.



La vieja enfermera miraba con tristeza la pequeña habitación desmantelada.

Un año es demasiado tiempo para ver que ahora sus cosas ya no están aquí...



Ella en cierta forma va a estar siempre en esta habitación, Marie...



Había sido aquel un largo y duro año. Marcel contempló el día luminoso que vestía de fiesta los campos.

Dénise ha dejado la oscuridad, el frío y la nieve de este lugar. Va en busca del sol, de su felicidad...



Le costó gran esfuerzo decir eso, pero sabía que las cosas no podían ser de otra manera. Y entonces recibió la gran sorpresa:



Abajo, en el vestíbulo, estaba ella, la nueva Dénise, totalmente restablecida. El milagro se había producido.



No creí vivir este momento. Gracias, Marcel. Te lo debo a ti.

Amo mi profesión y no sabría tener un hogar propio, porque el nuestro está en los hospitales de todo el mundo, junto a los que sufren.



Vendré a visitarte de vez en cuando. Ya nunca podré dejar definitivamente Suiza. Me has enseñado a querer este lugar.



Eres ya libre de disponer de tu vida. Puedes ir en busca de Renny. Te corresponde.

Junto a quienes sólo tienen a su lado a personas que como tú y yo renuncian a una vida particular. Es casi un apostolado, ¿comprendes?

Trataré de hacerlo... Y me ayudará pensar que a través de tu vocación, seguiremos juntos.



Quedaba atrás Montfleury, con sus días blancos, sus noches interminables, su silencio. La prueba había sido superada. En la despedida, Dénise se había sentido mas cerca de Marcel que nunca. Habían sido ELLOS mismos, al dejar hablar a sus almas. Y ella sintió pena por el hombre que empezaba a envejecer sufriendo en el dolor de los otros.



Sabía que siempre seguiría amando al hombre que un día hiciera que se alejara de su lado, al hombre que ya había triunfado, pero estaba contenta con su destino porque se debía a muchos que la necesitaban, y a los que podría ayudar, tal como Marcel Delange la había ayudado a ella



FIN



# AQUÍ LA NOTICIA

por ALFREDO FERRONI

## Los Quintillizos Norteamericanos

Esta tarde fueron bautizados y bautizados excepcionalmente.

Mary; dentro de unos días cada uno de ellos recibirá un seudónimo.

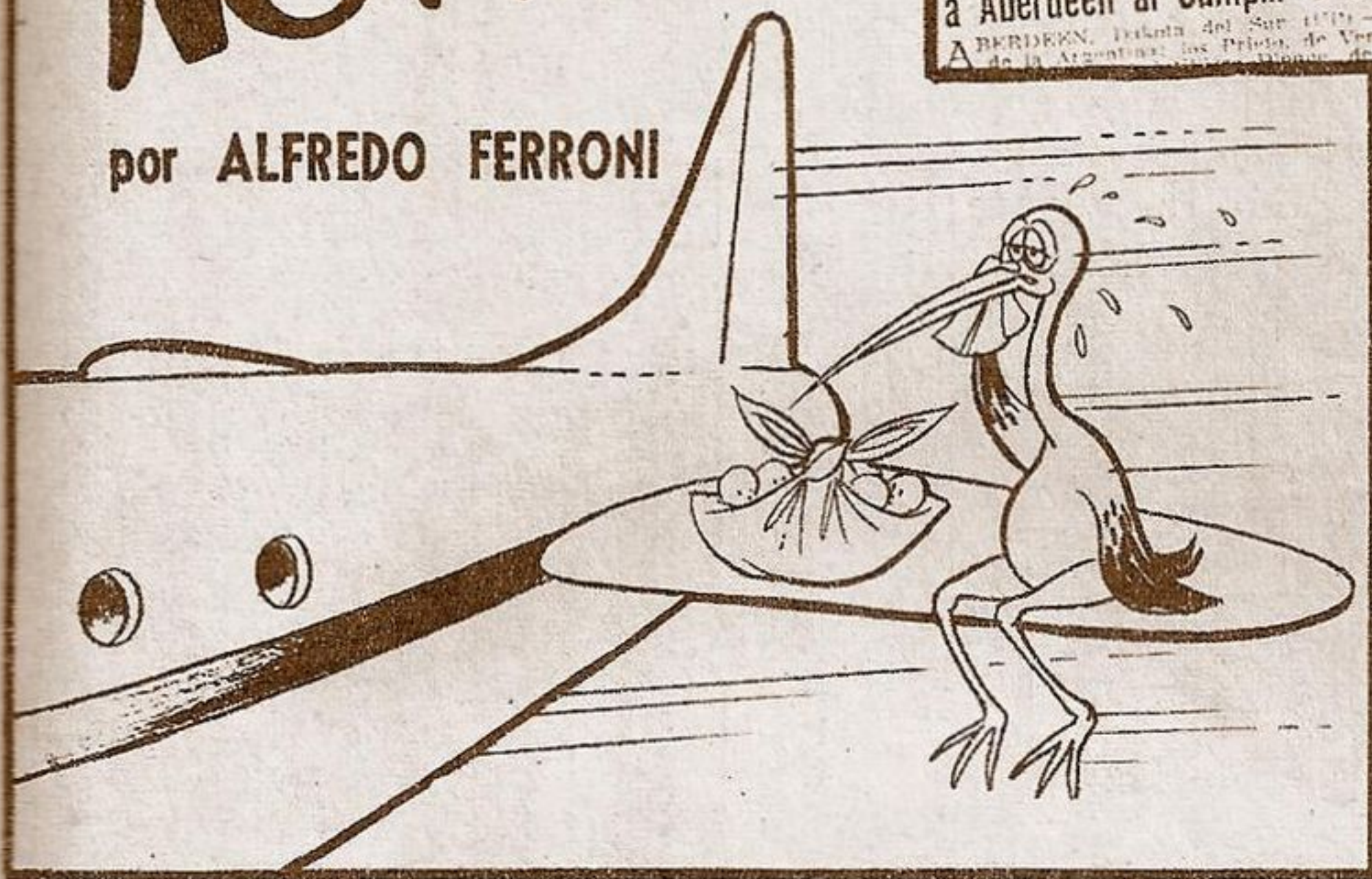
excelentes posibilidades de vivir y el padre está preocupado por su poco sueldo. Los quintillizos.

## Los Quintillizos de Venezuela

Se hallan en incubadora.

Los Quintillizos Dilligenti y las Dionne Irán a Aberdeen al Cumplir 4 Semanas los Fischer.

no anterior que viven con ella y su flamante esposo. El padre es un obrero petrolero que tenía 8 hijos, cuya tenencia pertenece a su anterior esposa. Hay antecedentes de nacimientos múltiples en la familia.



- Es la última vez que acepto llevar quintillizos.



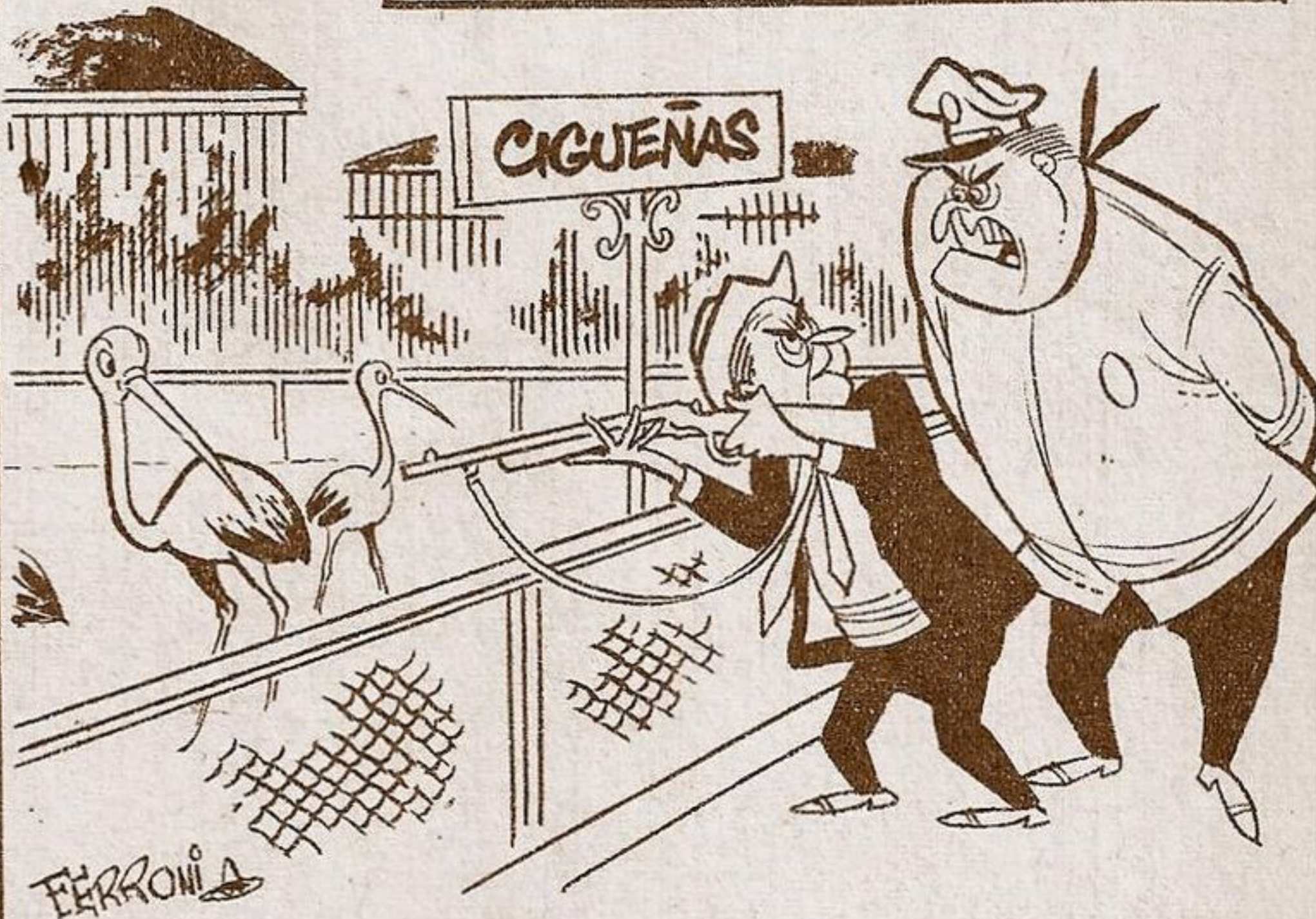
-El papá de los quintillizos es el señor; el suyo es éste.



-No, no es ninguna broma. Los tiene que llevar todos.



-Sírvase, señor. Creo que le va a hacer falta.



- ¡Un momento! ¿Qué va a hacer?





# DR. KILDARE

Por KEN BALD



En el hospital Blair se recibe un llamado de urgencia.

¿Adónde vamos, Eddie?

A las calles Lane y Front. Es un barrio muy pobre, doctor Kildare.



¡Ojalá que la policía llegue primero que nosotros.

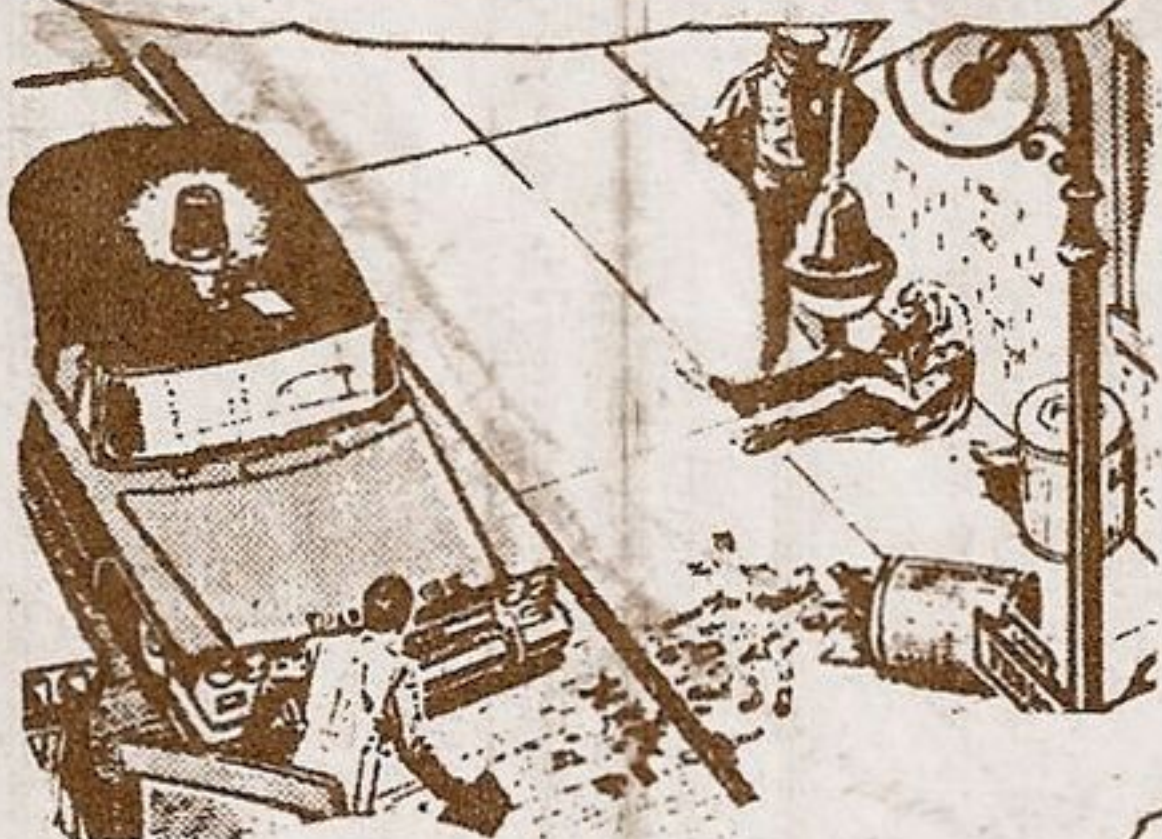


Y en el barrio...

¡Huyamos! ¡Viene la policía!



¡Hola, doctor! A este pobre chico lo aporrearón fuerte.



¿Qué le parece, doctor? Usted pelea con uno de ellos y los compinches aparecen por los callejones y... ¡paf!



Yo estaba ganando hasta que llegaron las reservas. Entonces me hubiera hecho falta una pistola. ¿Tiene un cigarrillo?

Ahora no. Descanse.



Sea bueno, doctor. Deme un cigarrillo. Me muero de ganas de...

Calma, muchacho.



¿Cuánto tiempo hace que tiene usted estos temblores?

No haga de esto un caso federal, doctor.



¡Suélteme! ¿Qué espera que tenga después de la paliza que me dieron? Como para no temblar.



¿Cuál es su nombre?



Robin Hodd... con otra manera de actuar. Robo al pobre para dar al rico. ¿Otra pregunta, doctor?



Usted debe tener una familia que se interese por usted.



¡Claro, doctor! Todos los chicos del bosque Sherwood son mis familiares.



Doctor Gillespie, el muchacho no quiere dar su nombre. Me preocupan los temblores que tiene. ¿Quiere usted verlo?



Voy a hacerle unas preguntas y le aconsejo no hacerse el gracioso.



¿Sabe una cosa, doctor? Usted se parece a mi padre. Diferente estilo, pero igual actitud.



Mientras...

¿Así que no pueden localizar al muchacho? La palabra imposible no existe en esta organización. Así que encuentren al muchacho, ¿entienden?



El doctor Kildare me ha informado que usted sufre de temblores.

¡Chismoso!



No voy a continuar interrogándolo. Encárguese usted de él, doctor.

Bien, señor.



¿Lo metí a usted en líos con mis chistes, doctor? ¿Lo dejarán cesante?



Probablemente. Bueno, basta de bromas y vamos a conversar.

¿Para qué? Usted me recogió, me remendó las heridas y ahora déjeme seguir mi camino.



Debo averiguar qué es lo que lo aqueja.

¿Cómo se toma en serio la profesión!



Continúa con los temblores y sospecho rigidez en los miembros superiores. ¿Quiere usted verlo hoy, doctor Gillespie?



¿Se refiere a ese "Robin Hood"?



¿Qué alboroto es éste?

¿Quién grita?

¡Quiero ver al director del hospital!



Soy el doctor Gillespie, jefe del servicio médico. ¿Qué desea?



¡Y yo soy L. J. Price! Los detectives privados que contraté me informaron que mi hijo está aquí. ¡Quiero verlo!





¿Cómo se llama?

Puede ser cualquiera.  
El rey Ricardo III, o  
Robin Hood.

¡Robin Hood!

Tenemos un paciente en la sala  
que dice ser Robin Hood.

¡Mi hijo en una  
sala común!

Señores: soy L.J. Price.  
¿Tiene alguno de ustedes  
la menor idea de lo que  
ese nombre significa?

Para nosotros, puede que  
signifique que es usted el  
padre de un joven rebelde  
que lo necesita en este  
momento.

¡Jeff! No sé por qué tolero tus lo-  
curas. ¡Mi hijo en una sala co-  
mún!

¿Y qué es lo que tiene  
mi muchacho? A mí  
me parece que está  
perfectamente bien.

¡Claro que estoy  
bien! Pero no me  
dejan salir.

Que alguien me de la ropa, y...

¿Qué te pasa en la ma-  
no, hijo? ¿Por qué tiem-  
blas?

¿Por qué no compras el hospi-  
tal para mí solo?

¿Qué sucede,  
doctor?

Aún no lo sabemos, señor. El  
doctor Kildare ha sugerido ha-  
cerle unos análisis.

¿Qué clase de aná-  
lisis, joven?

Sólo exploratorios.

¡No quiero que me hagan análi-  
sis, papá! ¡Es una trampa! ¡Sá-  
came de aquí!

¿Puedo hablarle en priva-  
do, doctor Kildare?

Bueno, vamos al grano,  
señores. ¿Qué tiene mi  
hijo?

No lo sabemos con  
certeza, señor Price.

El mal de Pákinson.

Usted parece estar seguro, doc-  
tor. Acláremelo.

Con permiso del  
doctor Gillespie...

Si el señor Price compren-  
de que ésto es sólo un diag-  
nóstico preliminar...

Sí, compren-  
do. ¿Qué tie-  
ne Jeff?

Presenta los mismos síntomas.  
Temblores... rigidez en los mús-  
culos..., restricción perceptible  
en la emoción...



¿Cuál es la cura de ese mal? ¿Y cuánto tiempo tomará curarlo? No me importa lo que cueste.



Pero es que aún no estamos seguros de que sea ese mal, señor Price.

Sólo conocemos los síntomas. Estamos a oscuras con respecto a la causa. Tal vez provenga de una lesión al cerebro.



¿Qué clase de médicos son ustedes? Divagando cuando mi hijo está enfermo. ¡Tienen que curarlo! ¿Me oyen?



Para mí las enfermedades son como un problema mercantil. Se vence trabajando e invirtiendo dinero.



¿Qué pasa? Creí que con tu dinero me habrías sacado de aquí hace rato.



¡Saltó de la cama y salió corriendo, doctor!

Está bien. Nos ocuparemos del señor Price.



Jeff: estos doctores creen que necesitas ser hospitalizado. No es nada serio, pero tú sabes lo exigentes que son los médicos.



Lo sé, papá...

¡Y sé algo más:



¡Ellos creen que yo tengo el mal de Pákinson!



¿Por qué crees que tienes eso?

¿Recuerdas cuando enfermé en Europa hace un mes? Te pedí dinero para pagar a los médicos, ...



...y ellos me dijeron que era el mal de Pákinson. Yo les conté que estaban locos y me fuí.



Ahora me parece que no estaban errados. Mira cómo tiembla mi mano a un ritmo acelerado.



¿Qué importa este detalle, papá? Vamonos de aquí.

Quiero hablarte a solas, hijo.



No demoraré, señores.

Tome todo el tiempo que necesite.





Este asunto es muy serio, Jeff.



Sólo si dejas que te agobie, papá. Yo soy un poco filósofo. Si no es el mal de Párkinson, puede ser de algún resbalón en la bañera o algo así...

- No he sido un buen padre para ti, hijo.

Es que te encuentras muy ocupado en tus negocios...



No he pasado contigo ni un cumpleaños tuyo. Cuando mi secretaria me lo recordaba, te enviaba dinero.



Y yo nunca me quejé, ¿verdad? Tú tenías que vivir tu vida. Lo comprendí desde muy chico. No eres malo, papá.



Vas a curarte, Jeff.

¿Cómo? He leído mucho acerca del mal de Párkinson. Es algo muy serio.



Nada hay imposible, Jeff. Tengo dinero y te compraré la salud. Te lo prometo.



¿Crees que realmente lo podrás?

Jamás he fallado, Jeff, y tú no vas a ser mi primer fracaso.



Tengo que confesarte algo, papá.

¿Qué?



Tengo miedo. Si tengo que pasar el resto de mi vida así, temblando..., mejor no vivir.



¡Vivirás!



Doctor Kildare, quiero verlo mañana en mi oficina a las ocho y treinta.



No puedo, señor. Estoy de turno.



El doctor Kildare irá a su oficina, señor Price.



Cuando Price habla, el mundo escucha, doctor. Usted me hará un gran favor si va a la oficina de mi padre.



Luego...

¿Está usted en cirugía, doctor?



Recibí orden de visitar al señor Price esta mañana en su oficina.





Más tarde...

A la oficina del señor Price se llega únicamente por el ascensor privado. ¿Tiene usted cita con él?



Pase, doctor. Ellos lo esperan.



Bienvenido, doctor. Le presento a Orvin Holmes...

Mucho gusto.



¡Un momento! Soy el doctor James Kildare, interno del hospital Blair, y mi jefe es el doctor Gillespie, no el señor Holmes.



Siéntese, doctor. Quizá hemos hablado más aprisa de lo que usted está acostumbrado.

Eso creo, señor Price.



Orvin sabe toda la historia, doctor. Antecedentes, su labor...



He dado un cheque en blanco al hospital Blair. Quiero combatir el mal de Párkinson no en una cura parcial, sino total.



Quiero los mejores cerebros médicos del mundo, combinados con el mejor equipo. Cuando le digan a mi hijo Jeff que está mejor...



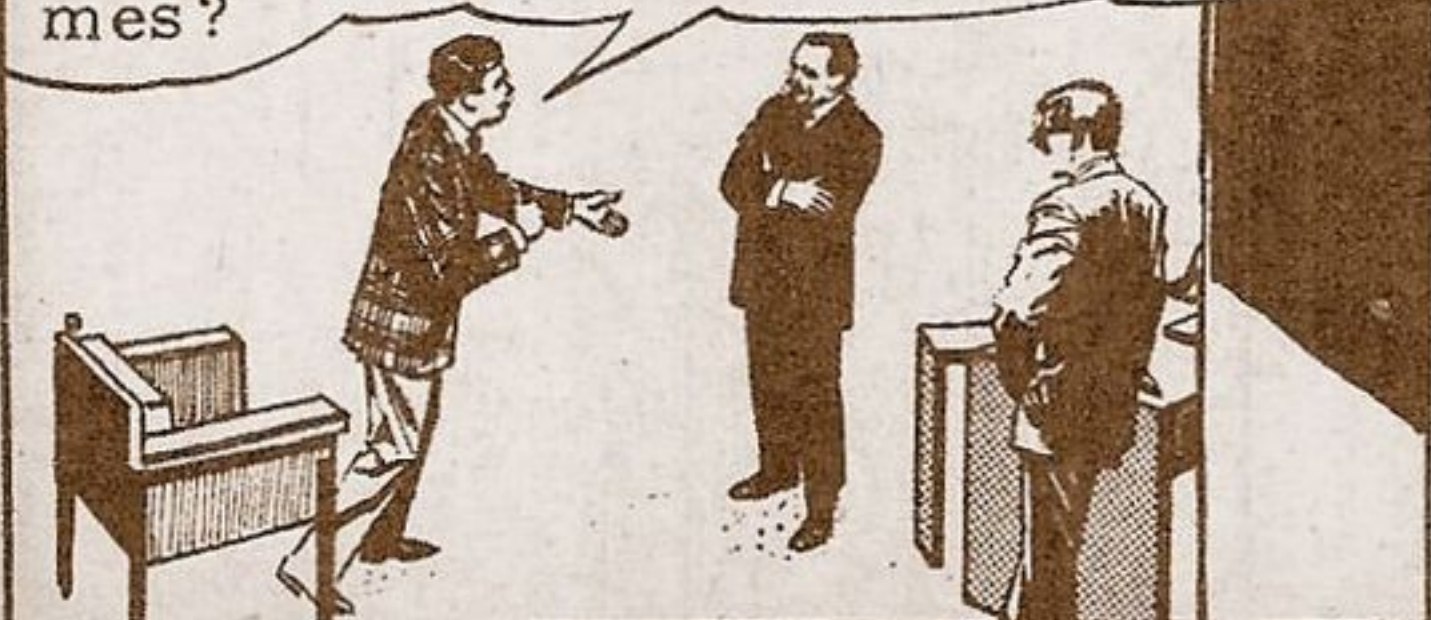
...no quiero que haya ninguna duda, ¿comprende? En resumen: el doctor Holmes va a dirigir esto y usted va a ser su ayudante.

Mi hijo lo quiere y confía en usted, joven.



Espero que no me haya entendido mal, pero el doctor Gillespie no querrá saber nada de esto.

Creo que es admirable que usted entregue fondos ilimitados al Blair para combatir el mal de Párkinson, pero yo sólo soy un interno. ¿Por qué seré yo el ayudante del doctor Holmes?



Perdone, doctor, pero el doctor Gillespie aprobó el plan.





Luego... Quiero ver en seguida al doctor Gillespie.



¡Oh! Entra usted como un ciclón, doctor Kildare.

¿Tomó un taxi desde la oficina del señor Price, doctor Kildare? Eso me parece un lujo para un interno.

¿Por qué lo hizo, doctor Gillespie?



Si diagnostico correctamente el tono de su voz, doctor Kildare, usted piensa que me he vendido como un esclavo, ¿no?

Puesto que usted lo dice...



¿Cree que yo aprobé que usted fuera el ayudante del doctor Holmes?

El señor Price parece creerlo así.



Price está equivocado. Yo no lo apruebo.



Cuando acepté una donación para el estudio del mal de Párkinson, el señor Price debe haber arribado a la conclusión de que yo lo relevaría a usted de sus deberes en el Blair, pero no tengo la menor intención de hacerlo.



¿Y si rechazo la oferta el señor Price retirará la donación?



Quizá...

¿Esta usted dispuesto a que yo arriesgue eso?

Sí.



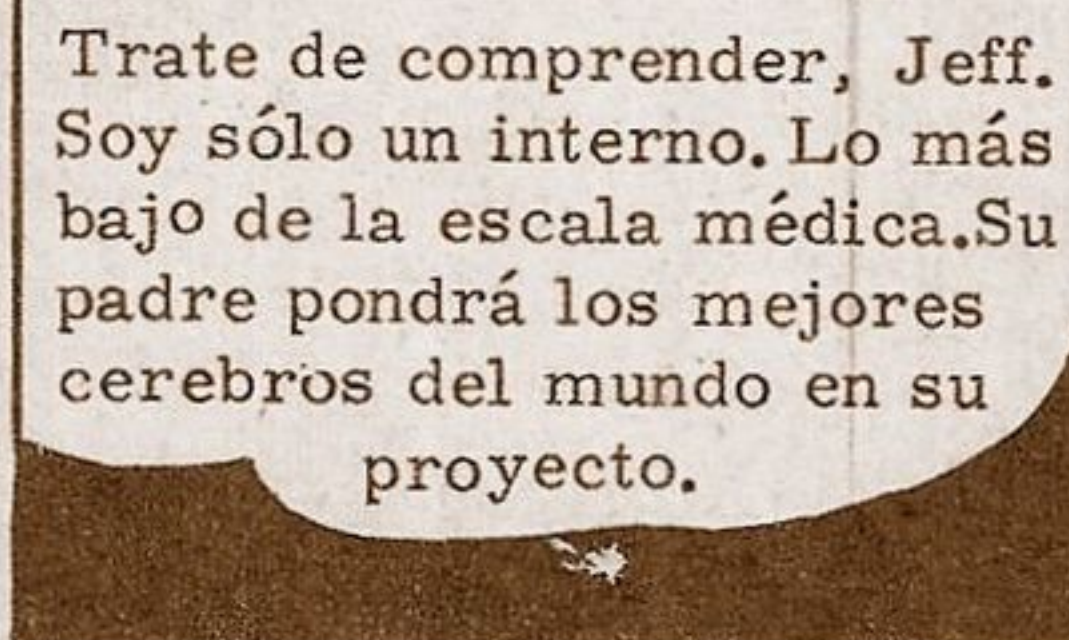
No voy a aceptar la oferta de su padre, Jeff. Pero eso no hace diferencia para usted.



Porque una vez recité las palabras de un hombre al que admiro mucho. "Viviré y ejerceré mi arte con mi pureza y santidad". Sigo tratando de emularlo.

¿Quién dice que no, doctor?

Trate de comprender, Jeff. Soy sólo un interno. Lo más bajo de la escala médica. Su padre pondrá los mejores cerebros del mundo en su proyecto.



Tres hurras a Hipócrates!

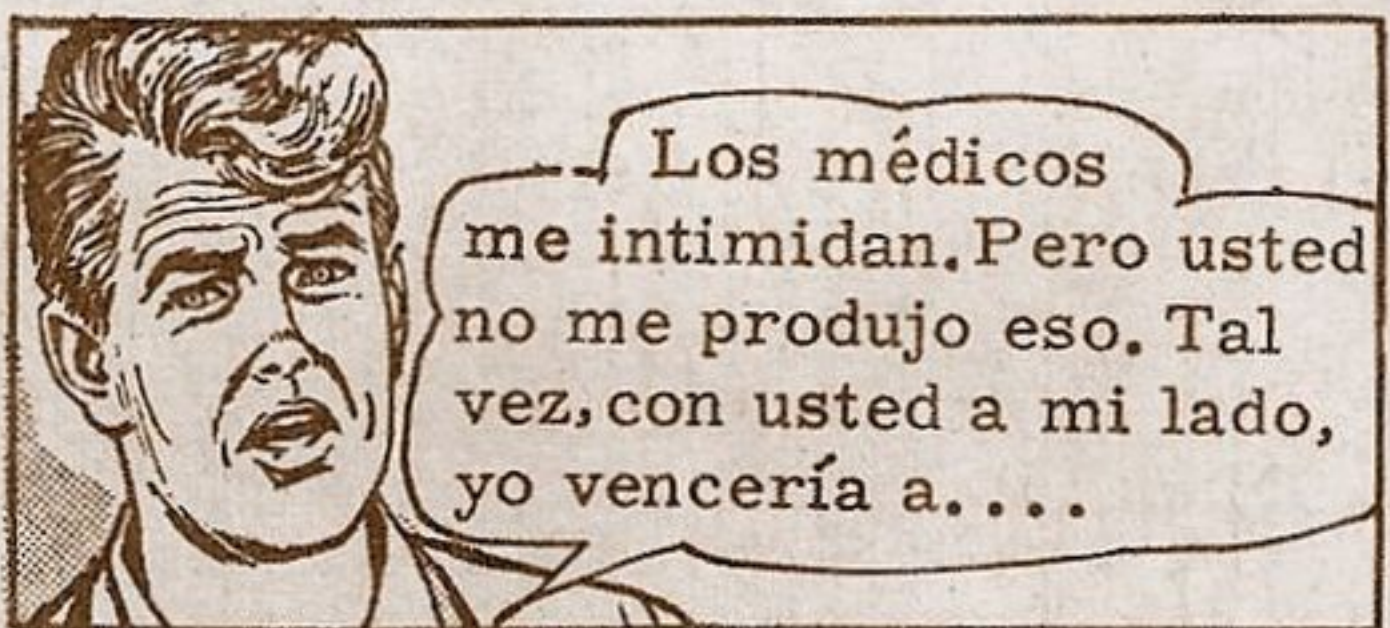


Luego...

Bueno, doctor. Somos un equipo, como diría mi padre. ¿Agarramos al viejo mal de Párkinson y lo hacemos añicos?



Los médicos me intimidan. Pero usted no me produjo eso. Tal vez, con usted a mi lado, yo vencería a....



Esos tipos y yo vivimos en planetas distintos. Como le dije, ellos me congelan la sangre. Pero olvídelo, doctor.





Usted tiene que vivir su vida, y yo... tengo los temblores para mantenerme caliente. Hasta la vista.



¿Doctor Gillespie? Habla L. J. Price. ¿Cómo está mi hijo? Supongo que el doctor Kildare ya está listo para trabajar para mí.



¿Qué? Confieso que me asombra. Estaré allí en quince minutos.



No, Holmes. A ese joven no se lo consigue con dinero. Bueno, por lo menos espero que le asignen el caso de Jeff. Ello necesita.



Pasaré todo el tiempo que pueda con Jeff, señor Price.



Gracias doctor. ¿Cómo lo tomó mi hijo?

Creo que no muy bien. Traté de explicarle, pero temo que no lo conseguí.



¿No es éste el...?

¿El cuarto de su hijo? Sí...



¿Alguien vio salir a Jeff Price del hospital? ¿La enfermera Jenkins? Que venga en seguida a verme.



Sí, doctor. Estaba con su ropa de calle. Al preguntarle si le había dado de alta...



...el me dijo que sí. Que había sido dado de alta por la raza humana.



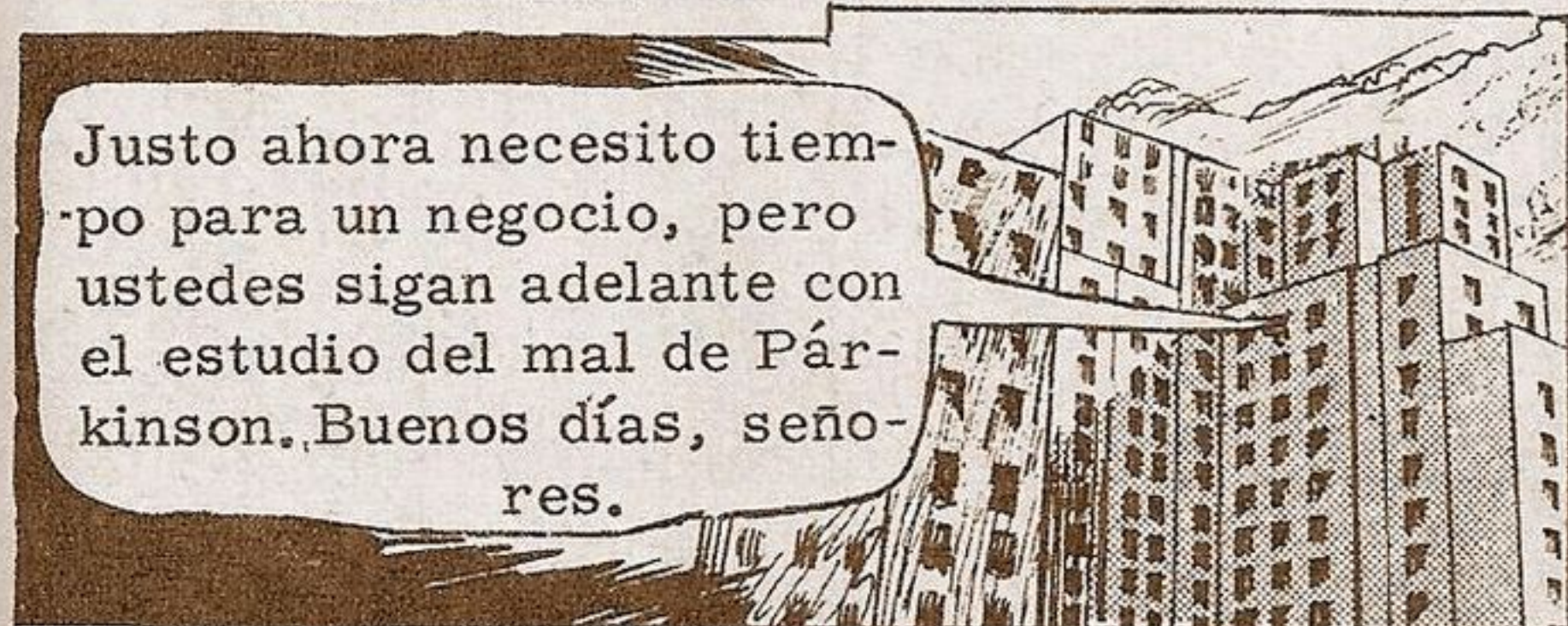
Habla Price, Sandy. Jeff ha vuelto a escapar y está enfermo. Quiero que venga inmediatamente al hospital Blair.



Un grupo de los mejores detectives de la ciudad estarán rastreando su pista en treinta minutos.



Justo ahora necesito tiempo para un negocio, pero ustedes sigan adelante con el estudio del mal de Parkinson. Buenos días, señores.



No entiendo al señor Price. Su hijo está vagando por allí y él se preocupa por un negocio. ¿Qué clase de hombre es?





Un hombre preocupado.

¡Y yo soy un médico preocupado!



Cubriré su guardia, pero al menos diviértase, doctor.

Me divertiré, Lloyd, gracias.



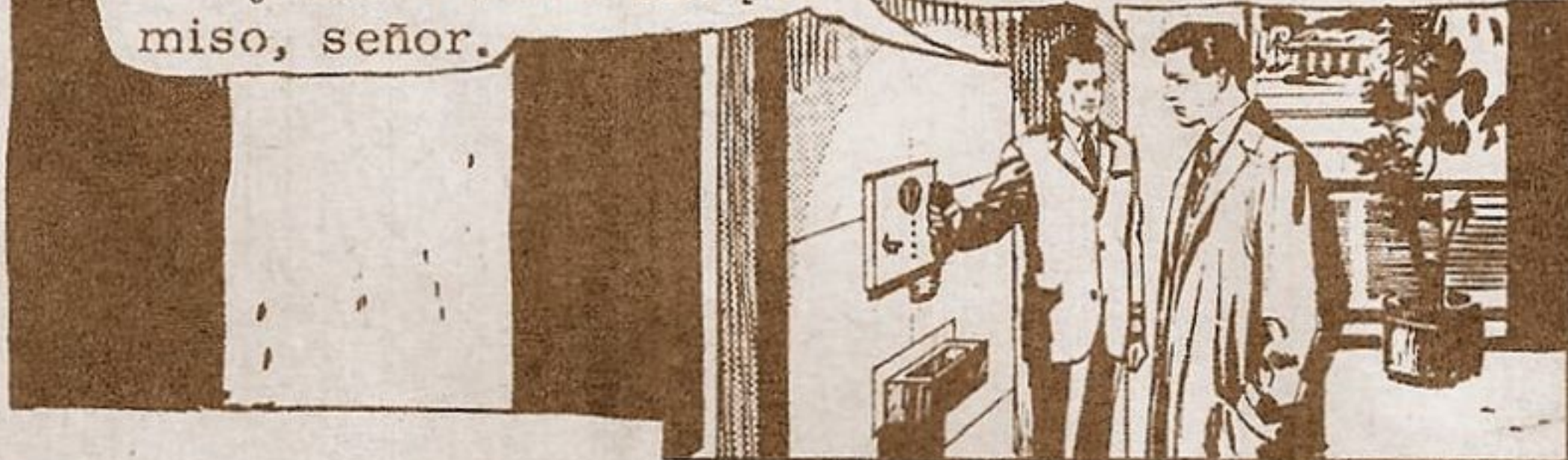
Durante horas, el doctor Kildare visita las cantinas de la ciudad, pero siempre la respuesta es la misma: "No hemos visto a nadie con esa descripción".



Luego...

Las oficinas están cerradas y nadie entra sin permiso, señor.

Llame al señor Price y dígame que el doctor Kildare desea verlo.



¡Hola, doctor! ¿Han encontrado a Jeff?

No, señor.



¿Puedo preguntarle algo, señor? Algo que no le va a gustar...



¿Por qué no está usted buscando a su hijo? ¿Por qué deja en manos de extraños esa delicada misión?



Creo que estoy cansadísimo; perdone mis palabras.

Siéntese, joven.



¿Como me voy a disgustar con alguien que estima a mi hijo, sin pensar que soy el mayor benefactor de su hospital?



Comprenda, doctor. Estoy en el negocio más importante de mi vida y no puedo abandonarlo.

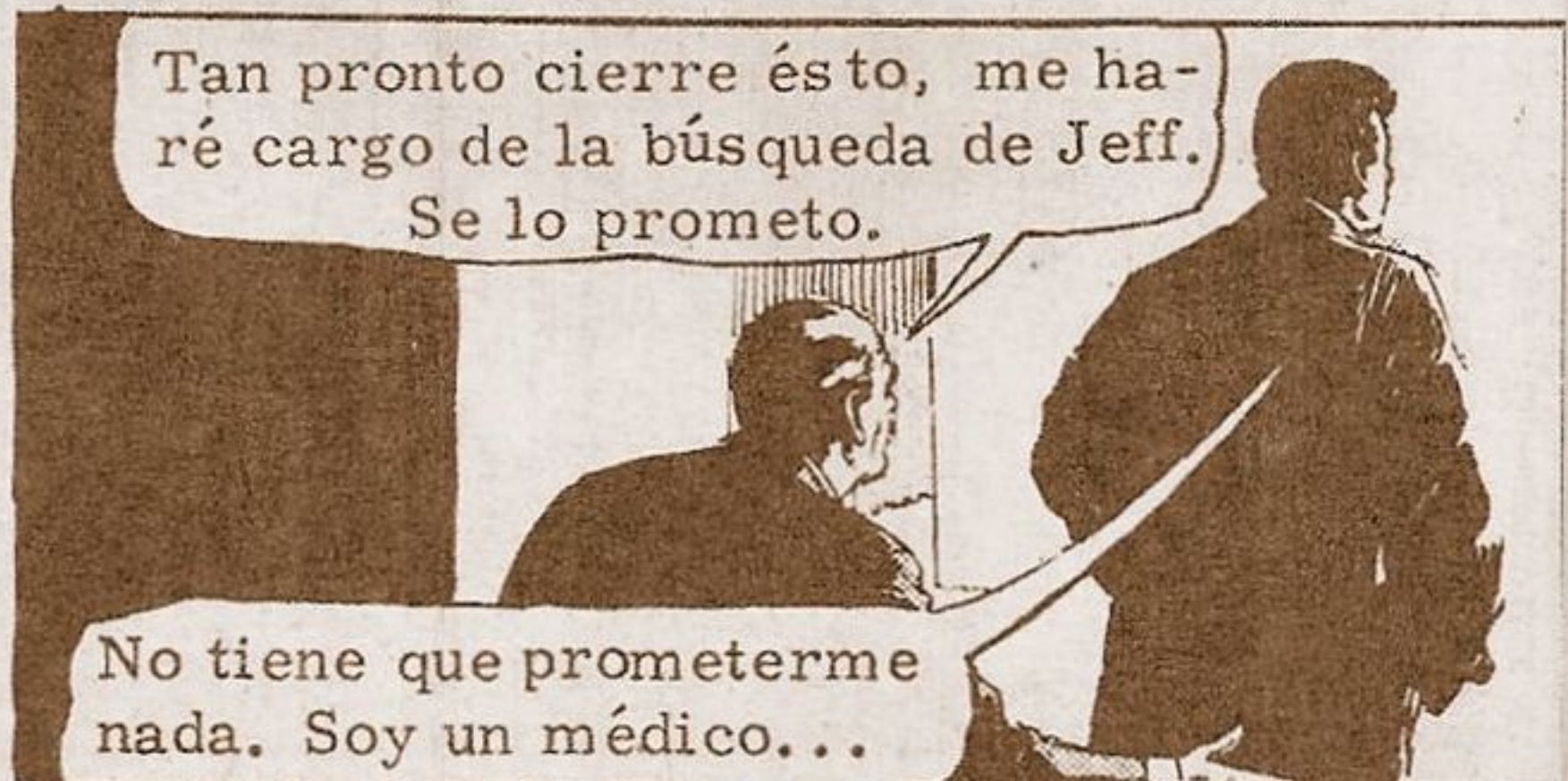


He invertido años y varias fortunas en ésto y debo poner todas mis energías en concretarlo. ¡Tengo que hacerlo!



Tan pronto cierre ésto, me haré cargo de la búsqueda de Jeff. Se lo prometo.

No tiene que prometerme nada. Soy un médico...





...y usted es su padre. Buenas noches.



La desaparición de Jeff Price ha afectado a muchos en el hospital Blair...

Estás horrible, Jim. ¿No has dormido?

No, Lucy.



(Usted es su padre y yo sólo un médico.)



Sigue, despréndete de las uñas, si quieres, mano estúpida.



Mientras ...



Tengo gente vigilando los aeropuertos y estaciones de ferrocarril, doctor Gillespie. Jeff aparecerá en algún lado.

Luego...



Tengo una idea...

Creo que está escondido en algún lugar de este barrio, cerca del hospital. Está asustado y probablemente no quiere alejarse de aquí.



Entretanto, Jeff...



Café.

En seguida, joven.

¿No se siente bien?



Sí. ¿Me da otra taza?

¿Quiere ponerla allí? La beberé en un minuto.



¿Por qué tiembla, joven?



¿Puedo hacer algo por usted?



Sí. Deme un nuevo sistema nervioso. El mío está perdido.

Oiga..., el vuelto.

Guárdese.



Vaya al café de Ana. Si su amigo vive en este barrio, es allí el único lugar decente para comer.



Un joven, de más o menos veinte años, pelirrojo y con pecas. ¿Lo ha visto?

Para decir verdad, ni siquiera les veo las caras.





-Es importante que lo localice.  
Está enfermo, y...

¿Enfermo? Espere... ¿Enfermo con temblores o algo así?



Aquí estuvo un joven al que le temblaban las manos. Derramó dos tazas de café sobre el mostrador.

¿Y...?



Me dejó una propina muy grande.

¿No sabe dónde vive?

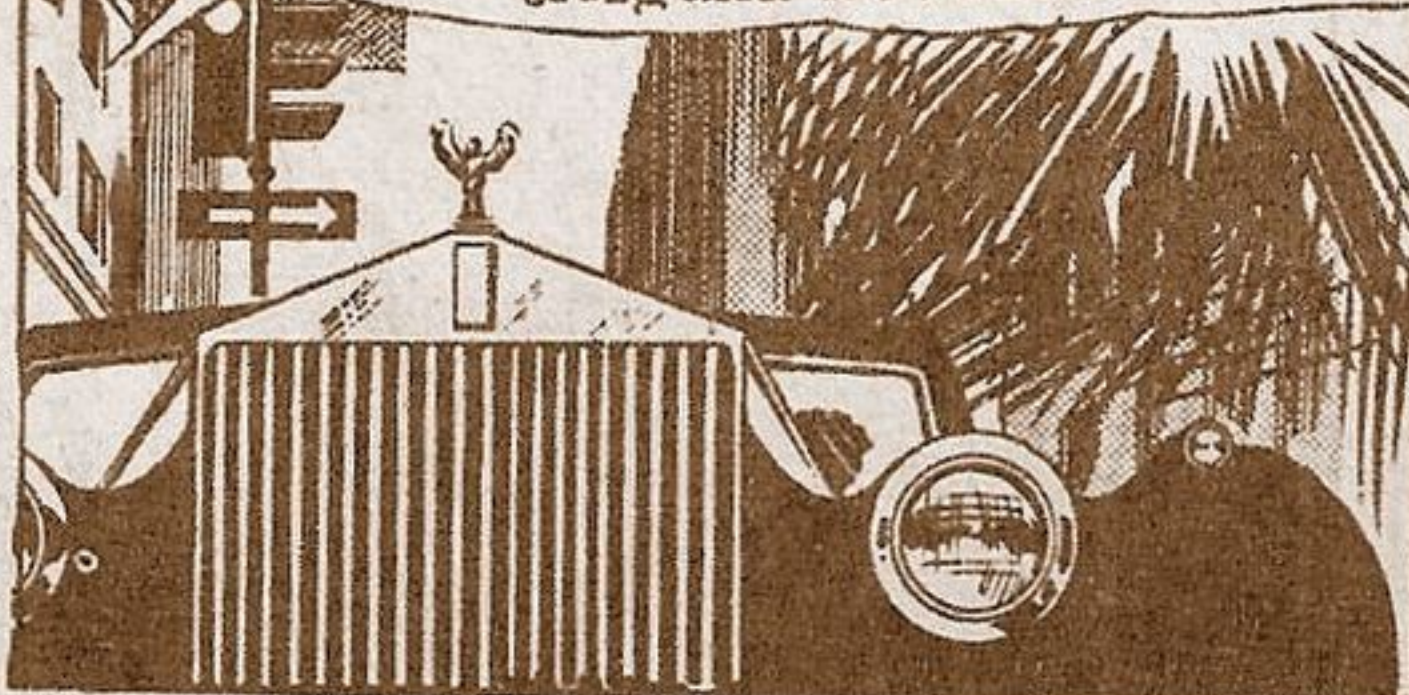


No tengo la menor idea.



Y el doctor Kildare continúa la incansable búsqueda de Jeff Price.

Habla L.J. Price, doctor Kildare.  
¿Alguna novedad?



Creo que sé dónde Jeff come. Volveré allá tan pronto termine mi turno.



El doctor Kildare desaprueba mi manera de ser. No puede comprender cómo es que yo continúo con mi negocio en lugar de buscar a mi hijo. Tal vez tenga razón...



Perdone, pero ya hemos cerrado.

No quiero comer nada. Necesito ayuda.



-Esto es un restaurante, no una clínica de siquiatria, joven. Tiene usted muy mal aspecto.

Me siento muy mal. ¿Por qué no se sienta aquí conmigo y conversamos?



Huye usted de algo, ¿verdad? Ayer estuvo un joven médico haciéndome preguntas.

Ese sería Kildare. Pero mi padre no apareció, ¿verdad? No, él está muy ocupado...



¿Por qué no vuelve al hospital en lugar de quedarse en una mísera habitación esperando la muerte?



Ellos dicen que puedo curarme, pero se equivocan.

Estoy perdido. ¿Por qué dejar que jueguen con mi vida? Además...



... ¿a quién le importo yo? ¿A mi padre? ¡No! El tiene su familia que consiste en grandes negocios internacionales muy importantes.





¿Puedo acompañarla?

Bueno.

Mientras...

¿No puedes quedarte quieto un minuto, Jim? Te enfermarás comiendo apurado y corriendo como un loco.

Perdona, pero tengo que llegar a ese restaurante antes de que cierre.

¡Oh! ¡Se fue y no tengo la menor idea de dónde vive ella!

No pasé del segundo año de la escuela secundaria, pero hasta una tonta como yo sabe que nadie está solo en este mundo.

¿Su padre está muy ocupado? Bueno, muchos padres lo están, pero eso no significa que usted se comporte de forma odiosa para con lo demás.

¿Y a usted...?

¿Yo... qué?

¿No le sería odioso si le diera un beso fraternal por prestarme atención?

La he besado pero no sé su nombre. Esa es la vida en este mundo supermecanizado.

Vuelva a la cama del hospital. Ese médico que lo buscaba me parece que podría ser muy buen amigo suyo.

Soy Ana Davis, y siga este consejo, amigo...

¿Se refiere al doctor Kildare? No es amistad lo que necesito, sino un milagro grande. Y los internos no se especializan en milagros.

Espere, por favor. Quiero preguntarle algo.

Estoy cansada. Mi trabajo es estar en pie y no tengo deseos de hablar.

No tomará mucho tiempo.

Bueno. Le escucho.

Cásese conmigo ahora, por favor.

¿Qué? ¡Está usted enfermo! Si hace diez minutos apenas que lo conozco...



Le diré la verdad, Ana. No viviré mucho y mi padre me dará todo el dinero que quiera.



Buenas noches.

Bueno... adiós.  
¡Ana, por favor!



Al día siguiente...

Usted debe tener hambre.  
¡Eh! ¿No es usted el médico...?

Sí. ¿Volvió Jeff Price? Quiero decir el joven enfermo del que me habló anoche.



Volvió y está enfermo de verdad. ¿Sabe lo que me dijo anoche? ¡Que quería casarse conmigo!



¿Sabe usted dónde vive?

No. Espere; contestaré el teléfono.



Lo siento, pero no llevamos viandas. ¡Oh, es usted! Bueno, veré cómo le envío algún alimento.



23 A de la calle Sur. Lo tendrá allá en seguida.



Usted va a cuidar de ese muchacho, ¿verdad, doctor?

Sí, Ana.



Luego...

Pase...



¡Kildare! Ustedes, los médicos internos, están en todas partes.

Eso tratamos, al menos.



¿Va a volver al hospital conmigo, Jeff?

¡Qué buena muchacha es Ana! ¡Preparó un sándwich exquisito!



Usted no tiene otro camino, Jeff. Vuelva al hospital.

Me declararé a Ana y le pedí que se casara conmigo.



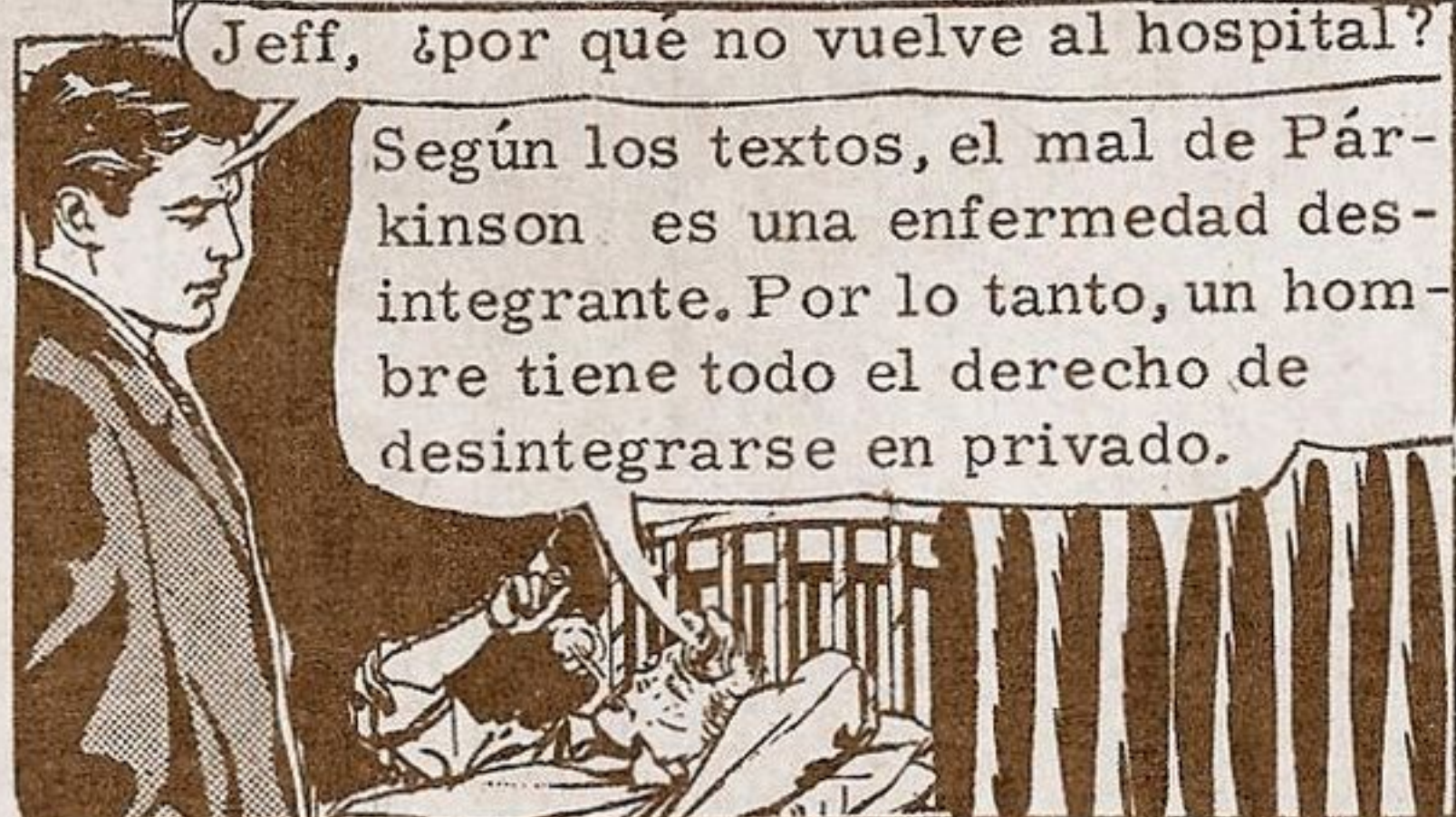
...yo se lo dije en serio. No sé por qué, pero fue así.

Se puso furiosa. Lo raro es que...



Jeff, ¿por qué no vuelve al hospital?

Según los textos, el mal de Parkinson es una enfermedad desintegrante. Por lo tanto, un hombre tiene todo el derecho de desintegrarse en privado.





Si se encuentra con mi padre pregúntele cómo van sus negocios.



Luego...

¿No encontró a Jeff Price?



Sí, lo encontré.



No quiere volver al hospital. Francamente, no sé qué hacer. Ahora no sólo está enfermo, sino que también está enamorado.



Mientras...

Yo bajaría a comer Ana, pero no me siento bien. Me volvieron los temblores.



Un joven enamorado por lo común quiere vivir, doctor Kildare. Quizá, como la muchacha es tímida, él querrá que le pidan...



¿Qué...?



Sí, que su padre le pida que viva. Al joven posiblemente le duela que el hombre que más admira no esté interesado en él, su propio hijo.

Hablé con el señor Price y me dijo que tiene entre manos el negocio más importante de su vida.



¿Más que su hijo?

Sin duda, usted se preguntará si digo lo que siento con mi aforismo constante de que "salvar vidas" es el elemento más importante en la carrera de médico.



Veamos si se lo pruebo a usted. Operadora... llame al señor Price.



No me interesa que esté en conferencia. Infórmele que se trata de un caso de vida o muerte.



Sí, iba a hacerlo. Mi vida entera sería una farsa miserable si yo fuera a andar con miramientos respecto a Jeff en un momento como éste.



El señor Price dejó instrucciones de que nadie lo molestara. Ni siquiera para un asunto de vida o muerte.

Doctor, ¿iba usted a arriesgar el donativo que el señor Price hizo al hospital?



Entretanto...

¡Me has traído la comida, Ana!



Alguien tiene que ocuparse de un muchacho incompetente y solitario.





Señor Price. Hemos tratado de hablar con usted todo el día.



Lo sé, doctor. Mi secretaria acaba de decírmelo. ¿Hay alguna noticia sobre Jeff?



¿Que lo encontró? Magnífico, doctor Kildare. ¿Ha vuelto al hospital?



No, señor. No quiere venir. Pero si usted se lo pidiera personalmente, tal vez...



Claro que se lo pediré. Pero ahora no puedo salir. Mi vida comercial depende de lo que suceda dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes.



-El señor Price no puede abandonar la oficina, doctor Gillespie. Dejo a Hack en mi turno.



¿Cree que pueda convencer a Jeff?

Lo intentaré, señor.



Mientras...

Mi padre no puede evitarlo, Ana. El dinero para él vale más que su hijo.



Bueno, disculpe, pero tengo que atender mi negocio, Jeff.



Espere. Usted no ha contestado a mi pregunta.

¿Se refiere a esa loca idea de casarse conmigo?



Contéstela, Ana.

Usted me recuerda a mi hermanito menor. Cuando no tenía pastel, transaba por un caramelo. Persista en el pastel, hijo y heredero del riquísimo señor Price.



Me llaman "Ana de emergencia". ¿Quiere un sándwich? Llame a Ana. ¿Quiere contar sus penas? Llame a Ana. ¿Quiere una boda al instante? Llame a Ana.



¡No! ¡No es eso!

Quiero a Ana porque es... usted. No puede analizar lo que digo, sino sentirlo.



Créame, Ana, que todo lo que digo es cierto.



Llámeme cuando sienta hambre, Jeff.

Luego...

¿Quién es...? ¿Ana?





Tengo sólo dos minutos. Afuera hay un taxi esperando. ¿Quiere compartir el gasto del auto conmigo, Jeff?



Con mi amante padre, que vendrá a ver a su hijo cuando afloje la temporada de hacerse rico, y...



¡Qué importa! ¡Oh, mis piernas!



Va a venir conmigo aunque tenga que cargarlo, y parece que tendré que hacerlo.

Está bien. Ingresaré al Blair para divertirlos. Pero esta vez déme un departamento para atender al enjambre de amigos y parientes que vendrán a verme.



... Ana, que está tan atada a su restaurante que no tiene tiempo de enamorarse de un tipo como yo.



¿Me hace un favor, doctor Kildare?



No me dé sedante esta noche. Quiero estar despierto, pensar... Sólo por esta noche, doctor.



Podré omitirlo, pero antes debe prometerme algo, Jeff.

Si siente que lo necesita, llame a la enfermera.



Muy bien.

Para usted, señor.

Dije que no atendería ninguna llamada.



Pensé que querría hablar con su hijo. Está en el hospital Blair.



¡Encontraron a Jeff!  
¡Magnífico!

Este es el total, señor Price. Esto es lo que decide.



Volvamos a comprobar, Jaime. Dígame a Jeff que lo llamaré en diez minutos.

Su padre lo llamará en diez minutos, señor Price.



Bien... En diez minutos.

Voy a llevarlo a visitar el laboratorio que se compró con la donación de su padre, Jeff.



¡Que no llame!





¡Qué bueno! ¿Cuánto tardarán en encontrar la solución para el mal que me aqueja?



Porque no creo que pueda esperar mucho. Mire cómo me tiembla la mano, doctor.



Doctor, sería conveniente que usted viese a Jeff Price. Sus temblores y rigidez han aumentado.



Y también parece tener cierta dificultad al tragar.

Que localicen en seguida al doctor Murray.



Minutos más tarde...

¡Ana!

Pasaba por aquí y pensé que a Jeff le agrada-  
ría comer comida ca-  
sera.



Le llevaré la comida a Jeff, Ana.

¿Va a mejorar, doctor?



El doctor Murray es uno de los más grandes neurocirujanos del mundo. Está con él ahora. Sabremos más, cuando termine de examinarlo.



Tenga calma, joven. Vamos a hacerle unas pruebas más.



-El paciente ha llegado al punto crítico de su enfermedad. Aunque no hay señales de deterioro mental...



... parece tener dificultad para hablar y tragar. ¿Se dan cuenta de lo que eso significa?



¿Qué aconseja usted, doctor Murray?



Hay varios métodos en discusión. Electricidad, ultrasonido, rayo protón y otros métodos. Y además hay cirugía.



Ustedes saben que favorezco la teoría de que el mal de Parkinson es causado por el desequilibrio de las sustancias químicas en el cerebro. Creo que la cirugía puede reducir la actividad de las células causantes.



En ese instante...

¿Quiere compañía?









En la oficina de Price...

La compañía Woodley rehusa tomar parte en el negocio, señor Price.

Dígales que no tomen una resolución. Estaré en Londres dentro de siete horas.

Doctor, ¿cree que debería operarme?

Usted es joven, Jeff, y su poder recuperativo debe ser grande...

Soy más joven de lo que usted cree, doctor. En este momento, ¿sabe lo que quiero?

¡A mi padre! Solía llamarle "papi-to". Eso era antes de que le obsesionara comprar el mundo entero y yo tuviera el mal de Párkinson.

"Papito..." ¿No le hace reír?

Lo que va a pasarle a su hijo es también vital... en el real significado de la palabra.

Usted no comprende, joven. Si fallo en esta reunión, quizá vuelva a vender casas baratas.

No soy cirujano. Y lo que él necesita es al mejor. Volveré tan pronto como pueda, Adiós.

Lleve al doctor Kildare a donde él diga. Estaré en contacto con usted por teléfono, doctor Kildare.

¿Está seguro de hacer todo por Jeff?

Espere un momento.

¡Pero, señor Price, su avión!

Dije que esperara un momento.

¿Adónde vamos, doctor Kildare?

Lléveme a dar unas vueltas y luego vamos al hospital Blair.

¿Sigue ocupado el señor Price, Kildare?



Sí. Está en camino a Londres...

Tuvo que salir para Londres. Dijo que usted comprendería...

¿Quiere que lo acompañe a ver a Jeff, Kildare?

No lo creo necesario, doctor Gillespie.

¿Va a venir a verme mi padre? No...no va a venir. Ya lo sé.

¡Por supuesto! Hay un dólar suelto por ahí y el señor Price le está siguiendo el rastro. ¿Qué hay que comprender?

Jeff... ¿Y sobre la operación, qué hay...?

Deje eso, doctor. Nadie va a operar la cabeza dura de Jeff Price.

Seguiré temblando como hasta ahora. Mi padre puede mantenerme vivo indefinidamente. ¿Para qué correr el riesgo?

De aquí en adelante no le enviaré sándwiches. Enviaré maderas y baberos. Eso hará tono con usted que es un bebé, Jeff.

Sí, un bebé llorón resultó usted. Porque su padre no está aquí agarrándole la manito, usted va a vengarse, demostrándole...

...que puede morirse. ¿Es esa su estrategia, bebé?

¡Usted tiene su propia vida! ¿Por qué no comienza a vivirla por su cuenta sin depender de nadie?

¡Déjeme en paz, Ana!

Sí, lo dejaré tranquilo...para siempre, Jeff.

Cuando quiera comer un sándwich, llame a otro restaurante. Yo sólo sirvo a adultos.

Mi padre está ocupado haciendo dinero, y Ana haciendo sándwiches. Así que estoy solo...

No del todo, Jeff.

Pero, yo pensé que... que...



¿Qué iba en camino a Londres?  
Bien, ahora estoy aquí.

¿Y ese gran ne-  
gocio que  
singificaba tan-  
to para ti?



¡Bah! ¿Cómo te sientes, hijo?  
¿Estás listo para que te opere  
el doctor Murray?



No tenías que hacer  
esto por mí, papá.  
Claro que refunfuñé  
un poco, pero...



¿Dos semanas? ¿Y cómo  
vas a poder descuidar tus  
negocios por dos semanas?



Bueno, hijo. Después que el doctor  
Murray opere, ¿qué te parece un  
poco de golf? Dos semanas de  
buen golf.

Podré,  
Jeff. Te  
lo prometo.



De pronto pensé que el dinero dura  
y la gente no. Y que ya vendrían  
otros negocios.

No me mientas, papá. Este era  
un negocio grande.



Y lo has dejado por mí. Te estoy  
muy agradecido, papá.

Yo soy el agradecido, hijo. Me  
cegó temporalmente el brillo  
del oro, pero ese joven doctor  
Kildare...



...tiene un modo  
de mirar a uno  
que... francamen-  
te, me llegó al co-  
razón.



¿Va a estar usted presente cuando  
me operen, doctor Kildare?

Sí. Seré el ayudante del doctor  
Murray.



¡Vaya! Mi suerte es  
completa, excepto por  
una cosa...



Mientras...

¿Qué pasó con la comida, Ana?  
Pedí una tortilla, no un huevo  
frito.



No se preocupe, señor Price.  
Tan pronto lo operen, sabre-  
mos el resultado.



Minutos después...

¿Todos listos?

Sí, señor.



Este método es reversible. Es de-  
cir, podremos probar las reaccio-  
nes antes de seguir.

Comprendo, doctor  
Murray.



Verificaremos los temblores an-  
tes de seguir. Jeff, levante la  
mano.





Mientras...

¡Jeff! ¡Oh, perdone!  
Pensé que...

Este es el cuarto de  
Jeff Price. Lo están  
operando ahora, se-  
ñorita. Yo soy su  
padre.

Mientras el doctor Kildare  
mira fascinado al gran neu-  
rocirujano, éste sondea la  
mente del paciente.



Alce la mano, Jeff.

Los temblores han cesado.

Sí, eso parece...



Mire en ese espejo,  
Jeff. ¿Qué le  
parece?

¡Paró de  
temblar!

¡Es... un...  
milagro!



Mientras tanto...

¿Quiere que le pida  
un café?

No, gracias, señorita.

Soy Ana Davis, amiga de Jeff.  
Tan pronto sepa cómo salió  
de la operación, me marcharé.



Poco después de la operación, Jeff es  
llevado a la sala de restablecimiento.

¡Miren, no tiemblan! ¡Es us-  
ted un mago, doctor!



# YO MISMA confecciono CAMISAS



*en 3*  
Lecciones Será  
una Experta  
CAMISERA

BASTA DE CURSOS  
LARGOS Y CANSADORES!!!

Ahora solamente con 3 lecciones de nuestro cur-  
so, usted sabrá confeccionar camisas de Hom-  
bres, Damas y Niños. Refaccionar cuellos y puños.

Usted sabe que una camisa de medida cuesta  
muchos cientos de pesos. Ahórrese la diferencia  
confeccionando y arreglando para usted y los  
suyos o para su venta.



Academias  
**TACUARI**

PRIMERA Y ÚNICA  
ESPECIALIZADA  
EN CAMISAS

GRATIS sírvase enviarme informes del curso  
para aprender a hacer CAMISAS

NOMBRE .....  
DIRECCION .....  
LOCALIDAD .....  
PROVINCIA .....

M O R E N O 8 7 6 Bs.As.



Perdonen. Sé que no debo entrar de este modo, pero...

¿Por qué no, papá? ¡Mira! Aferra mi mano.

¿Por qué estás tan serio, Jeff?

Es que... recordaba a una chica que no vendrá, papá.

¿Observas que no tiembla? ¿No es éste el día más maravilloso del mundo?

Sí, hijo, el mejor.

Quisiera que me viese ahora. Pero, dejemos eso.

¿Te refieres a Ana Davis?

¿Cómo lo sabes?

¡Ana!

Bueno, quería saber cómo había salido de la operación, Jeff. Veo que está bien y me alegro mucho.

Papá ésta es Ana. Ella trabaja en un restaurante. La amo y quiero casarme con ella, si me acepta. ¿Tienes alguna objeción?

El no es un mal muchacho, Ana. ¿Por qué no le hace ese favor?

Arriésguese con Jeff, Ana. El tiene buena estirpe. No quiero decir de mí, sino de su madre. Ella era de muy buena familia...

...la cual la desheredó cuando ella se casó con un cocinero que había en el aserradero de su padre.

¿Usted... un cocinero?

Sí, y muy bueno. Apuesto a que hago una tortilla a la española mejor que usted.

Dí que sí, Ana querida.



¿Qué les pasará a los doctores Kildare y Gillespie? Corren como locos.



Ya sé adónde van.

¿Adónde?

A una ceremonia y están atrasados en diez minutos.



Nunca es tarde cuanto se tiene salud, un par de buenos amigos, y...



Sí, lo acepto por esposo...



... un hijo sano. ¡Ah, me olvidaba que ahora también tengo otra hija! Adiós. Vuelvo dentro de una semana.

Buena suerte, señor.



Luego...

Atienda a Jeff, doctor Kildare. Voy a tratar de recoger los pedazos de mi negocio en Londres.



¿Cree que será tarde para recuperarlo?

LEA EN

# D'artagnan

Nº 78

- EL MUNDO EN MI MANO,** por PAT HOPPER  
**CRIMEN EN EL CUARTO AZUL,** por RAOUL WHITFIELD  
**UNA ESTRELLA DESAPARECE,** por ROGER IVNNEES  
**LOS TIGRES VOLADORES,** por FRED GRAY  
**LA HORA DE LA VENGANZA,** por H. ROTCE  
**UN MEDICO PARA BOB,** por JACK FELLOW  
**LA CIUDADELA DE BOSSIO,** por EDUARDO ARIEL  
**GENTE DIFERENTE,** por ROGELIO GIORDANO  
**EL CASO LINDBERGH,** por L. NISS



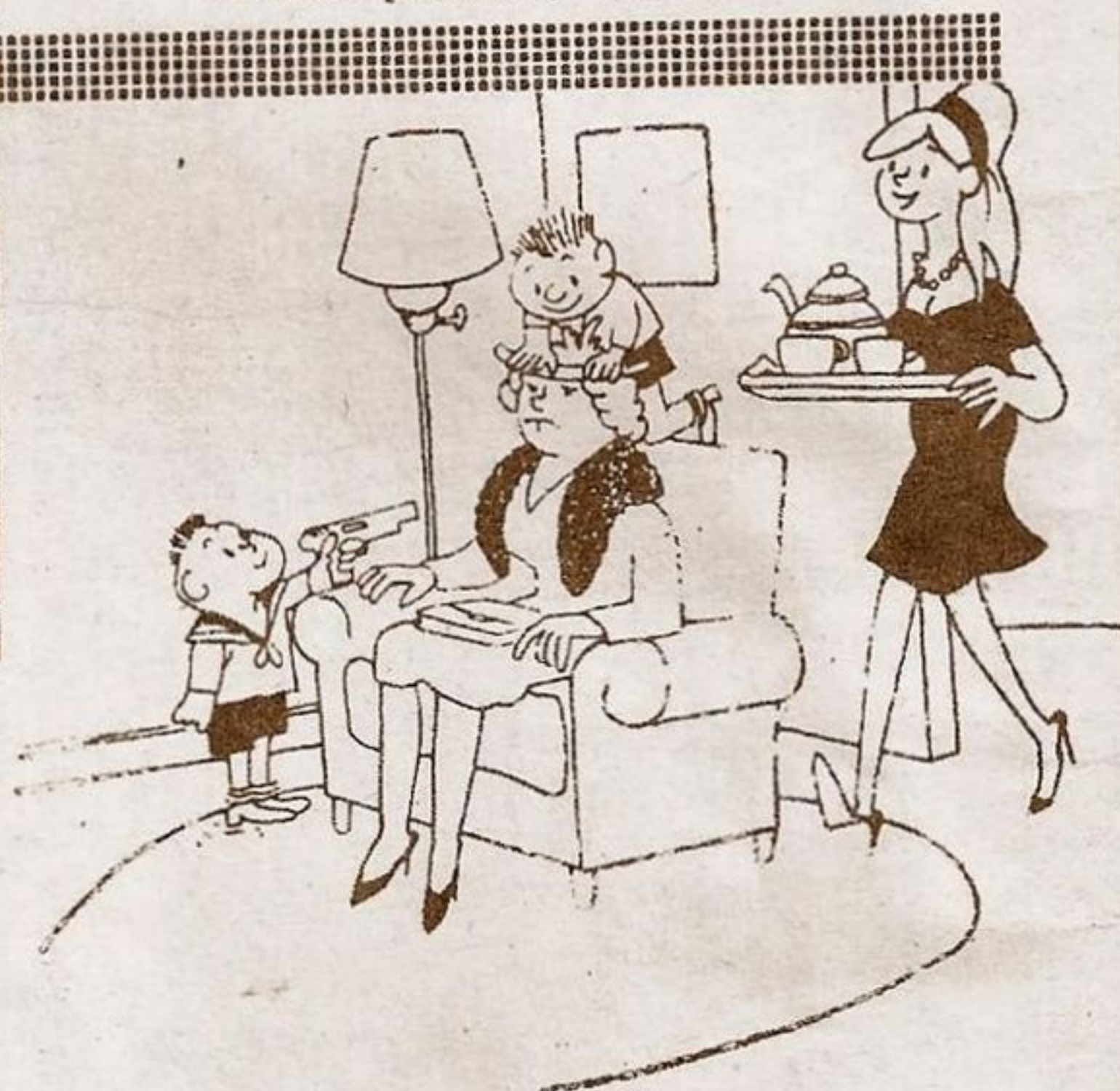
# SONRISITAS



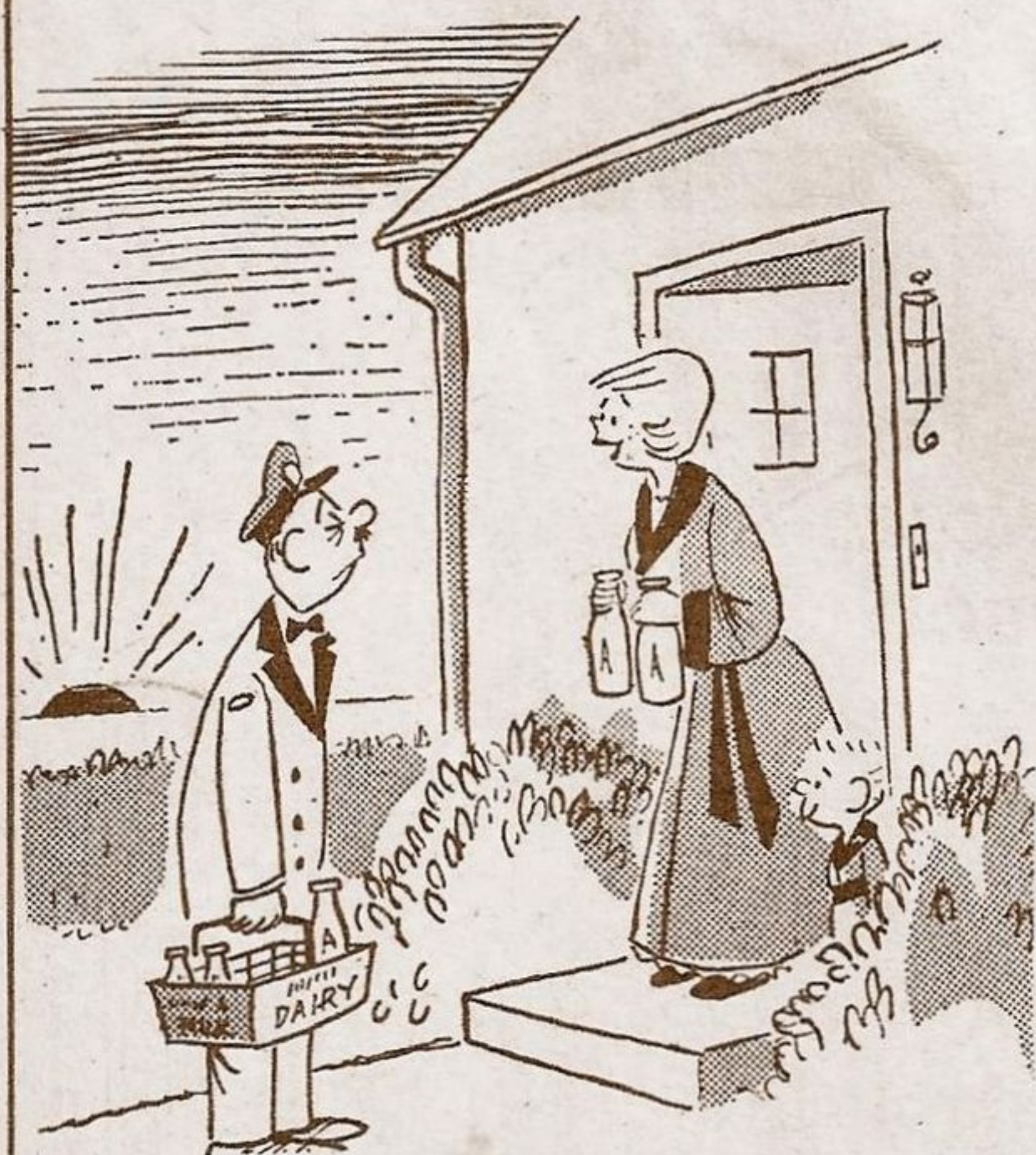
-Debo tener un complejo de inferioridad. Todo el mundo quiere montar-me.



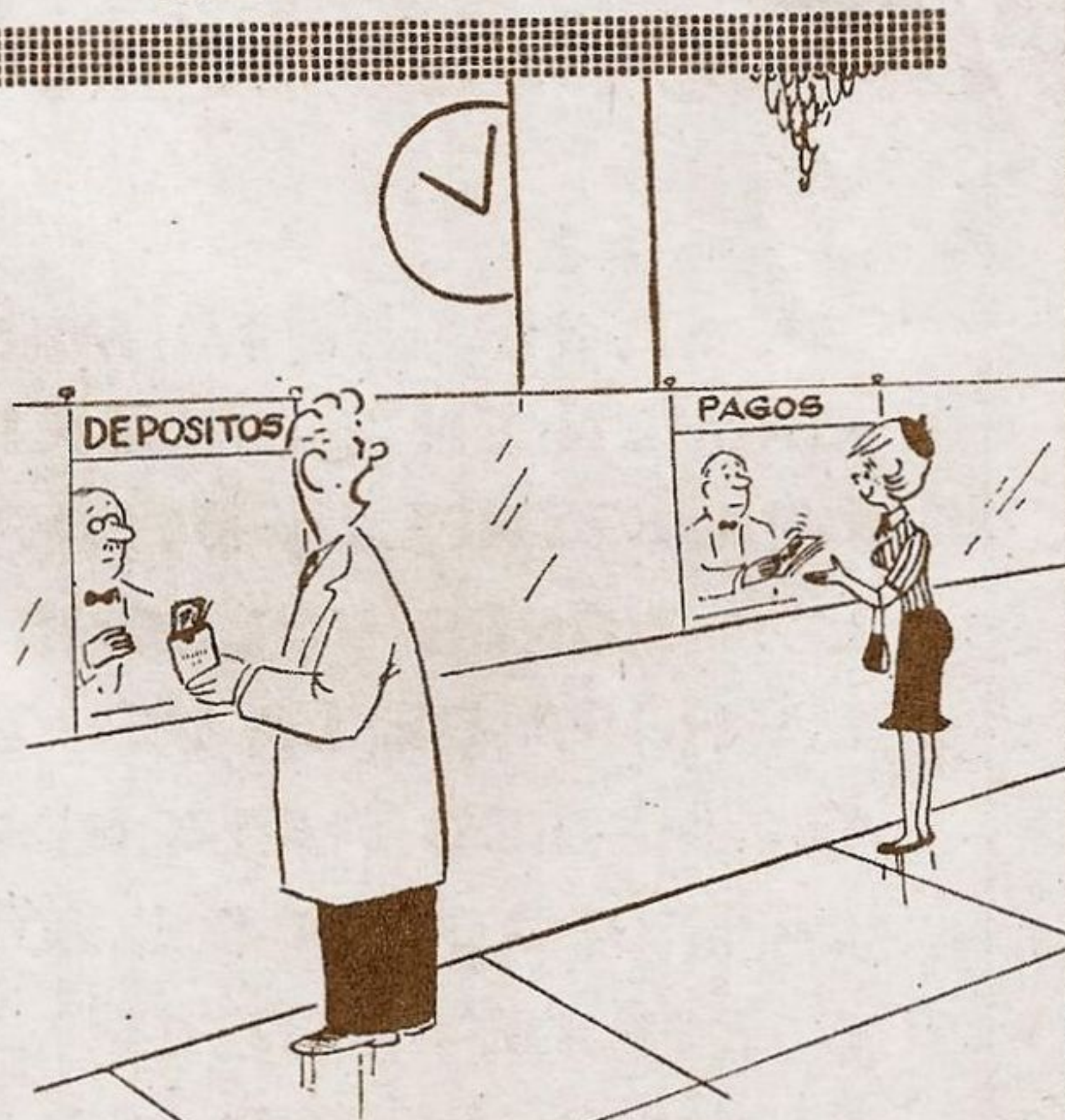
-Jugamos a quién hace la comida y lava los platos, ¿no?



-Estoy segura que usted lamenta no haber tenido chicos, ¿verdad?



-Es maravilloso que usted siempre vea amanecer, señor Hibbs.



-¡Trudy!





# *Sombras*

**CONCIENCIA CULPABLE**



**DISPAROS EN LA OSCURIDAD**



**HISTORIA DE UN CRIMINAL**



**SU ULTIMA ACTUACION**



**Vincent Starret  
Craig Rice  
William Irish  
Arthur Toerl**

★★

**YA APARECIO !**



# CUANDO HUYE EL DÍA

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE JORGE  
PÉREZ DEL CASTILLO

Versión libre basada en la película del mismo nombre distribuida por Goldberg y Compañía.



"Smultronstallet", literalmente "El Rincón de las Fresas Silvestres", realizada en 1957, ha sido considerada por muchos críticos, con razón, la más lograda película del genial realizador sueco INGMAR BERGMAN. Con inigualable maestría técnica y en un alto clima de auténtica poesía donde habitan los grandes temas humanos, y en especial, el de la radical soledad de cada vida frente al destino último, así como el de la comunicación en la trascendencia del amor, nos pone Bergman frente a la vida de un anciano médico que descubre -en el ocaso de su existencia- lo único que hay de verdaderamente valioso en ella.

El profesor Isak Borg, con sus 78 años y un bien ganado prestigio como médico e investigador, caminaba por calles desiertas, que no podía reconocer a la incierta luz del crepúsculo.



(Debo apurarme, o no llegaré a tiempo para la Ceremonia. ¿Pero... qué calles son éstas? ¿Dónde estoy?)



(¡Allí hay un hombre! ¡Le preguntaré!)



-Por favor, señor... ¿Sabría usted indicarme...? El hombre se volvió, y...



Instantes después, sin decir una palabra ni hacer ningún ruido, la monstruosa y enigmática figura se desplomaba, comenzando a deshacerse sobre el pavimento.



El profesor Borg continuó su camino y vio un reloj sin agujas...



(Creo que es tarde; consultaré mi reloj pulsera...)

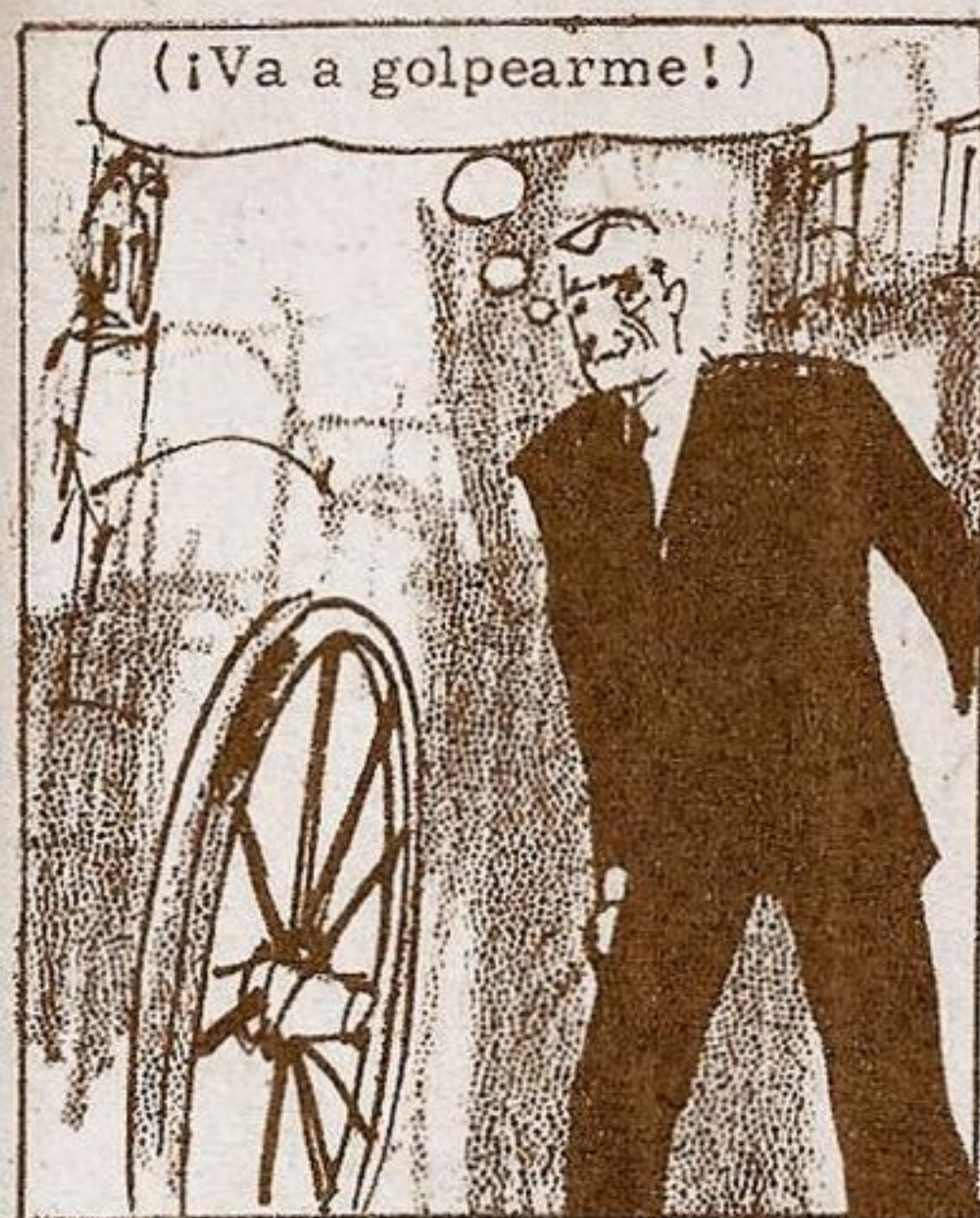
¡Pero su reloj pulsera tampoco tenía manecillas! "¿Qué significa ésto? ¿Dónde estoy? ¿Qué me ocurre?" Doblando la esquina, apareció de pronto un coche fúnebre...



...y una de sus ruedas, al pasar junto a él, se enganchó en una bomba de incendio. El coche comenzó a bambolearse fuertemente, mientras los caballos pugnaban por seguir. Luego, la rueda se desprendió...







Los caballos enloquecidos rompieron sus ataduras al carro. El ataúd cayó...

(¡Quién será el muerto? ¡Es horrible!)



Borg se aproximó. De pronto...

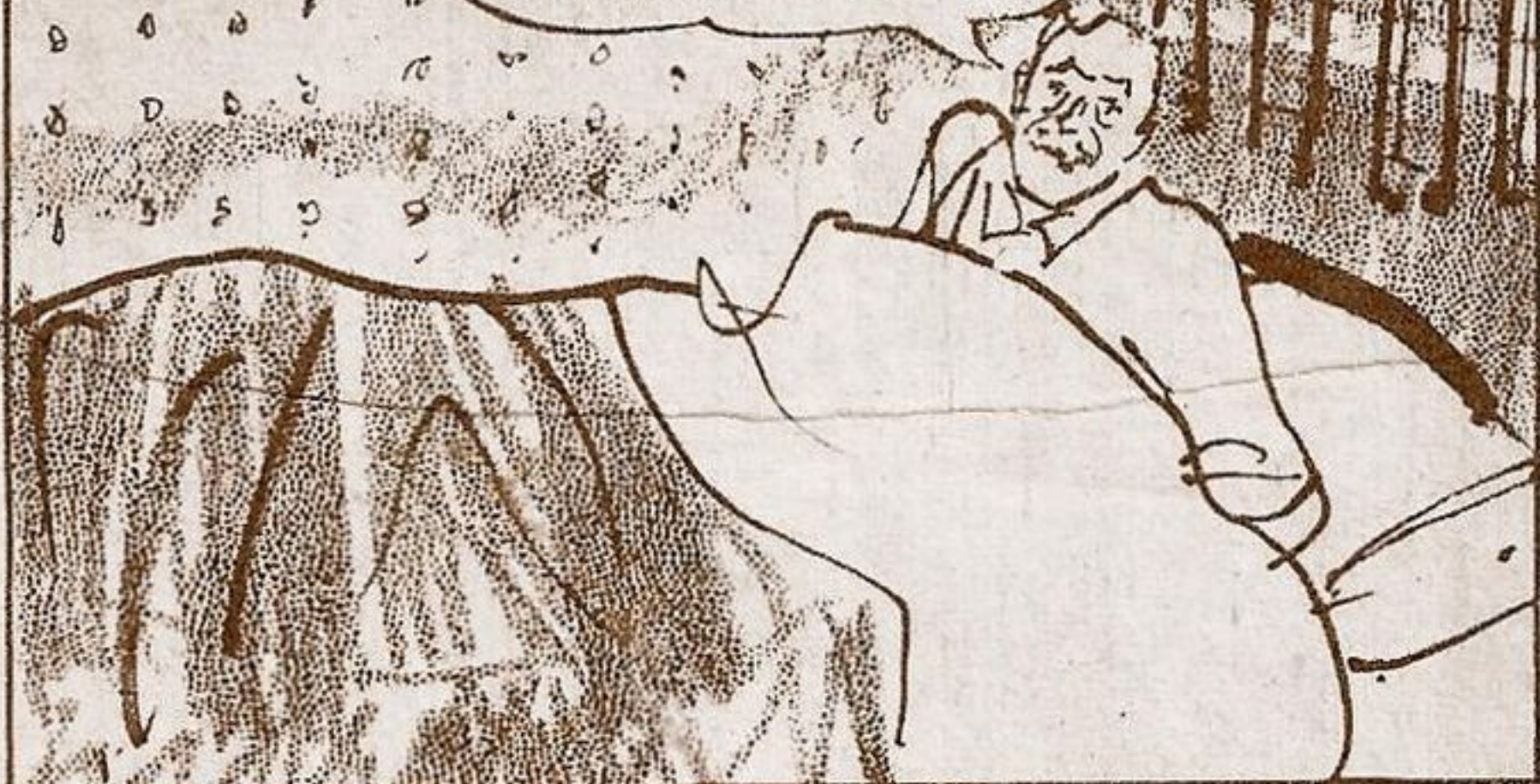


¡Era su propio rostro! "No...¡No!... ¡Déjame!" Quiso librarse, pero la fría mano del muerto lo atrajo hacia el ataúd...



Y entonces, el profesor Isak Borg despertó bañado en sudor.

¡No...! ¡No!...! ¡Ah, era sólo un sueño!



Las primeras claridades comenzaban a filtrarse por el ventanal. Se sentó en la cama y bebió un vaso de agua.

(¡Qué extraño sueño! Todo parecía tan real, tan horriblemente real...)



Fue hasta el dormitorio de su ama de llaves. "No creo que a mi edad deba comenzar a creer en presagios ni alucinaciones. Aunque ha sido una pesadilla extraña, en verdad muy extraña. ¡Cada vez más a menudo me asalta la idea de la muerte!"

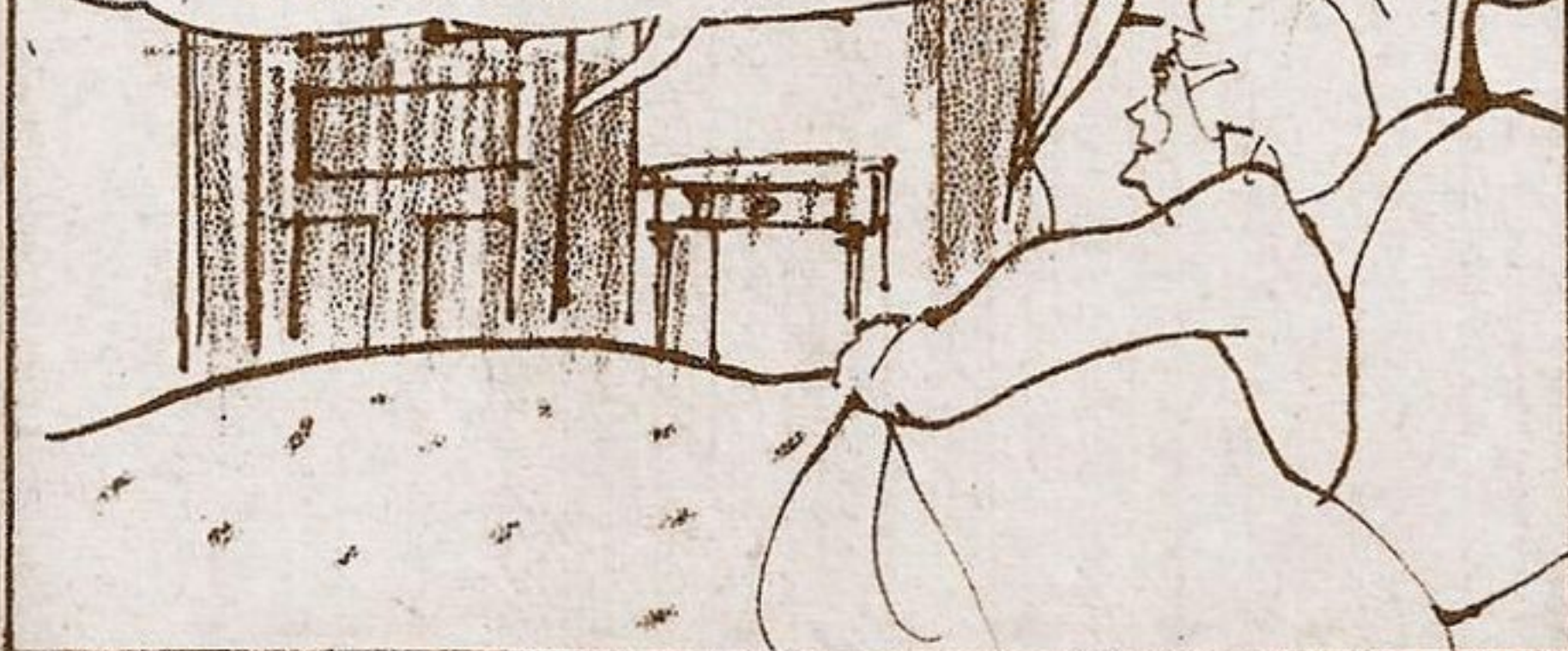


Señorita Ageda... ¡Señorita Ageda! Son las cinco pasadas. ¡Recuerda qué día es hoy? Debo viajar a Lund para la Ceremonia de Graduación.



¡Profesor Borg! Iba a despertarlo a las seis. Sobre tiempo, y aún puedo dormir una hora. No veo el motivo para...

¡Ya sabe que me gusta tomar el desayuno con tiempo, y aún debo preparar el equipaje! Pero no importa...



Malhumorado, fue de nuevo a su dormitorio.

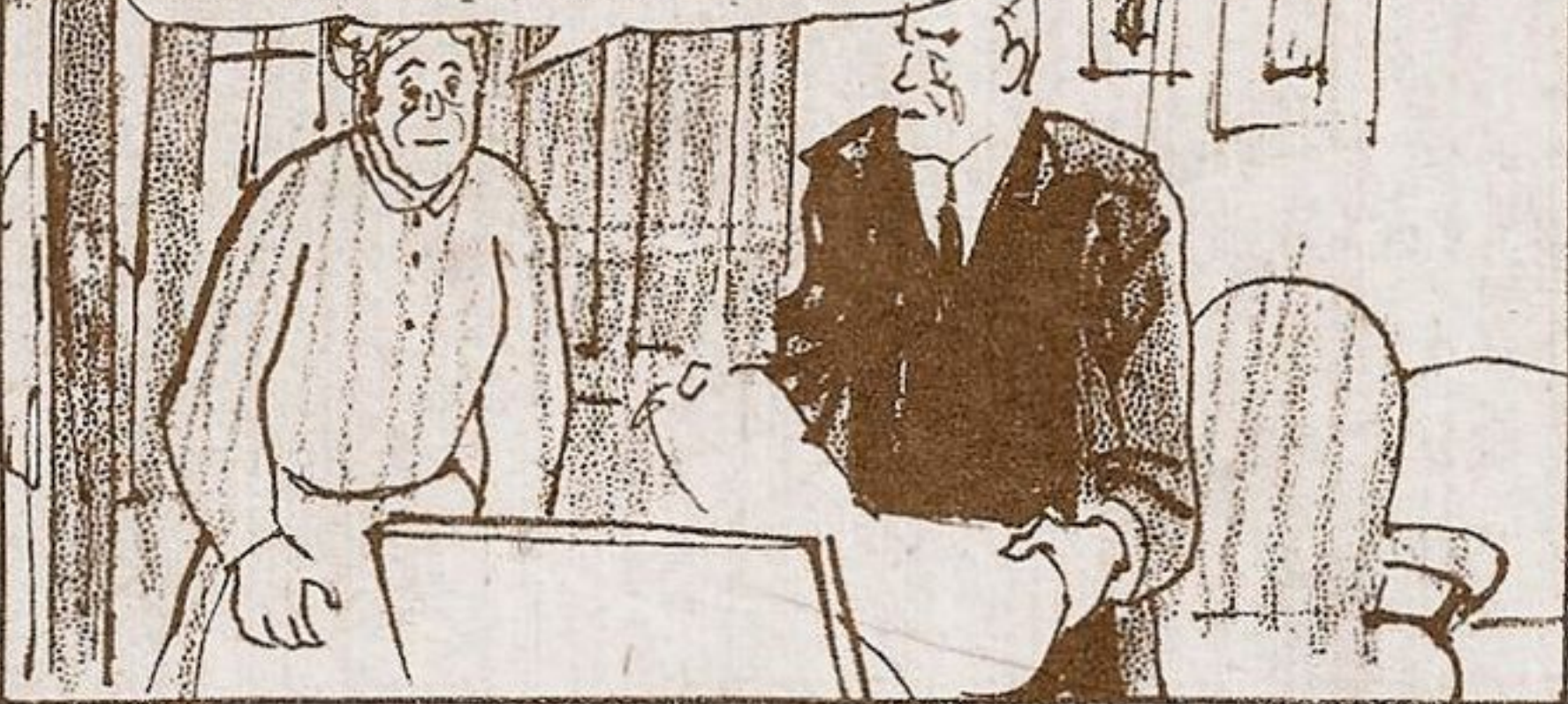
... siga usted durmiendo, pues. ¡Puedo arreglarme solo! Lamento haberla molestado. Nos veremos a la vuelta, ya que no creo que usted alcance el tren para ir a Lund.





¡Está bien, profesor! ¡Como guste! Y la señorita Ageda se dio vuelta en su cama. Pero poco después se levantaba también.

Ya no puedo dormir. ¡Y usted no está acostumbrado a prepararse el desayuno! Déjeme acomodar esa ropa en la maleta.



¿Se puede saber por qué gruñen tanto? ¡Buenos días, a los dos! No debes estar malhumorado, papá Isak. ¡Mañana es tu gran día!



Sí, se supone que sí. Cincuenta años ejerciendo la profesión. Aunque, ¿sabes, Marianne? me parece como si fueran a ponerme una lápida en vida. "¡Doctor Jubilado!" Así es...



¡Oh, mañana, en la ceremonia pensarás distinto! A propósito... ¿vas en automóvil? ¿Tienes inconveniente en que te acompañe?

Al contrario! Será un placer, querida Marianne.

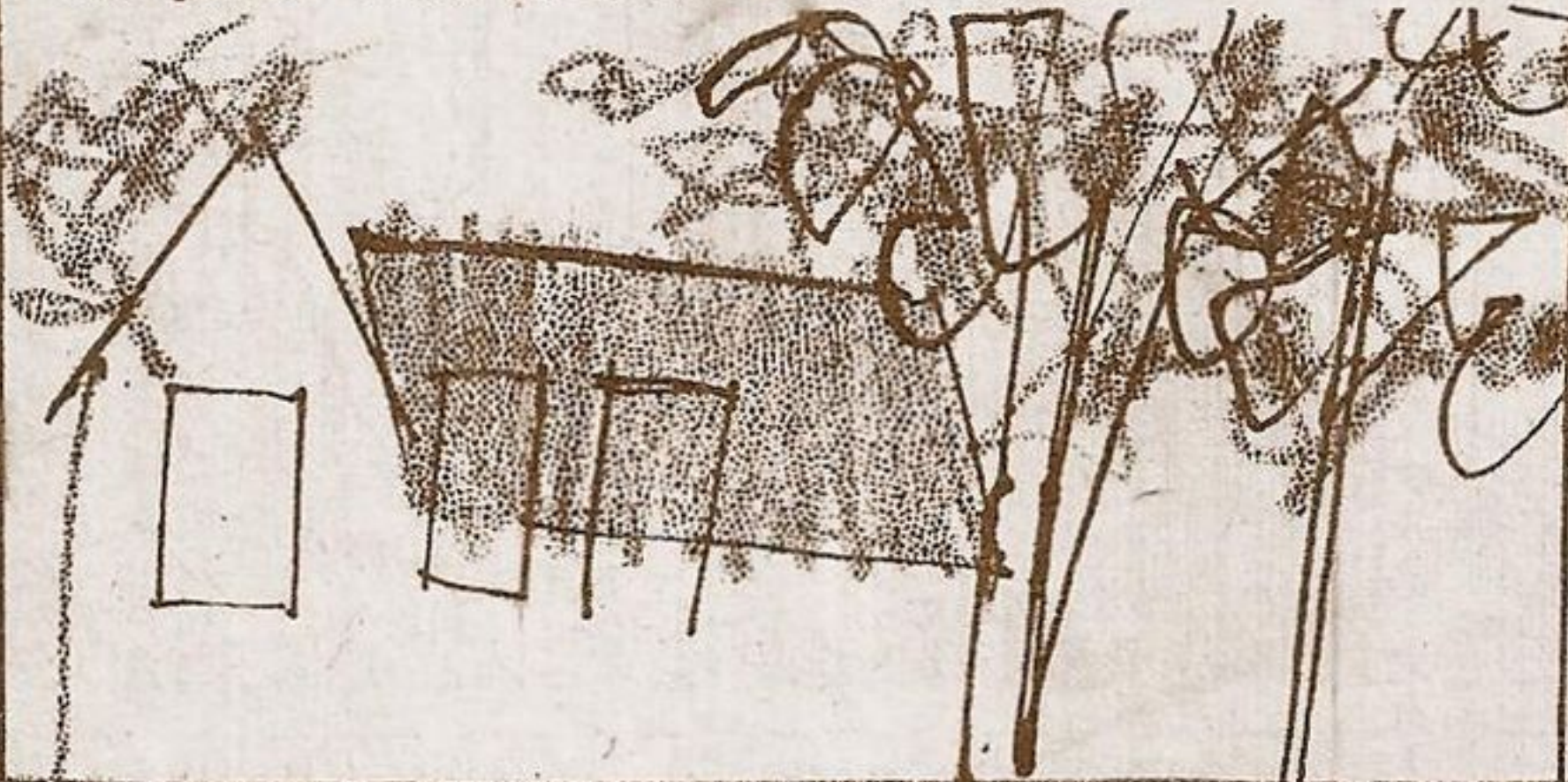


Me alegro, además, de que vayas a Lund. ¿Evald te escribió?

No... Evald no me escribió, papá Isak. Pero regreso, de todos modos.



Mientras tomaban el desayuno, Isak Borg pensó en los ojos tristes de Marianne. Sabía que algo había ocurrido entre ella y su hijo Evald, pero no había inquirido mayores detalles cuando su nuera le pidió pasar unas vacaciones en su casa.



Ya en el coche, por el serpenteante camino arbolado...

He tenido un sueño desagradable anoche, Marianne. ¡Pero no voy a aburrirte contándotelo! ¿Por qué no cuentas tú algo? Estás silenciosa.



La verdad es que me pareció que no te interesaba lo que ocurra entre Evald y yo. Siempre fue así, papá Isak. ¿No es cierto?

Dime, Marianne..., ¿cómo me ves, tú? He procurado ayudarlos...



¿Con franqueza? Te lo diré: pienso que eres un viejo egoísta y frío, que jamás amó en serio a nadie. Tu máscara de filantropía oculta esa frialdad interior, esa indiferencia para con los demás.



¡Siento decírtelo; tú me lo pediste.

Continúa, Marianne, continúa. Necesito que me digas la verdad.





Bien... Tú has marcado a tu hijo, con esa falta de amor. ¡Evald se parece tanto a tí! Sin embargo, yo sé que él sufre, aunque no quiera admitirlo, que necesita ser amado.

¿Quieres saber por qué dejé a Lund? El motivo fue que ... espero un hijo.

¿Un hijo? No entiendo...  
¿Qué pudo...?

Tú sabes bien lo que Evald piensa, respecto a eso. Lo mantuve oculto durante un tiempo, pero una tarde, resolví hablar con él.

"Llovía, y el cielo parecía derrumbarse sobre nosotros. Fuimos en el auto hacia las afueras. Evald estaba fastidiado..."

¿Y bien, Marianne? ¿Qué es lo que quieres decirme?

¡Evald... yo... espero un niño! Y estoy decidida a tenerlo aunque te opongas.

"Me miró, con esa fría mirada que tú conoces. Luego, dijo muy pocas palabras, con acento definitivo..."

Pues bien... Tú sabes lo que pienso de ello. Debes elegir: el niño, o yo, Marianne.

Sería, por otra parte, una tremenda complicación. No estamos en condiciones, y aún no he terminado de pagar la deuda a mi padre.

¡Tremenda complicación! ¡Claro que sí, Evald! ¡La vida es complicada! ¡Y tú tienes miedo de vivirla, de afrontarla con todas sus responsabilidades!

"Sonrió, con esa sonrisa irónica tan suya, y descendió del automóvil. Yo también. No sentíamos la lluvia"

¡Pues bien! Has acertado. Soy un cobarde. Esta vida me asquea, ¿entiendes? Soy el fruto de una equivocación.



No quiero responsabilidades que me aten a la vida.



"Esa misma noche, dejé a Lund rumbo a su casa, papá Isak. Quise contárselo antes, pero te noté alejado, indiferente, ajeno a los demás, como siempre". Marianne terminó su relato...



...y el profesor Borg permaneció silencioso, cabizbajo. Al tomar una curva...

Ven, te mostraré la casa donde transcurrieron muchas de mis vacaciones.



La vieja casona estaba deshabitada. Estaba sobre una loma. Abajo, se veía el lago.



Es como si contemplara mi propio ser.

Marianne se inclinó, y...

¡Mira! ¡Fresas silvestres! Y de muy buen sabor.



Después, mientras su joven nuera aprovechaba para nadar en el lago, Borg permaneció absorto en sus recuerdos. "Fresas silvestres. Recuerdo este lugar, aquella tarde..."



...!cuando, oculto entre los arbustos, observaba a mi prima Sara, y..."



¡Sigfrid! ¡Qué susto me has dado!

Lo lamento. Buscaba esta oportunidad desde hace mucho tiempo, Sara.

¿Qué dices? Mira, toma una fresa.



Tu boca es mucho más tentadora que las fresas.

Sigfrid, ¡no, por favor!



Déjame. ¡Sabes que estoy comprometida con Isak! Y él es tan bueno, tan inteligente, tan...



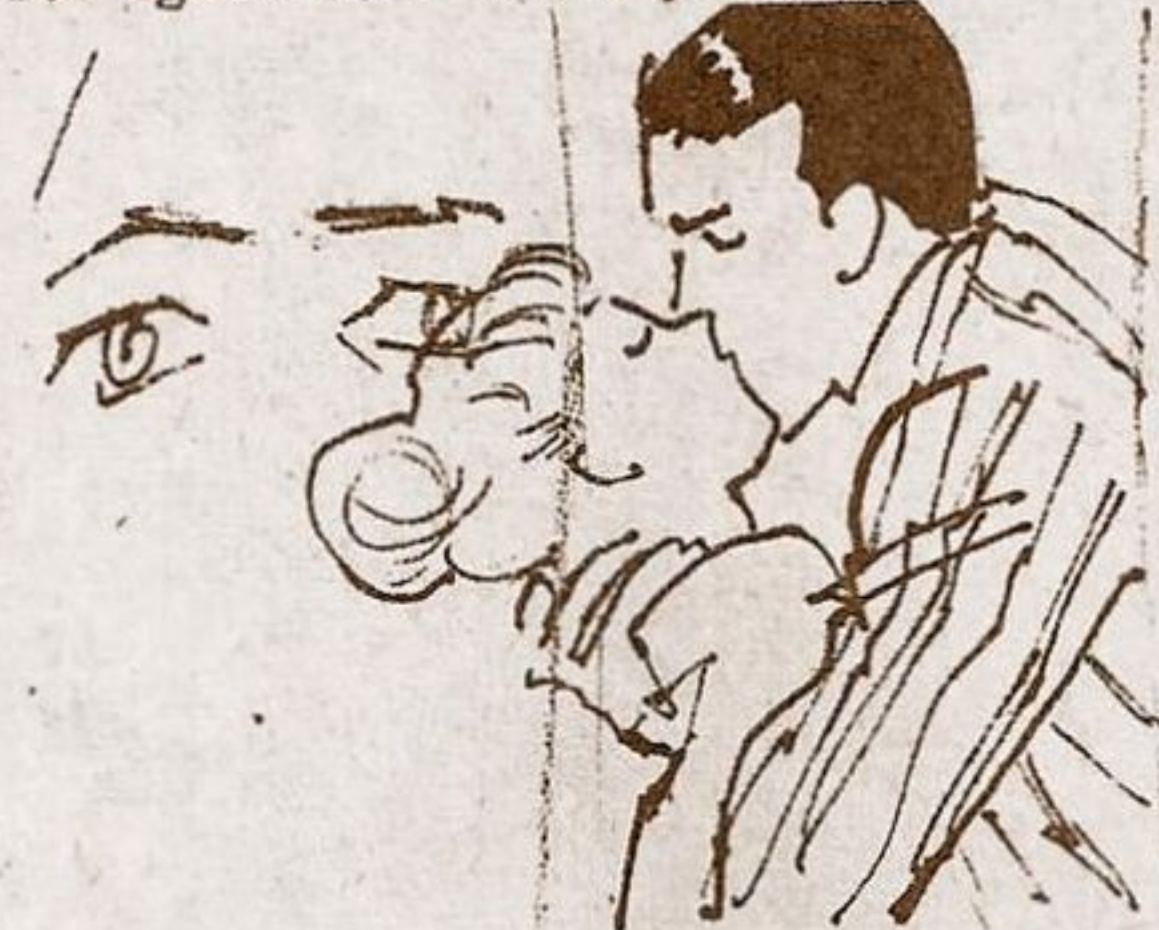




Es inútil que finjas, Sara. ¡Tú no amas a Isak! ¡Tú te casarás conmigo!

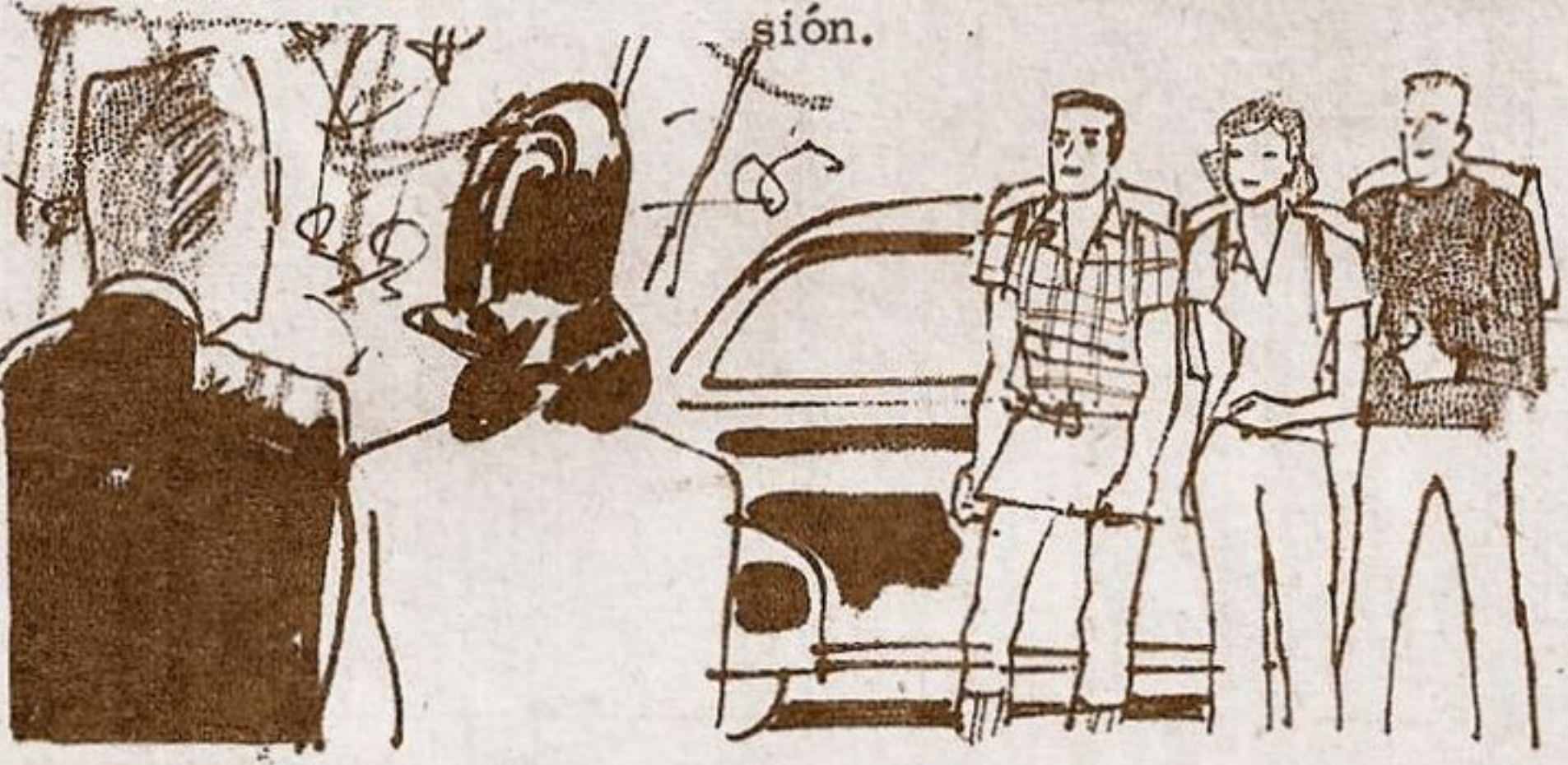
¡Sigfrid, no, no...!

Sí, los veía en aquel rincón de las fre-sas silvestres, acariciados por el sol del atardecer. Sara devolvió el beso a Sigfrid. Nunca había sentido Isak dolor igual dentro del pecho.



Y luego...  
Tengo que hablar contigo. Es mejor que lo hagas ahora, Isak: voy a casarme con Sigfrid.

La voz de Marianne interrumpió sus recuerdos. -¿Regresamos al coche? Al mediodía almorzaremos en la hostería, a mitad de camino. -Sí, sí... Junto al vehículo, los esperaban tres jóvenes: una muchacha y dos muchachos. Iban con su mochila al hombro, de excursión.



¿Podrían acercarnos hasta Lund? Hemos calculado mal la jornada.



¡Cómo no, suban!

La joven era muy locuaz y los mantuvo entretenidos hasta que llegaron a la hostería.



Víctor y Andrés se la pasan discutiendo. Andrés estudia medicina y es ateo. Víctor es literato y creyente. ¡Ya han conseguido hacer de mí una filósofa o algo así!



Pero el profesor Isak Borg no la oía. Se había quedado dormido. Cuando lo advirtieron, todos callaron. Marianne pensaba en sus problemas.



(¿Cómo me recibirá Evald?)

El anciano tuvo un extraño sueño. De pronto, se encontró frente a un severo y frío rostro de examinador. "Adelante, Isak Borg. ¿Trajo su libreta de exámenes?" No. No la había llevado.



Bien, lo anotaré condicionalmente. ¿Quiere descubrir lo que ve en el microscopio?



Sentía la boca seca, y lo agarrotaba la angustia del examen. Sobre todo, no conseguía poner en orden sus ideas. ¿Sabía algo sobre bacterias? ¿Qué había en ese microscopio? No veía nada, nada...



Debe haber un error, señor. No veo nada... Quizá la luz...

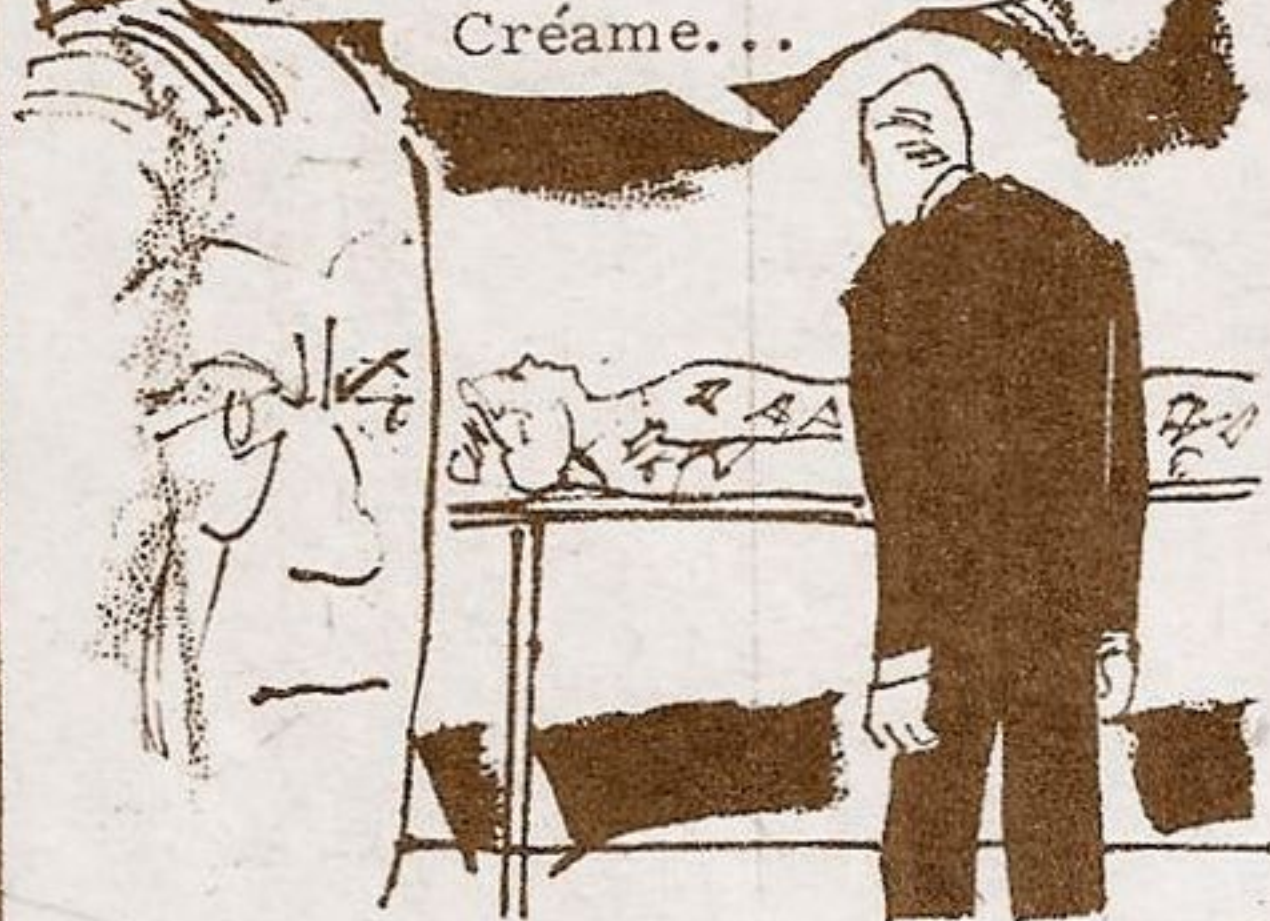


A ver, permítame... ¡Hum! La luz está perfectamente, y el microscopio también. Es una lástima que usted no sepa ver nada, Borg.



Dejemos esto. Examine a este paciente, y dé su diagnóstico.

¡No comprendo! No comprendo qué es lo que me ocurre. Créame...



Era una mujer, pero era un cadáver. Asombrado, miró el impassible rostro del examinador.

¡El paciente... el paciente está muerto, señor!



Y entonces...

¡Ja, ja, ja! ¡Doctorcito de tres por cinco! ¡Ja, ja, ja! ¡Te equivocaste!



Quiso reaccionar. ¿Qué era eso? ¡No tenían derecho!

No pueden examinarme así. No estoy preparado, y además, ya he pasado mis exámenes. ¡Soy médico y la Academia me consagrará doctor jubilado! ¡Exijo...!



Mi querido Borg. Hay graves cargos contra usted. Venga, observe esta escena y quizá entenderá algo.



Fueron a un jardín. Allí vio a la que fuera su esposa, Karim. Hacía más de diez años que había muerto. Nunca supo bien por qué se casó con ella, con esa amiga de Sara. Aquel matrimonio fue un fracaso, pero lo ocultaron siempre. Al menos, en apariencia. Un hombre se acercó.



¿Qué hace usted, Karl? No me obligue a ...



Y luego...





No importa, Karim. Sé que esa bofetada, viniendo de ti, es una caricia.

¿Por qué? ¿Por qué no me dejas en paz? ¡Soy una mujer casada, y...! ¡No seré infiel, no quiero serlo! Isak, el pobre Isak es...

Es "muy bueno contigo", ¿verdad? ¡Vamos, Karim! ¡No te engañes! Todos saben que Isak es un bloque de hielo. Su "bondad" es su máscara, ¡y tú estás cerca de odiarlo!

Entonces, Karim se descargó...

¿Quieres saberlo? ¡Pues sí! ¡Lo odio, lo odio! ¡Mi vida con Isak es un infierno apacible! A veces quiero irritarlo, y él "me comprende", me da un calmante.

Y trata de ser amable, se acusa a sí mismo para luego volver a sus trabajos, a su mundo. ¡Oh! Entonces lo aborresco más aún.

¿Qué te ata, pues, a ese hombre?

- ¡Soy su esposa! - balbuceó Karim, llorando. El seductor, sonriendo, la atrajo hacia sí. - ¡No!... ¡No!... La visión desapareció, y el examinador se volvió hacia el profesor Borg.

¿Se da cuenta, Isak Borg? Usted condenó al infierno a ese ser. Usted lo sabía, pero prefirió no ocuparse mucho de ella.

¿Quiere que continuemos observando otros casos? Su hijo, por ejemplo... y hay muchos más, comenzando por...

¡No, por favor, no ahora! Sólo quiero saber, si este juicio...

Sintió su voz opaca, ronca, inútil. - ¿Cuál es la Condena, el Castigo?

El de siempre... la Soledad, la eterna Soledad.

¿Qué posibilidades hay de...? Quiero decir... Respóndame sólo una pregunta más: ¿No hay Gracia?

"... mucha gracia, sí, eso me hace mucha gracia!" La voz de la joven que habían recogido lo despertó. Marianne había detenido el vehículo frente a la hostería. - Has dormido, papá Isak- ¿Eh...? Creo que sí, Marianne.

El examinador se encogió levemente de hombros. - No lo sé... No depende de mí, profesor. La Gracia...



Mientras tomaban el aperitivo...

¡Eres un racionalista incorregible! No voy a perder tiempo dándote "pruebas" de la existencia de Dios, si no lo encuentras en tu vida.



¡Vaya con el iluminado! Por supuesto no tengo adormecida mi razón con mitos.

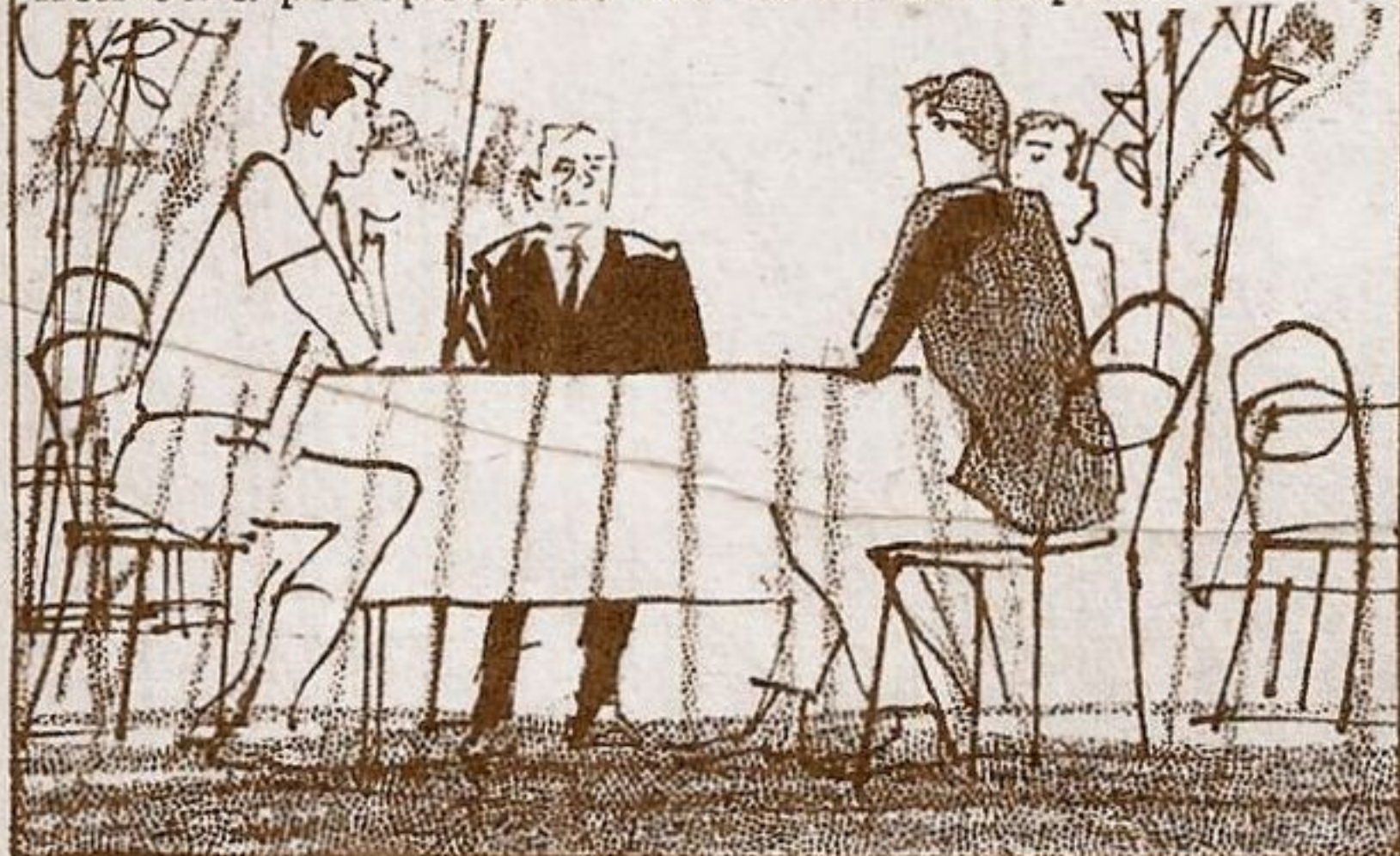
¡Por favor! ¡Esto es para abrir el apetito!



¿Qué dice usted, doctor Borg?  
¿Cree usted en Dios?



-Soy viejo, Anders. No puedo entrar a discutir con ustedes, por que mi opinión, y la pregunta, tienen otra perspectiva. No sé si me explico.



Todos enmudecieron, cuando el profesor Borg, lentamente, dijo un fragmento de una poesía.

"Cuando huye el día, en la escasa claridad del crepúsculo, voy en busca de mi amigo oculto. Tras El, voy por el camino, hundiéndome en una luz que apenas se vislumbra..."



A veces, los poetas expresan mejor lo que sentimos. ¿Verdad? Bueno, no nos pongamos solemnes ahora.



Marianne, por primera vez, apretó la mano del anciano doctor con ternura.

Es una hermosa poesía, papá Isak... y yo comprendo lo que sientes.

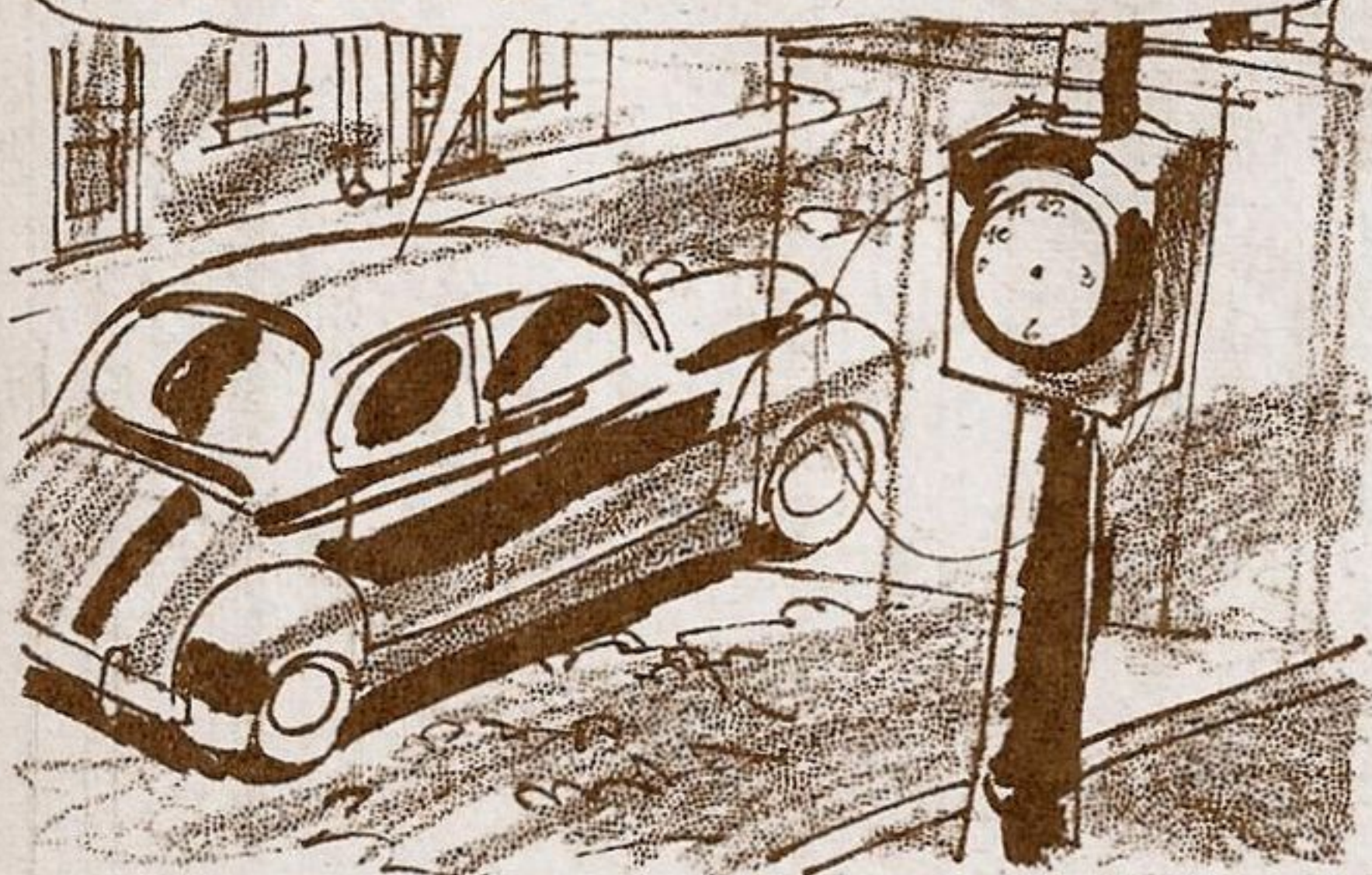


Gracias, Marianne. Me hace bien; que lo comprendas.

Por el serpenteante camino, horas después, entraron a Lund. Al pasar por una de las calles de los suburbios...



Y ni siquiera hay un reloj decente para saber la hora. ¡Miren ése! ¡Le faltan las manecillas!



Isak Borg no dijo nada, pero se pasó una mano por la frente, como queriendo alejar un presagio. Poco después llegaron a la casa de Evald.

Aquí nos separamos. Ha sido un placer tenerlos como acompañantes.





¡Al contrario! No sólo debemos agradecerles el habernos traído, sino. ¡Un momento! ¡Mañana estaremos en su Ceremonia, doctor!



¡Hasta pronto, entonces! Luego...

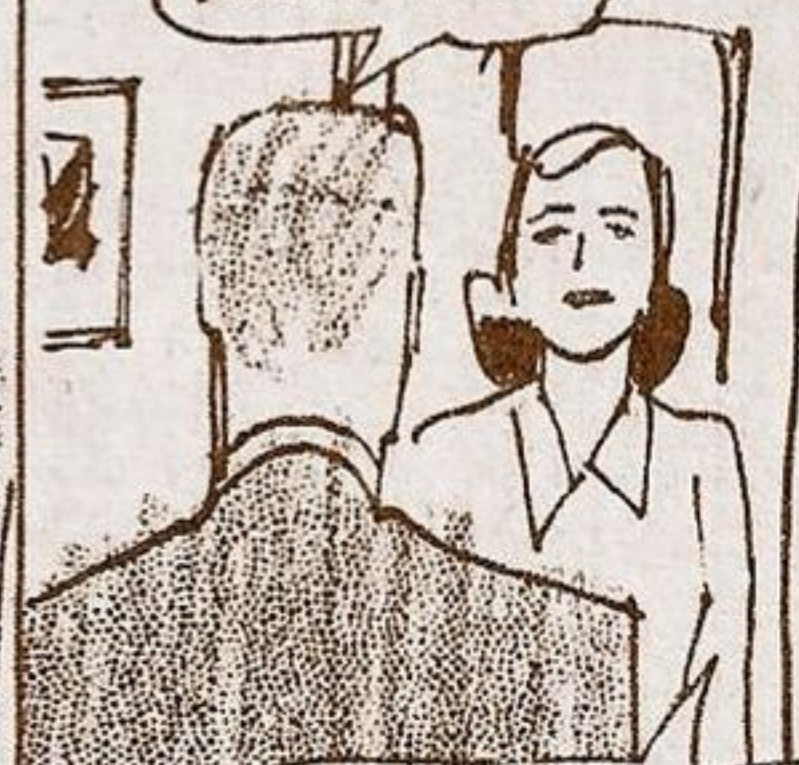
¡Hola, Evald! ¿Qué tal, hijo mío?



¿Cómo estás, padre? Adelante...

Al ver a Marianne, Evald quedó un instante turbado. Después...

¡Marianne!



Vine de paso, Evald. Partiré mañana, si te parece, a casa de mi madre.

Bien, ya hablaremos de eso luego. Subamos las valijas...

¿Estás inquieto, pensando en la Ceremonia, padre?



Algo, hijo, algo... No puedo negarlo.

Al día siguiente...



...y desde hoy, Isak Borg, ingresa como miembro honorario de esta Academia.



Afuera...

¡Adiós, doctor Borg! ¡Fue magnífico!



Y esa noche...

Buenas noches, padre...

Buenas noches, Evald. ¿Vas a salir con Marianne? Quisiera hablar contigo, antes de que se vayan...



Me alegro, y perdona que te hable de esto, ya que nunca me entrometí en tu matrimonio. Me alegro de que todo vaya bien. ¡Estoy seguro de que ese niño nos ayudará a todos!



Hum... Bien, padre... ¿algo más?



Sí. ¿Has sido tú el que pediste a Marianne que se quede, o...?



Sí, padre. He sido yo. Pensaba escribirle: no puedo vivir sin ella. Y quizá ella tenga razón en muchas cosas. Pero es difícil cambiar de un día para otro.



Me alegro de que sea así: debes salvarte, Evald. Debes salvarte de tu herencia. Si yo pudiera explicarte lo que he visto, en estas 48 últimas horas.



¡Ah, Evald, y olvídate de la deuda! Ya está saldada por Marianne, con creces.



Hasta mañana, papá Isak.

Hasta mañana, hijos míos. Que pasen una velada agradable.



El profesor Borg se sentía cansado. Tenía miedo de morir-se, y soñar alguno de esos sueños extraños. El sonido de unas voces jóvenes que cantaban bajo su ventanal lo hizo asomarse. Allá estaban los tres muchachos del camino, sonrientes. - ¡Es nuestra serenata de despedida, papá Isak! dijo ella con su alegre voz.



Por unos instantes, mientras sentía agolparse lágrimas de felicidad en sus ojos, los vio como misteriosos mensajeros de su "absolución."

Cuando su cabeza volvió a reposar sobre la almohada, cerró confiadamente los ojos, entregándose. Y se vio ...



... guiado por su prima Sara, caminando en el prado de fresas.

Ven, Isak. Tu padre te llama.



Pero..., ¿dónde está?

¡Queremos decirte que eres un anciano maravilloso! ¡Besos, papá Isak! ¡Adiós!



-Yo te llevaré. Está pescando, en el remanso que tú conoces. - ¡Allá los veo! ¡Está también mamá! Sí. Eran sus padres, junto a las tranquilas aguas, en un lugar de paz, bajo una misteriosa luz llena de amor.

Isak Borg avanzó en su sueño, con una alegría extraña creciendo en su pecho. Su padre levantó su brazo, saludándolo. - ¡Voy, padre mío, voy hacia ti...!



FIN



# VAMOS A REIR



- ¡Querida! ¿Adivina qué te he comprado en la ciudad? ¡Una esclava de oro!



- Querida... podríamos ir a cenar afuera. ¿Cuánto tardas en arreglarte?



- Tu mamá no hace mucho que salió, ¿verdad? El teléfono aún está caliente.



- Apúrate con mi sobretodo, Alicia. Tengo frío.



- ¿Adivina quién ha salido hoy en los diarios, querido?



# EL ABUELO

Por Horacio Feans



DIBUJOS DE CIRILO MUÑOZ

De cantero en cantero, la joven iba formando un hermoso ramo de flores. El sol del meridiano caía vertical y esplendoroso. Rosalía miró hacia la ventana.



Un par de rosas más y corré hacia usted, padre.

Te aguardo; apresúrate.



En breves minutos la joven estuvo al lado de su padre.

Flores para la Virgen. Son preciosas, ¿verdad?



Don Ramiro ignoró la pregunta.

Te he llamado para hablarte de algo muy importante, Rosalía.



Tienes 18 años. Una edad bastante suficiente como para que pienses seriamente en el futuro.



¿Qué quiere usted decirme, padre?



Don Ramiro Carbajal dejó sobre la mesa escritorio de su biblioteca una carta que estuvo leyendo por buen tiempo. Se puso de pie y comenzó a caminar con grandes pasos de uno a otro extremo de la amplia estancia.



Después se detuvo frente al amplio ventanal que daba a un bien cuidado jardín.

Rosalía, ven aquí un momento, hija.





Don Ramiro, exasperado por la aparente indiferencia de su hija, acotó con subido tono:

¡Eso mismo; tú huele las flores y no me atiendas!

¡Le estoy escuchando!

Mucho me temo, padre, que usted tiene más interés en casarme que el que pueda tener yo misma.

Pero si de eso me va usted a hablar, desde ya le digo ...

¿Qué es lo que tú puedes decirme...?

Pues que aún no he pensado en ello, y además, eso del matrimonio requiere su tiempo.

Por lo menos hasta que una encuentre al hombre que es su ideal.

¡Ideal! ¡Pamplinas diría yo!

No lo es cuando se antepone el corazón a toda conveniencia.

Lo haré en cuanto usted me hable con mayor sinceridad.

Escúchame, Rosalía.

El timbre de la voz de don Ramiro adquirió una tonalidad espesa.

Antes que todo sentimiento está tu deber de hija.

Bonito decir el tuyo, pero hueco. En los tiempos en que vivimos, el sentimentalismo no engarza; no sé si me entiendes.

Jamás lo he desconocido.

No lo niego. Pero es el caso de que hay ciertas circunstancias en las que ese deber impone...

... condiciones que pueden llegar a ser un sacrificio. Acabo de recibir correo de alguien que me habla de ti con vehemencia.

¡No imagino siquiera quién puede hacerlo!

-Quién me escribe - prosiguió don Ramiro - me anuncia su pronto viaje desde Barcelona por algo que es providencial para mí y trascendental para ti.

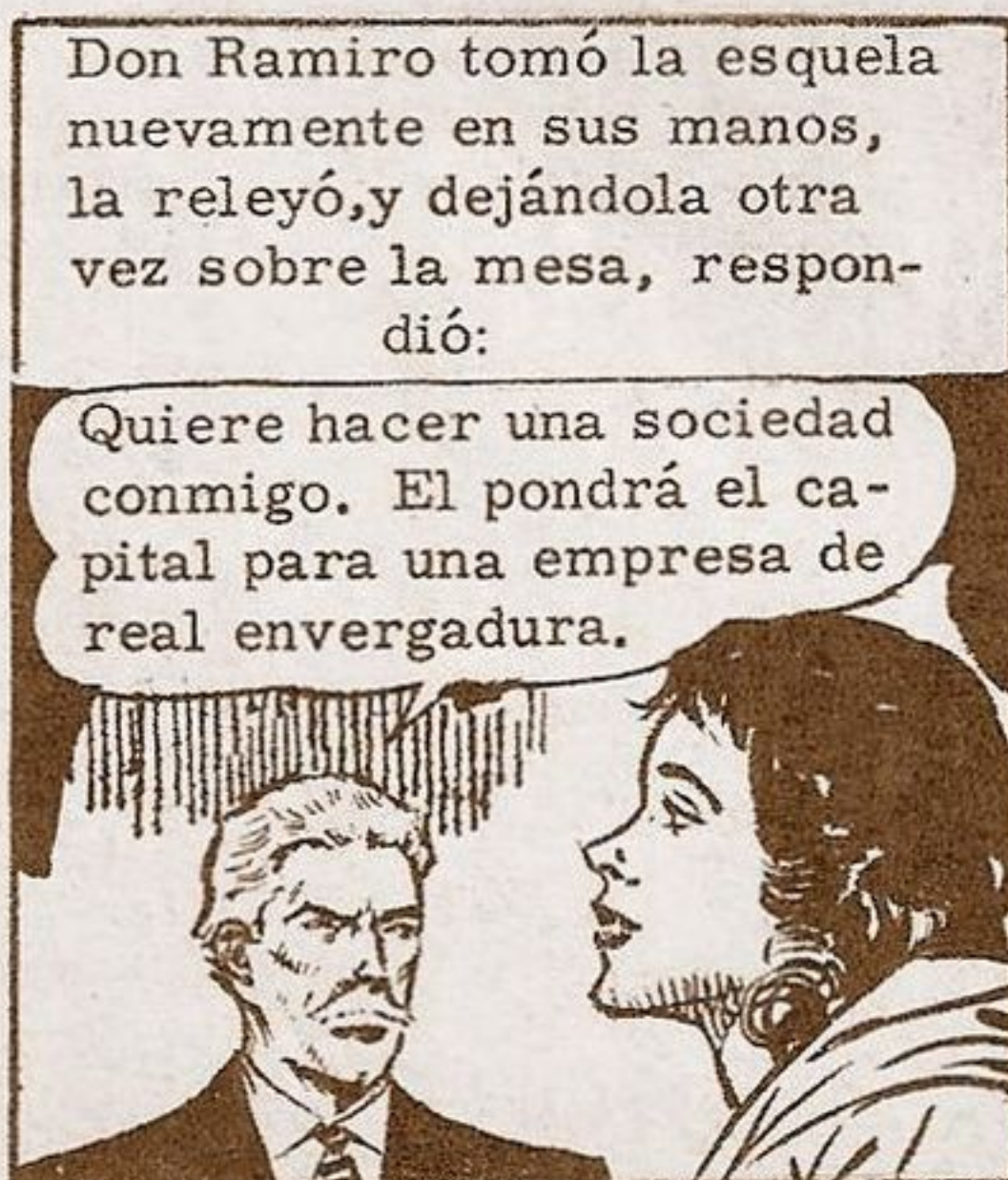




La joven mentía a sabiendas. Y una razón muy poderosa tenía para ello, puesto que si don Ramiro Carbajal se llegaba a enterar de que su hija, desdeñando pretendientes de netá rai-gambre aristocrática...



...habíase prendado de un hombre cuyo único blasón lo eran un par de brazos laboriosos, es seguro se habría enardecido a punto tal, que hubiera puesto inmediato coto a esas seguras relaciones. Pero Rosalía, atenta a esa segura reacción de su padre...





Nada te impongo, hija. Tú sabes muy bien que nuestra situación económica no es muy holgada que digamos.



Por otra parte, don Fernando es un hombre aún joven, no mal parecido, al que considero capaz de hacerte feliz como esposo.



Pero que comercia con el amor y pretende comprarme con su fortuna.

¿Qué dices? ¿Insinúas que tu padre es capaz de venderte?

¡Perdóneme usted, padre, se lo ruego!



Estas cosas del amor y del matrimonio requieren decidirse con suma cordura.

Te comprendo. Sólo quisiera que tu decisión contemplara a la vez tus sentimientos y...



...la posibilidad de nuestra recuperación financiera.



Déjeme usted pensarlo unos días, ¿quiere?

Don Ramiro, desde ese momento, no abrigó mayores esperanzas de éxito, aunque, sin embargo, presentía que la joven sería capaz de sacrificarse si ello suponía una solución para la felicidad del hogar paterno y para el apuntalamiento de su decadente patrimonio.



Rosalía amaba entrañablemente a Juan Antonio.



Este era un mocetón de su edad cuyos padres poseían una extensa parcela de tierra que trabajaba con ahinco, les daba un regular rendimiento como para vivir sin privaciones y aún guardar algunos ahorros.



La joven, que al anochecer bordeó el sendero arbolado de pinos que pasaba por detrás de la casa y al doblar un recodo miró hacia un bosque de cipreses cercano, vio con alegría que Juan Antonio la aguardaba.



El mozo, al verla aproximarse, corrió hacia ella, y sin reparar en que podían ser vistos, la estrechó entre sus brazos besándola.

¡Juan Antonio, eres un atrevido!





Tenemos que hablar muy seriamente.

Me asustas el gesto con que lo dices. ¿Es algo tan grave?



El brillo de los ojos de Rosalía habíanse opacado repentinamente, y le refirió lo conversado con don Ramiro.

¡Por nada del mundo estoy dispuesto a perderte!



Juan Antonio esbozó una sonrisa que no pudo disfrazar el atisbo de amargura que en ese instante tenía en el corazón.

¿Qué puedo yo decirte?



Eres tú la que debes decidir. Tu padre te ha colocado en un dilema que tiene dos extremos. En uno te aguarda lo que tú consideras será tu felicidad; en el otro, una incógnita para ti, pero que ya, sin embargo...



...lleva implícita una razón ante la cual no puede permanecer indiferente tu cariño hacia los tuyos.

¿Tú, en mi caso, dudarías?



La pregunta sorprendió a Juan Antonio. De buen grado hubiera querido evitar responderla, pero Rosalía, tensa su expectativa, insistió:

¿Tanto tienes que pensar?

No; sé bien que debo responderte, pero...



Juan Antonio se interrumpió. Por su rostro cruzó algo así como una sombra. Parecía que de pronto había envejecido. Hasta el tono de su voz era distinto.

Quisiera que des a mis palabras el sentido con que voy a decirlas.



No te preocupes así, querido. Me parece adivinar tu respuesta. ¿Crees acaso que ni por un instante me atrevería a dudar de tu amor?



No es ese el caso, Rosalía. Pero se me ocurre pensar que en cierto tiempo de la vida, hay un momento...



...en el que renunciar a algo que amamos entrañablemente, si el sacrificio de hacerlo puede significar la felicidad de nuestros mayores, es como un deber inexcusable que no admite opciones.

¡Juan Antonio!



No, no me mires así y comprendeme.

Hasta hace un instante creí comprenderte; estaba segura de que una palabra...



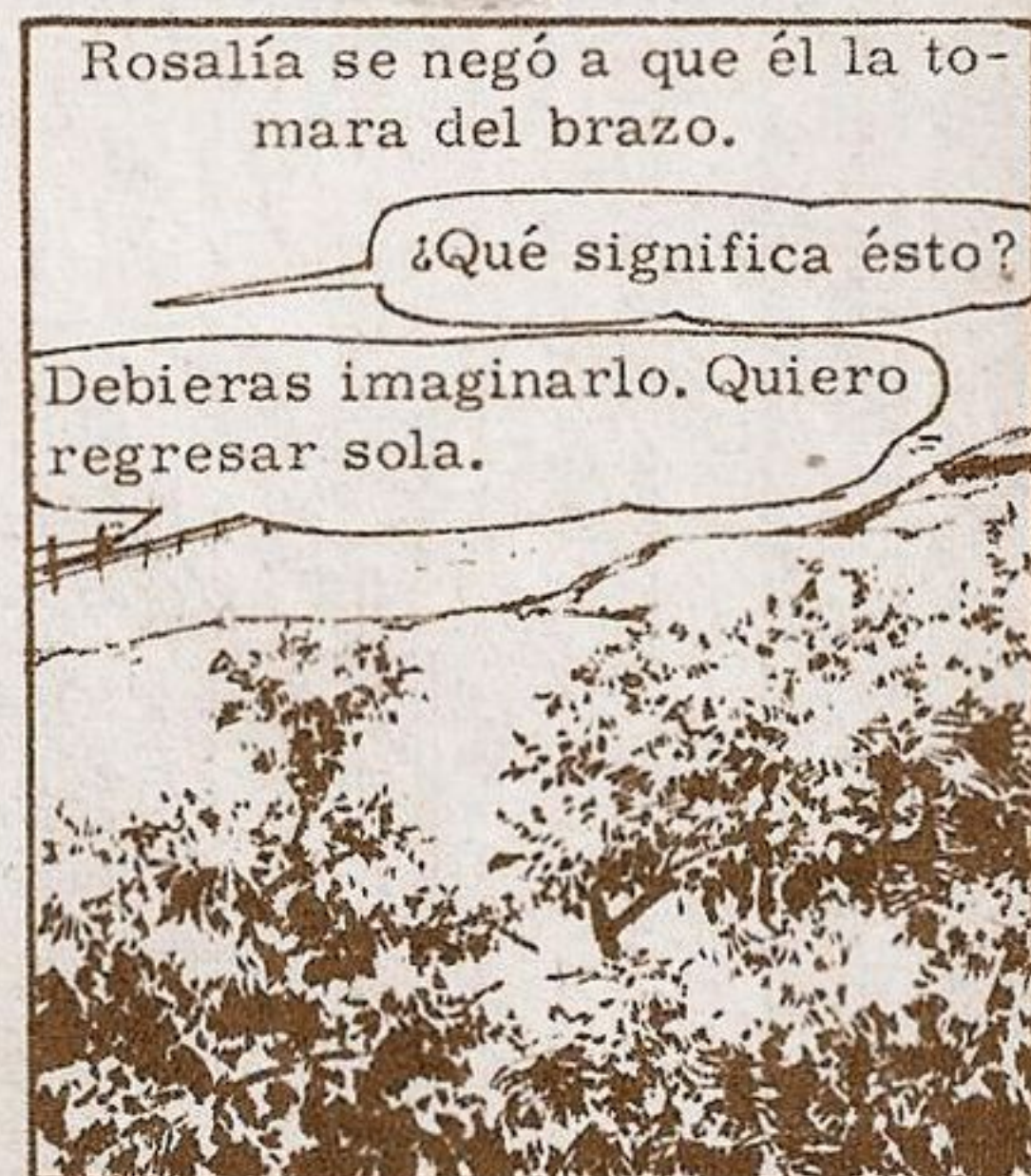
...una sola palabra tuya, hubiera bastado con holgura para resignar todo, absolutamente todo, menos mi cariño por ti.







Ella hizo un gesto de duda. Algo más pensaba decir, pero Juan Antonio, mirándola a los ojos, viendo en ella al único y más hermoso sueño de su vida, comprendió que ese sueño se le estaba esfumando.





"Simplemente se enamoran, se apasionan y hasta enloquecen por el primer petrímetro que las ronda sin importarles que el mismo no sea más que un Juan Antonio cualquiera."

¡Padre, por Dios, ese nombre!

¡Vaya! Fue el primero que se me ocurrió.

Pero, ¿a qué viene esa reacción tuya? ¡No entiendo!

Le suplico no preguntarme nada. Me casaré con Fernando Pinar y ojalá sea lo antes posible.

Grises fueron los días siguientes para Rosalía, durante los cuales su alma se debatía en un torbellino de fuerzas encontradas que ella misma, sin querer, había provocado.

Tal vez ahora reconociendo su propia culpa, se daba cuenta de que nunca volvería a ser feliz como lo fuera con Juan Antonio que, así como tenía un corazón enorme para amarla, fue capaz de anteponer a todo, por ese mismo amor, los dictados de una noble lealtad.

Ahora ya era tarde para desandar lo andado. Estaba de por medio el amor propio, su orgullo de mujer, cosas ambas que hubiera brotado al más profundo mar por retornar a él. Pero, como don Ramiro diera ya a Fernando Pinar su aceptación bajo palabra...

...de caballero y por respeto al honor de su padre, el destino había puesto punto final al pasado. En la soledad de su cuarto, cubriéndose el rostro con las manos, se entregó a su desesperación íntima en un llanto.

¡Juan Antonio, te quiero!

Fernando Pinar llevaba dos días en la casa de don Ramiro, del que sería huésped, hasta tanto se formalizara la boda con Rosalía, la que según los anuncios periodísticos que ya se difundían, tendría efecto dentro de una semana.

Yo había pensado en una ceremonia íntima, sin publicidad.

Bueno, de haberlo sabido... Pero ahora ya es tarde.



-Me preocupa un poco cierta apatía que advierto en mi futura esposa.

Apenas si he podido hablar.



La emoción... Usted comprenderá.

La verdad era otra muy distinta y don Ramiro algo intuía:

Hija, tratas a Fernando como a un desconocido.

Lo esencial es que me case con él, y eso ya está decidido.



Sí, muy bien, pero por lo menos muéstrale afecto.

Padre, he consentido en ser la esposa de ese hombre únicamente por una razón.



La unión matrimonial será el puente de plata por el que se llegue a una transacción beneficiosa, según usted, para nuestra familia.



Pero si Fernando Pinar pretende que yo lo ame, se llevará un buen fiasco.



Rosalía, a punto estoy por lo que dices, de retirar mi palabra a Fernando, pues no voy a sacrificarte así.



¡Ya nada importa, ahora!

Eres un enigma para mí. Cualquiera diría que estás enamorada de otro hombre. Te lo he preguntado cuando hablamos de esto.



¡Y qué si lo estuviera! De cualquier manera tenía la obligación de acatar la voluntad paterna. Usted mismo me lo dijo.

¡Me dices por las claras que ese otro hombre existe!



-No se preocupe usted. ¡Existía!  
¿Puede saberse quién era?



Ella respondió:  
-El mejor hombre del mundo, merecedor de ser amado hasta el sacrificio; de una nobleza tan inverosímil como para permitirle perderme, porque comprendió el problema de nuestra familia, de nuestra...



...fortuna decadente y su corazón de buen hijo lo instó a aconsejarme que debía optar por Fernando Pinar, el que ante mis ojos, no es más que un mercader de amor.

¡No permitiré que hables así de quien es mi mejor amigo!





—Y en cuanto a ese hombre al que tanto quieres, si te hubiera amado de verdad, no habría sido tan necio de aconsejarte como lo ha hecho. Lo que pasa es que quería desembarazarse de ti.



¿Qué derecho tiene usted de hablar así de Juan Antonio?

¡Acabáramos! Ya me suponía que ese nombre por algo te había excitado.



Pues las cosas seguirán su curso; no haré el ridículo de anular la boda con Fernando para entregarte a ese... ese Juan Antonio.

Le he dicho que ya no existe. Puede usted disponer lo que sea para los esponsales.



Está todo previsto.

Creo que olvida usted algo...



¿Olvidarme...? ¿De qué?



De preparar el arca en que guardará el dinero por el que le ha vendido su hija a Fernando Pinar.

¡Rosalía! ¡Tu no estás en tu juicio!



Muy importante debió ser el llamado telefónico que en ese momento atendía don Ramiro, puesto que finalizado el mismo y con toda premura, anunció que viajaría en seguida.

No regresaré hasta mañana.



Don Ramiro, tal como lo anunciara, regresó al día siguiente. Fernando y Rosalía sentados en la sala, él hablando de fastuosos proyectos para su matrimonio, ella, tan ausente como más no podía estarlo.



Algo tenía que haberle sucedido en ese viaje a don Ramiro. Algo que lo abatía.

Hay cosas en la vida que parecen ficción. He perdido a mi amigo más dilecto.

¡Caramba!  
¿Muerto?



Don Ramiro, haciendo un gesto afirmativo respondió: "Como si lo estuviera. Un hombre al que por años conocí lleno de virtudes, de buena fortuna, perfecto por donde se lo mirase."

Bueno, no nos dejará sin conocer la historia.

Es muy breve. El tal amigo, despierto quizá...





.. "un poco tarde a ciertas tentaciones, dilapidó en dispendiosa vida todo su patrimonio. Incluso engañó a una pobre mujer que a causa de ello tuvo un hijo, sublime sacrificio que, a poco de producirse, habría de costarle la vida a la madre."



"Esto, que no es nada que asombre, sucedió hace tres años. La criatura, dado que la condición moral del padre, dejaba mucho que desear, ingresó al orfanato de los jesuitas."



¡Pobre angelito!

Y lo más satánico de esta historia, lo que ...



... "exacerba aún más si es posible el espíritu, es que ese hombre, sabiendo que esa criatura era su hijo, que llevaba su sangre, jamás hasta la fecha se ocupó de él, aún conociendo como conocía el piadoso hogar en que se hallaba."

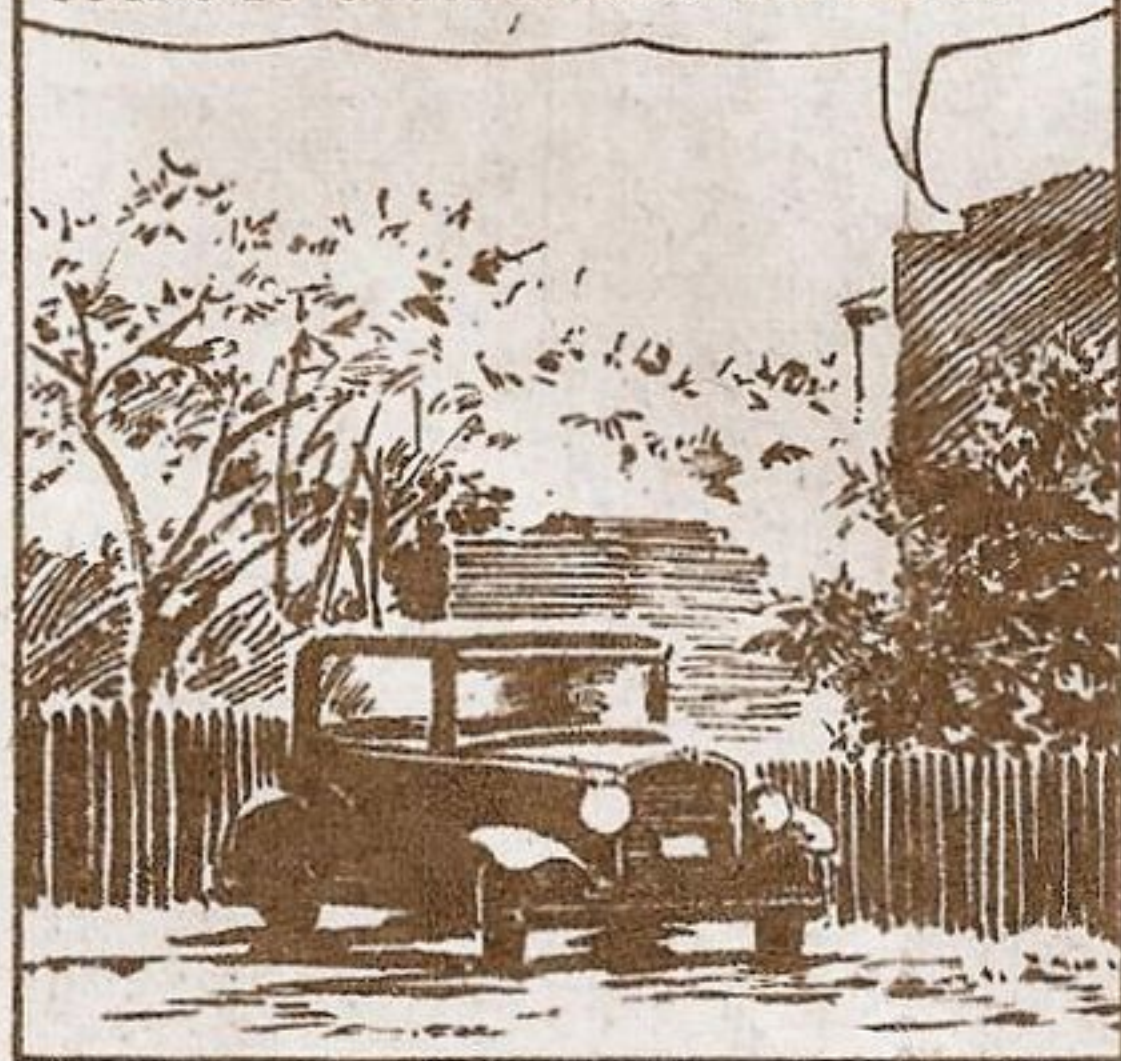


Alguien me habló por teléfono y pude así saber los pormenores de esta historia que he querido decir. Solicité y obtuve la adopción del niño.

¡Ha estado maravilloso, padre! Me muero por conocerle.



Eso es fácil; sobre el asiento del coche lo encontrarás dormido.



Rosalía fue en su busca, y regresó con el pequeño. Fernando al verlo, con pasmosa serenidad exclamó:



Es presioso. La verdad que un hombre que así procede, merece el desguello. Lo que no me explico es por qué le avisaron a usted.



Fue alguien que leyó la noticia de vuestra boda en los periódicos, y tuvo la gentileza de llamarme.

No veo qué relación puede haber...



Don Ramiro Carbajal, apelando a energías que sólo Dios sabe de dónde sacó, tomó por un brazo a Fernando Pinar, lo hizo poner de pie, y lo llevó casi a ras-tras ante un espejo que había adosado a la pared.



Ese que usted ve, el que fuera mi mejor amigo, es el padre de la criatura.

¡Ese es el infame a quien poco faltó para que le entregara a mi hija, quién sabe con qué siniestro designio!





Al día siguiente, don Ramiro le decía a su hija mientras dejaba que el chiquitín jugara sobre sus piernas:



No he podido dormir pensando que he anunciado tu boda, ¡y boda tiene que haber!



¡Padre! ¿Boda? Pero usted sabe...

Lo único que no sé y eso tienes que averiguarlo tú, es si ese... ah, sí, Juan Antonio, haría a tiempo para prepararse. ¿Quieres ir a...?



Algo que iba a decir don Ramiro no pudo hacerlo. Rosalía corría ya rumbo al bosque de cipreses.

¿Qué si podrá? ¡Ya lo creo que sí!



Don Ramiro Carbajal alzó al pequeño y lo besó.

¡Vas a tener unos padres como Dios manda! Y en cuanto al abuelo, pues ni que hablar, chiquillo, ni que hablar...



FIN

## SEA UD. INGENIERO EN RADIO TELEVISION

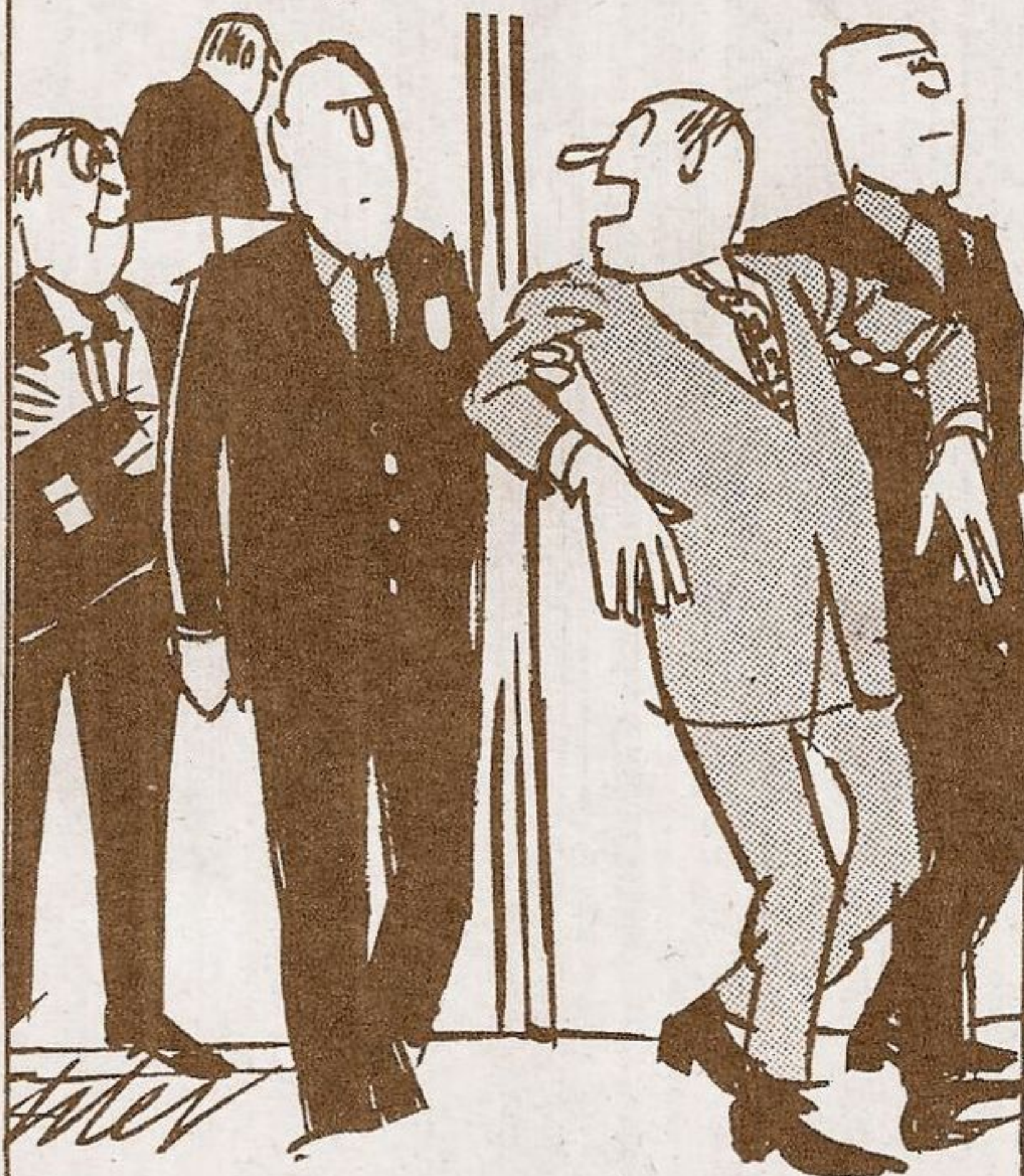
**ESTUDIO GRATUITO Y EMPLEO**  
A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DE TODO  
EL PAIS Y DEL EXTERIOR, APRENDIENDO  
EN SU DOMICILIO  
INSCRIPCIONES LIMITADAS

CURSOS de DIFUSION TECNICA:  
MATEMATICAS SUPERIORES para RADIO y TV  
TELEVISION ACUMULADORES ELECTRICOS

Escriba, enviando sus datos personales, a  
"UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS"  
SECCION ELECTRONICA

CASILLA DE CORREO Nº 1790  
BUENOS AIRES

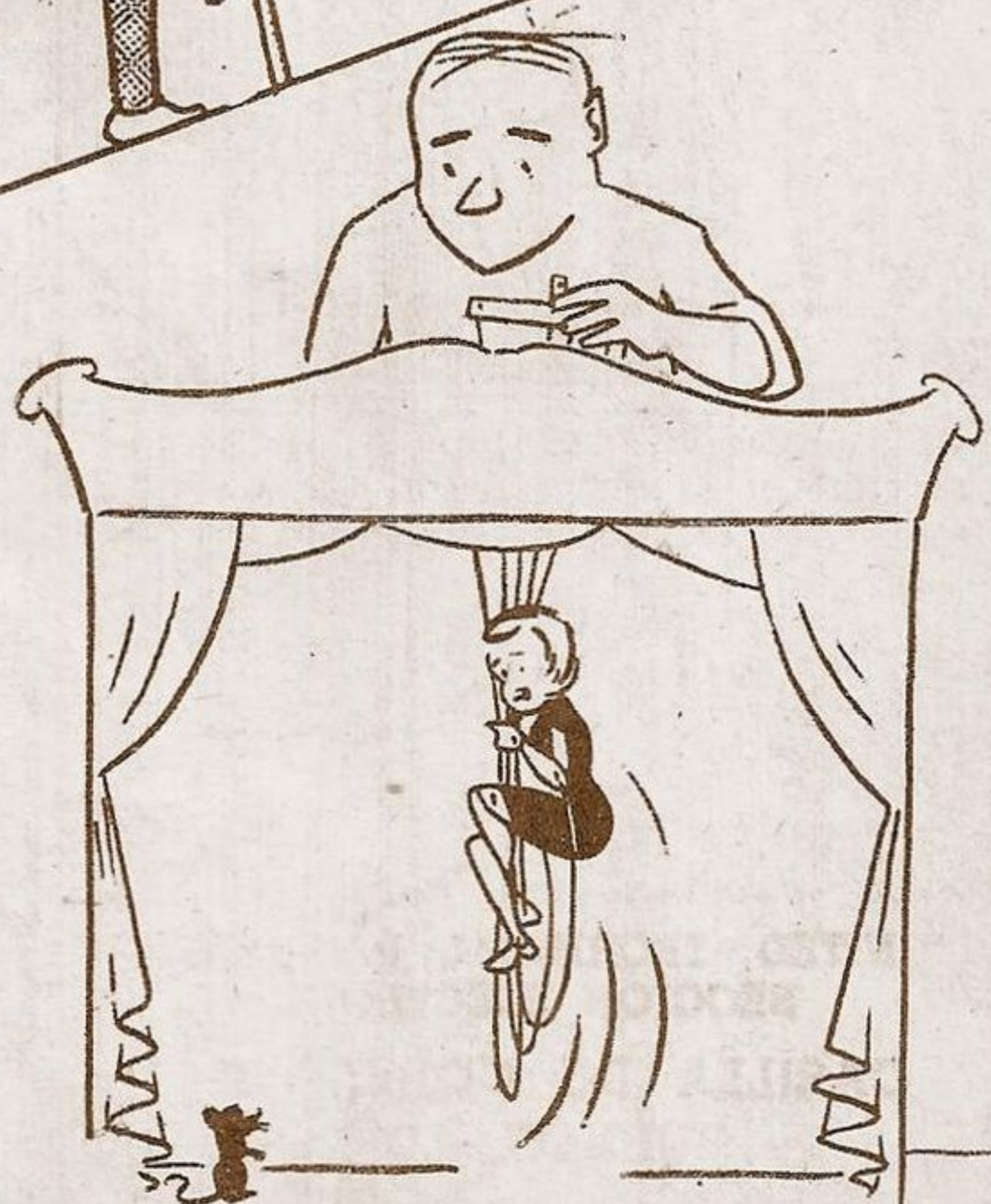
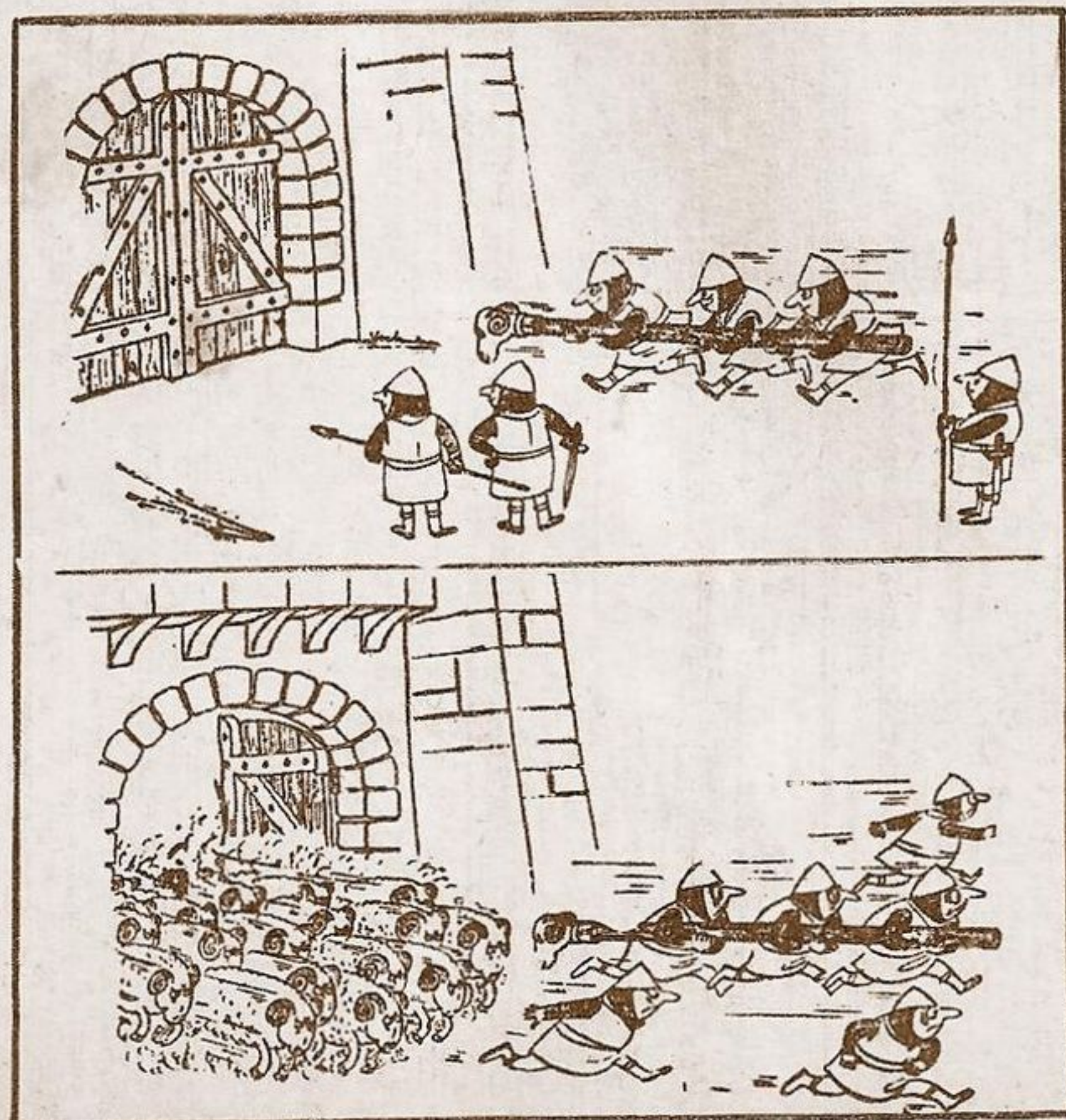
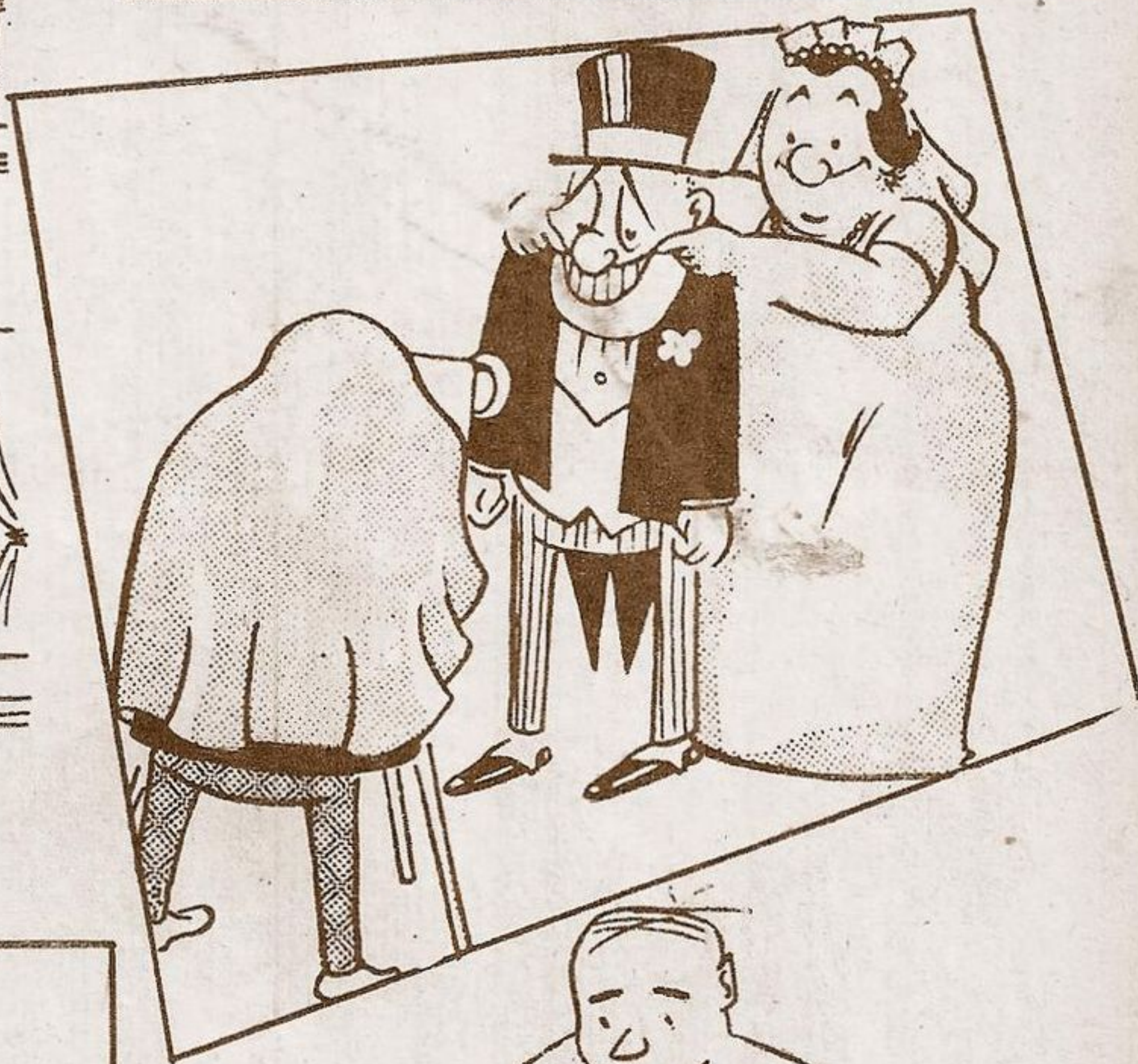
## ALÉGRESE



-Veinte personas sobre ciento ochenta millones dicen que soy culpable, y ellos llaman a eso justicia.



# SIN PALABRAS





Esta es una historia de hombres y mujeres

ESCRITA POR CRISTÓBAL MARÍA PAZ

# VIAJE A UN MUNDO EXTRAÑO

Dibujos de Martha Barnes

Me llamo Horacio. Tengo 17 años. Vivo con mi abuelo en una de las muchas habitaciones de uno de los tantos conventillos de la Boca. Soy titiritero.



Se gana poco con los muñecos, pero es tan lindo ver cómo se enciende la sonrisa en los labios de los chicos, que esa dicha compensa cualquier estrechez. Yo siempre le digo a mi abuelo que nosotros, además de titiriteros, somos poetas.



Habíamos publicado un aviso en el periódico "La Parroquia", ofreciendo nuestros servicios para animar fiestas infantiles. Y alguien nos llamó. Fue el comienzo de mi viaje.



Esa lujosa mansión, rodeada de parques y árboles, me dio una espantosa sensación de soledad.



Tuve que llamar varias veces antes de que acudieran a atenderme. Por un momento creí que me habían gastado una broma, pero de pronto se abrió la puerta principal y apareció Ana.



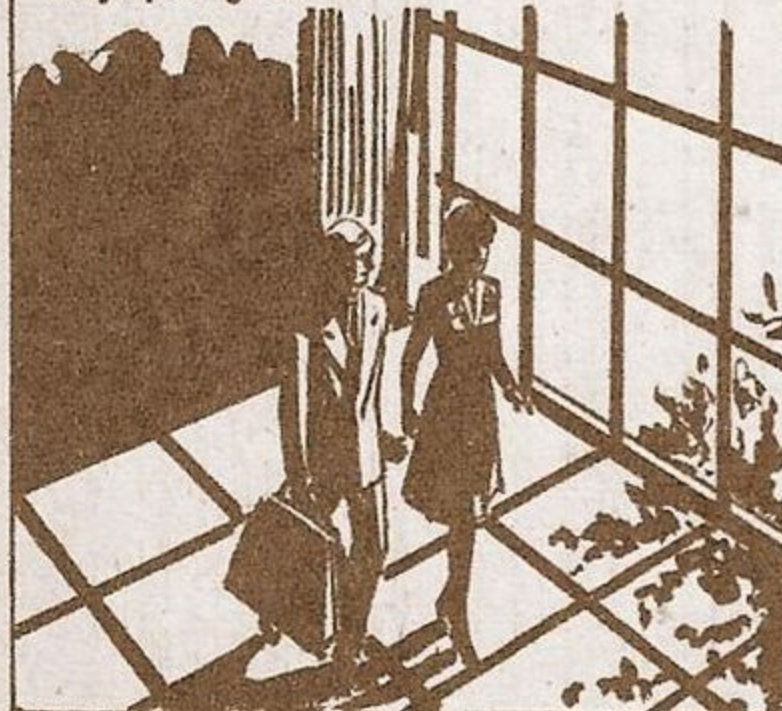
Era extraña. Tenía una belleza casi salvaje, pero sus ojos eran los de una niña siempre castigada; ojos húmedos y limpios, pero tristes, siempre tristes...



Pase. No se quede ahí parado, mirándome. De inmediato me di cuenta quién era ella hacia dentro de sí misma. ¡Pobre Ana! La torturada Ana, la inconsolable Ana. Hermosa y joven; prepotente y triste. Quizá en ese mismo instante comencé a amarla.



La mansión estaba desierta. Ella y yo, solos, metidos en las entrañas de ese silencio frío que caía sobre nuestra vieja piel gris.



¿Y los niños?... No habrá niños.



Me dijeron que iba a realizarse una fiesta infantil.

Le dijeron bien. Es una fiesta infantil. Hoy Celeste cumple cuatro años.





Yo insistí. No terminaba de entender.

Pero... ¿Y los niños que van a participar de la fiesta, cuándo llegan?



-Celeste no tiene amigos.

Entonces traiga a Celeste. Los chicos se entretienen mucho ayudando a armar el escenario.



Ana me miró largamente. Se le nublaron los ojos. Tragó un puñado grande de lágrimas saladas, y me gritó, desesperada:

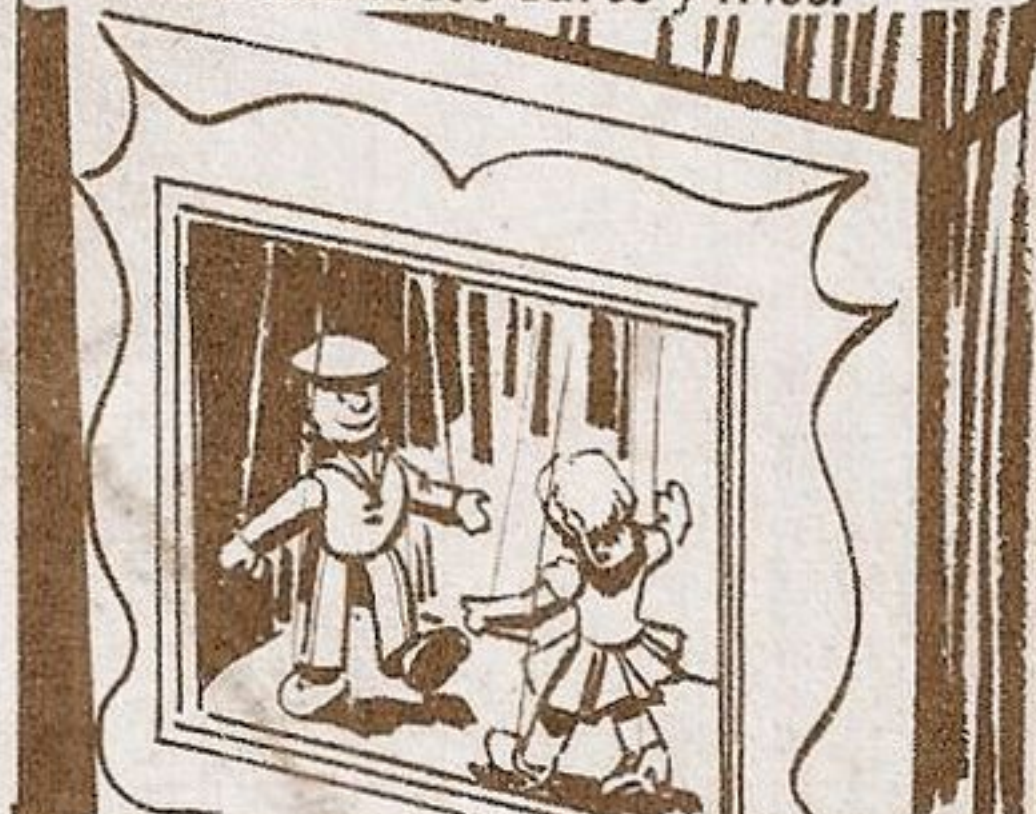
¡Celeste murió! Celeste está muerta.



Le había prometido traerle un teatro de títeres para su cumpleaños, y cumplo. Trabaje, ¿quiere?



Tuve que trabajar. Me costó. Se me anudaba la voz. Los muñecos se movían torpemente. Los hilos que los animaban permanecían inmóviles entre mis dedos duros y fríos.



¡No puedo más, señora! No me pague nada, pero déjeme ir. ¡Esto es terrible!



Vuelva a la realidad. No se festejan con fiestas los cumpleaños de nadie que haya muerto y menos aún el de una niña.



Celeste no murió como puede morir cualquier otro niño. ¡A Celeste la asesinaron!



Ana volvió a mirarme largamente, con esa mirada tan suya, una mirada amarilla y silenciosa. Una mirada para ser masticada.



Poco a poco se fue transformado en otra mujer.

No se vaya todavía. Voy a servirle un café.



Le sonreí, agradeciéndole.

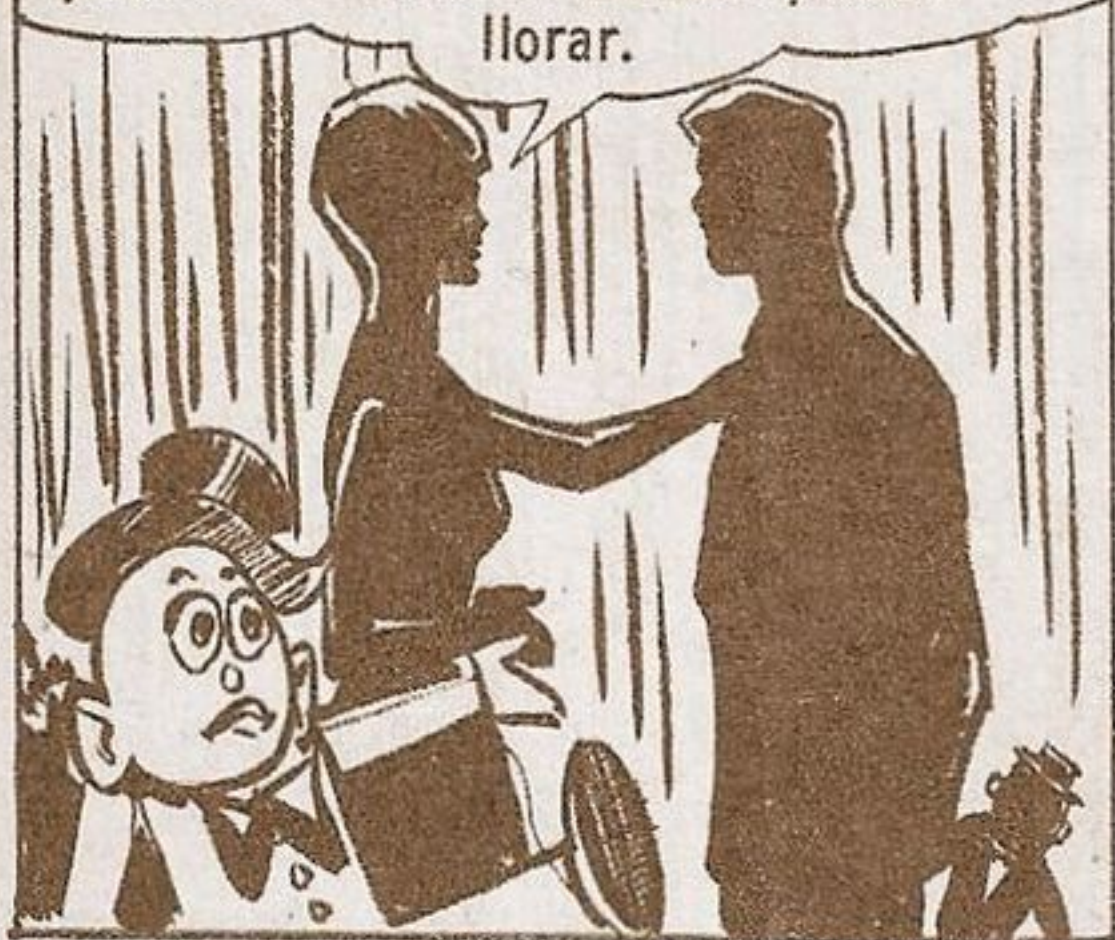
¿Por qué sonrío nada más que con la boca?

No sé...





Sus labios sonríen, pero sus ojos no. Tienen una lágrima esperando ser derramada. No postergue su llanto. Llore, si quiere. Los hombres también pueden llorar.

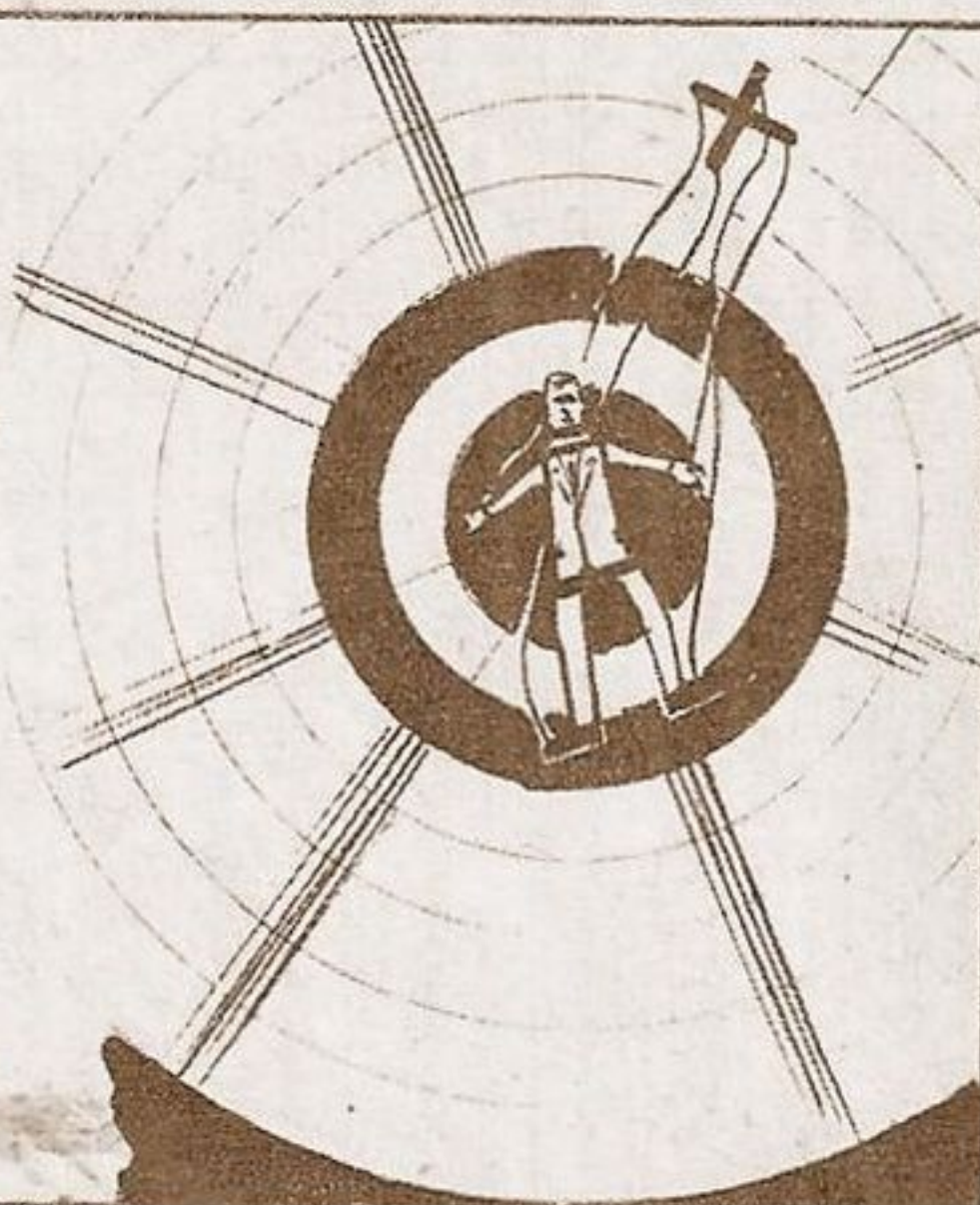


Hablamos. Hablamos mucho. Sorpresivamente, Ana rió. ¡Qué risa tremenda era la suya! Una risa cargada de dolor. Le divertían mis aventuras de artista vagabundo.



-Y entonces, ¿qué hiciste, Horacio? Me tuteaba. Me animé a tutearla. Me aproximé más a ella. Me gustaba el profundo perfume blanco que la envolvía. La amaba. ¡La amaba! Me iban a estallar las manos, porque la amaba.

Nuestras voces se multiplicaban en los ecos de la casa desierta. Estábamos los dos solos en aquella enorme mansión, acompañando el fantasma de la triste Celeste asesinada. Tuve miedo. Tuve miedo de Ana. Ana era toda una mujer, toda una gran bruja del amor. Comenzaba a atraparme.



Entonces me contó su pequeña historia, su gran calvario. Era rica, siempre había sido rica y siempre había estado sola. Un día conoció a un muchacho también solo y se casaron. Tuvieron una hija, Celeste...



-Mi suegra destrozó mi matrimonio. Mi suegra me robó a Celeste. Cuando murió la niña no me quiso decir en dónde la enterraron. Mi suegra es mala. Y Ricardo, mi esposo, es débil. Ricardo es un niño grande y pálido. Hace más de tres años que estamos separados.

¿Alguna vez imaginaste un corazón capaz de ser canalla hasta el extremo de negarle la tumba de su hija a una madre?



Un hondo sentimiento de rebeldía comenzó a llenarme la sangre. (Quijote. Siempre Quijote. Quijote ciego y tonto.)

No llores más, Ana. No llores. Me ponen triste tus lágrimas. No mereces llorar. Yo averiguaré en dónde está enterrada Celeste. Compraremos claveles blancos para llevarle. Muchos claveles blancos.



Ana me miró. Cuando prometo algo, lo cumplo a costa de cualquier sacrificio personal. Y ahora más que nunca debía cumplir con lo prometido. Amaba a Ana. Hacía apenas dos horas que la conocía, pero ya la amaba, como si la hubiese querido desde siempre.



Me dio los datos necesarios para ubicar a su esposo y a su suegra. Le prometí regresar con el dato que quería. Me despidió con un beso en la frente. Para ella era nada más que un niño. Otro niño. Celeste, Ricardo, yo. Todos niños.



Ya salía de la casa, dejando atrás el solitario parque que la rodeaba, cuando oí una tremenda carcajada que me heló de espanto.





Escuché atentamente, pero la carcajada no se volvió a repetir. Los pájaros oscuros del otoño se agrupaban en las ramas altas de los árboles. Su canto corto y grave rompía un poco el silencio que me acompañaba en esa tarde. Dejé la casa de Ana. Volvería al día siguiente con la solución esperada.



Esa misma noche traté de entrevistar al esposo de Ana. Merodée varias horas la mansión en que vivía con su madre. Aquella lujosa casa era el refugio de los asesinos de Celeste. ¿Cómo la habían matado?



¿Qué buscas?

Nada... Nada...



Volvía a caer en mi cobardía. De pronto la presencia de un agente de policía me ahuyentaba. Yo tenía que haber llamado forzosamente la atención.



Aquella noche no cené. Tenía rabia de mí mismo. De mi poca decisión, de mi poca hombría.

Horacio, tú estás enamorado...



El abuelo era un gran hechicero gallego. Cuando yo se lo decía, él se reía buena mente. Sabía adivinar lo que me ocurría y también lo que podía ocurrirme.

-Horacio... Ten cuidado... Tienes 17 años... Tu mundo no se termina mañana, aunque tú creas ahora que sí, que estás al borde de un abismo, que estás al final de tu existencia.



Tienes 17 años... Yo sé lo que te digo. Yo no soy hechicero, Horacio. Yo soy viejo y he amado.

A la mañana siguiente me lancé de inmediato a cumplir con lo que le había prometido. Tartamudé mi nombre cuando me hice anunciar en casa del marido de Ana. Este me recibió sin demasiados rodeos. Era un hombre joven y triste.



-Quiero saber dónde han enterrado a Celeste. Ana necesita saberlo. No sean malos con ella. El asombro detuvo las palabras en la garganta de Ricardo. Comprendí que no había sido feliz el tono prepotente de mi pregunta.



Necesito saber dónde está enterrada Celeste.

¡Váyase!

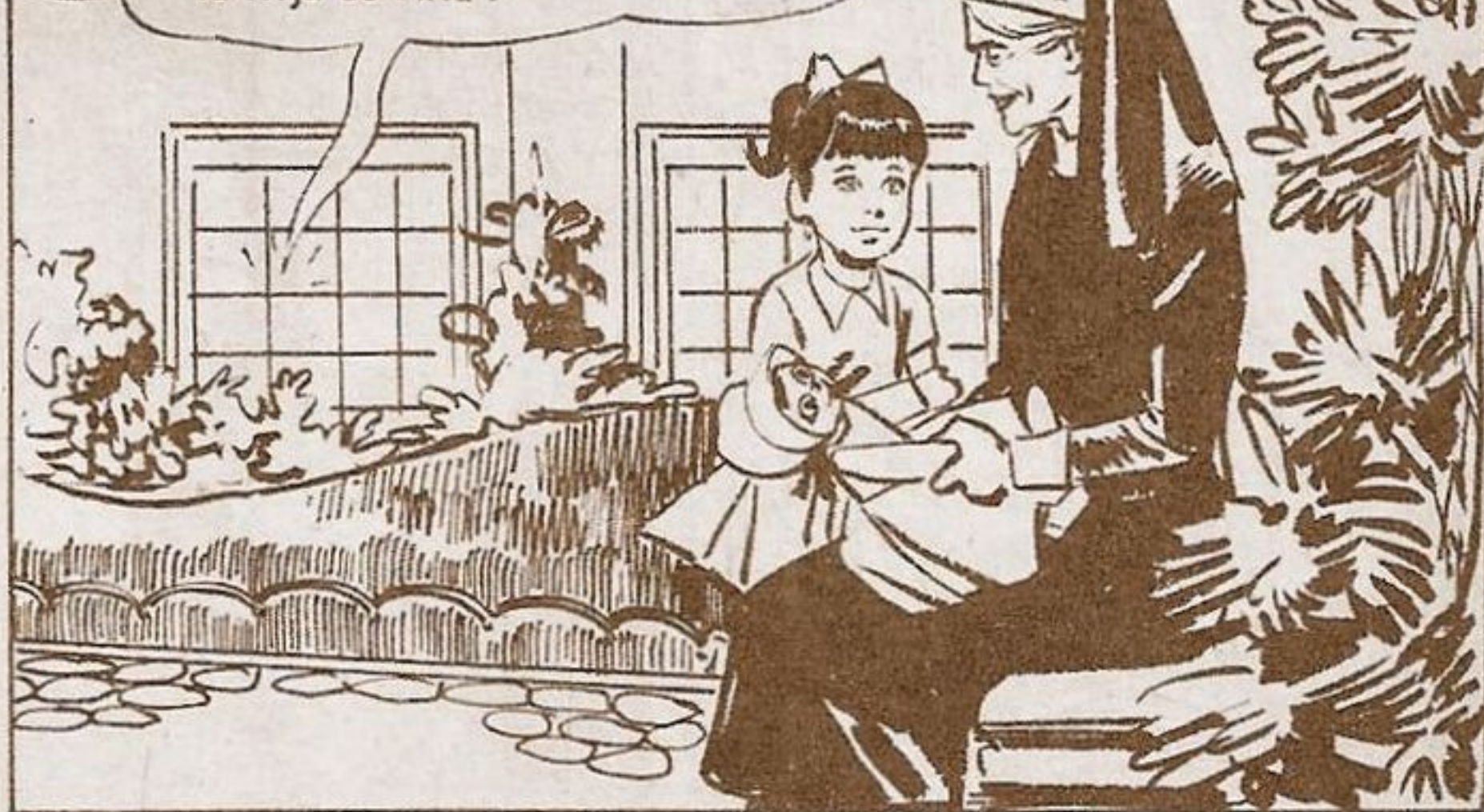


Ana tiene derecho a saber dónde está enterrado el cadáver de su hija.

Basta... ¡Basta! ¡Estoy harto de escuchar esa barbaridad! ¡Celeste vive! ¡Mi hija vive!



¡Mírela! ¡Allá está! Esa niña, a la que acompaña la nurse, es Celeste, mi hija, la hija de Ana.





¡Ahora, váyase! ¡Váyase de una buena vez!

¡Miserables! ¡Miserables!

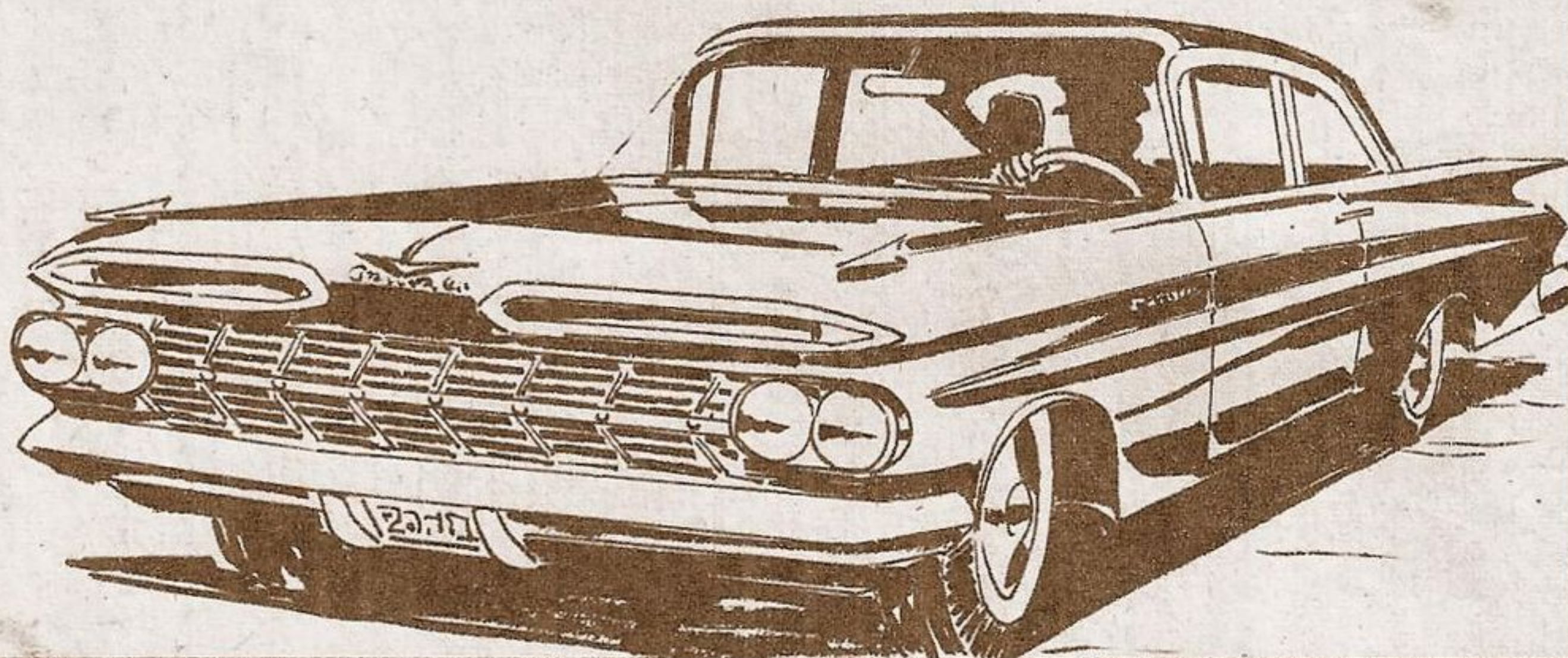
¿Qué diablos dice?

¡Miserables! ¡Miserables! ¡Están torturando a Ana!

La ira me nubló los ojos.

¡Llamen a la policía! ¡Este muchacho se ha vuelto loco!

Y vino la policía. Y yo fui a parar con mis pobres huesos a un calabozo de la comisaría 12. Unas cuantas horas después volvía a quedar en libertad. Pero la acción policial no iba a quedar detenida. Me volverían a citar para que completase mi declaración. No bien dejé la seccional, noté cómo un coche negro me seguía. Era la madre de Ricardo, la suegra de Ana, la abuela de Celeste. Celeste, la víctima.

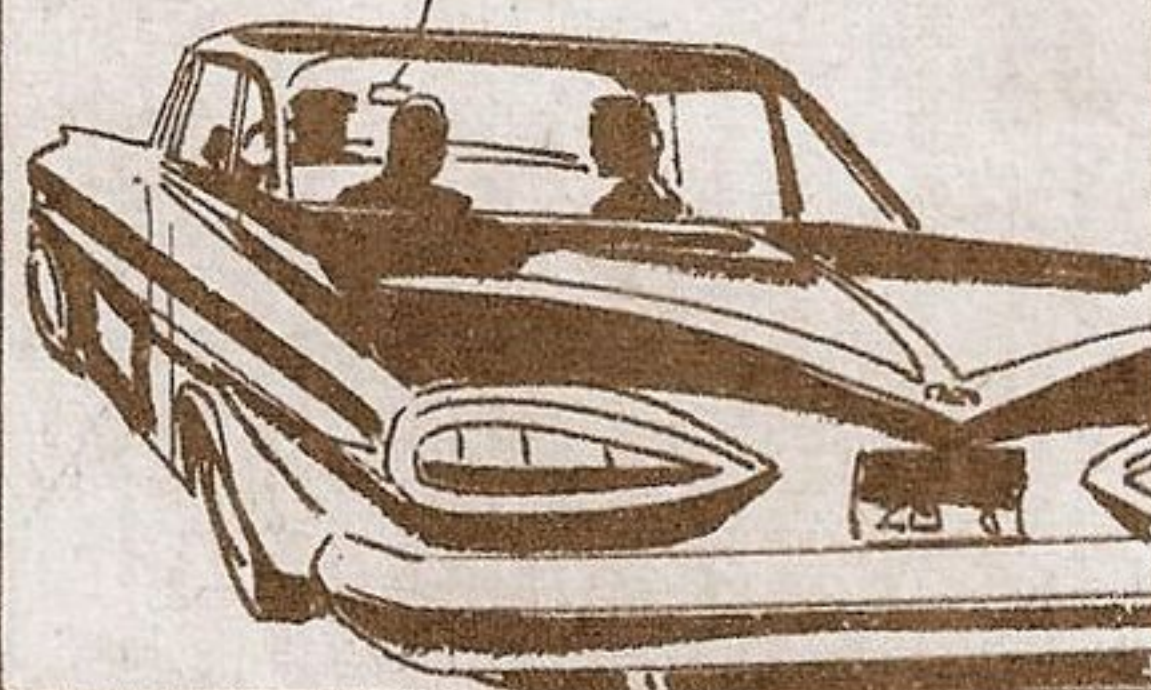


Insistió en que subiese al coche. Tenía que hablar conmigo. Quería convencerme para que no dijera nada a la policía, para que no produjera un escándalo. Pero yo no me dejaba convencer. Tenían que devolverle su hija a Ana, mi amada Ana.



Eso es imposible...

Ana es la madre de Celeste. Tiene derecho a su hija...



Te equivocas. Celeste no tiene madre. Celeste no existe. No existió nunca. Celeste es una mentira, una tremenda mentira.



Celeste no existió nunca. Es un secreto terrible. Celeste es una mentira de Ana. Una de las tantas mentiras de Ana. Una mentira que yo tuve que hacer realidad para no perder a mi hijo, para salvar a mi hijo.



¡No ataque a Ana! ¡Delante de mí, nadie se atreverá a juzgarla mal!

Estas ciego, muchacho. Has caído en una trampa, la misma trampa que le tendió a Ricardo.



No me dejé convencer. La investigación continuó adelante. La policía nos tomó con un poco de reserva. Integrábamos una tremenda ronda de extraviados. Ana no había sido localizada. La madre de Ricardo terminó por confesar la verdad, su verdad... Ricardo Fuentes Echeverría era un joven y brillante pintor abstracto. Una noche, en una fiesta, Ricardo conoció a Ana Figueroa. Ana era bastante mayor que él. La diferencia de edades no fue obstáculo para que Ricardo se enamorara de ella, y se casaran.





Ana era una mujer extraña, inmensamente rica e insólitamente vagabunda. No tenía un momento de reposo. Necesitaba vivir en medio del ruido y de la desorganización. De repente estaban en Roma y después en Calcuta, y alguna vez en Buenos Aires...

Ricardo comenzó a angustiarse. Haciendo esa vida nómada no podía trabajar. Además Ana estaba cada vez más enferma de los nervios. Tenía sorpresivos y violentos ataques de ira seguidos de largas y silenciosas postraciones de melancolía.



Entonces se produjo el alejamiento, la separación, el comienzo del gran sisma. Ana regresó sorpresivamente desde Tokio luego de una tormentosa discusión con su esposo. Esperaba que éste la siguiese como de costumbre, implorándole perdón, ese perdón que era ella quien tenía que pedirlo y no concederlo. Pero esta vez no se repitió la historia del reencuentro. Ricardo desapareció sin dejar rastros. Su madre se desesperó. Revolvió cielo y tierra para encontrarlo. Su amado hijo, su débil niño, había sido lastimado.

Por fin lo localizaron. Estaba viviendo en París en medio de la mayor miseria. Fracasaba como pintor. Sus cuadros eran torpes y carecían de cualquier valor estético. Se entabló entonces un duelo entre la madre y la esposa, para reconquistarlo, para demostrarse mutuamente quién tenía la razón en esa tempestad que vivían.

Ana mintió a Ricardo diciéndole que iba a ser madre, que iban a tener un hijo. Era una de las mil mentiras que decía cada día que vivía, cada hora.



Ricardo se sintió recuperado. Un hijo le daba una nueva razón de lucha, de trabajo, de fe. Su madre fue a buscarlo a París, pero Ricardo no quiso regresar de inmediato; necesitaba conseguir un gran triunfo para ofrecérselo a su esposa y a su hija...



Ana anunció el supuesto nacimiento de Celeste. Y un día se produjo el regreso de Ricardo. Entonces Ana volvió a mentir diciendo que Celeste había muerto. Ana era demente. Los médicos lo certificaron. La madre de Ricardo utilizó entonces aquella verdad para crear su mentira, su piadosa mentira.



La suegra de Ana contó a su hijo una historia que terminó convenciéndolo. Le dijo que en razón de la locura de Ana, ella había logrado quitarle la niña que ahora estaba internada en una clínica para lactantes. Lo cierto era que una fuerte suma de dinero le había permitido conseguir una niña huérfana que pasaría por Celeste. Dejaron vivir a Ana, lejos de ellos. Pero ahora todo estaba destruido. Yo, Horacio, lo había destruido. Mi capricho por alcanzar siempre la verdad, había destruido la felicidad de aquellos tres seres.



—Perdóname, Ricardo. Te mentí por salvarte. Me daba miedo tu tristeza. Necesitabas un motivo para vivir y quise dártelo.

—Mamá, nada ha cambiado. La niña seguirá a nuestro lado. La adoptaremos como corresponde. Celeste vive. Celeste es ella. Será mi hija, será tu nieta...

¿Y Ana? Cuando me enteré en la comisaría que iba a ser detenida para ser internada en un manicomio, huí desesperado a ponerla sobreaviso.

La policía me detuvo al llegar a la mansión. Vi cuando se la llevaban en una ambulancia. Forcejé hasta acercarme a ella. Ana se había pintarrajeado de negro el rostro y las manos. No me reconoció.



Insistí en decirle quién era, y entonces lanzó una escalofriante carcajada, la misma que había resonado a mis espaldas, la tarde en que dejaba su casa, después del malogrado simulacro de fiesta de cumpleaños que le ofreciera al fantasma de Celeste. Me dejaron solo, en medio de la calle. La mansión parecía un gran panteón solitario. Corrí hasta mi casa. Fui a esconderme entre los muñecos, a llorar desesperadamente.



—¡Abuelo! Acabo de sufrir tanto que creo que tengo la cabeza llena de canas. Soy un muchacho con todo el cabello blanco, y con arrugas en la cara.

No, Horacio, no. Todavía te falta. Recién comienzas...



Nadie nos dijo que veníamos a la tierra para ser felices. Todos los días la vida puede darte un dolor, pero de pronto te da una gran dicha, una infinita felicidad, en la sonrisa que acabas de encender en la boca de un niño triste. El amor verdadero ya vendrá. Espéralo.

FIN





# PARTIR, CON ESA ILUSIÓN

Por Francina Siquier

Dibujos de D. Haupt



La resultaba incómodo no saber hacia donde iba, pero intuía que algo grave estaba sucediendo. El rostro de Gerard estaba tenso y pálido.

Joyería



De todas formas, los suyos, no eran pasos que morían en cada esquina, frente a los autos, frente a las vidrieras que comenzaban a iluminarse en el extraño atardecer. Eran pasos que abrían un camino.



Un silencio nuevo se interponía entre los dos. Nunca había visto a su amigo tan callado. Sólo le había pedido que lo acompañara.

Dejemos Florida. Seguiremos por Viamonte.



Una ráfaga de viento, arremolinó unos papeles.

Empieza el otoño. Tenía que ser así.

Bueno, generalmente eso sucede después del verano.



No, Juan José. Deja tus ironías. Ha sucedido algo muy importante en mi vida, que me resisto a creer sea cierto. Pronto comprenderás.



Cuando Gerard se detuvo ante la "MAISON D'OR", Juan José pensó que había elegido aquel lugar íntimo y acogedor para sus confidencias, pero sus primeras palabras fueron más incomprensibles aún.



Nos sentaremos en aquel rincón. No deben vernos.

Juan José era un buen periodista y sabía elegir el momento para sus preguntas. Por ello, se abstuvo de hablar. Gerard pidió para ambos un coñac doble. De pronto...

Ahora aparecerá ella y será como si un milagro se produjera.



De manera que se trataba de una mujer... Siguiendo la dirección de la mirada de Gerard, se fijó en un piano y en unas cortinas de terciopelo, pero no pudo ver al hombre, que tras ellas, atisbaba la sala repleta.



Ese hombre, nervioso, hizo un comentario a otro que estaba a su lado.

Está ahí otra vez. Y debemos evitar que le hable...

Incluso que lo vea. No comprendo cómo se ha atrevido a volver sabiendo lo que se juega.



Usted le habló en forma terminante ayer, Albert, y sin embargo...

Habrà que apelar a otra cosa.



*Lee en Columberos estés donde estés*



Había tanta dureza en el rostro de Albert Madelin, que Henri Sagnac frunció el ceño. A ninguno de ellos les convenía la violencia.



Hablaremos luego. Es hora de comenzar.

Era Albert Madelin, un gran pianista. Daba conciertos cuando la ocupación de París y ahí se cortó su brillante carrera.



La introducción impecable revelaba una gran técnica y una sensibilidad exquisita, y constituyó marco adecuado para la aparición de una extraña mujer, envuelta en una especie de túnica negra, sobre la que caían los dorados cabellos.



-Y ella es... Es Michel Jullien, cantante a partir de la guerra.

Juan José comprendió que "en un antes y un después" de la guerra, se resumían las historias de aquellos dos seres.

Ya no es muy joven, pero sí atrayente. Demasiado...



La voz de la mujer tenía un extraño poder. ¿Cantaba o hablaba? A ratos, era difícil precisarlo, especialmente cuando la tristeza y la amargura estaba en sus frases y en los ojos que miraban sin ver nada, ahondando en el pasado.



"J'attendrai toujours... ton retour..." Esa canción era un llamado y alguien estaba respondiendo a él quizá...

Aunque arriesgue todo, debo verla de nuevo.



¿Qué te lo impide? Parece evidente que la conoces bien...

La emoción estaba en todos los que habían escuchado la vieja melodía y los aplausos eran cálidos. En los labios de la artista se insinuó una leve sonrisa y con infinita dulzura, comenzó la siguiente romanza.

Cette nuit mon amour... Je veux chanter pour toi la plus jolie des chansons...



La respuesta produjo en Juan José una sorpresa.

Ella fue alguna vez lo más importante en mi vida. Y yo fui su única razón para soportarlo todo.



El mozo se había acercado, deferente.

Monsieur Sagnac me ha entregado este sobre para usted, señor.

Gracias.



Rasgó el sobre con indiferencia. Luego, pasó la nota al amigo.

Toma, lee. Después... te contaré todo.



Eran unas pocas palabras escritas con letra nerviosa: "Será mejor que se vaya sin tratar de verla. Ella no debe saber nunca que está usted aquí. De lo contrario, Gastón lo sabrá también y eso podría significar el fin para usted".



¿Tienes forzosamente que hacer caso de esa amenaza?



En la pequeña habitación detrás del salón de té, Michelle y Albert estaban unidos una vez más por la humeante taza de café.

El público argentino te ha recibido bien. Te prodigan elogios... Pronto hablarán los diarios de ti, y quizá...



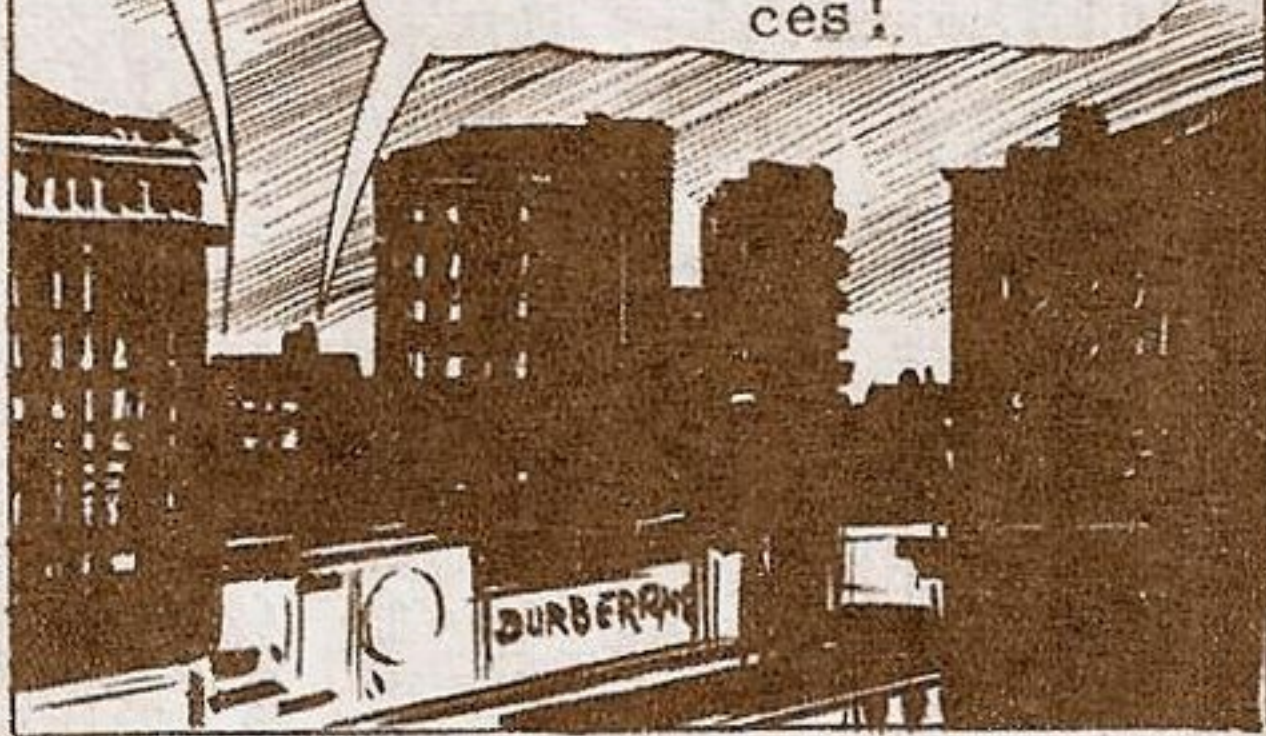
Me ofrezcan un gran contrato, ¿verdad? ¡No sueñes, Albert! Me basta con el éxito que ambos obtenemos. Mi felicidad no depende del triunfo total.



Los ojos azules estaban velados por una tristeza profunda.

Eres demasiado ambicioso, Albert.

Ambicioso, materialista, indiferente. ¡Me lo has dicho muchas veces!



Lo siento. No trato de herirte a sabiendas. Quisiera...

Lo sé. ¡Quisieras que fuera otro y no el que soy! Sólo porque desearía que tú...



Henri Sagnac, el representante de Michelle, pensó que llegaba a tiempo para evitar una discusión.



Bueno, creo que podrían caminar un poco. Faltan dos horas para la próxima actuación.

Albert, sin terminar su café se alejó, y Michelle, sinceramente dolida, se quejó.

Está irritable, nervioso... Hace años que no lo veía así.



Hace años que él no la ve sonreír.

Es natural que eso lo apene, porque ha sido para usted más que un simple acompañante.

No lo olvide. Ha sido un amigo, casi un padre, pero...



Logró evadirse de Henry. Entre él y Albert se las ingeniaban para no dejarla salir sola desde que... Mejor era no pensar en eso. Comenzó a caminar sin rumbo por la ciudad que sólo era una más para ella, pero que en las cercanías de la Plaza San Martín le permitía evocar con nostalgia su inolvidable París...



...no puedo fingir una felicidad que no siento.



Sí, le resultaba difícil seguir recorriendo lugares con el alma llena de recuerdos; de un pasado que se hacía presente en cada una de sus canciones.



...que era el París de sus 18 años, el de la ciudad ocupada. La transición de Michelle de niña a mujer había sido brusca y apresurada por la guerra. Sus inquietudes anímicas la llevaron a frecuentar lugares donde se efectuaban reuniones secretas...



... en la que se arriesgaba mucho, se ponía de manifiesto todo el ímpetu de una juventud maravillosa, y se obtenía muy poco. Allí conoció a Albert, cuya brillante carrera interrumpiera la guerra y aprendió a admirarlo.



Vamos a sacar un diario clandestino, para decir todas las cosas que nos obligan a callar.

Así, inesperadamente, sin presentación previa, había entrado Gerard en la vida de Michelle. Más tarde supo que era periodista y que iba a dirigir el periódico ...

Estoy dispuesta a ayudarlos.



No fue el elogio de Albert el que forzó al estudio, sino el observar el callado interés de Gerard, cuando ella interpretaba alguna romanza. El era difícil de contentar en todos los aspectos. Serio, reconcentrado y distante, hacía sin embargo sentir su presencia. Y un día ...



¿Querías cantar "J'ATTENDRAI"?

Los días se sucedían inquietantes. Mientras ella cantaba para una concurrencia cada vez mayor, acompañada por Albert, en los sótanos del local, Gerard Gastón Lavage, Henri Sagnac y otros, escribían aquél diario que luego se repartía entre todos, exponiendo así, minuto a minuto, sus vidas.



Me parece maravilloso. Con eso se demostrará que París no está vencido; que la lucha sigue.

Lo que hay que demostrar es que no tenemos miedo.



Entró a formar parte del movimiento de Resistencia, donde se concentraba la fuerza de un pueblo que anhelaba seguir siendo libre. La imprenta se instaló en el sótano de un cafetín, cuyo dueño era hijo Henri Sagnac. Para justificar su presencia allí, Albert tocaba el piano y Michelle comenzó a cantar.



¿Sabes que tienes una voz magnífica?

Asintió, complacida, y cantó mejor que nunca lo había hecho. No obstante, sólo obtuvo un seco "Gracias" que hizo nacer en su alma el despecho.

¡Es un hombre insoportable!



¿Estás segura de opinar eso?

El peligro era cada vez mayor. Por unos días tuvieron que suspender la emisión del periódico y cierta tarde la invitó a dar un paseo. Por vez primera se mostró inquieto y nervioso.



No me agrada que estés envuelta en esto.



No creas que hasido fácil con-  
vencer a mamá. Siempre teme  
que ocurra algo.

Tú sabes que ello  
es muy posible.



Yo, o cualquier otra, es  
lo mismo.

No exactamente  
para mí.



Una emoción extraña aceleró los latidos  
de su corazón. Pero antes de que pudie-  
ra hacer preguntas, Gerard la arrastró  
por un brazo lejos de allí.



¡No te vuelvas! Gastón termina de ba-  
jar de un auto con dos oficiales alema-  
nes. Sin duda lo han apresado.

No van a tardar mucho en ha-  
cer que hable, así que no hay  
tiempo que perder. Tengo que  
avisar a todos. Te dejo aquí  
y ya nos veremos.



—¡No puedes impedirme que  
esté junto a ustedes en es-  
tos momentos!

¡Trata de no hacer  
las cosas más difícil-  
es, Michelle!



No disponían de tiempo para discutir  
y cedió ante la insistencia de ella. Al  
entrar en el local, la orden de Gerard  
fue perentoria.



Bueno... , esperába-  
mos que sucediera  
un día u otro...

Desde el primer momento habían estado pre-  
parados para eso. De pronto, en lo alto de la  
escalera apareció el padre de Henri, con el  
rostro demudado.



Están acórdo-  
nando la casa.  
Hay que huir.

Por el pozo ciego, descendieron hasta el paso  
subterráneo practicado en el mismo que cruza-  
ba la calle, para desembocar en el sótano de  
una tienda de antigüedades. El peligro tan te-  
mido estaba cerca. Adquiría dimensiones, ros-  
tro... Y fue en ese instante en que Gerard la  
abrazó.

Te quiero, Michelle. Sé que no  
nos está permitido amar, que  
no tenemos derecho a ello en  
esta lucha nuestra. Por eso  
no hablé antes.





Aceptó su primer beso que tuvo sabor a lágrimas. Las palabras ya no eran necesarias. Uno a uno fueron saliendo de la casa que daba a una calle lateral. Todo estaba perfectamente planeado.



Michelle y su madre, junto con Gerard y Albert, vivieron quince días en casa de una anciana señora, en el pueblecito de Vaucresson. Y un día...



Gastón nos denunció a la Kommandantur...

...y dijo que tú, Gerard, eras el responsable, por lo cual estás en peligro. Conviene que trates de llegar a Burdeos donde Francis Le Blanc...



... "te enseñará el camino para cruzar la línea. Una vez en Pau estarás a salvo."

Algún día me vengaré de Gastón. Cuando todo termine.



La separación intuida desde el primer instante por Michelle, era ya inminente. Durante dos semanas habían vivido pendientes de un amor en el que no cabían los planes del futuro.



¿Cuándo volveremos a vernos, Gerard?

Pregunta sin respuesta. En el amanecer siguiente, él partió solo hacia su destino, y Michelle siguió mirando el camino hasta que toda forma se había perdido en la distancia. Comenzaba su tiempo de espera.



Juan José no podía saber que aquella inquietante Michelle estuviera evocando su pasado, ese pasado en el cual le había introducido el breve pero emotivo relato de Gerard.



Quizá ella lo recuerda todavía...

Disponía de un par de horas antes de ir a la redacción y pensaba descansar en su departamento. Al abrir la puerta, escuchó el timbre del teléfono.



Esta vez, por lo menos, me recibe alguien...

En esta frase estaba encerrado un secreto dolor proveniente del vacío de su vida, que sabía de tantas emociones de los demás.



¿Quién sería?

El teléfono había dejado de sonar. Encendió un cigarrillo y se acomodó en su sillón. Mentalmente reconstruyó el relato del amigo, reviviendo jornadas de emoción y peligro durante los largos meses en los que estuviera alistado al movimiento de Resistencia...



Gerard había luchado como un valiente, y por fin pudo regresar al París liberado en busca de Michelle y Gastón, que simbolizaban el amor y la venganza. El reencuentro con la muchacha borró la angustia de la separación.



No me atrevía a pensar en este momento.



-Sin embargo, el imaginarlo me dio fuerzas para resistirlo todo. Mamá murió. He tenido que soportar mucho. ¡Si no hubiera sido por Albert!

¡Querida mía!



Sí, el amigo fiel había seguido a su lado, prestándole estímulo y ayuda. En ese instante, los contemplaba en silencio.

¿Qué planes tienes, Gerard?



No era posible eludir la respuesta. Su rostro se endureció.

Sé que a Gastón le ha ido muy bien. Se enriqueció con los otros y ahora esta haciendo lo mismo con estos. Pero voy a desenmascararle.

¿No es mejor olvidar?



No me pidas eso, Michelle. Mis primeros artículos han de demostrar que fue un colaboracionista, que vive del marché noir, que es un enemigo.



No olvides que tiene amigos poderosos.

Puede destruirte, Gerard. Tras él hay gente ambiciosa, que lo necesita para enriquecerse. Pensemos en nosotros ahora...



¡No puedes pedirme eso! He visto morir demasiados compañeros para dejar que un mal patriota y un traidor no sea castigado.



Su primer artículo fue un toque de alarma, y esa misma noche...

¡Vamos, alguien quiere hablarle! Será mejor que nos siga.



Frente a Gastón ya, sintió impulsos de saltar sobre él.

¿De manera que piensas "limpiar" París? Ahora no te va a resultar fácil escapar.



Soy más fuerte que antes y además he descubierto tu debilidad. ¿De manera que estás enamorado de la pequeña Michelle?

Eso no te importa.



Estaba equivocado porque para Gastón era un medio para obligarlo al silencio.

Al contrario, amigo mío, me importa mucho. Gracias a ella te quedarás callado a menos que no quieras verla flotar en el Sena.

¡Eres un miserable! ¡Nada podrá detenerme!



Juan José revivía en su evocación la ira experimentada por su amigo aquel día, pero el timbre del teléfono lo transportó a la realidad.



¡Hola! Sí, estuve con Gerard trabajando hasta muy tarde...



Era Susana. La otra mujer en la vida de Gerard. La imaginó con su dulce sonrisa resignada con la pregunta eterna en el fondo de sus ojos tan azules. ¿Qué sucedería ahora?



Estaba decidido a llevar a la práctica un plan que antes discutiera con Gerard. Impulsado en el fondo por la imperiosa necesidad de hablar con aquella inquietante Michelle Jullien.



En esos mismos instantes, un hombre trataba de huir de sus pensamientos. Resultaba interesante, casi diabólico, el experimentar la sensación de que su alma abandonaba su cuerpo y estaba dentro de aquél hombre de rostro despreocupado, o en la sonrisa de la adolescente sofisticada y quizá en la mirada llena de filosofía del viejo mendigo.

Ser varios y no ser nadie era lo mismo. No tener recuerdos, no concebir esperanzas. Por eso no se dio vuelta cuando la voz lo llamó.



Alguien también hacía un llamado en ese momento, que no obtenía respuesta.



Henri Sagnac tuvo miedo. Miedo de que sucediera lo tantas veces temido.



Por segunda vez en unos días, Albert y Gerard se enfrentaban en aquella oscura y silenciosa esquina.



-No me importan tus amenazas. Y nunca creí que te importara tanto saber si yo estaba vivo o muerto.



¡Demasiado tarde! Era cruel decirlo. Demasiado tarde para besar sus cabellos, para mirarse en sus ojos, para oprimirla contra su pecho.



Porque me he enterado de lo que hiciste de tu vida. Sé que hay otra mujer en ella.



Albert palideció y tomándolo por las solapas...

¡Sabes bien que Michelle siempre te ha recordado y que le resultaría muy fácil separarse de mí!



¡Suéltame! No arreglamos nada peleando. Ni amenazándome con avisar a Gastón de cuál es mi paradero. Necesito verla...





Algo que hubiera comprendido de encontrarse como Henri con el cuerpo desplomado junto al lecho. Parecía una pobre muñeca rota.

¡Michelle! Pequeña...



Eran difíciles de entender sus palabras entrecortadas.

Que no lo sepa... Albert. No... se lo... digas.

No. Te lo prometo.



La mañana siguiente mostraba su rostro gris mojado por leve llovizna. En la redacción, una silla estaba vacía.

Es extraño. Gerard no ha venido a trabajar.



Juan José había sido recibido con muestras de deferencia por Henri, muy en su papel de representante de una eximia artista. Michelle no se hizo esperar y al verse ante ella, se sintió algo turbado.

¡Oh, por supuesto! Trataré de contestar a todas sus preguntas...



No era fácil sustraerse al encanto que emanaba de su rostro pálido, pero trató de aparentar indiferencia.

Bueno, nada ha sido en mi vida como imaginara. Fuí cantante sin desearlo, y he viajado mucho sin querer alejarme nunca de mi ciudad.



Sin embargo, hay una gran emoción en sus canciones.

Siento siempre lo que digo en ellas.



Pero se identificará más en unas que en otras. ¿Cuál es su favorita?



La pregunta había sido hecha rápidamente, como restándole importancia.

"J'attendrai..." Quizá porque alguna vez alguien partió de mi vida y desde entonces aprendí a esperar.

¿Por eso no se ha casado?



La respuesta se demoró por la llegada de Albert. Hechas las presentaciones, Michelle la contestó indirectamente.

Mi mundo está ya hecho. Lo forman la música, Albert y Henri, y los recuerdos que nos unen.



Las rutinarias preguntas siguientes, inevitables en toda entrevista, fueron hechas por Juan José mecánicamente. Había averiguado ya lo que deseaba saber y había comprobado además que al hombre que poseyera el amor de una mujer como aquella, le sería muy difícil olvidarla.





Henri acompañó al periodista insistiendo en invitarle a un aperitivo. Cuando Albert quedó solo con Michelle, inquirió con dureza.

¿Por qué te levantaste después de lo de anoche?

Henri me prometió no decirte nada.

Siempre encontraba en él la misma dureza, pero también el mismo dolor y el evidente cariño en el fondo de sus reproches.

Para tranquilizarte. Pero no podía ocultármelo. Ahora mismo vas a recostarte. Ordenaré que te sirvan el almuerzo aquí.

Cuando Juan José salió del hotel, estaba dispuesto a provocar un encuentro entre Michelle y Gerard. Todo hubiera sido distinto para ambos de no mediar aquél Gastón, jefe de una organización dedicada al contrabando de drogas y que denunciado por Gerard, había logrado eludir la acción de la justicia. Aquél Gastón exacerbado por la breve prisión sufrida...

... que no vaciló en cumplir su amenaza. El precio de la vida de Michelle, fue la partida de Gerard de Francia, que por amor a ella se avino a enfrentar la separación, la pobreza, la lucha...

Buenos Aires supo acogerle empero como a todo aquél que arribaba a su puerto. La ciudad se brindó, generosa, y le ofreció caminos nuevos y limpios. En uno de ellos encontró a Susana, la otra mujer de su vida.

Ya verás, tendrás suerte. Papá ha leído tus artículos y dice que son magníficos.

Susana había confiado siempre en él. Había sabido callar y no hacer preguntas, temiendo quizá las respuestas. Pero esa mañana, tras una noche de insomnio, al verlo llegar, dejó que su dolor se escapara en palabras de reproche.

Podrías haberme llamado. He temido que te sucediera algo...

¿Por qué olía la casa a café recién hecho? ¿Por qué se la veía tan fresca con su delantal floreado y sus cabellos alisados? Todo estaba en orden. Cada objeto tenía su lugar en la casa de la que él era un elemento más. Eso le hizo daño tras la noche de un vagar entre sombras.

Algo ha sucedido...

Había querido herirla, pero Susana vio la angustia de sus pupilas y se limitó a servirle una taza de café.

Estás cansado...

Su cariño tan seguro había llenado la soledad de su vida, pero en ese instante deseaba huir.

Creo que viajaré a Chile. Se necesitan aquellas crónicas de las que te hablé.



Le había hablado de ellas y planeado hacer el viaje juntos. Ahora todo era distinto. Susana no podía saber, pero tal vez intuía la tremenda tragedia que estaba viviendo. Una voz martilleaba las sienes de Gerard, repitiendo:



(Michelle no resistirá encontrarte para perderte al saber que estás casado.)

Era algo simple y trágico a la vez. Michelle vivía por mí. Su corazón enfermo podía dejar de latir a la menor emoción. Los cuidados y el cariño de Albert y Henri la habían preservado hasta entonces. Sus espasmos cardíacos demostraban empero, que en cualquier instante, aquél corazón de cristal podía hacerse añicos.



¡Oh Dios! ¿Por qué ha tenido que ser así?

La misma rebeldía estaba en Albert en esos instantes.

No quiero que cantes esta tarde. En cuanto al contrato que nos han ofrecido hoy, lo rechazamos. Es mejor regresar.



—En París, por lo menos, te sientes casi feliz.

Deja de pensar en mi felicidad, Albert, que eres el primero en destruir cuando discutimos como ayer.



Me mortificó verte marchar solo. Ya sabes que sin ti me siento perdida...



Estaban tan cerca que él podía sentir el dolor de aspirar su perfume, de sentir su aliento cálido. Y el reproche estuvo en sus labios otra vez.

Es una frase hermosa pero sigues esperando a Gerard. Si él apareciera, ni tus canciones ni yo importaríamos mucho.

¿Por qué dices eso?



Hay ocasiones en las que ni una sonrisa, ni una lágrima, ni siquiera unas palabras intrascendentes, son disfraz suficiente para lo que se siente. Eso le sucedía a Gerard frente a Susana.



No puedo mentirte. Estoy en la etapa más difícil de mi vida y debo marcharme por un tiempo.

Dulcemente acarició ella sus cabellos. No podía pedir más de lo que un día recibiera.

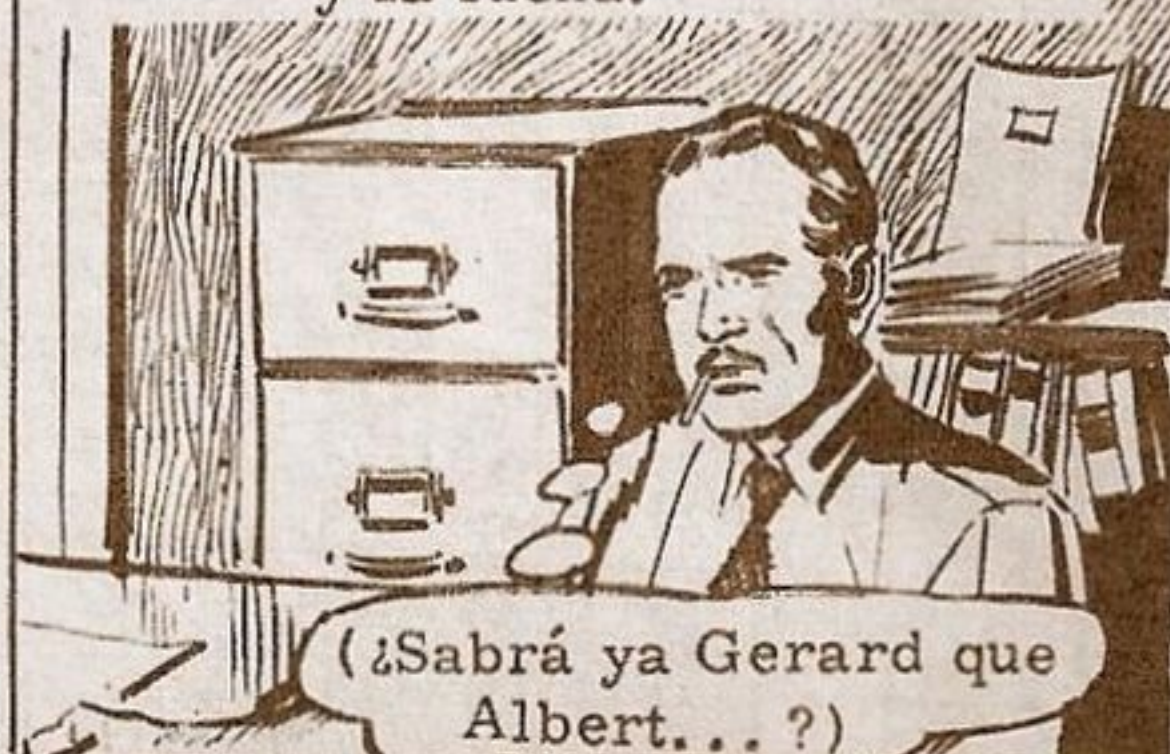
Sí, es una etapa difícil de nuestra vida, pero te ayudaré, Gerard. Y acepto esta separación, sin hacer preguntas.





No dijo que ya sabía que volvería pronto a su lado, para recibir el consuelo de su cariño tranquilo e incondicional. Pero él deseaba brindarle algo más y para ello se imponía la ausencia. Michelle no sería nunca olvidada, pero siendo un imposible en su vida, debía quedar atrás, en el pasado. Y Susana merecía que un hombre nuevo devolviera tanto amor recibido.

Juan José interrumpió su trabajo. Le obsesionaba el drama de unas vidas en las que el destino había jugado. Y le dolía esa enfermedad de Michelle que había hecho imposible el reencuentro y la lucha.



Un dolor intenso estaba encerrado en las palabras que Albert pronunciara: "Si Gerard apareciera, ni tus canciones ni yo importaríamos mucho..." Michelle se acercó pensativa al ventanal para mirar la lluvia. Luego...



Siempre he estado esperándolo, pero ayer, caminando por las calles de esta ciudad...

...pensé que si él apareciera, aquí o en otro lugar del mundo...

¿Qué sucedería?



Tomándola por los hombros la hizo volver para poder hundir su mirada en sus pupilas azules. Ella sintió el dolor de los dedos fuertes.

Que ambos comprenderíamos que somos casi dos extraños. El habrá edificado su mundo como yo el mío. Quizá no me reconocería.



He esperado al Gerard de mis 18 años, pero el que vería sería otro, tan cambiado como yo, tan distante y desconocido que...



...provocaría en mí tristeza y abatimiento. Los años no pasan en vano.



Ella no sabía nunca que Gerard la había visto con la misma emoción de entonces, con las mismas ansias. Era mejor así.

Albert respiró hondo. Lo que nunca se atrevió a soñar, había llegado.



No continuemos malgastando nuestras vidas, Michelle. Sabes que te quiero. Que estoy en tu presente como estuve en tu pasado.

¡Trata de empezar a quererme, Michelle, porque te amo y te necesito!

Albert...





Sí, Juan José había descubierto ese amor de Albert por Michelle, pero había evitado hablar de ello con Gerard. Y días más tarde...



He escrito un artículo de despedida para Michelle que sé regresa a París. Pero deseo aparezca con tu firma.

Desde luego, no tengo ningún inconveniente.

También quisiera que me acompañaras mañana al muelle. He retrasado mi partida a Chile para despedirla pese a que tampoco ella me verá.



Albert miraba hoscamente la ciudad. Allí, en algún lugar, sin saberlo tan cerca, se encontraba Gerard, el hombre que había llenado la vida de Michelle, el hombre al que seguía recordando pese a que ya era su esposa. Sin duda, era el que había hablado con Juan José.



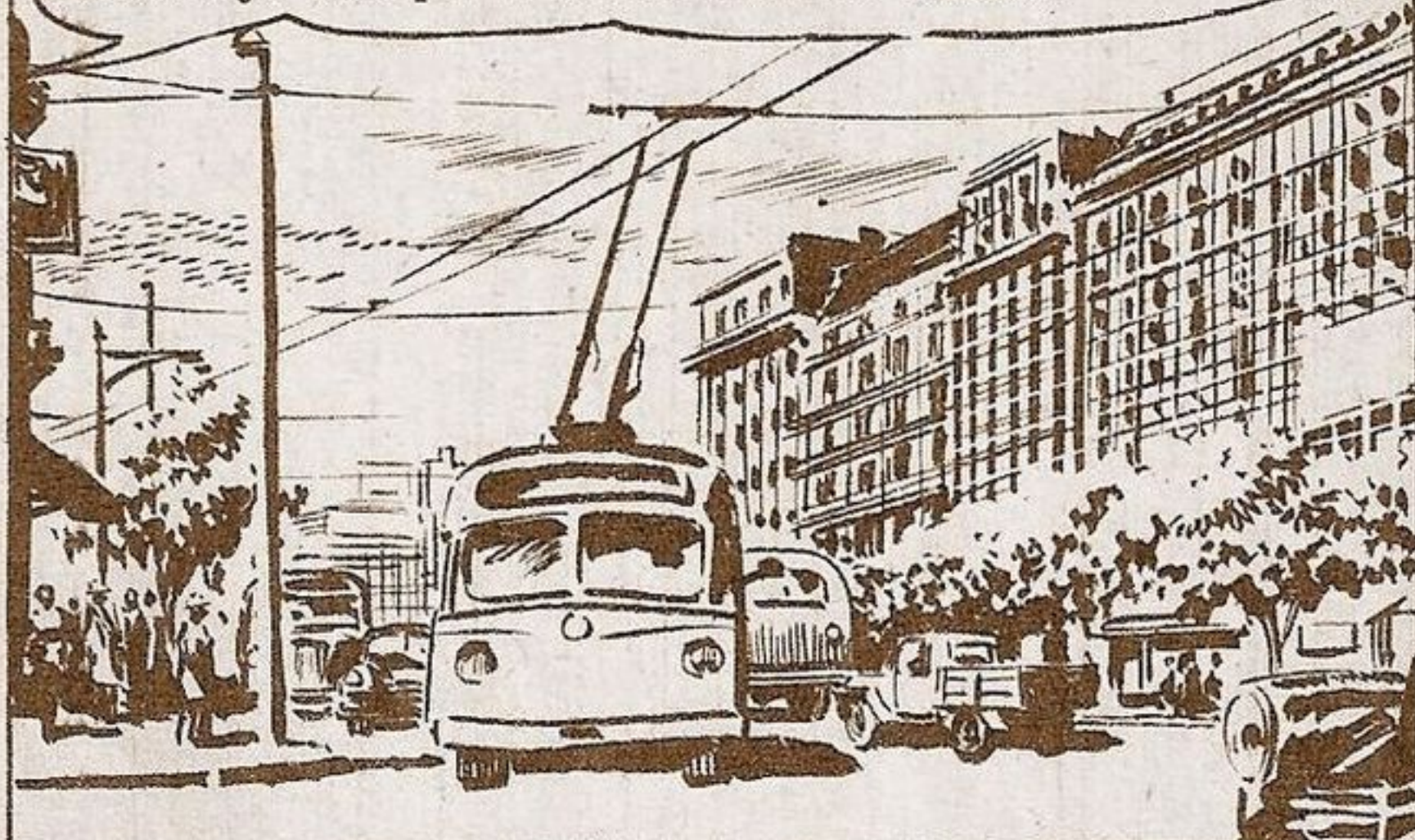
Bueno, querida, no pienses más que en los elogios que te dedica...

¡Que extraño, Albert! He creído ver a... ¡oh, perdóname, querido! Vamos adentro. Tengo frío.



Por supuesto, "tenía" que haber sido una ilusión. Gerard no "podía" estar allí, en Buenos Aires, en el muelle...

Ella no debe saber nunca que yo lo he escrito. Es lo último que puedo hacer y en cada frase hay un mensaje aunque Michelle no lo sabrá.



Acodada en la borda del barco, Michelle leía con emoción aquél artículo aparecido en el diario de la mañana, y que le fuera enviado con la tarjeta de Juan José.



Estas líneas son una despedida hermosa, Albert. Llenas incluso de tristeza...

(¡Es extraordinario! No acierto a comprender cómo hace referencia a cosas que no le dije, a sentimiento que no dejé entrever!)



En el muelle, envuelto en bruma gris, se apiñaba la gente. Y de pronto, vio el rostro esperado...

Apoyó la cabeza en el pecho del hombre que le había dedicado toda su vida, de aquél que cuidaba su corazón de cristal; que sin embargo estaba ya roto. Y no quiso volver a mirar hacia aquél lugar del muelle, porque era hermoso partir con esa ilusión.





# Minerva HOUSE

— Adaptación —



"Minerva House", o sea, la "Casa de Minerva", diosa de la sabiduría, levantaba su bella arquitectura en uno de los barrios más aristocráticos de Londres. Era un edificio todo blanco, rodeado de un lindo jardín y cercado por una alta valla, también blanca. En la parte superior de la verja, primorosamente labrada, leíase, además del nombre del establecimiento, ya mencionado, la siguiente inscripción: "Escuela dedicada a perfeccionar la educación de jóvenes señoritas. Administrada y dirigida por las hermanas Crumpton"

Las señoritas Crumpton eran dos damas de estatura fuera de lo común excesivamente flacas, tiesas como un palo y, ¿por qué no decirlo?, tan feas como simpáticas. Miss Amelia tenía treinta años, y miss María declaraba tener cuarenta, aunque era evidente que por lo menos tenía cincuenta. Vestían elegantemente y como si fueran mellizas. Tenían...



...un aire tan feliz y satisfecho como los claveles de su lindo jardín y, en cuanto a la moral, poseían las ideas más estrictas y una conducta intachable. Ambas usaban peluca y despedían siempre un fuerte olor a agua de Colonia.



Una veintena de jovencitas, cuyas edades oscilaban entre los quince y los dieciocho años, adquirían en "Minerva House" un conocimiento superficial de todo y un verdadero conocimiento de nada. Se les enseñaba idiomas, música, danzas, reglas sociales y otras cosas convenientes para la vida social, pues las alumnas pertenecían, en su mayoría, a la clase distinguida.



Una mañana, después de la llegada del correo, miss Amelia irrumpió agitada en el aula donde su hermana mayor dictaba clase de moral a las pupilas. Traía una carta en la mano, que entregó a miss María. Esta, luego de reconocer el timbre del Parlamento Inglés que ostentaba en la parte superior y de enterarse rápidamente del contenido, sonrió con aire triunfal y leyó en voz alta, como para que todas las alumnas oyesen...



"Cornelio Brook Dingwall, miembro del Honorable Parlamento, saluda atentamente a las señoritas Crumpton y les..."



...ruega se dignen visitarlo, mañana, a las trece. Desea hablar con las distinguidas directoras de "Minerva House" a fin de encargarles la custodia de su hija, Lavinia Brook Dingwall. PALACIO ADELPHI. —Martes por la mañana."

Terminada la lectura, alumnas y directoras lanzaron a coro una exclamación de asombro.

Oh, hermana! ¡Nos ha escrito Cornelio Brook Dingwall!



Y Lavinia, su hija, ¡será compañera nuestra!

¡El miembro más influyente del Parlamento!



Las señoritas Crumpton se retiraron a sus habitaciones para hablar del asunto, mientras las jóvenes, de recreo en el jardín, se preguntaban si Lavinia Brook Dingwall sería linda, si sería muy revoltosa, si tendría novio, y otros muchos síes por el estilo.





Al día siguiente, puntuales como un reloj, las señoritas Crumpton se presentaron en el Palacio Adelphy. Atendidas por el solemne, vanidoso y altivo Cornelio Brook Dingwall, éste no tardó en explicar el motivo de la cita: Lavinia, su hija, se había enamorado ridículamente de un joven de posición muy inferior a la suya, y él deseaba sacarle de la cabeza esas "ideas sentimentales". No teniendo tiempo para vigilarla personalmente y habiendo sido enterado de la seriedad y competencia de "Minerva House" y de sus directoras, nada más conveniente que poner de pupila allí a la indócil Lavinia.



Las hermanas Crumpton agradecieron los elogios y enunciaron, hablando por turno, las ventajas de su establecimiento educativo para hacer entrar en razón a la muchacha. Convenientemente enclaustrada en "Minerva House", terminaría por olvidar y... —¡Eso! ¡Eso es lo que quiero! — exclamó el influyente parlamentario con júbilo—. Sí, que se olvide del bribón que la pretende sin tener siquiera dónde caerse muerto... Decidme: ¿dais bailes en vuestra escuela? Las Crumpton estuvieron a punto de escandalizarse, pero respondieron discretamente:



Tenemos la fiesta de fin de curso.

¡Eso es poco, poco! Tendríais que hacer esas fiestas más seguidas: cada mes, por ejemplo. Invitar a los jóvenes de las mejores familias...



Siendo propuesta por el gran personaje, la idea complació a las directoras. —Por ejemplo —sugirió Brook Dingwall—, dentro de una semana justa comienza la primavera: podríais organizar una magnífica fiesta ese día. Se convino en esto y en que Lavinia ingresaría en "Minerva House" en tal ocasión. —¡Magnífico! —exclamó el esperanzado padre al despedirse— La primavera se llevará el desatinado amor de mi hija y, quizá entre los aristocráticos galanes que invitéis...



La semana que siguió fué casi íntegramente dedicada a los preparativos del fastuoso baile que celebraría la primavera y el ingreso de Lavinia Brook Dingwall en la Casa de Minerva. Se decoraron intensamente las salas más amplias, se colocaron tulipas de colores por todas partes, se compraron centenares de ramos y serpentinas, se contrató una excelente orquesta. Ocupadas en estos preparativos, las señoritas Crumpton y sus alumnas corrían de un lado a otro, agitadas, nerviosas.

Llegó al fin la ansiada noche. Las primeras en presentarse en el salón fueron las pupilas. Estaban muy hermosas bajo sus blancos vestidos de fiesta, y no tardaron en tejerse entre ellas los comentarios propios de la edad.

¿Qué les parece Robert Hilton? ¿Vendrá?

Ese, no sé; pero el que va a estar pronto aquí es Teodosio Butler, el sobrino de las señoritas Crumpton. ¡Éste sí que es buen mozo!



Comenzaron a llegar los invitados: el profesor de música y su esposa, el profesor de caligrafía y su esposa, y, en fin, todos los demás... Llegó también Lavinia Brook Dingwall, cuya ropa, belleza y apellido causaron un revuelo de admiración. Las señoritas Crumpton, orgullosas a más no poder, la presentaban a todo el mundo.

La señorita Lavinia Brook Dingwall, hija del eminente parlamentario y alumna de "Minerva House"; el señor Robert Hilton.



Mas Lavinia no respondía ni al entusiasmo de la fecha que se conmemoraba ni al que reinaba en la fiesta. En vano se la solicitó para que bailara: en vano se le tributaron homenajes.

Sentada en un rincón, permanecía sola y cabizbaja. Mas, cuando una de las muchachas anunció en voz alta el nombre de Teodosio Butler, el sobrino de las señoritas Crumpton, el rostro de Lavinia adquirió un extraño resplandor. Al parecer, como las demás pupilas, también era sensible a la fama del apuesto galán.



Como es lógico, a Lavinia, en honor de quien se daba la fiesta, fué a quien las solícitas tías presentaron primero su sobrino. Con gran sorpresa de todos o, mejor, de todas, Teodosio no se separó en toda la noche de la señorita Brook Dingwall.

Ella no quería bailar con nadie y ahora parece un trompo.

Sí, y él está embobado.





Ya se habían marchado todos los invitados, y las pupilas se disponían a irse a dormir, cuando Teodosio advertido por las severas miradas de sus tías, salió de "Minerva House". Las señoritas Crumpton comentaron el "caso" esa noche, pero, luego de pensarlo más detenidamente, llegaron a una conclusión satisfactoria: el calavera de su sobrino no haría más que enamorar a Lavinia; después la abandonaría, como a otras. Aquello daría ocasión a que la hija del miembro del parlamento olvidara al otro pretendiente...



Sin embargo, las cosas no salieron como las imaginaban las dos cándidas mujeres, porque a la mañana siguiente, cuando fueron al aposento de Lavinia, ésta había desaparecido; quedaban, en su reemplazo, dos cartas: una dirigida a ellas, y otra a su padre.



Miss Amelia, temblando como una hoja, llamó a su hermana. Rasgaron el sobre y, al leer, quedaron estupefactas. Su flamante alumna se limitaba a decirles que se marchaba con Teodosio Butler a Edimburgo, donde se casarían esa misma tarde.

¡Dios mío!

Aunque nos cueste la vida, es necesario avisar al padre.



Así, mustias y atolondradas, llegaron las dos hermanas al palacio Adelphy. Luego de muchos rodeos, entregaron a Cornelio Brook Dingwall la carta de su hija. Este la abrió y leyó, y, dando un potente puñetazo sobre la mesa, se enfrentó con las preceptoras de "Minerva House": —¿Así respondéis de la confianza que os dispensé? Mi hija me dice aquí que se ha marchado a Edimburgo para casarse con el hombre al que ama...



Decidme, brujas: ¿cómo dejasteis entrar a ese canalla, a ese bribón, en vuestra escuela? ¡Hablad! ¿Cómo? ¿Por qué?



—No, no —trató de aclarar miss María—; no fué ese pretendiente que rechazasteis quien raptó a vuestra hija sino... ¡Ay, Dios mío! No me atrevo. —¡Hablad! ¿Quién fué, entonces? —inquirió el padre con voz de trueno. Amelia alcanzó a confesar con voz temblorosa: —Fué un sobrino nuestro, monseñor. No os enojéis. No...

¿Cómo se llama vuestro sobrino?

Teodosio Butler.



Si le hubiesen dado un mazazo en el cráneo a Dingwall, no le habría producido tanto efecto. —¡Malditas brujas! —les gritó—. ¡Si Teodosio Butler era el pretendiente de Lavinia que yo rechazaba! Para que olvidara a ése la mandé a vuestra escuela. Marchaos.



Está de más decir que ocho días después el Parlamento votó una ley, propuesta por Cornelio Brook Dingwall, por la cual se suprimían en el país todas las "escuelas dedicadas a perfeccionar..."

...la educación de las jóvenes señoritas". Hace dos años de esto. No se oyen ya en los jardines de "Minerva House" las alegres voces de las pupilas, pero en cambio comienzan a oírse otras más dulces y tiernas: las de los hijitos de Lavinia y Teodosio, quienes se han instalado allí definitivamente.



Los dos angelitos constituyen ahora la delicia de miss María y miss Amelia Crumpton, quienes comienzan a pensar que ellos son el mejor fruto que dió "Minerva House", aquella escuela que quizá sólo por eso fué digna de llevar el nombre de la diosa de la sabiduría.



FIN

COMPRE TODOS  
LOS MESES

**D**artagnan



# UN SILENCIO DE TUMBA

Por E. Jarber

Adaptación

Dibujos de TAGGINO



Ivonne y Valerie Lambrete, huérfanas desde hacía algo más de un año, a raíz de un accidente sufrido por sus padres y habiendo agotado todos los recursos de que disponían, decidieron abandonar Aurillac, su pueblo natal.

Podemos hacer frente a la vida, buscar alguna ocupación... Aquí no tenemos ninguna perspectiva.

Iremos a París. Allí todo será distinto, ya lo verás.

Ambas jóvenes alistaron su magro equipaje y llenas de esperanzas se trasladaron a la gran capital francesa, con la firme idea de probar su suerte.



Mi sueño es ser estrella de cine; siempre lo he ambicionado.

Yo también quisiera ser actriz; lo intentaremos.

Se presentaron a "Didier Films". Las pruebas fueron ampliamente satisfactorias para Ivonne, no así para Valerie. Si bien ambas hermanas eran hermosas a la par, Ivonne demostró ser superior a su hermana y poseer relevantes condiciones artísticas para triunfar en el séptimo arte.

Didier Petitbeaudau, director y productor de películas, fue el que descubrió a Ivonne Lambrete.



Te asignaré el papel principal en la próxima película; serás la "Gran Ingenua" de la pantalla.

El público acogió aquella nueva figura con todo entusiasmo y le tributó su aplauso y su admiración.



¡He triunfado, Valerie! ¡Esas eran mis aspiraciones y he llegado!

Te lo mereces, Ivonne. Yo, en cambio, no puedo hacer más que papeles secundarios.

Luego del rodaje de unas escenas de otra de sus películas, Ivonne llegó más radiante que nunca a su casa y abrazó efusivamente a su hermana.



¿Sabes, Valerie? Creo que muy pronto voy a casarme. El guionista Gilbert De-lambre me ha propuesto matrimonio.

Al mes se celebró la boda. La publicidad sobre la misma fue enorme ya que ambos contrayentes pertenecían al ambiente cinematográfico. Los diarios insertaron en primera plana, la noticia del matrimonio: Lambrete-De-lambre.



Los triunfos de la estrella se fueron sucediendo uno tras otro, y Valerie comprendiendo que jamás llegaría al pináculo de la gloria, abandonó sus aspiraciones de ser actriz, conformándose con ser el ama de llaves, la dama de compañía y la oscura hermana de Ivonne Lambrete.



Muy pronto la felicidad de la flamante pareja se vio enturbiada por las desmedidas ambiciones de Ivonne.

Para ti, lo único importante es tu carrera, Ivonne, y temo por nuestro matrimonio.



No hables así, Gilbert. Bien sabes cuánto te quiero; pero debes comprender que mi arte así lo exige.

Al poco tiempo, Ivonne tuvo la certeza de que iba a ser madre. La noticia alegró enormemente a su esposo y a Valerie.

Creo que el nacimiento de ese niño, cambiará a mi hermana.



¡Ojalá así sea, Valerie! ¡Lo deseo tanto!

Pero muy pronto ambos se dieron cuenta de su error.

Debes dedicarte más a él. ¡Es tu hijo, Ivonne!



Lo entrego a tu cuidado; no puedo ocuparme de Roger. Tendría que abandonarlo todo y no puedo malograr mi carrera.

Valerie sintió primero estupor ante las palabras de su hermana, y luego una especie de rencor.

(Abandonaría a Ivonne, sino fuera porque quiero tanto a esa criatura.)



Cada tanto ambas hermanas reñían y siempre por el mismo motivo.

Si me quedo aquí, es sólo por Roger, no por ti. Me asquea tu indiferencia hacia tu propio hijo.



Será egoísmo, pero no puedo sacrificarlo todo por él.

Los días se fueron sucediendo, y así Roger llegó a cumplir tres años de edad. Ivonne iba haciéndose más y más famosa, mientras Valerie se dedicaba por entero a su pequeño sobrino por el que sentía un delirante cariño.

"Didier Films", al terminar de rodar la última película de Ivonne, decidió agasajarla con una fiesta en el casino.



¿Por qué no vienes, Valerie?

No quiero dejar solo al pequeño; me extrañaría mucho.

Valerie se quedó en "Le Nid Blanc", la casita grande, con dos plantas y de recios muros de piedra que Ivonne había comprado un par de años antes para vivir en ella cuando le apetecieran unas vacaciones en la montaña practicando esquí.

¿Así que nos quedamos solos, tía Valerie?



Sí, y vamos a jugar mucho Roger; ya lo verás.

Una angelical sonrisa iluminó el rostro del niño. Roger se sentía feliz junto a su tía, a la que quería entrañablemente, pues ella era la única que le dedicaba todo su cariño y su ternura.

Te quiero mucho, tía Valerie.



Yo también a ti.

Tía y sobrino jugaron largo rato. Luego Roger, rendido por toda la actividad desplegada durante el día, sintió sueño y pidió ser acostado. Valerie lo alzó en sus brazos y lo acostó en su cama; luego se quedó unos instantes, mirándolo, y sintió avivarse en su pecho el encono hacia su hermana por su indiferencia al niño.

Mientras tanto, Pauline Thunet y Renée Lauguine, cocinera y doncella de Ivonne, conversaban en su habitación cuando sonó el timbre de la puerta de calle. Renée, sin demora, descendió a la planta baja para atender a la llamada.



¡Oh, señor Villars! Pase usted. Avisaré a la señorita Valerie que ha llegado.



A Philippe Villars, lo había conocido Valerie un mes atrás. Según Ivone lo había contratado como detective particular para que la protegiera contra los maleantes, pues en varias ocasiones habían intentado robarle sus valiosísimas joyas.



Valerie, no debes continuar considerándote una cenicienta. No has ido a la fiesta porque ésa ha sido tu voluntad.



Es que no hubiera podido estar allí. Ivonne no sólo me desprecia. Creo que hasta me odia.

Puede ser que no sea tanto... Quizá sólo se despreocupa.



Eres demasiado bueno. Ya te lo dije en otras oportunidades: quisiera verme lejos de ella.

¿Cómo se te ocurre ese pensamiento, Valerie?



Perdona, Philippe, y no me desprecies si te digo que yo... también la aborrezco.

Continuaron conversando. Valerie en cada frase iba abriendo su alma expresando su pena y su rencor hacia su indiferente y egoísta hermana, y Philippe, dio a entender a Valerie el profundo sentimiento que había nacido en su corazón.

Tengo que decirte algo, Valerie, que no puedo silenciar por más tiempo. Yo...



Ivonne interrumpió la frase, abriendo la puerta de la casa. La seguían su esposo, Didier y Vincent Durban, abogado de la empresa filmadora. En cuanto la actriz notó la presencia de Philippe y su hermana, se dirigió hacia ellos:



Mientras bebían...

Gilbert, debes entender a Ivonne y no sentirte celoso de su fama. Las actrices como ella, se deben por entero al público.



Lo comprendo, pero debe pensar que tiene un hijo.

Si Gilbert sigue mortificándome, tendré que abandonarlo; aunque no quiero hacerlo, por mi hijo.



Me gusta oírte hablar así, Ivonne; aunque no le dediques a Roger un sólo instante de tu vida.

Vicent Durban permanecía silencioso. Era evidente que no deseaba mezclarse en aquel conflicto familiar, que con toda seguridad sería tan transitorio como en otras oportunidades.







Valerie, acostada, pensaba en aquellos personajes, cuyas voces oía desde su dormitorio y un sólo pensamiento torturaba sin cesar su cerebro.



Sí, estaba segura de no equivocarse. Para Ivonne y Gilbert, por las continuas rencillas que por él sostenían. Para Didier, porque el niño podía llegar a influir sobre el ánimo de su madre, hasta el punto de hacerla claudicar a su carrera.

En estas apreciaciones estaba entregada Valerie cuando oyó unos pasos cercanos a su habitación.



A Valerie no le extrañó. Renée y Pauline siempre estaban espiando detrás de las puertas, con el afán de enterarse de todo lo que sucedía dentro de "Le Nid Blanc".



Por la mañana, bien temprano, Valerie se levantó, se acicaló, y luego se dirigió al cuarto de Roger, contiguo al suyo. Miró la cama, y al no verlo, comenzó a gritar.



A pesar de todo, yo creo que lo más conveniente sería avisar a la policía.




Con leve voz, Vicent Durban leyó el mensaje. Iba dirigido a Ivonne. Le exigían cien mil francos y los mismos debían ser depositados en la cueva del "Noir Galant". Cumplimentado lo pedido, el niño sería restituído a las cuatro de la tarde. La policía no debía ser enterada si se deseaba volver a ver con vida a la criatura.

Por primera vez, Ivonne sintió un dolor inmenso y sincero. Quizá se le había despertado un tardío amor maternal. Gilbert, desesperado también, se volvió a Philippe:







Inspeccionaron la ventana del cuarto de Roger, pero las mismas tenían las persianas cerradas. Las del dormitorio de Valerie estaban cerradas pero sin falleba, ya que funcionaba con mucha dificultad.

Si han utilizado la ventana para entrar o salir, el que lo haya hecho tuvo que contar con alguien de la casa.



¡Oiga, señor! ¡No creerá que Pauline o yo...!

Philippe siguió observando. La pared sobre la que daba la ventana de Valerie, presentaba resaltes y una fuerte hiedra la cubría. Cualquiera persona de escaso cuerpo, podría introducirse por la misma.

Valerie tiene un sueño muy ligero. El menor ruido la despertaría...



Esta noche no. Antes de dormir, Philippe me notó nerviosa y me suministró un somnífero.

Todos clavaron sus miradas en el joven. Sin querer, Valerie acababa de crear una sospecha contra el señor Villars, pero él no se inmutó.



No te preocupes, Valerie. Los secuestradores, también pudieron haber entrado por la puerta del piso bajo.

¡Pero para eso, han tenido que pasar junto a ti, sin despertarte!



Sí, porque mientras leías te quedaste dormido en el sillón.

¿Por qué había de secuestrar alguien al niño?



Por los cien mil francos... La cantidad es tentadora. ¡La servidumbre debe saber algo!

¡Por favor, señor Delambre! ¿Cómo se le ocurre?



No se altere. Estamos estudiando el modo de entrar y salir de la casa.

Renée explicó que la puerta principal tenía cerradura Yale y un cerrojo interior que había corrido antes de acostarse. La puerta trasera contaba con las mismas medidas de seguridad; no así las del garage que estaba sujeta con un pestillo automático que se abría desde adentro y desde afuera con sólo hacer girar el pomo.

Todos pasaron al garage; éste ocupaba la esquina del ala izquierda. El cierre metálico estaba levantado. La nieve había cesado y la mañana se presentaba luminosa.



Observen: aquí hay tres huellas difusas de picadas.

¿Serán del secuestrador?

A las claras se apreciaba que las suelas estaban manchadas de barro; que las pisadas se dirigían hacia el rincón de la puertecita y que cesaban ahí. Esto hacía suponer que se habían descalzado y que el secuestro lo había efectuado alguien de fuera de la casa.



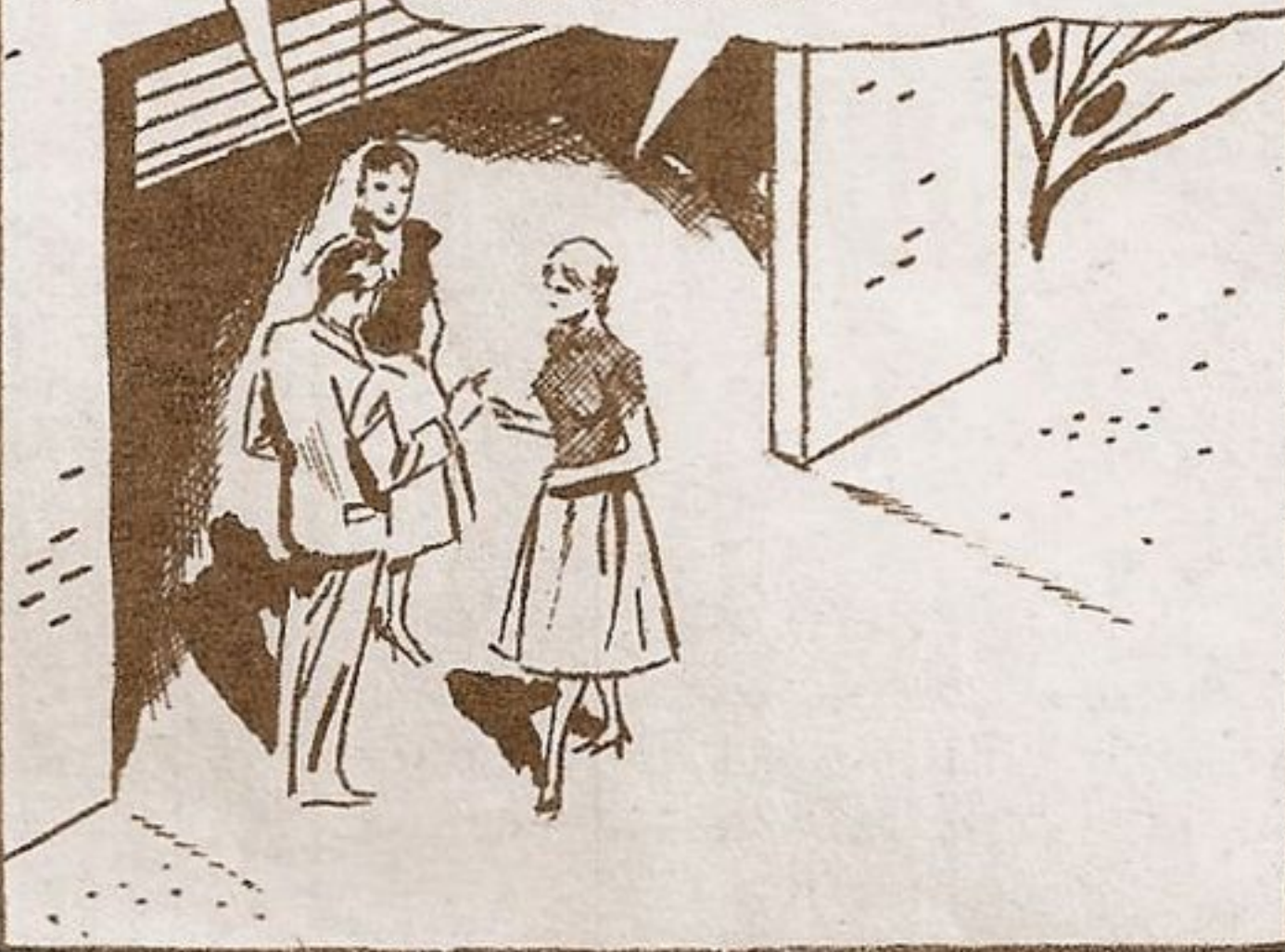
También puede ser alguien de la casa. Alguno que salió con el niño y lo entregó a su cómplice, regresando luego.

¡Quizá Gilbert, por temor a que Ivonne lo dejase y se llevara al niño!



¡Qué disparate!

O Didier, para que la criatura no interrumpa la carrera de Ivonne...



Valerie agregó que la historia de la cueva y los cien mil francos era para disimular la verdad, y que Pauline y Renée nunca le habían parecido mujeres en quienes se podía confiar.

Después de este cambio de pareceres, todos regresaron al piso alto.

Sólo desearía saber si pasó alguien ayer por el garage.



Yo... varias veces durante la tarde, pero el suelo estaba seco. No podían llevar los zapatos con barro.

Posteriormente recorrieron los distintos cuartos y quedó comprobado de que a nadie le faltaban los zapatos y que ninguno de éstos estaban manchados con barro.

Alguien entró por el garage; subió la escalera, pasó junto a mí y cloroformó al niño, llevandoselo.



La nerviosidad de todos iba en aumento y el pensamiento era uno sólo: ver nuevamente al niño.

-¡Pagaremos esos cien mil francos sin demora!

¡Sí, quiero que me devuelvan a Roger!



-Sacaremos el dinero del banco y lo llevaremos, conforme las instrucciones. ¡Ojalá que ésto no sea más que un simple recuerdo!

¿Qué quiere decir, Didier? ¿Está pensando en un asesinato?



Son las nueve. Si han de pagar, más vale no perder el tiempo.



Sí, Didier. ¡Procure esa suma, por favor!

Yo acompañaré a Didier hasta Luchón; tengo asuntos que resolver.

Y yo... debo despachar unos telegramas.



Pauline sugirió agregarse en el coche, ya que debía efectuar algunas compras. Valerie, alarmada, se opuso, diciendo que un desbande podía poner en peligro la vida de Roger, pues los secuestradores podrían estar vigilando y pensar que intentaban faltas a las condiciones, y suceder en consecuencia.



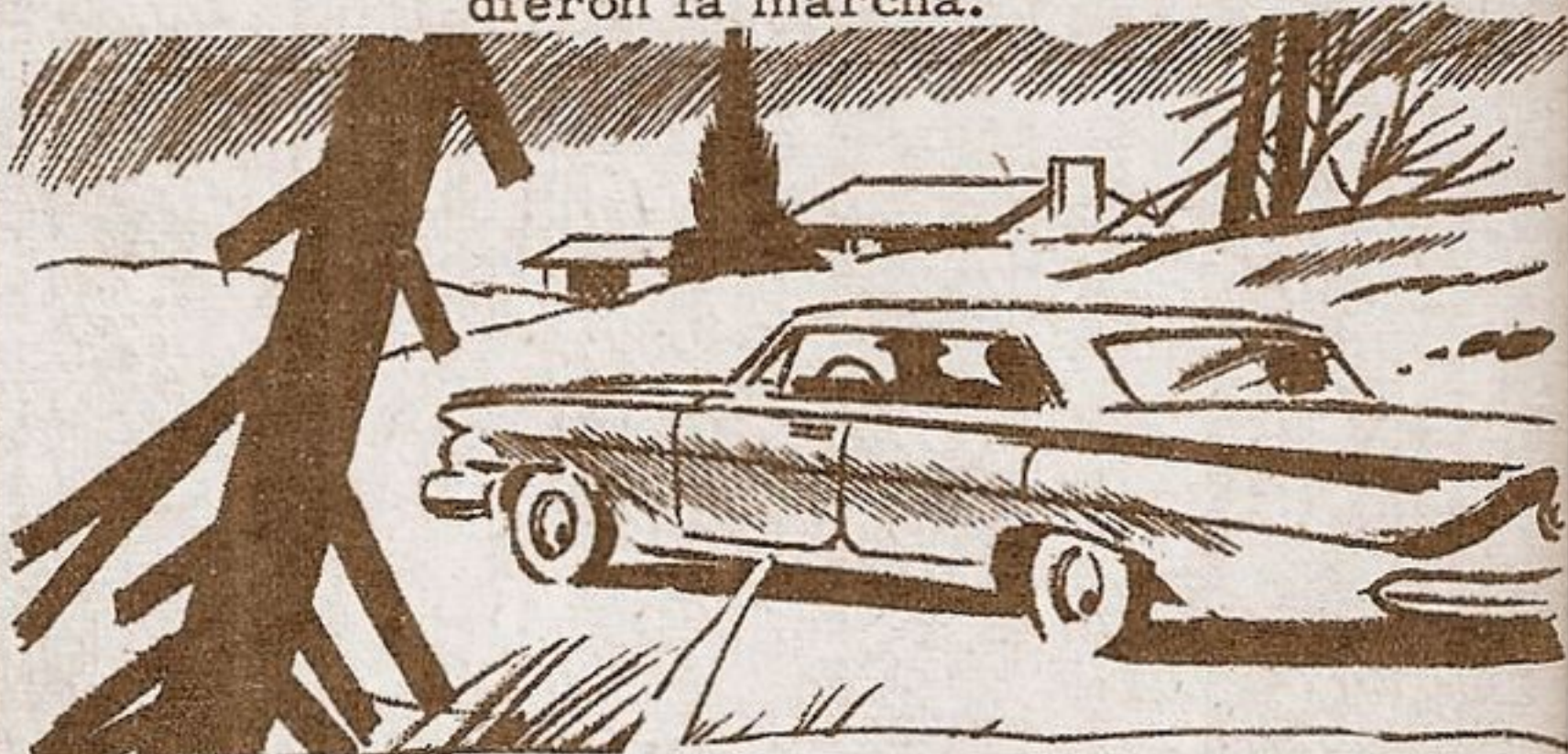
Vicent Durban sugirió, que dada su condición de asesor de Didier Petitbeaudau, podría extraer los fondos del banco. Luego cambiaron pareceres sobre quién llevaría el dinero a la cueva.

Sólo conoce ese lugar Pauline, que es de Luchón.



También Philippe y Valerie, pues días atrás hicieron una excursión con Roger.

Se dispuso que Valerie acompañaría al señor Durban hasta el banco y que luego llevaría el dinero al lugar indicado. Prepararon el coche y emprendieron la marcha.



Comprendo tu estado de ánimo, Valerie. El secuestro de Roger es motivo de angustia para todos.

Retiraron los cien mil francos del banco, que el abogado guardó en su cartera de piel, para dirigirse luego a la cueva.

¡Es allí, Vicent! Dame el dinero.

Tómalo. Yo vigilaré desde el coche.



Valerie entró, temerosa, dejando la cartera sobre una roca con una piedra encima y salió. Al hacerlo, se encontró con su acompañante, quien corría hacia la cueva.

¿Qué te ocurre?

Nada... Por un momento creí que te hubiera podido ocurrir algo.



La joven miró a Vicent. Su actitud la estremecía como una amenaza y no le agradaba en absoluto regresar con él.

Vuelve a "Le Nid Blanc" en el coche, por la carretera. Yo conozco una subida por aquí y llegaré al puente antes que tu.



¡Oh, no! ¡Tú vendrás conmigo!

Valerie preguntó a su hermana por Philippe. Ivonne explicó que se habían separado para observar desde distintos puntos la entrada a la cueva, pues deseaban saber quién acudiría a recoger el dinero.

Ha sido una torpeza. Eso podría significar un peligro para Roger.



Cuando llegaron, Gilbert estaba solo en el vestíbulo y les comunicó que Ivonne y Philippe se habían ido a la explanada, para seguir, con los prismáticos, los movimientos de ambos. Didier, agotado, estaba en su cuarto, y Pauline y Renée en la cocina. En ese momento apareció Ivonne.

Quédate tranquilo, Gilbert. Todo se ha hecho de acuerdo al anónimo. A las cuatro tendremos a Roger con nosotros.



Al instante, entró Philippe. Traía el abrigo y las manos sucias de barro, y protestaba contra Ivonne, porque según él, lo había abandonado en el peligro.

¿No me has visto resbalar? Te llamé a gritos.

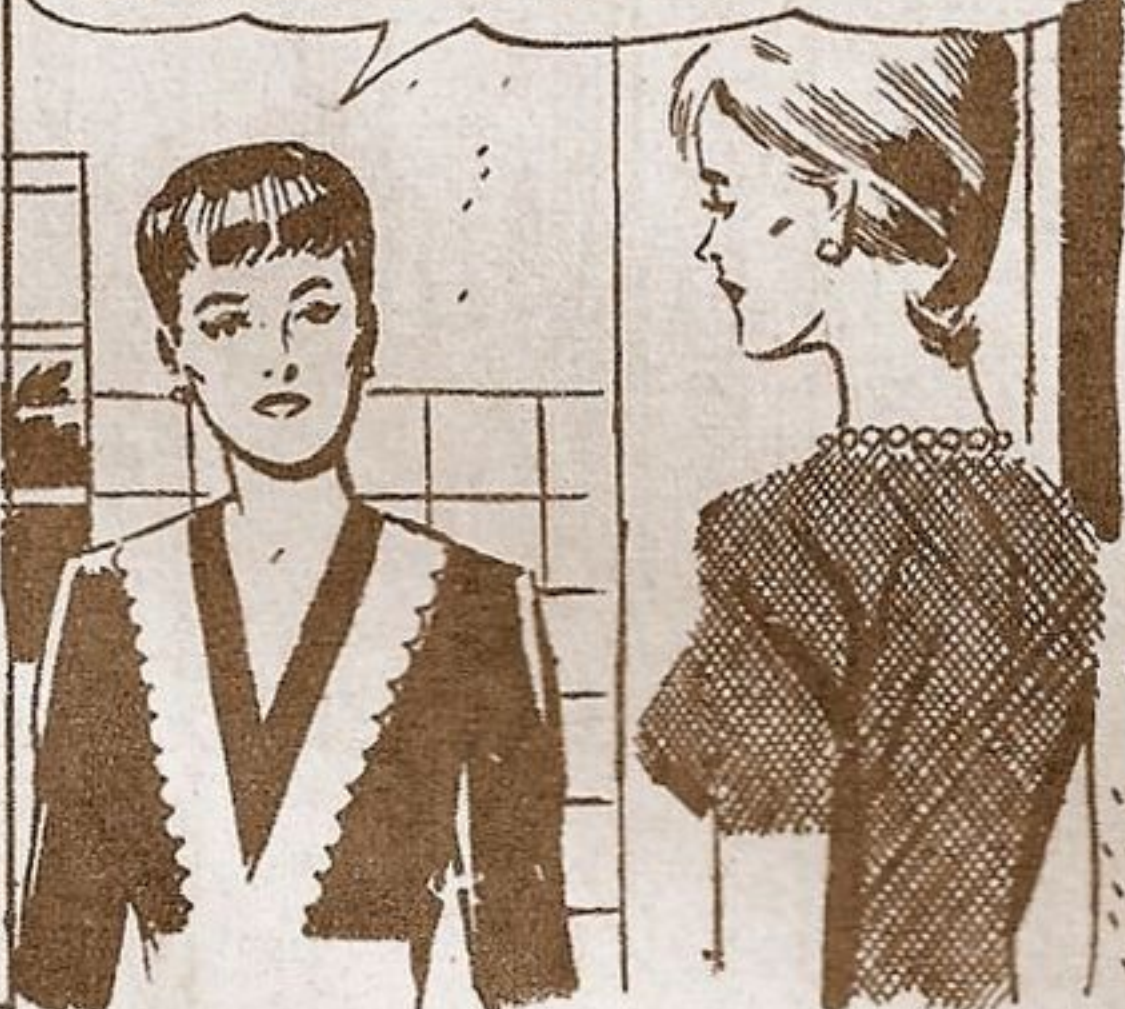


No, Philippe. No he oído nada.



Diez minutos después, Didier estaba reunido con todos ellos, en animada conversación. Valerie fue a la cocina a ordenar que sirvieran el almuerzo y sólo encontró a Renée.

Pauline hace como una hora que se fue a la leñera porque no había troncos en la chimenea.



Cuando Valerie regresó junto a los demás, apareció Pauline, con unos troncos cortados, y un haz de leña bajo el brazo.

¿Y para traer esto has tardado una hora?



¡Había que cortar! Además, tengo muchos más para traer.

Luego de un almuerzo silencioso, todos buscaron aislarse y cada uno se fue a su habitación, a excepción de Philippe, que se detuvo a conversar con Valerie.

¿Cuánto crees que se puede tardar en bajar y subir de aquí a la cueva por ese atajo?



Teniendo práctica se puede bajar en un cuarto de hora, y subir en media.

Philippe se quedó pensativo por unos instantes.

¿Podrías tú hacerlo en ese tiempo?



¿Yo? No lo sé. ¿Por qué me lo preguntas?

Philippe siguió haciendo conjeturas con las que demostraba que cualquiera podía haber ido a recoger el dinero, incluso él mismo. El único que quedaba excluido era Vicent, ya que él no había tenido oportunidad para bajar y subir por ese peligroso atajo.

¡No! ¡Tú, no, Philippe! ¿Por qué habrías de hacerlo?



¿Y por qué los demás? ¿Por qué Ivonne, Gilbert o Didier?

Vencido el plazo estipulado por los secuestradores, la inquietud empezó a posesionarse de todos.

Roger no ha venido. Sólo quedan un par de horas de luz. O llamamos a la policía, o vamos a buscarlo.



¿A la policía no! ¡Todavía no! ¡No quiero exponer la vida de mi hijo!

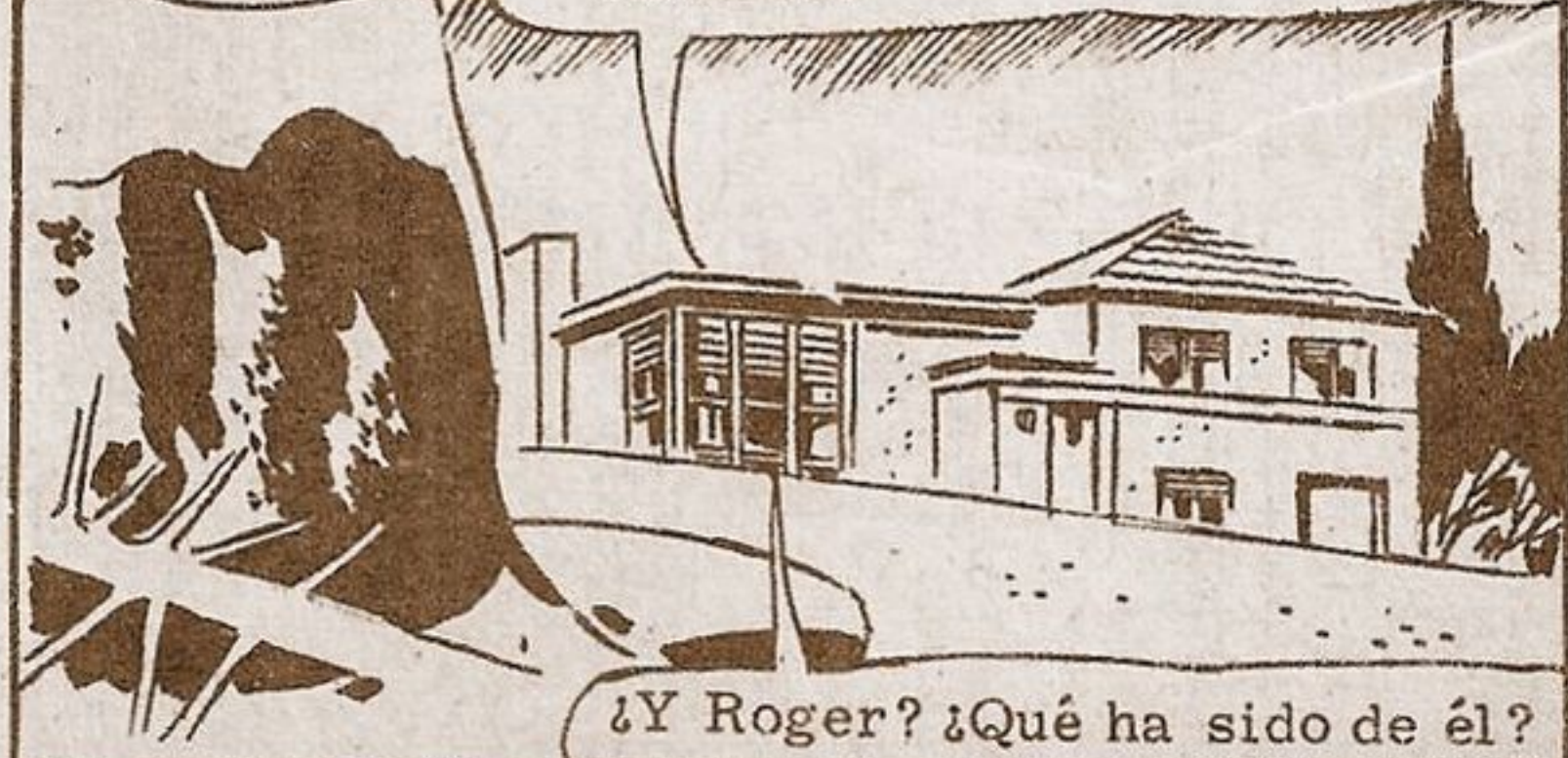
Ante todo, debemos averiguar si se han llevado el dinero. Que vuelvan a la cueva, Valerie y Vicent.



No. Si aparece Roger, herido o enfermo, necesitaremos el coche. El que vaya tiene que hacerlo a pie, por el atajo.

Resolvieron que fuera Philippe. La hora que tardó el joven en volver, fue angustiosa para todos, y más aún cuando regresó, trayendo la cartera en la mano.

¡Sí, allí estaba, pero vacía. El dinero se lo han llevado!



¿Y Roger? ¿Qué ha sido de él?



Gilbert propuso avisar a la policía y corrió al teléfono, pero no fue posible conseguir la comunicación.



¡La línea está cortada! ¿Qué significa esto? ¡Yo voy al pueblo con el coche; no espero más!

Philippe alegó que el camino estaría intransitable y que era peligroso viajar a esa hora, casi de noche. Recordó que Valerie había sugerido que alguno de ellos era el secuestrador o el cómplice, y que por lo tanto, alguno había recogido el dinero.

Philippe comenzó a registrar todo, llevando como testigos a los dueños de casa. Al cabo de un largo rato, aparecieron inesperadamente.



¡Valerie tiene razón! ¡El asesino está en "Le Nid Blanc"! ¡Aquí está el dinero y este mensaje!

El dinero había sido hallado debajo del colchón de la cama de Roger. Vicent certificó que eran los mismos billetes extraídos del banco. En cuanto al mensaje, escrito con distinta caligrafía al anterior, había sido hallado en la habitación de Ivonne.



¡Dice que yo seré la próxima víctima.

Gilbert, completamente alterado, miró de frente a todos.

¡Ahora mismo, me voy a Luchón. Si alguien me lo impide, tendrá que vérselas conmigo.



¿Crees que ha podido ser él el secuestrador?

¡No lo sé! Si Gilbert ha escrito el anónimo a Ivonne, yéndose no podrá cumplir la amenaza.



Valerie le manifestó luego su intranquilidad de que alguien que hubiera pensado eliminar a Ivonne, tuviese preconcebido su plan para que las apariencias la condenasen a ella.

Sí, es verdad. Todos saben que la odias.



De repente, se oyó una explosión lejana y sorda, seguida por el estrépito de un derrumbamiento.



¡El puente! Vicent, vaya al garage y traiga una linterna. Usted, Didier, quédese con las mujeres; no las deje salir.

Ambos regresaron media hora después; estaban empapados y ateridos.

El puente se ha hundido; ahora estamos incomunicados por completo.



Así es. Y nadie podrá utilizar el atajo con esa ventisca.



¿Y a Gilbert qué le ha pasado? Quizá esté herido. Debemos socorrerlo.



Esta tarde el coche volvió y se incendió! Gilbert no pudo salvarse.

Valerie perdió el conocimiento ante la noticia. Cuando se recuperó, su hermana y Philippe estaban junto a ella. Una fuerte ira interior se apoderó de la joven. Sentía celos, cuando los veía muy cerca el uno al otro.

Todo esto me ha destrozado los nervios. No podré dormir esta noche. Ese anónimo... Tengo miedo.



¿Y por qué no te acuestas en la cama de Roger?

Ivonne rechazó la idea. Dormiría abajo, en uno de los sillones. Además... temía a Pauline.

Si dudas de Pauline, echaremos llave a la puerta



Si usted quiere, señora, dormiré en su habitación y le haré compañía.

Cuando Renée se hubo retirado, Ivonne manifestó que no iría a dormir en su habitación.

¿Quiere decir que la dejarás sola, exponiéndola a que la maten, confundiendo contigo?



De improviso, un desperfecto real o provocado en la luz eléctrica, dejó todo sumido en la más absoluta oscuridad. Ivonne se dirigió a su cuarto y regresó con una linterna.



Renée ya se ha dormido. No he querido despertarla.

Al entrar vio el cuerpo inánime de la muchacha y una mancha de sangre sobre la sábana. Lanzó un grito de horror.



¡No grites, Valerie! ¡Ven conmigo y quédate en el pasillo!

Ante aquel alboroto acudieron Vicent y Didier, aterrados por los gritos de Valerie.

¿Qué ocurre? ¿Quién ha gritado?



¿Qué ha sido eso?

Ivonne también se levantó y se enteró del triste fin de Renée, lo que no pareció conmoverla en lo más mínimo.

Nadie entre al cuarto, Nadie toque nada. ¿Dónde está la llave de esta puerta?





Como la llave no aparecía, Philippe, con una tira de papel engomado, selló la entrada. Un silencio profundo envolvía todo. Un silencio de tumba... Un largo y deprimente silencio.

Debemos estar alertas. Han eliminado a Renée y a Gilbert. Alguien preparó el puente para cuando pasara un coche

¿Un coche? ¿Con cualquiera de nosotros adentro?

Es imprescindible que cada uno diga lo que ha hecho desde que nos separamos.

Yo me acosté y me desperté al oír el grito.

Yo hice lo mismo, aunque no pude conciliar el sueño.

Yo responderé por Valerie y por Ivonne.

Era evidente que Philippe falseaba los hechos, para alejar toda sospecha sobre ambas hermanas. Estas, por su parte, aceptaron lo dicho por el detective con toda naturalidad.

¿Entonces, quiere decir que sólo Vicent y yo ignorábamos que era Renée, quien dormía en esa cama...?

Quizá nos culpen de querer eliminar a Ivonne.

Claro, no sabíamos que Renée la había suplantado.

Ivonne manifestó la necesidad de llamar a Pauline y se dirigió hacia la puerta de comunicación. Tomó la llave con fuerza, pero no llegó a girarla, no obstante la puerta cedió.

¡Pero si Renée, la había cerrado!

¡Por favor, vamos a despertarla!

Philippe y las dos hermanas se acercaron a su dormitorio. Ivonne llamó con voz tímida a Pauline. Nadie respondió. Completo silencio... Philippe, resueltamente, abrió la puerta. Ahí estaba la desventurada mujer, muerta.

No es un suicidio. Tiene las manos atadas...

Pero, ¿cómo? Yo iba a ser la primera víctima...

Valerie quedó alterada. Se notaba que su único pensamiento era alejarse de aquella casa. Abrió la puerta y salió. Philippe la comprendió y la llamó. En ese preciso instante, ambos observaron un bulto sobre la nieve y corrieron hacia él.

¡Es Didier! ¡Está muerto!

Su ventana está abierta. Ha querido huir y se ha matado.



Vicent, afectado por aquella ingrata noticia, no hacía más que beber coñac para recuperarse, mientras Philippe y Valerie buscaban a Ivonne por toda la casa.

Subieron al desván. En el suelo se notaban unas pisadas hechas con zapatos de tacón alto... Con toda seguridad, Ivonne había penetrado ahí.

¡Llámalas! ¡Llámalas!

¡Ivonne! ¡Ivonne!  
¡No contesta!

AlúmbRANDOSE con un farol y una linterna, avanzaron. Junto a un armario viejo había un cuerpo tendido.

Es Ivonne... Está muerta... La han matado de un tiro...

Ha tenido que ser Vicent.  
¡Huyamos, Philippe, huyamos!

Llegaron al comedor. Vicent estaba en el suelo, con el rostro amoratado. El terror se dibujó en la mirada de la muchacha y un temblor corrió por su cuerpo.

¡Si Vicent está muerto, quiere decir que tú eres el asesino!

Despavorida, huyó hacia su dormitorio y se encerró en él. Descolgó el teléfono; ¿había línea? Necesitaba saber quién era Philippe. Para ella no era un detective, sino un impostor y un asesino.

¿Con quién desea comunicarse?

Con la agencia "Investigation Sycone"

Ante su requerimiento, Valerie fue informada que nadie con el nombre de Philippe Villar, pertenecía al plantel de detectives de esa agencia.

(Debo defenderme de él. El ha matado a todos y me matará a mí también.)

Acto seguido tomó una escopeta. No se oía nada. De pronto oyó pasos. Pasos cautelosos y una luz, como de cerilla, iluminó un rostro: ¡era el rostro de Gilbert Delambre!

(¡Entonces Gilbert no ha muerto! ¡El es el asesino!)

Despavorida, huyó hacia el jardín. Como una autómatas, tomó un piquete y comenzó a voltear unas piedras que cubrían un hueco en la pared y apareció un cesto. En el mismo y cubierto por una gruesa manta, dormía el pequeño Roger.

Nerviosamente tomó al niño en sus brazos.

Gilbert nos ha engañado... Está dentro...

No temas. Ven, el niño tiene frío y allá hay una estufa encendida.

¡Roger, querido mío, ya puedes despertar!

¡Roger es mío! ¡Lo he guardado para mí! ¡Nadie me lo arrebatará!



Valerie comenzó a hablar sin pausa, a borbotones. Había dado unas pastillas a Roger para que durmiera y poder ocultarlo hasta tanto pudiera huir con él.

Necesitaba dinero. Por eso pedí los cien mil francos. Me los guardé y puse en la cueva la cartera vacía.



Al entrar a la casa, Valerie se sorprendió. Brillaba la luz eléctrica, y cinco personajes la contemplaban expectantes: Renée, Pauline, Didier, Ivonne y Gilbert.

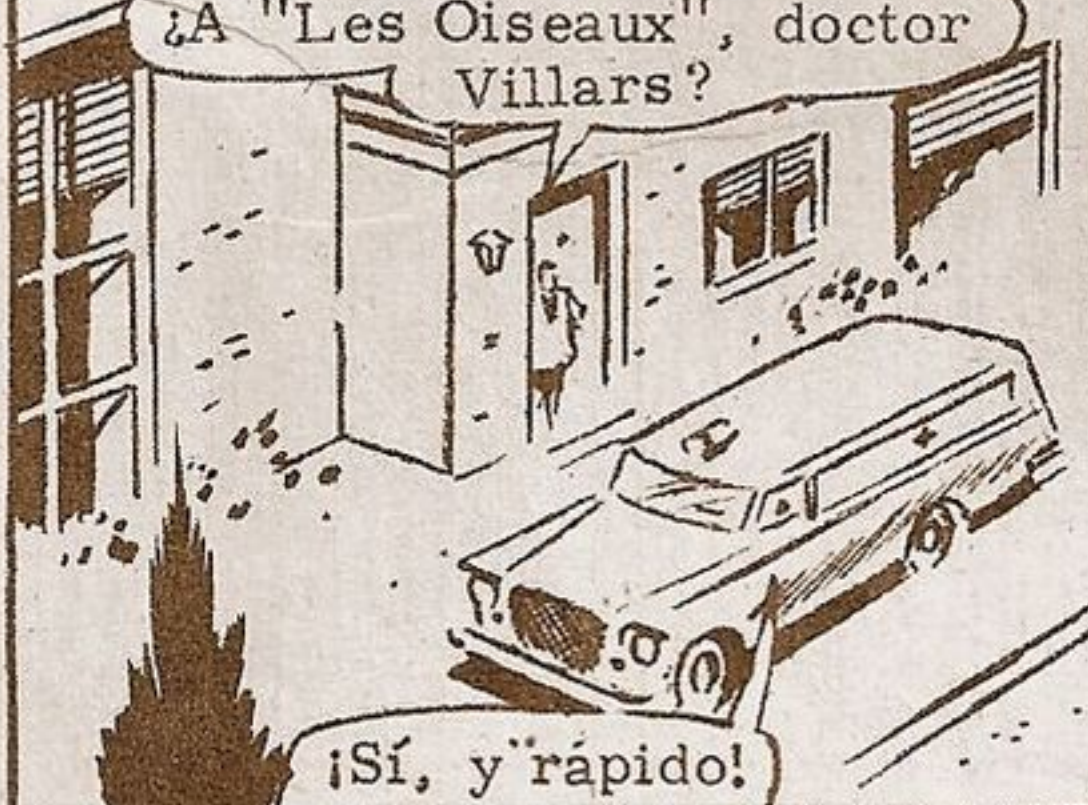


¡No temas, Valerie! Nadie te lo quitará.

Valerie depositó a la criatura sobre el sofá. Philippe controló su pulso y observó sus pupilas, mientras Ivonne y Gilbert lloraban desesperadamente.

Philippe tomó a Valerie de la mano y alzando al niño salió afuera con ellos. Allí había una ambulancia, donde los tres subieron.

¿A "Les Oiseaux", doctor Villars?



¡Sí, y rápido!

Dos horas después, el doctor Villars regresaba a "Le Nid Blanc" con Roger completamente bien. El efecto de las pastillas había concluido y ahora el pequeño reía y parloteaba alegremente.



¡Hemos vivido momentos realmente angustiosos!

Valerie quedó interhanada en la clínica del doctor Villars. En su mente poblada de fantasmas se había fijado la idea de que aquella criatura, a quien adoraba, sería separada de su lado y simuló aquel secuestro que inquietó vivamente a todos.

Philippe no era en realidad detective, sino médico especialista en enfermedades mentales. Ivonne lo había contratado para la vigilancia de su hermana, pues ciertos indicios en su conducta le hacían temer por su salud. El doctor Villars fue el primero en sospechar que Roger había sido secuestrado por su propia tía para llevárselo lejos.

Acongojados por aquel episodio, volvieron los mismos personajes a reunirse en "Le Nid Blanc".

Por eso pedí el concurso de todos. De otra manera, no habiéríamos sabido jamás del niño.



¡Pobre señorita Valerie!  
¡Siempre fue rara!

Para ello me vi precisado en hacer estallar aquel cartucho de dinamita.



Valerie necesitaba creer que habíamos muerto todos y que así podría llevarse al niño.

Sólo mediante esta farsa pudimos saber el lugar donde lo había ocultado.

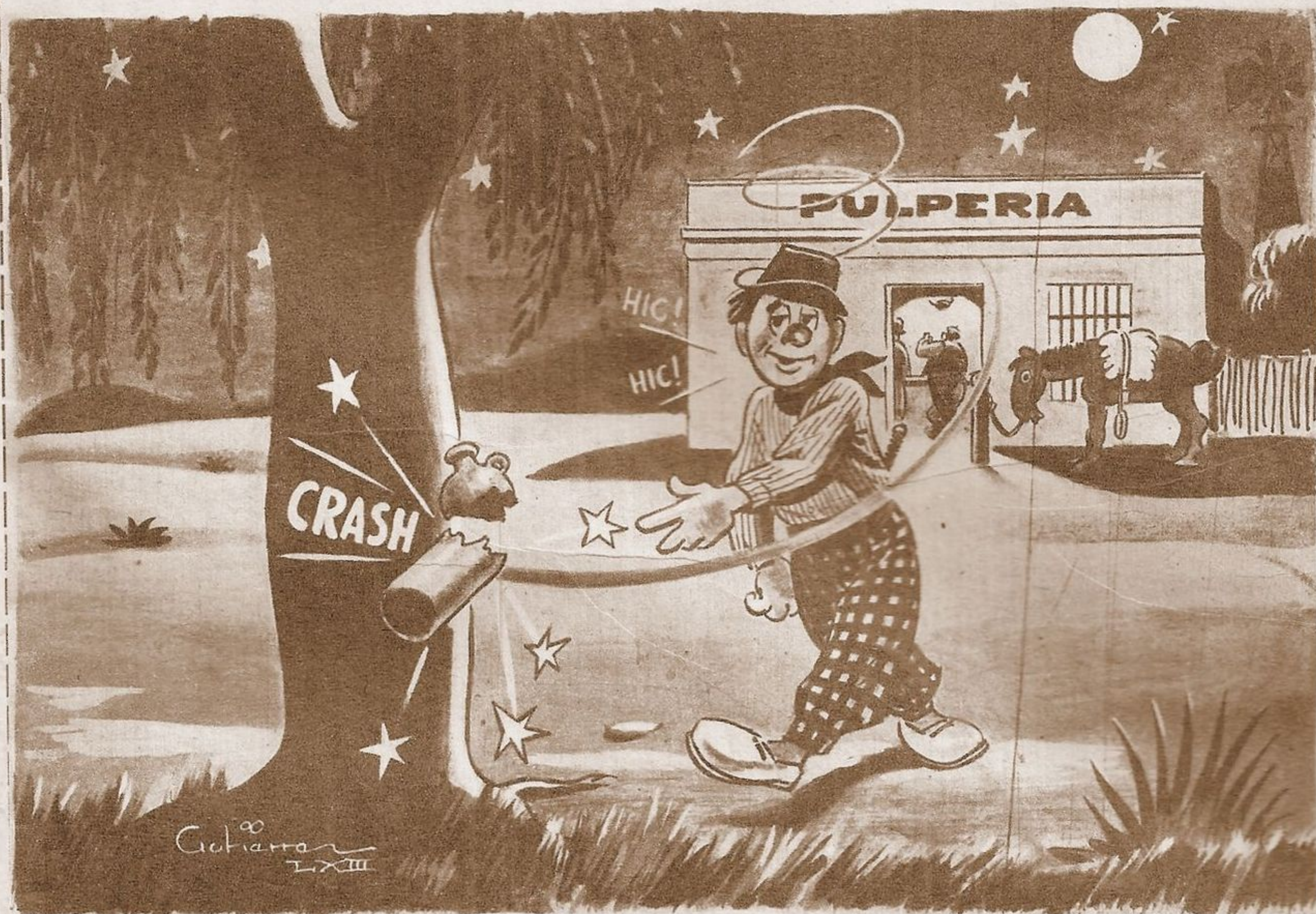


De otro modo, y sin la debida atención médica, el sueño de Roger se hubiera prolongado quizá, definitivamente...

FIN



# ALMANAQUE CRIOLLO



Consejos del  
Viejo Irala  
por Alberto  
Vacarezza



No olvidés al que te ha dao  
el favor de su compañía.  
ni te apliqués a la maña  
del ñato Consolación  
que hablaba mal del porrón  
dispués de chupar la caña.

1963

## NOVIEMBRE

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
Luna llena 1-30	Cuarto meng. 8	Luna nueva 16	Cuarto crec. 24	~	1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30

## DICIEMBRE

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31	Cuarto meng. 7	Luna nueva 15	Cuarto crec. 23	Luna llena 30

COMPRE

**Intervalo** ALBUM

TODOS LOS MESES



# Lea, en el próximo **intervalo** **ALBUM**

**KALA DURGA, DIOSA DE LA VENGANZA,** por FRANCINA SIQUIER

**HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES,** por C. M. PAZ

**EL SEÑOR DE HALLEBORG,** por A. de HEDENSTJERNA

**LO QUE SE LLEVA EN EL ALMA,** por INA DHAL

**CITA EN LA FRONTERA,** por S. P. RIOS y C. OLIVARI

**EL MARQUES DE VILLEMER,** por GEORGE SAND

**EL SEPTIMO SELLO,** por INGMAR BERGMAN

**F. B. I. CODIGO 98,** por L. H. MARTINSON

**CLEOPATRA,** por JOSEPH MANKIEWICZ

**UN DRAMA,** por GUSTAVO A. BECQUER

## **intervalo** **ALBUM**

AÑO XIV

Nro. 72

11/1963



Editor responsable

### COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - TEL. 45 - 1145 Y 4297

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán  
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos  
Talcahuano 1146

Registro Nacional  
Nº 763.406 de la  
Propiedad Intelectual

Correo  
Argentino  
Central B.

Franqueo a Pagar  
Concesión Nº 372

Tarifa Reducida  
Concesión Nº 2761



**GAÑE  
FAMA  
Y DINERO  
aprenda**

# FOTOGRAFIA

*EN SU CASA POR CORREO*

**1000 OPORTUNIDADES**  
de progreso y bienestar  
se abrirán para Ud.

*No importa su edad!*

Conociendo los secretos de nuestro método exclusivo, cualquier persona hombre o mujer, puede aprender en su propia casa esta magnífica profesión.

## PARA AMBOS SEXOS

La fotografía es desempeñada con igual eficiencia por hombres y mujeres a través de sus mil oportunidades: sociales, niños, reportajes deportivos, laboratorista, retocador, etc.

## ABRA SU NEGOCIO!

instálese por su cuenta y haga como muchos de nuestros alumnos que desde las primeras lecciones ganan MUCHO DINERO.

## BECAS A BUENOS AIRES

Todos los años:  
**BECAMOS** a los mejores alumnos con  
**GASTOS DE VIAJES** y  
**ESTADIA PAGOS**  
desde cualquier punto  
del interior o exterior.

**DECIDASE A TRIUNFAR  
HOY MISMO!**

## FOLLETO GRATIS

ESCUELA FOTOGRAFICA SUDAMERICANA - LORIA 531 - Bs. As. - Suc. PERU - FILIAL URUGUAY

Nombre .....

Dirección .....

Localidad ..... F.C.N. ....

**TAMBIEN CURSOS PERSONALES**

**ESCUELA  
FOTOGRAFICA  
SUDAMERICANA**

**LORIA 531 - Bs. As.**

**SUCURSAL PERU**

Apartado Postal 5069 Correo Central LIMA

**FILIAL URUGUAY**

Casilla 1026 - Sub. Central - MONTEVIDEO



ALB. INT. 13-62